
Itziar Sistiaga
MALDITO GORRI
La biografía novelada de Agustín Galabide

Contenido

Maldito Gorri

La biografía novelada de Agustín Galabide

Escrita por Itziar Sistiaga

© Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Maldito Gorri. La biografía novelada de Agustín Galabide
© Itziar Sistiaga Solana
Primera edición: noviembre 2020
Diseño de portada: © Iñigo Coello

www.itziarsistiaga.com

A Marian, Vicent y Ane

Prólogo

Siempre quise escribir mi historia, pero me faltó tiempo y valor para hacerlo. Ahora que me he jubilado, he decidido intentarlo. Ponerme a ello ha supuesto revivir con intensidad los recuerdos de juventud y toda una vida de aventuras con situaciones, cuanto menos, peculiares.

Me animó a pensar que mi historia podía interesar al lector comprobar el interés que suscitaban mis andanzas por el mundo entre mis amigos, cuando, en cada cena o encuentro, me prestaban especial atención. Mi dilema era si sería capaz de escribirla.

He pasado más de un año tratando de ordenar y reflejar en el papel las situaciones más interesantes, pero mi escritura dejaba mucho que desear.

Me apunté a cursos de escritura creativa, pero lo cierto es que necesitas mucho tiempo de aprendizaje y no dispongo de todos los años que puede llevar a un escritor perfeccionar su estilo y sus conocimientos de escritura y, aun con todo, no llegar a ser un buen escritor.

Había leído por recomendación los dos libros de Itziar Sistiaga, *El Veto* y *Lejos en mí*, y me gustó mucho cómo expresaba los sentimientos y su forma de escribir. Sabía que ejercía de profesora de escritura en Irún, su pueblo natal, que se dedicaba a impartir cursos por diferentes centros culturales y bibliotecas y que estaba dedicada en cuerpo y alma a la escritura. Pregunté en los ayuntamientos de la zona por posibles cursos presenciales con ella, pero no había ninguno. Mi opción entonces era apuntarme a sus cursos online y la verdad es que a mi edad las nuevas tecnologías se me resisten y no me animo a realizarlos.

Contacté por email y le expuse mi interés en trabajar con ella mis memorias. Estaba casi seguro de que me rechazaría, pues también sabía que recibía muchas peticiones para corregir novelas o para reescribir historias, pero quería intentarlo.

Concretamos una cita presencial en la tienda FNAC de Donosti y le expuse el tema de mi relato y la posibilidad de que leyera mi manuscrito. Agradecí su disposición a leerlo sin conocerme ni tener referencias mías.

Si el trabajo de escribir la historia de mi vida había sido

ímprobo, no esperaba que fuera menor el esfuerzo de convencerla para que la reescribiera. Itziar no había realizado este tipo de proyecto nunca, pero es una chica abierta a todo tipo de retos.

Desde el primer momento de nuestra cita, me encantó su actitud positiva, su ilusión por escribir, su mente abierta para atreverse a la ejecución de nuevos desafíos y la vehemencia con la que los afronta. O sea, que consideré tan importante el haber terminado mi relato novelado como el haber convencido a Itziar para reescribirla si lo consideraba interesante.

A partir de ese primer contacto, surgió una relación estrecha y se fueron repitiendo los encuentros con material para que ella pudiera meterse en el personaje y conocer el mundo que yo había creado.

El mundo marino era algo que Itziar nunca había tocado, así que mantuvimos contacto por WhatsApp y por teléfono durante muchas horas. Le entregué cartas, fotografías, documentos y todo lo que pude aportar para que pudiera crear el personaje a su manera siguiendo una cronología que ya estaba detallada. La parte de aventura que aparece reflejada en la novela estaba completa, aunque había que reescribirla. La parte de los sentimientos, de los fracasos, los momentos más íntimos del personaje, quedaban a su criterio, y no me defraudó, están reflejados con la maestría de una gran escritora que sabe sacar de los personajes todo su mundo interior de forma que logra que me emocione mientras los leo.

La novela está terminada y solo me queda agradecerle la ilusión y la pasión que ha puesto en este proyecto. He tenido suerte al haber podido contar con ella.

Ha recortado más de la mitad de mi relato, aunque al principio me dolía, pues entendía que se omitía parte de mi personaje; sin embargo, ahora que veo el resultado, no puedo estar más satisfecho.

Habrá gente que reconozca muchas de las historias de esta novela o que piense que le son conocidas, pero deberá tener en cuenta que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia para no herir ni dañar la reputación de nadie.

¡Gracias, Itziar!

Agustín Galabide

Uno nunca sabe…

Uno nunca sabe en qué momento encajarán las piezas de su puzle vital, ni siquiera si lo harán, pero no por ello pierde la esperanza. Mi vida, la que yo pensaba que era interesante por las aventuras que viví, ha resultado ser aún más compleja por todas las historias paralelas que acontecieron a pesar de mí. Terminé este libro en 2019, cuatro años después de recibir una noticia que me cambió por completo. Soy hombre de palabra y acción como he reflejado en estas páginas, así que aquí estoy. Supongo que debo comenzar este relato por el principio, por el día en que mi tranquilidad se truncó, que fue al mismo tiempo el día que supe que mi padre había fallecido solo en una residencia de ancianos de París. Llevaba 61 años buscándolo.

Una carta con sello oficial

Llegué temprano a la oficina para revisar algunos asuntos y almorzar con los muchachos. Mi nueva rutina tras la jubilación era una forma de no desapegarme del todo del mundo laboral que me permitía sentirme activo y útil. El membrete con sello oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores en Francia llamó mi atención entre el correo de la mañana. ¿Cómo imaginar que su contenido cambiaría mi existencia?

Sentimos comunicarle el fallecimiento de su padre, don Pello Lasa Garciandia, fallecido el día 1 de mayo de 2015, en la residencia de ancianos Edgar Degas de París, a la edad de 95 años. Lamentamos su pérdida y le acompañamos en su dolor. Asimismo, le informamos de que entre sus pertenencias se halla un testamento manuscrito con sus últimas voluntades. Nos ponemos en contacto con Usted para que acredite su condición de familiar y pase a retirar sus pertenencias. Para más información, póngase en contacto con la notaría del distrito 10 de París, La Fontaine, que se ocupa de su caso. Atentamente…

Aturdido, dejé caer la carta sobre la mesa y respiré profundamente. ¿Cómo era posible que justo ahora recibiera noticias de mi padre? Habían pasado 61 años desde que me abandonó dejándome a cargo de mi abuela. Me costó reaccionar. Un dolor antiguo reapareció en mi pecho. ¡Mi padre acababa de fallecer! ¡Mi padre, el ausente, había estado vivo hasta hace apenas una semana en una residencia de ancianos! Me había pasado toda mi vida haciéndome mil y una preguntas sobre su paradero, sus motivos para abandonarme cuando apenas echaba a andar… Y ahora que mi vida parecía encauzarse en un mar en calma después de tantos avatares y vivencias trepidantes, cuando se me presumía un futuro tranquilo, llegaba esta noticia para hacer brotar la curiosidad del niño abandonado y del adulto con tantas preguntas sin respuesta. Renacieron mis ganas de saber; sin rencor ni deseos de venganza, solo necesitaba conocer sus porqués. Llamé a Yolanda.

—¿Y cómo estás? —preguntó.

—Alucinado. No sé…, intranquilo.

—Me lo imagino. ¿Quieres que nos veamos?

—No, mejor no. Mañana por la mañana llamaré a ver qué me dicen y…

—Y en cuanto sepas algo, me cuentas. Llevas toda la vida esperando noticias, Agustín.

—Solo me llamas Agustín cuando la cosa se pone seria.

—Bueno, es que a mí también me ha dado un vuelco el corazón porque ahora no te va a quedar más remedio que cumplir tu promesa —dijo antes de colgar.

Estuve disperso durante el resto del día y por la noche no logré conciliar el sueño. Sin haber llegado a dormir más de dos horas, me di una ducha fría para espabilarme y me preparé un desayuno contundente para encarar los nuevos acontecimientos. Aún era pronto para llamar a la notaría. Si bien es sabido que los franceses madrugan mucho y que comienzan a trabajar temprano, no creía que sucediera igual con los funcionarios de la Administración, por lo que bajé al quiosco, compré la prensa y me entretuve con un crucigrama para hacer tiempo.

A las nueve de la mañana llamé a La Fontaine. Estaba nervioso, aunque traté de serenarme autoconvenciéndome de que no había motivos para ello. Tras cuatro tonos, una voz femenina saludó al otro lado del auricular: «*Allo, ¿La Fontaine? Bonjour*». No tuve problemas para mantener la conversación en francés, puesto que los tres primeros años de mi vida los pasé en una guardería de San Juan de Luz. También he de agradecer a mi abuela su insistencia para que fuera a clases de francés y no perder así la esencia de mis raíces. Si bien en el caserío se hablaba euskera, a mí me tocó estudiar en castellano. En época de posguerra, uno de los cambios que más se acusó en el País Vasco fue el uso exclusivo del español en los colegios después de que los nacionales ganaran la Guerra Civil.

Monsieur La Fontaine me habló del testamento y de las instrucciones que mi padre dejó para cuando llegara su momento. También de las direcciones de sus otros hijos —¡Resulta que tenía hermanos!—, de lo que quería que se nos comunicase y de que se nos citara para hacernos entrega de sus pertenencias. Había dejado un fondo de dinero para cubrir los gastos que esto ocasionara y, además, otra cantidad depositada en un banco de París a repartir a partes iguales entre los tres. Me pasó con su secretaria para que me confirmara la dirección y me aseguró que pronto se pondrían en

contacto conmigo, en cuanto se coordinaran con las otras partes interesadas. Colgué el teléfono y volví a respirar hondo. ¡Vaya noticia! ¡No estaba tan solo como creía!

A los dos días, recibí la llamada de la oficina notarial. *Monsieur* La Fontaine y yo charlamos durante más de media hora. Me habló de las otras hijas de mi padre, Odine y Pauline, más jóvenes que yo, que residían en Marsella. Se nos convocaba para dentro de una semana, si no era demasiado trastorno para mí. Acepté. Me enviarían los billetes de avión y la reserva de hotel en París por si fuera necesario pasar noche.

Mi inquietud fue en aumento. La cabeza no paraba de darme vueltas y de hacer conjeturas sobre la vida de mi padre hasta llegar a un asilo parisino para acabar muriendo solo. Había mantenido la esperanza tan a raya durante toda mi vida para no adentrarme en las profundidades de la tristeza… Había soñado con encontrarle tantas veces…

El vuelo desde Biarritz era muy cómodo para mí. Vivía en Ormaiztegi, a pocos kilómetros de la frontera con Francia, a menos de una hora en coche desde mi casa. Llegué dos horas antes del embarque y ni siquiera facturé equipaje. Iba con lo puesto. Estaba ansioso. En apenas una hora aterricé en París. Un empleado de la notaría me estaba esperando con un cartel donde podía leerse: «*Monsieur* Lasa». Recorrimos en su coche la ciudad hasta llegar cerca de la estación del Este donde estaba ubicado mi hotel. Eran las once de la mañana. Efectué el registro y miré en derredor intrigado por reconocer entre los huéspedes un rostro familiar, algún rasgo que me hiciera descubrir a mis hermanas. No sé por qué di por supuesto que nos alojarían en el mismo hotel. Subí a mi habitación sin cruzarme con nadie. De haberlo hecho, tampoco creo que las escasas fotografías que me había mostrado mi abuela me hubieran servido para identificarlas. Eran imágenes de mi padre en Euskadi, de chaval, poco antes de exiliarse a Francia con dieciocho años. Antes de perderle la pista definitivamente.

Tan pronto me tumbé en la cama, me dormí. Mi mente necesitaba parar y caí en un sueño profundo del que me desperté sobresaltado. ¡Pensaba que me había olvidado de la cita! Había quedado con el chófer a las 16:00 en la recepción. Tampoco estaban mis hermanas cuando bajé al punto de encuentro.

Durante el trayecto, intenté tranquilizarme: era un manojo de nervios hecho persona. Conocí a Odine y a Pauline nada más entrar

en el despacho de la notaría. Eran dos mujeres de unos cincuenta años, guapas y elegantes, que se comportaban con decoro. Tenían ese aire francés, un toque de distinción que se percibe sin saber bien qué es, que a mí, personalmente, me permitía diferenciar con facilidad a la mujer francesa de cualquier otra mujer europea. Se notaba que habían vivido bien y que habían heredado el porte y la belleza de mi padre. Él siempre fue un hombre apuesto, según tenía entendido.

Monsieur La Fontaine procedió a las presentaciones: «*Madame* Odine Lasa, *Mademoiselle* Pauline Lasa y *Monsieur* Agustín Lasa». Nos sonreímos y nos dimos dos besos. Percibí su nerviosismo. Estábamos ante una situación muy similar. «Reunidos aquí los tres hermanos Lasa…», continuó el notario, «citados por expreso deseo de su progenitor que, como saben, falleció en la residencia de ancianos Edgar Degas (…). Tras el levantamiento del cadáver, recogemos sus últimas voluntades manuscritas que paso a leerles a continuación». Levantó la vista para asegurarse de que yo comprendía los términos, y tras mi consentimiento, prosiguió con las aclaraciones y formalismos notariales y legales. En una hora habíamos terminado. Quiso saber si teníamos alguna preferencia por sus pertenencias y objetos personales. Mis hermanas negaron con la cabeza. Les importaba poco; a mí me interesaban mucho. Perfecto, me los llevaría yo. Confiaba en que entre sus enseres encontraría alguna pista que me ayudara a resolver mi rompecabezas vital.

Después de la notaría, mis nuevas hermanas y yo fuimos a tomar un café a una de las cafeterías de la estación del Este. Estaba concurrida. Teníamos bastantes cosas que contarnos, pero no parecía el mejor momento para ello. Intercambiamos algunos comentarios banales. Yo apenas podía aportar datos, mi padre me había abandonado cuando tan solo tenía tres años. Ellas convivieron con él hasta los quince; cuando sus padres se separaron; se fue sin dar más explicaciones abandonándolas también. No parecían tenerle excesivo aprecio. Torcían el gesto al hablar de él, dolidas. Nos despedimos y apuntamos teléfonos y direcciones prometiendo mantener el contacto, aunque fuera por Navidad. Mi avión salía a las 21:30 y el suyo a las 21:00. No volvimos a vernos. Tampoco regresé al hotel, preferí ir directo al aeropuerto a esperar mi vuelo. Compré una maleta donde meter la caja de cartón con los papeles y el resto de objetos personales y documentos de mi padre,

y llegué a Ormaiztegi a las 23:50, después de haber vivido un día agotador. Me percaté de que no había probado bocado en veinticuatro horas, a excepción de un cruasán durante el encuentro con mis hermanas. Aun así, no tenía hambre. Estaba mareado. Sentía la cabeza pesada. Había experimentado demasiadas emociones en poco tiempo. Me duché y me acosté durmiéndome como un bebé en un sueño reparador que se alargó dieciséis horas. Marcaba el reloj de la pared las 16:30 cuando me preparé una comida sencilla con lo poco que había en el frigorífico. La última semana me había desconectado de la vida real por completo. Saqué un poco de embutido, pan del congelador, preparé dos huevos fritos con beicon y un pedazo de chorizo, y lo acompañé con un buen trozo de queso Idiazábal curado, elaborado con leche cruda de oveja *latxa*. Descorché una botella de vino que tenía reservada para las ocasiones especiales: esta lo era. Me estaba dando un homenaje a mí mismo. Con el estómago lleno, preparé café y me serví una buena taza. Me sentía con fuerzas como para emprender la siguiente misión: desempacar la maleta y comprobar su contenido íntegro. Algo dentro de mí se agitaba por dar con pistas y respuestas que saciaran mis ganas de saber y de entender. Coloqué primero algunos documentos al tuntún sobre la mesa. No había espacio suficiente y fui extendiendo el resto de los papeles, carpetas, libretas y periódicos viejos sobre el suelo. Cuando terminé de vaciar la maleta, la habitación estaba completamente llena, caótica.

Di unos pasos atrás y eché un vistazo general que se posó enseguida sobre cuatro libretas del mismo tamaño y color que estaban atadas por una cinta de tela. Pensé que podían ser cuadernos con anotaciones de su pasado, ¿quién sabe? Diarios donde encontrar al fin explicaciones para un abandono tan cruel… Las cogí, solté el lazo y comencé a leer la primera. ¡Eureka! Había dado con un diario de mi padre que comenzaba el día en que llegó a Sara (Francia) huyendo de la Guerra Civil española. ¡Por fin iba a saber qué había pasado! Me levanté del suelo y, en la cocina, me serví otra buena taza de café. Iba a necesitarla.

Una familia y un caserío

Provengo de varias generaciones de tratantes de ganado que llegaron a ser una de las dos familias más importantes del pueblo. Fue mi abuelo Joxemari quien heredó el negocio y quien lo dilapidó arruinando a toda la familia.

La economía del País Vasco giraba en torno al campo y a la ganadería a principios del siglo XX. La mayoría de los caseríos no disponían más que de dos o tres vacas y una pareja de bueyes para arar la tierra. Los que no tenían bueyes utilizaban las vacas para tirar del arado, pero esto repercutía en la producción de leche y los animales enfermaban con más frecuencia. Se vivía para subsistir. Muchos jóvenes emigraban a América en busca de nuevas y mejores oportunidades.

Las familias, numerosas, se componían de más de siete hijos, donde todos eran bienvenidos porque se necesitaba mano de obra para trabajar. Lo habitual era que tres generaciones convivieran en un mismo caserío.

El abuelo era el miembro más respetado; el dueño del caserío. En jerarquía le seguía el mayorazgo o primogénito varón, que era quien heredaría la propiedad. Los demás aportaban su trabajo hasta que se casaban o abandonaban el núcleo familiar. Por norma general, los solteros permanecían en el caserío sin salario ni beneficio.

El matriarcado en Euskadi era un hecho. La madre gobernaba la casa y dirigía la economía familiar. Ofrecía una paga a cada hijo para que pudiera salir los domingos o acudir a las fiestas y, a la hora de abandonar el caserío, le asignaba una dote que había ido guardando para la ocasión. Las hijas, que salían a servir o se casaban, recibían un ajuar en forma de muebles, sábanas o mantas para comenzar la nueva vida, además de algo de dinero, mientras que los varones, en cambio, recibían una dote exclusivamente económica. No era fácil poder arrendar un caserío y empezar de cero.

Los tratantes tenían fama de usureros y de aprovecharse de las desgracias de los otros. Compraban y vendían ganado. Conocían todos los caseríos de la zona y los visitaban con frecuencia para ver

si podían adquirir alguno de los nuevos terneros o venderles alguna res. Acudían a las ferias de ganado más importantes del País Vasco, como la de Tolosa o Guernica. Mi familia se desplazaba incluso hasta Torrelavega o Galicia con dos camionetas que poseía para traslado de ganado. Fueron de las primeras en la zona.

Nuestro caserío era conocido como «Andres-enea», aunque nos llamaban por el apodo: «Gorri». En Euskadi, a los miembros de una familia se los conocía por el caserío del que provenían. Así, si un miembro de la familia era cojo (*motza*), la familia era de «Motza-enea». Si vivía el maestro (*maixu*), de «Maixu-enea», y si vivía un ciego (*itxu*), de «Itxu-enea».

Mi bisabuelo Andrés, de «Andres-enea», fue un miembro muy respetado del pueblo y, como era pelirrojo, lo apodaron «Gorri» (rojo o pelirrojo). Cuando se hablaba de Gorri, todo el mundo sabía que se referían a los tratantes. También podrían haberle llamado «Orezta», por el lunar tan característico que tenía bajo la oreja izquierda hacia el cuello con forma de anacardo y que habíamos heredado todos los miembros de la familia. Pero imagino que a mi bisabuelo le gustaba tan poco como a mí y por eso llevaba el pelo un poco más largo de lo normal, al igual que mi padre, según las pocas fotos que vi. Aunque yo no llegué a conocer la época de esplendor de mis antepasados, sé que fueron de los más ricos de la comarca, para después llegar a ser los más pobres, viviendo gracias a la caridad de los vecinos.

Tratar y negociar con ganado era un arte de tira y afloja para conseguir el mejor precio. Aparte de un buen conocimiento de los animales, existían infinidad de trucos para aparentar que el ganado era mejor y más joven de lo que en realidad era. Mi familia se las sabía todas y estaba al quite. Una mala cosecha o la enfermedad o muerte de alguno de los miembros de una familia ponía en serios apuros a los caseríos que no podían pagar el arrendamiento y se veían obligados a vender absolutamente todo. Fue así como los Gorri amasaron su fortuna, aprovechándose del infortunio de unos y otros. Terrenos, dinero, animales… Se ganaron la mala reputación a pulso, fue cuestión de oficio.

Dada la situación, en Andres-enea siempre hubo criados (*morroi*) para atender al ganado y ayudar con las tareas de la casa. Chicos de diez y doce años a los que sus familias no podían alimentar. En el caserío se les ofrecía comida y cama a cambio de trabajo. Mi

bisabuelo Andrés recibía constantemente peticiones de este tipo en sus visitas.

Mis bisabuelos, Andrés y Elena, tuvieron cuatro hijos: Joxemari, Carmen, María y Jaxinto. Joxemari era el más avispado de los hermanos. Aprendió con su padre el oficio: cuándo apretar, dónde estaba el límite en la puja... No en todos los tratos se salía ganando, pero Joxemari era intuitivo y se ganó enseguida la confianza de Andrés para realizar él solo las compraventas. Se le daba especialmente bien el trato personal. Era simpático y agradable, amén de que tenía un porte espectacular. Alto, pelirrojo y con cuerpo atlético, no le faltaban pretendientas. Además, tenía fama de seductor. Le gustaba tanto el juego como la bebida.

Carmen estudió farmacia en Salamanca. Se casó con un médico y se fue a vivir a Santiago de Compostela. Fue María la que se quedó al cuidado de su madre, al igual que Jaxinto que, a pesar de ser hijo legítimo, al ser el pequeño, fue tratado como a un criado más. Se encargaba de las cuadras y los animales. Era tímido y retraído. Nunca protestaba por nada. Parecía que se había resignado a su condición de invisible.

Joxemari se convirtió en el ojito derecho de su padre. Había adquirido conocimientos y veteranía dentro del mundo de los tratantes y no había lunes que no asistiera a la feria de Tolosa. A primera hora de la mañana llegaba a la plaza y tras efectuar sus correspondientes transacciones, se quedaba a comer con los amigos y luego acudía al frontón para ver y apostar en la pelota. Muchos lunes regresaba sin dinero y con deudas. Su padre le consentía todo. Los corredores de apuestas le seguían la pista. Sabían que manejaba dinero, que le gustaba jugar y que era un fanfarrón. Joxemari no perdía oportunidad ni en el frontón ni en las cuadras para darse un revolcón con la primera muchacha que se le ofrecía con la excusa de ver el ganado. A veces, se trataba de mujeres casadas que aprovechaban la ausencia del marido. Él se dejaba ver con un regalo y pocas veces volvía de vacío. Sabía cómo conseguir sus favores.

Mi abuela Trini entró como criada en Andres-enea con quince años. Provenía de una familia de nueve hermanos en Albistur y estaba acostumbrada a trabajar. Era la segunda y le había tocado cargar con las labores de la casa, del cuidado de sus hermanos menores y también del ganado. Entrar en Andres-enea fue un caramelo para ella; solo tendría que ocuparse de limpiar. Era muy

guapa. Joxemari no tardó en fijarse en ella. Y aunque Trini sabía bien que Joxemari no era un hombre que le convenía, el corazón mandó órdenes más fuertes que el cerebro y acabó completamente enamorada de él. Pronto empezó a tener que ayudarlo a meterse en la cama de lo bebido que venía, y a ser su cómplice y mentir para que su padre, Andrés, no se enfadara con él. Joxemari empezó a perder poco a poco el control. Trini trataba de defenderlo, de excusarlo ante cada jugarreta. A los dos años de haber entrado a trabajar en Andres-enea, se quedó embarazada. El disgusto de la familia fue tremendo. La bisabuela Elena quería echarla del caserío, no aceptaba que su hijo preferido se casara con una criada, pero Joxemari, aun siendo un canalla, no permitió que la echaran y se casó con ella frente a la oposición materna. La abuela Trini nunca fue tratada como un miembro más de la familia. No le importaba, estaba totalmente enamorada de mi abuelo y con el nacimiento de Pello, mi padre, su felicidad fue plena.

Mi bisabuelo Andrés pensó que, ahora que había un niño de por medio, Joxemari se reformaría. ¡Nada más lejos de la realidad! Cada día llegaba más tarde, más borracho y con más deudas a sus espaldas. Su humor cambió de manera drástica y se enfadaba a la mínima incluso con Trini, que tragaba saliva en cuanto lo escuchaba llegar dando tumbos.

Las deudas que Joxemari había adquirido ponían en peligro al caserío. Andres-enea, que había sido una de las propiedades más prestigiosas del pueblo, se venía abajo. Andrés y Elena fallecieron el mismo año con pocos meses de separación, antes de ver cómo Joxemari arruinaba por completo a su familia y cómo moría en el transcurso de una pelea tras una apuesta que pagó no solo con su vida. La abuela Trini, viuda y con un hijo pequeño, se fue de acogida a la casa de los Aurrekoetxea, una familia de San Sebastián con quienes había tenido relación durante sus años al servicio de los Gorri. Le permitirían vivir en la buhardilla junto a su hijo a cambio de cuidar de la casa y ocuparse de la limpieza. El tío Jaxinto también fue acogido por los Aurrekoetxea, mientras que la tía María se fue a Santiago de Compostela con la tía Carmen, de donde nunca más volvió.

El tiempo fue calmando los ánimos después de unos años muy turbios y tensos. Hubo gente que se alegró de la desgracia de mi familia. Habían engañado y se habían aprovechado de situaciones extremas de unos, y ahora les tocaba recibir la misma moneda: lo

comido por lo servido, decían.

Jaxinto trabajaba de forma esporádica en los caseríos de la zona. Lo llamaban en época de siembra o para cortar la hierba. Era el único que aportaba algo de dinero. Aunque mi familia no caía bien y nos tenían ojeriza, el buen hacer de Jaxinto estaba por encima de las habladurías y de las malas decisiones de su hermano Joxemari. ¡Habían sido tan distintos! Jaxinto nunca se pronunció al respecto. Vivía en un mutismo prácticamente absoluto y ni siquiera cuando Trini le planteó la posibilidad de rehacer su vida al igual que lo había hecho su hermana María en Galicia, dio demasiadas explicaciones: «Me debo a mi sobrino y a la memoria de mi hermano», dijo dando por zanjada la conversación. A los pocos meses de instalarse en Aurrekoetxea, entró a trabajar en un pequeño taller que fabricaba carruajes de madera y descubrió su asombrosa habilidad para tallar.

Para la abuela Trini, fue una liberación la caída en desgracia de los Gorri. El abuelo Joxemari se había vuelto violento y estaba continuamente malhumorado. Había acumulado tal cantidad de deudas que lo único que pagaba eran reproches a una mujer que trataba de sacar adelante a un niño que apenas echaba a andar. Quiso mucho a mi abuelo, pero la soledad y los desprecios continuos hicieron mella en su carácter. El único que se había mostrado respetuoso con ella había sido Jaxinto, y por eso no le importó que él los siguiera hasta su nuevo destino.

Los catorce primeros años de mi padre pasaron volando. Creció muy rápido. Había echado el cuerpo esbelto y atlético de mi abuelo, además del cabello pelirrojo y los ojos vivarachos y, gracias a su carisma, destacaba allá donde iba. Entró a trabajar en la carpintería junto al tío Jaxinto. Los fines de semana los pasaba en el frontón jugando a la pelota. Era buen pelotari. Tenía unas manos privilegiadas y llegó a ganar algún que otro campeonato; también un don innato para los deportes rurales y participaba en torneos: cortaba troncos con el hacha, levantaba piedras… Después del esfuerzo, se iba con los amigos de romería o a bailar a algún pueblo de los alrededores. No podía estarse quieto. Era un alma inquieta, viva. Lo fue también con las mujeres, que caían rendidas a sus pies tras un breve y sencillo cortejo.

Pello tenía dieciséis años cuando estalló la guerra, en 1936. Eran tiempos de fervor patriótico y soflamas publicitarias que encontraron terreno abonado en la mente de un joven como mi

padre, alguien que se creía capaz de cambiar el mundo con tan solo intentarlo y echarle ganas. Estaba dispuesto a luchar por una causa justa. La república que habían votado los españoles estaba siendo atacada por unos militares traidores que se habían alzado en armas para implantar la dictadura. Pello no tardó en alistarse en cuanto escuchó el primer llamamiento. Junto a su cuadrilla y otros jóvenes del pueblo iban a defender la patria vasca de Sabino Arana y la república. Se daba por hecho que derrotarían a los golpistas en poco tiempo.

La abuela Trini sufrió lo indecible al verlo marchar. Se iba de su vera lo que más quería en el mundo cuando todavía era un niño. No pudo frenar el ímpetu con el que su hijo estaba dispuesto a defender Euskadi. La noche anterior a su partida, el corazón se le heló más si cabe:

—Trini, ¿podemos hablar? —preguntó su cuñado Jaxinto. Pello aún no había regresado a casa.

—¿Qué ocurre?

—Yo… —dijo dubitativo—, quiero decir, tú y yo…

—¡Arranca, Jaxinto, por favor!

—Tú y yo llevamos demasiado tiempo solos, Trini. Desde que Joxema…

—¡No lo nombres! —interrumpió.

—Desde que mi hermano murió —corrigió Jaxinto, que traspiraba por todos los poros de su piel—, hemos estado muy solos tú y yo. Os he cuidado a Pello y a ti como si fuerais mi familia.

—Y lo somos, Jaxinto. Pero no somos ese tipo de familia.

—Si me permites quedarme a tu lado, vamos, si tú quisieras…

—¿Me estás pidiendo lo que creo que me estás pidiendo, Jaxinto?

—Sí —afirmó bajando la cabeza, avergonzado a más no poder.

—Jaxinto, yo no voy a poder querer a otro hombre jamás. Quise al desgraciado de tu hermano y míralo, y quiero a mi hijo y mira… Se va. No puedo querer ni quiero. Lo siento.

Jaxinto reunió las pocas fuerzas que le quedaban después de escuchar la sentencia de Trini, a quien tantos años llevaba custodiando en silencio y confesó su decisión.

—Entonces, mañana por la mañana, marcharé con Pello yo también.

La abuela no tuvo valor de replicar. Contuvo las lágrimas en un intento de mantenerse estoica y, al amanecer, los despidió en la puerta sin pronunciar una sola palabra, pues había perdido la voz.

Nada más comenzar la Guerra Civil, el gobierno de la segunda república decidió crear una línea defensiva de ochenta kilómetros de longitud para defender la capital vizcaína de una posible conquista de las tropas nacionales. El interés por Bilbao residía en que poseía la más importante industria pesada de España. Mi padre y mi tío fueron destinados al cinturón de hierro formado por más de 75 000 soldados. La mayoría eran miembros del Gudarostea, el ejército vasco creado por el PNV. Las tropas destinadas por los nacionales para el ataque apenas llegaban a los 18 000 efectivos. La ofensiva comenzó el 31 de marzo de 1937, poco después de los bombardeos de Guernica y Durango, que fueron pasos previos para cortar el acceso de suministros para la defensa de Bilbao. El primer ataque al cinturón golpeó los puntos más débiles y consiguió abrir una brecha de casi un kilómetro por la que entró el grueso de las tropas. Bilbao cayó el 18 de junio después de que la artillería y la aviación de los nacionales arrasara las defensas de la ciudad.

Mi padre, junto con otros *gudaris* vascos, decidió abandonar España y escapar a Francia. Otro grupo más numeroso, entre ellos el tío Jaxinto, se pasó al bando nacional, alistándose bajo las banderas carlistas. Con la caída del cinturón de hierro y la toma de Bilbao, se allanó el camino para completar la campaña del norte donde los nacionales avanzaron rápido hasta Santander y Gijón.

Un obús dejó sordo al tío Jaxinto para el resto de su vida. Fue en las largas horas de hospital cuando empezó a escuchar a los fantasmas de los que no pudo nunca, hasta su muerte, separarse. Estuvo dos años prisionero en el penal del Dueso de Santoña y cuando lo liberaron, regresó al pueblo con mucha más tristeza y derrota que cuando lo abandonó. Mi abuela Trini agradeció su vuelta, pero jamás se lo hizo saber.

Empezar de cero al otro lado del mundo

Diario 1.
1940, primavera.
Estoy en casa de mis tíos, en Sara. Cruzar la frontera no ha sido tan difícil como pensaba. La situación en España está muy complicada. Sé que tardaré en regresar a Ormaiztegi. Al menos, he podido avisar a la *ama* de que estoy a salvo. Espero que el tío Jaxinto esté bien; que esté vivo. He visto morir a tanta gente que, en cierta forma, no me extrañaría que él estuviera entre los caídos. Nos separaron pronto cuando dejamos el pueblo. Nos deseamos suerte. Me abrazó fuerte. Supongo que yo he sido como un hijo para él. La *ama* no quiso que la viera llorar cuando la dejamos sola. No pensaba que el tío fuera a alistarse también. Siempre ha sido tan reservado que no conocía sus convicciones políticas ni sus inquietudes. Estoy más triste de lo que pensaba. Y cansado. Muy cansado. Por suerte no tengo problemas para entenderme con la gente de aquí. Hablo euskera, así que estoy casi como en casa y los tíos me cuidan bien. Tengo un cuarto para mí solo. Después de cómo han sido los últimos meses, esto es la gloria.

1940, verano.
Las mujeres francesas no son como las vascas. A estas no hay que convencerlas de nada, el sexo para ellas no es un tabú, ni se muestran tan recatadas ni cautas como las del pueblo. Me lo estoy pasando mejor de lo que pensaba. He conocido a Antoinette. Es de París. Se le nota, aunque no sabría decir por qué. Es distinguida. Tiene un aire de ciudad que trae a todos de calle. Sin embargo, es a mí a quien le hace ojitos. Le gustan los pelirrojos, me dijo. Y los cuerpos atléticos. Y que sea tan distinto a los demás. Escaparon de París antes de que fuera tomada por el ejército alemán a mediados de junio. Su familia tiene una casa en Sara. Hacemos el amor casi cada tarde. Siento que es el amor de mi vida. He acabado perdiendo la cabeza por ella. ¡Es todo tan nuevo, tan excitante!

1940, otoño.
Antoinette se fue antes de que terminara el verano. Su padre quiso

regresar a París cuanto antes para integrarse en el nuevo orden tras el armisticio de Compiègne, dijo. Nos escribimos, aunque las cartas cada vez se espacian más en el tiempo y se va enfriando lo que ella siente por mí. Quizá fue exagerado nuestro amor, o mi entrega. A saber… Además, la correspondencia tarda mucho en llegar.
Los alemanes invadieron Francia el 22 de junio. El clima está revuelto en Sara, por lo que imagino que en París todavía más. Ella no menciona nada de la guerra. Me parece increíble que haya estallado la Segunda Guerra Mundial. En España las cosas no están mejor. Franco en el poder y mis compañeros, los republicanos, están siendo sometidos a la dureza del régimen. Hay miles de presos y miles de refugiados por toda Europa. Ya no nos miran como al principio cuando llegué. Ahora somos demasiados. Tengo que hacer algo.

1940, invierno.
Jean-Jacques no deja de darme la tabarra con que tenemos que irnos de Sara. Dice que a él no le importa dejar a su familia, que es nuestro momento. Tiene parientes en Tahití. ¡Está loco! Me habla del Pacífico Sur. Es cierto que Francia tiene colonias repartidas por el mundo y que Tahití está estratégicamente muy bien situada, pero yo no lo veo claro. Cuentan tantas historias sobre los emigrantes…

Tahití está en la ruta de Sídney a Los Ángeles. Cantidad de buques repostan allí. Necesitan mano de obra y la solicitan a la metrópoli. «¿No ves que es nuestro momento? —me ha dicho Jean-Jacques—. ¡Venga, Pello! ¿Qué tienes que pensar?». En realidad, no lo sé. Mi espíritu aventurero me pide que envíe todo al carajo y que nos vayamos, total, no tengo nada que perder… «Tenemos 20 años, Pello. ¿Crees que podemos hacer algo aquí en Sara? Tú ni siquiera sabes cuándo vas a poder regresar a Ormaiztegi».

*

Los padres de Jean-Jacques consiguieron el pasaje gracias a su amistad con el capitán del puerto y embarcamos desde Hendaya rumbo a Lisboa el 13 de diciembre. Subimos a bordo de un carguero de 1500 toneladas a condición de ayudar en las tareas que nos asignaran; sin embargo, estuvimos mareados los tres días que duró la travesía y no pudimos cumplir. El Cantábrico en invierno es muy traicionero, dicen. Yo no sé si lo es, solo sé que tengo terror a volver a sentirme tan mal. Espero que, como nos han contado, el Atlántico Sur sea más tranquilo y no se note que el barco se mueve. Creí que

se me iba a salir el estómago por la boca.

*

Solo hemos tardado una semana en encontrar el barco que nos llevará a Buenos Aires. ¡Estoy entusiasmado! Han hecho una parada técnica en Lisboa debido a una avería. El «Cabo de Hornos» pertenece a la naviera Ibarra. La compañía lo compró a los Estados Unidos de una serie de dieciséis barcos que habían servido para el transporte de tropas. Tras la remodelación, lo han puesto en ruta con Sudamérica. Es un barco mixto de carga y pasaje. Tiene capacidad para 370 pasajeros en camarote repartidos en dos clases y 410 pasajeros bajo cubierta. A Jean-Jacques lo han enviado a labores de limpieza y mantenimiento y a mí, a la cocina. Es la cocina más grande que he visto en mi vida. Me han explicado que hay varios turnos de comida. Primero come la tripulación a las 12:00, a excepción de los que están de guardia. Después, a las 13:00, el pasaje. La jornada se me hace muy larga porque me toca madrugar bastante, limpiar, preparar el pan fresco amasando harina… Me ha costado coger el ritmo, pero, poco a poco, me siento más seguro entre fogones y platos. ¡Cuánta vajilla! Jamás había visto tanto plato junto. Los de primera clase comen a la carta; el resto, los del sollado, reciben un único menú. Cuando termina el servicio, salgo a pasear a cubierta. He charlado con algunos compañeros, la gran mayoría son vascos de la zona de Vizcaya. Me han caído bien. Son un poco mayores que yo.

*

Hemos hecho la primera escala en Las Palmas para cargar provisiones, combustible, agua potable, alimentos y producto fresco antes de continuar hasta Buenos Aires. La climatología aquí en las islas Canarias ha mejorado considerablemente. Navegamos hacia el sur. Me parece que llevo toda la vida navegando. Lo que no sé, lo pregunto. Todo me parece interesante como, por ejemplo, que este barco consume combustible líquido para producir vapor en las calderas y que estas hagan funcionar el motor. A pesar de ser más caro porque es un combustible que escasea y que obliga a salirse de ruta para repostar, debe ser tal la demanda del pasaje que sigue resultando rentable utilizarlo. El resto de la flota de Ibarra va a carbón.

El pasaje está formado por españoles que huyen de España en busca de un futuro mejor al otro lado del charco. En realidad, no soy tan distinto de ellos, solo que yo, por suerte, ya no tengo la sensación de que estoy huyendo, sino viviendo.

*

Sé que puedo meterme en un lío, pero no he podido evitarlo. Está prohibido que cualquier miembro de la tripulación intime con el pasaje, lo sé. Aun así, me daba morbo. Ella se llama Begoña. Tiene 21 años y es de Guernica. Viaja a Buenos Aires para casarse con un hombre que le dobla la edad. Es un acuerdo de sus padres, una incómoda y, al mismo tiempo, segura manera de protegerla de la posguerra española. Su futuro marido es un hombre bien posicionado que le augura un futuro próspero. Ella lo ve como una gran oportunidad. Me ha dicho que se fijó en mí desde el primer día. Yo también la vi, pero me he hecho el interesante. Me gusta ver cómo se sonroja cuando la miro. Es hermosa, sencilla. Lee libros en la cubierta del barco al sol. Y yo sé bien que pueden multarme e incluso expulsarme, pero cuando me sonríe…, me pierdo. Tiene una sonrisa muy bonita, algo pícara incluso. Me incita. De las miradas pasamos a saludarnos. De los saludos a las charlas breves y de las charlas breves al refugio de nuestros cuerpos sudorosos. Nos encontramos en la cubierta de botes de popa cada tarde. En el castillo de popa está el almacén con los aparejos y se guarda el material necesario para el mantenimiento del barco: cabos, sisgas, pinturas, lonas… Es una zona de acceso exclusivo para la tripulación, pero nuestras ansias pueden más que nuestra precaución. Begoña se apoya ligeramente sobre la barandilla mirando al mar y me deja que la posea por detrás. Al principio, se ruborizaba por mi ímpetu, pero últimamente para cuando llego a su encuentro, ella facilita la labor acudiendo con tan solo la larga falda del vestido, sin enagua ni corsé. Siente tanta adrenalina al pensar que podemos ser descubiertos, que me aguarda húmeda y ansiosa. Tiene unas nalgas preciosas. Son anchas y tersas. Sucumbe a un orgasmo tras otro y me deja fatigado. Ayer me dijo que quiere que nos veamos más. Yo no creo que sea lo más adecuado. Me lo paso bien con ella, me encanta el sexo con ella, pero no quiero problemas ni complicarme el viaje. «Venga, Pello —me dijo—, ¿no te gusto tanto? En cuanto llegue a Buenos Aires me espera otra vida con un hombre, seguro que mucho menos fogoso que tú». Le

contesté que me iba a dejar en los huesos, bromeando. No quiero sentirme presionado. Creo que a ella se le está yendo de las manos. Llegó a decirme que siente algo por mí. Yo, por supuesto, no dije ni pío. No quiero una aventura sentimental. Solo quiero llegar a Tahití, que es lo que acordamos Jean-Jacques y yo, y comenzar mi nueva vida.

*

Begoña se ha enfadado conmigo y ha montado un numerito en cubierta digno de novela. Anoche me pidió que nos viéramos tras la cena después del último turno. Me dijo que me esperaría sin ropa interior, que tenía muchas ganas de mí… Y no acudí. No acudí porque no recordaba que ayer por la noche cruzábamos el ecuador y había una fiesta en nuestro honor. Jean-Jacques y yo pasábamos por primera vez la línea invisible que separa el Atlántico Norte del Atlántico Sur. El capitán brindó con nosotros y bebimos licores con los compañeros. Fue muy divertido. Me olvidé por completo de Begoña y de nuestra cita. Era la primera vez desde que abandoné Ormaiztegi que la gente reía entre sí y brindaba en vez de dispararse y pelear… Me hubiera gustado que la *ama* me viera tan feliz. Se habría sentido orgullosa y tranquila al saberme bien.

*

El Pan de Azúcar visto desde el mar es impresionante, majestuoso. Es la roca más imponente que he visto en mi vida. ¡Qué lejos estoy de casa! Y tan solo ha pasado un mes desde que zarpamos de Hendaya y estamos llegando a Río de Janeiro… La costa brasileña es un hervidero de gente. Bulliciosa, el trajín de cargas y descargas resulta enloquecedor. Si mi tío Jaxinto viera estos montes… ¿Quién hubiera dicho hace un año que estaría aquí?

*

Begoña sigue un poco molesta, pero en cuanto lo hacemos parece que se le olvida. Me clava las uñas con fuerza y me pide más y más día tras día. Dice que se ha enamorado de mí. ¡No puede ser!, protesto. El corazón no se controla, me alecciona. Estamos llegando a Montevideo para una nueva descarga. «Piénsalo —me dijo anoche —. Estamos hechos el uno para el otro, Pello. Podemos empezar una nueva vida aquí o donde quieras, pero juntos. No me dejes, Pello, no me dejes, te necesito. Lo que siento por ti es…». Me abrumó. Le

di largas, le dije que no soy un buen partido, que su marido la está esperando en Buenos Aires y, ante su negación a escuchar mis réplicas, le acabé diciendo que no estaba enamorado de ella. No se lo creyó. Quiso que le hiciera el amor para comprobar cómo me hacía sentir. ¡Ya sabía cómo me hacía sentir! Pero no la quiero, ni la quise, aunque accedí a mantener sexo con ella por última vez para calmarla. Nos habíamos divertido juntos, pero lo nuestro no tenía futuro. Insistió mostrándose celosa y caprichosa y jugué la carta más ruin y cruel que pude utilizar para desequilibrar la balanza. «Begoña —le dije—, hablaré con tu marido al llegar. Le contaré lo que ha sucedido. Él te abandonará. ¿No lo ves? Arruinarás a tu familia. ¿Y tu reputación? ¿Qué harás en Argentina tú sola? ¿Eso es lo que quieres para ti y para tu vida? Hacer como si no hubiera pasado nada y casarte con ese hombre es lo mejor para ti y para todos. No te olvides de dónde vienes». Lloró desconsolada y se fue a su camarote.

*

He visto a Begoña bajar la pasarela cuando hemos atracado en Buenos Aires. No siento remordimientos. Se ha perdido entre la multitud del puerto. No ha mirado hacia atrás. Creo que, de haberlo hecho, yo me hubiera escondido. Jean-Jacques y yo tenemos mucho que hacer. Argentina es un país próspero y rico que recibe a diario miles de emigrantes europeos que huyen de la Segunda Guerra Mundial, principalmente, italianos y españoles. El puerto está lleno de gente. Dice Jean-Jacques que no nos costará encontrar otro barco que nos lleve hacia algún puerto del Pacífico.

*

¡Rumbo a Santiago de Chile! Solo hemos tardado dos días en enrolarnos. Vamos en un carguero pequeño de mil toneladas que tiene el motor viejo y oxidado. Igual hemos sido muy ingenuos, porque no tiene buena pinta, pero los dos queríamos seguir la ruta cuanto antes.

*

Llevamos quince días de travesía en una cáscara de nuez. He estado mareado desde que salimos del puerto. Hemos pagado cara la osadía. Jean-Jacques ha estado igual de indispuesto que yo durante la mala mar. El parte meteorológico anunció tormentas. El capitán tuvo que fondear en una cala para resguardarnos del temporal. Las

olas nos han mecido como a una hoja de papel. A medida que nos acercábamos a Tierra de Fuego, el mar nos ha dado una tregua. Hemos abocado el estrecho de Magallanes, enfilando el canal de ida ya con el mar en calma. ¡Menos mal! No he temido por mi vida en ningún momento. Bueno, no al menos por perderla en el mar. El mareo me ha anulado la voluntad por completo. Jean-Jacques quiere que celebremos que estamos en el Pacífico. ¡Estamos cada vez más cerca de Tahití! El puerto de Santiago de Chile es tan grande como el de Buenos Aires y la agitación es la misma. Hay gente por doquier. La situación de Chile es igual de próspera que la de Argentina. Exportan alimentos y materias primas que debido a la guerra se han dejado de producir en Europa. A ver si tenemos suerte y embarcamos pronto.

*

¡Dos meses! Hemos tardado dos meses en encontrar un barco que nos lleve hacia las islas Sociedad. ¡Por fin llegaremos a Tahití! Lo cierto es que este barco es muy parecido al último, aunque no parece tan viejo. El capitán, Pintxo, me ha caído muy bien. Jean-Jacques está en máquinas, de engrasador, y a mí me ha tocado de marinero de cubierta, en la guardia de 8:00 a 12:00 junto al capitán. Es francés y también habla euskera correctamente, así que nos entendemos bien, aunque su acento sea distinto al mío.

*

Pintxo me ha contado que es de Ciboure, al lado de San Juan de Luz, un pueblo con un pequeño puerto. Es un hombre bajo de espalda ancha y fuerte como un toro. Rondará los cincuenta y cinco. Lleva toda la vida dedicado a la pesca y me ha contado que, casi de forma natural, pasó al contrabando entre costas. «Cuando los gendarmes me detuvieron se fue todo al garete —me dijo en una de las guardias—. Mi vida, mi familia, el dinero que había ganado… Me condenaron a diez años de cárcel. Se me cayó el mundo encima. ¿Qué iba a hacer entre rejas un hombre de mar como yo? Entonces, el gobierno francés aprobó una ley que conmutaba parte de la pena de cárcel a cambio de ocupar ciertos puestos de trabajo que se necesitaban en las colonias de ultramar. El único requisito que pedían es que no se tuvieran delitos de sangre. Ellos necesitaban mano de obra cualificada y yo libertad. Prefería estar vigilado y vivir en una colonia lejos de casa esos diez años que pudrirme en la cárcel. No podía salir de la jurisdicción geográfica a no ser que

estuviera aprobado por la autoridad competente. La verdad es que fue una decisión inteligente de los mandamases que beneficiaba a todos. Apenas cobraba salario, pero ya solo estar fuera del hoyo valía oro para mí. Me impresiona que lleve treinta años en Tahití. Primero me asignaron un pequeño barco que hacía de correo y transportaba cargamento ligero entre los cientos de islas que conforman las islas Sociedad. Hay pocas habitadas. Y, poco a poco, fui conociendo esta ruta mejor que la palma de mi mano y que muchos nativos». «¿Por qué decidiste quedarte aquí?», le he preguntado. «Una vez que se cumplió mi condena, antes de lo que pensaba, no quise volver a Francia. Aquí había conocido a una mujer, madre de mi hija, una preciosa niña de cinco años y, después de tanto tiempo, me unían más cosas a Tahití que a Ciboure. Me gustaría volver a ver a mis padres alguna vez —me ha dicho—, siguen vivos, pero mi vida está aquí».

*

Cuanto más hablo con el capitán, mayor es mi admiración hacia él. Pintxo pudo rehacer su vida y empezar de cero. Es un hombre afable. En los barcos de mayor tonelaje, el capitán y el jefe de máquinas no montan guardia, pero en los barcos pequeños hay que hacer de todo, así que me está viniendo bien este ahorro de recursos para aprender. Somos trece tripulantes en total: tres oficiales de puente, tres de máquinas, tres marineros, tres engrasadores y un cocinero. Paso todo el tiempo que puedo junto a Pintxo. Me gusta estar a su lado. Los dos sentimos nostalgia por nuestra tierra y nuestros pueblos. Me ha preguntado si me interesa la navegación. «No lo sé —le he dicho—. No me lo he planteado nunca. Lo de embarcar ha sido con la finalidad de llegar a puerto…». Me ha dicho que sería un buen capitán, que se me ve en la mirada. Creo que lo ha dicho de verdad. ¿Y si mi futuro viene de la mano de Pintxo?

*

Pintxo me ha dado las primeras nociones de navegación. Me ha confesado que siente un cariño especial por mí, que le recuerdo a él. Me ha enseñado a usar el sextante. «Con lo bien que se te da el cálculo, chaval, esto es pan comido para ti. Este aparato mide los ángulos entre dos puntos. ¿Ves?». Yo al principio no veía nada. «Se mide el ángulo del sol y el horizonte. Con estos datos vamos a las tablas náuticas, efectuamos el cálculo y lo trasladamos a la carta de

navegación para poder situarnos en ella. ¿A que es sencillo?». He tardado varios días en aprender a utilizarlo bien. Estoy contento. Han pasado cuatro meses desde que nos fuimos de Hendaya y tengo ante mí un futuro lleno de posibilidades. Estoy lejos de la guerra y a pesar de que los japoneses están por el Pacífico, la situación no parece inquietar a los polinesios.

*

Medio año después de abandonar Sara, llegamos a Tahití. ¿Quién me lo iba a decir? Estoy ilusionado.

Feliz, pero no lo suficiente

Diario 2.

Los tíos de Jean-Jacques han acudido a recogernos al puerto tan pronto les hemos avisado de nuestra llegada. Nos han llevado a su casa, una mansión de dos plantas de estilo colonial con amplios miradores flanqueada por una imponente verja de metal. Un largo pasillo de altos cocoteros conduce hasta la entrada principal. Jean-Jacques se aloja con su familia y a mí me hospedan en uno de los barracones destinados a los capataces de la plantación. Por la noche, un criado ha venido a buscarme para ir a cenar junto a la familia de mi amigo. Me ha traído ropa apropiada para el trópico y, cuando me he mirado en el espejo, se me ha escapado una carcajada. No parezco yo, pero me siento cómodo. Los tíos de Jean-Jacques son muy amables. Nos han preguntado sobre la situación en Francia y en España, sobre el viaje y sobre nuestras respectivas familias. Creo que les he dado un poco de pena. Por otra parte, nada más entrar en el salón, he notado cómo se clavaban en mí los ojos de una de las primas de Jean-Jacques. He disimulado todo lo que he podido, aunque he de admitir que me ha atraído sobremanera el cuerpo moreno y terso de Marie, la hermana mediana, que ha insistido tras la cena para que nos quedáramos charlando. Jean-Jacques y yo estábamos tan cansados que hemos rechazado la propuesta. Marie exhala sensualidad, por lo que me ha parecido más prudente retirarme a descansar. Mañana nos explicarán cuáles son nuestras tareas.

*

Estoy molido. Las jornadas de trabajo en la plantación son interminables. Nos recogen en los barracones a las 6:00 de la mañana. Para esa hora ya hemos desayunado. Me han dicho que según la época del año la tarea es más intensa. He tenido suerte de que no sea tiempo de corta de caña, parece ser que es durísimo. Con el cansancio que arrastro, no quiero ni imaginármelo. La mano de obra escasea y los nativos no están acostumbrados a trabajar, así que aquí estoy, en Tahití, al mando de veinte presidiarios que, como a Pintxo, la metrópoli ha enviado a las colonias para trabajar.

Me acompaña un gendarme que los custodia. Trabajan en la plantación durante doce horas consecutivas. Después, llega un camión que los devuelve a prisión y hasta el domingo no descansan. El ritmo es agotador. Jean-Jacques está en la fábrica de refinado de la caña de azúcar. No voy a quejarme. Tengo trabajo y el clima es estupendo. A fin de cuentas, yo no estoy doblando el lomo, sino dando órdenes.

*

El barracón donde me hospedo está dividido en diez habitaciones con baño particular. Tenemos una cocina colectiva y el cobertizo hace las veces de sala de reuniones. Apenas estoy con el resto de los capataces porque Jean-Jacques y yo salimos en cuanto tenemos un rato libre. Hay decenas de clubs y tabernas que esperan la llegada de los trabajadores de la hacienda. Los sábados por la noche el ambiente de la ciudad es festivo total. Cientos de chicas nos esperan. Son nativas de las islas que se dedican al negocio más antiguo del mundo y, a diferencia de las que hemos conocido hasta la fecha, toman su oficio como algo natural e incluso, en ocasiones, ejercen movidas por el capricho de acostarse con uno u otro. A esto deben llamarle «la buena vida».

*

Creo que ni en mis más locos sueños me hubiera imaginado rodeado de tanta mujer bella, tanto sexo y tanto alcohol. Los domingos soy un despojo. Me sacude la resaca. Pero ¡qué bien nos lo estamos pasando Jean-Jacques y yo! ¡Viva Tahití! Eso sí, no debemos dejar de acudir a misa. Forma parte del precio a pagar por la hospitalidad de su familia. Yo no sé cómo Dios nos deja comulgar junto al resto de feligreses. Se nos ve en la cara que salimos del mismísimo infierno. «¡Perdona nuestros pecados de esta semana!», dice Jean-Jacques entre dientes cada vez que nos inclinamos para rezar. Me hace reír. Me siento feliz. Libre. Creo que nunca había sentido tanta alegría de vivir. A pesar del cansancio y de la distancia, me siento enérgico, contento. Me gusta Tahití.

*

Ahora que mi vida parecía estar en calma, he vuelto a meter la pata. Bueno, lo cierto es que me lo han puesto difícil. Marie y yo hemos estado coqueteando cada vez que nos hemos visto. Miraditas, algún que otro piropo, un roce casual para cerciorarse de la dureza de mis músculos y ligeros gestos que han hecho que su falda se suba

un poco más de la cuenta y sus muslos asomen dejándome entrever el tejido de su ropa íntima. Tiene quince años recién cumplidos, no obstante, su mirada no dista de la mirada de cualquier mujer con la que me he acostado los últimos sábados en los clubs. Me mira fijamente, pestañea de más y ladea la cabeza mientras me sonríe con picardía. Es una niña caprichosa y consentida acostumbrada a conseguir lo que se propone, además de ser el ojito derecho de su papá. Sé que puede traerme problemas, pero, al mismo tiempo, me excita su atrevimiento y su piel morena, así como sentirme tan deseado. Juro que anoche no la esperaba en mi cama. Ni siquiera le había dicho que sí a su primera petición de acostarse conmigo. La tomé como una broma evitando el conflicto. Ayer hizo un día de perros. Llegué a la habitación empapado y cansado. Solo quería ducharme y dormir. Marie estaba sobre la cama, desnuda, ofreciéndose como fruta fresca. No abrió la boca. No hizo falta. Me di una ducha para quitarme el polvo y el olor a sudor y me recosté junto a ella con una erección descomunal. ¿Cómo podía una criatura tan joven ser tan sumamente descarada? Me suplicaba con la mirada que continuara, que la hiciera temblar de gozo una y otra vez. Marie necesitaba del sexo tanto como del comer. Cuando me desperté había desaparecido de la habitación. Hoy he estado bostezando todo el día. Honestamente, espero que no vuelva. No quiero problemas y Marie es pura tentación.

*

Me lo temía. Regresó y ha regresado cada noche. Me espera en la cama o dentro de la ducha. No me deja recuperarme del cansancio. Es insaciable. Esta mocosa me ha metido en un lío con su apetito sexual. No es que no me guste acostarme con ella, digamos que me he aburrido y que me importa más mi paz que sus curvas perfectas de adolescente incipiente o sus pezones morenos y erectos, siempre tan dispuestos. Jean-Jacques no sabe nada. ¡Me mataría! ¡Me echarían! No puedo permitir que esta cría me manipule. En cuanto le menciono mi necesidad de estar a solas o de hacer como si no hubiera pasado nada, me amenaza con contárselo a su padre. Me tiene cogido por las pelotas. En sentido literal y figurado. Debería aprender un día de estos a mantenerme al margen.

*

Marie me ha dado una semana de tregua. Dice que ha estado con la menstruación y que no le ha parecido apropiado. Ha sido la única

conversación que me ha permitido mantener antes de pedirme que exploremos todas las posibilidades del sexo. Necesita experimentar y a mí me fascina su fantasía y su falta de vergüenza o pudor. El domingo, en la comida con su familia, ha disimulado como si fuera la mejor actriz del mundo. ¿Cómo es posible que sea tan astuta? Yo cada vez estoy más convencido de que Marie es una ninfómana con la libido hiperactiva; está obsesionada con el sexo.

*

Al final sucedió lo que tenía que suceder. Nos pillaron. Marie insistió tanto en continuar con la exploración del placer, que su padre comenzó a seguir sus pasos para comprobar a dónde iba su hija entrada la noche. La encontró a cuatro patas sobre mi cama y se la llevó del brazo apenas tapada con la sábana. Me despidió en el acto y salí tan apresurado de la plantación que no pude ni despedirme de Jean-Jacques, a quien debía una explicación y una disculpa. He tenido suerte de que el padre de Marie no me haya denunciado por violación o abuso de una menor, lo que me hubiera llevado directo a la cárcel. Lo que más siento es que mi amigo crea que he traicionado su confianza.
Estoy alojado en una pensión del puerto. Gracias al trabajo de estos seis meses no tengo problemas de dinero y puedo costearlo. No creo que sea seguro que continúe aquí por mucho tiempo. El tío de Jean-Jacques es muy influyente y no quiero vivir con la sensación de que un par de ojos vigilan mis pasos. Necesito tomar una decisión.

*

Pintxo llega hoy a puerto. Tengo que hablar con él. Viene de realizar la misma travesía entre Santiago de Chile y Tahití. Si hay alguien que pueda ayudarme ahora mismo es él. Estas semanas han sido desesperantes sin nada que hacer y recibiendo miradas de desdén de personas anónimas que me muestran su desprecio. ¿Qué sabrán? Me siento prisionero en esta isla, me ahoga saber que vaya donde vaya me espían o cuchichean a mis espaldas. No quiero ni imaginarme cómo estará Marie y cuál es el castigo que le habrá impuesto su padre. Estaba fuera de sí. Puedo comprenderlo. El muy ingenuo no sabe qué hija tiene ni cómo se las gasta. Espero que Pintxo me eche una mano. ¡O las dos! Necesito salir de aquí.

*

«Muchacho, primero he de visitar a mi mujer, ya sabes», me ha

dicho nada más verme. Un par de horas después, ya en el café del puerto, me ha explicado sus planes, donde afortunadamente, entro yo. «Estoy buscando gente de confianza, Pello. No a cualquiera. Quiero ampliar la flota. Desde que llegué aquí he tenido tiempo suficiente como para comprobar que hace falta transporte de mercancía entre islas. No hablo de cargamentos de gran volumen, sino de carga continua y posibilidades de hacer negocio. La línea entre Santiago de Chile y Tahití está consolidada. Quiero un barco de menor tonelaje para el comercio entre islas y te quiero a ti. Yo no puedo atender las dos rutas. ¿Qué me dices? ¿Te interesa? Tienes que sacarte el permiso de patrón de cabotaje, el examen es bastante sencillo y, después de todo lo que te he enseñado, no te resultará complicado, ¿no crees?». Lo escucho con atención. Estoy entusiasmado. ¡Sabía que Pintxo podría ayudarme a salir de este atolladero! Cuando le he contado lo de Marie y que ni siquiera me he podido despedir de Jean-Jacques me ha dicho con total tranquilidad que estas aguas también volverán a su cauce, como si supiera bien de lo que habla. «Ten cuidado con las mujeres. Algunas son muy peligrosas. Te engatusan, te utilizan o te rompen el corazón». «Pero tú estás felizmente casado, Pintxo, no puedes decir lo que acabas de decir», he protestado. «Porque hay mujeres y mujeres, y cuando encuentres a esa mujer especial, "la que apaga el ruido del mundo", habrás comprendido por qué has sido tan estúpido el resto del tiempo. Ella llegará y tú solo tienes que estar preparado para recibirla y cuidarla como la joya de la corona que es». Ha sonado demasiado romántico para mí, pero no he querido rechistar. Igual en esto también tiene razón. Desde luego, Marie no es esa joya, ni Begoña, ni Antoinette…

*

Hemos visitado un barco que lleva fondeado dos años. Es una chatarra, pero Pintxo cree que tiene posibilidades. Tiene un motor diésel de 450 caballos, verificado por Bernard, el maquinista, con quien ha hablado Pintxo y que nos ha acompañado al muelle. Los medidores de aceite están bien. «Si pruebo unas baterías de arranque y funciona, por mí vale», ha afirmado. Pintxo le ha dado dos palmaditas en la espalda y después me las ha dado a mí. Está contento. Dice que su idea va tomando forma. Yo no quiero hacerme demasiadas ilusiones, no soy capaz de ver un barco navegando entre ese montón de chatarra, pero ¿quién soy yo para

opinar? Mi madre solía decir que mejor ver, oír y callar.

*

Para mi sorpresa, el motor, tras varios intentos y la purga de los inyectores, se ha puesto en marcha gracias a las nuevas baterías. No doy crédito. Ahora toca restaurar la madera del casco. Le he comentado a Pintxo que me gustaría colaborar en la restauración. No le hablé del tío Jaxinto y su habilidad con la madera, ni de lo mucho que me enseñó en el taller. ¿Qué habrá sido de él? El caso es que me ha dicho que sí, que puedo hacer lo que quiera porque es mi barco. Siento que la suerte me sonríe y tal vez parezca una idiotez, pero la carpintería me hace sentirme un poco más cerca de mi madre y de Ormaiztegi. Como si el sonido de la sierra y la lija me transportara en el tiempo al caserío, al caldo de la *ama*.

*

Pintxo tiene claro cuál va a ser la tripulación de su nueva adquisición. Yo seré el capitán. ¡Yo, capitán! Estoy emocionado. Bernard será el maquinista. Me fío de él después de haber visto con mis propios ojos cómo pudo ver más allá de la chatarra que yo vi fondeada. Es agradable en el trato y sabe de mar. Pintxo contratará a nativos. Dice que, si bien no son buenos trabajadores en tierra, saben más de navegación que nadie. Estamos en sus aguas.

*

Bernard y yo nos hemos ocupado de traer a tierra el barco mientras que Pintxo ha vuelto a realizar su ruta habitual. Nos ha dado instrucciones precisas de lo que debemos hacer durante su ausencia. Los días están pasando a toda velocidad. He recibido un curso rápido en la capitanía del puerto que está a cargo de un comandante de la Marina francesa. Ya tengo el título de patrón de cabotaje para barcos de no más de 150 toneladas. Justo lo que necesito. Por las tardes voy al astillero. Pronto lo botaremos al mar. Bernard y yo queremos esperar a Pintxo. Le hemos cambiado el nombre. Se llamará «Kizkitzako Ama» en honor a la ermita de mi pueblo. Ardo en deseos de navegar en él… A Bernard no le ha gustado el nombre, pero eso es porque no conoce el faro que guía a los navegantes junto a la ermita. Yo creo que es una forma de no olvidar jamás de dónde vengo y dónde están los míos. ¡Maldita guerra!

*

Pintxo ha conseguido que la administración francesa permita formar una nueva línea regular de transporte entre islas que cubrirá el Kizkitzako Ama. «El monopolio es estatal, pero no llegan a todo y un poco de ayuda no les viene mal —me ha explicado—. Así pueden cubrir todas las necesidades. Voy a ampliar la oficina de contratación de carga que tengo aquí en Tahití para gestionar la ruta de Santiago de Chile y atender también la nueva línea. Tenemos seguro, permisos, equipos y las cartas de navegación necesarias. ¿No estás contento, Pello?», me ha preguntado mientras cenábamos. Solo he sido capaz de responder que no me lo creo. «Mira, en estos años he podido conocer de sobra la situación de las islas y las necesidades de cada una de ellas. Esto es pan comido ahora. Toca sacarle provecho a lo que he aprendido. Así que espabila y disfruta. Nos va a ir muy bien, Pello. Confía en mí». He brindado con él. Confío en él. ¡Claro que confío!

*

La administración recurre cada vez más a nosotros y hemos llegado a facturar más del 50 % al estado francés. Pintxo es un visionario. Jamás imaginé tener esta tranquilidad económica y, además, disfrutar así del trabajo. Me siento cada vez más seguro en el barco. Los puertos fijos de recalada están en las islas de Tetiaroa, Moorea, Huahine, Raiatea, Tahaa, Tupai y Maupiti antes de regresar a Tahití. No siempre tengo carga suficiente, pero al menos da para cubrir los gastos de combustible. Estoy aprendiendo a hablar el idioma de los nativos. He visto islas y lugares preciosos, por suerte, no todos habitados por el hombre. El archipiélago polinesio está formado por más de mil islas e islotes. Algunas no figuran ni en los mapas. A veces tenemos que botar una lancha para acercarnos a la playa porque la barrera de coral no nos permite acceder con el viejo pesquero restaurado. Donde antes almacenaban pescado, ahora cargamos y descargamos con facilidad porque agrandamos la escotilla que ocupa casi toda la bodega. El puntal de carga también es más grande y robusto y puede soportar pesos mayores. Lo cierto es que nuestra presencia ha beneficiado a todos, incluidos los nativos que como mucho podían aproximarse a otras islas con sus cayucos.

El tiempo pasa veloz. Me estoy ganando la confianza de los isleños. Hago pequeños trapicheos con tabaco y alcohol para los hombres y productos de belleza para las mujeres. Pintxo y yo

tenemos un acuerdo no escrito por el que, aparte de la paga acordada, puedo hacer «gestiones privadas» siempre y cuando no sean competencia para la compañía; así que me gano un extra cada poco tiempo llevando y trayendo mercancía que de otra forma jamás llegaría. El intercambio es la manera más natural del comercio entre islas donde el dinero apenas circula. Unos me pagan con provisiones, pescado fresco o fruta y otras me pagan con deliciosas veladas sexuales de las que disfruto sin culpa ni remordimientos. Cada uno ofrece lo que tiene y tan contentos. Me fascina la naturalidad con la que toman el sexo en este lado del mundo. Hay aldeas donde me esperan mujeres en fila india para pagarme los productos que les entrego. Tengo un detalle para cada una de ellas. Son tan entregadas y cariñosas que me abruman con su generosidad. No celan unas de otras, viven con una sencillez digna de admiración, sin tanto prejuicio como los europeos, y ya no digo nada de los vascos. ¡Habría que ver a cualquiera del pueblo aquí! La mojigatería desaparecería en el acto.

*

Alemania ha sido vencida. ¡Por fin se ha terminado la maldita guerra en Europa! Japón se ha rendido también en el Pacífico. Y ya no sé más. Hasta aquí no llegan las noticias y solo consigo enterarme de algo cuando atracamos en Tahití. ¿Qué será de la *ama*? ¿Y del tío Jaxinto? A días me siento egoísta porque no pienso suficiente en ellos, porque yo estoy muy lejos de las penurias y de la estúpida guerra que nos hizo matarnos unos a otros. Aún recuerdo la carnicería en Bilbao… y no ha pasado tanto tiempo. Espero de veras que estén bien. Se me hace más fácil mirar hacia adelante. Cuando echo la vista atrás, me duele el pecho. Soy feliz en mi nueva vida, pero dejé sola a la *ama*. Supongo que de haberme quedado estaría muerto. Ojalá ella tenga la misma certeza que yo de que hice lo correcto.

*

Hoy he visto a Jean-Jacques. Hace quince días tuvimos que entrar en el puerto de Tahití para que repararan el casco y revisaran el motor y me hospedé en un pequeño hotel. Nos hemos encontrado en uno de los clubs. Me ha saludado sin hostilidad alguna, hemos tomado unas cervezas y nos hemos puesto al día. En la plantación de su tío todo sigue igual. No le interesó el escándalo que supondría para la familia lo ocurrido con Marie y la envió interna a un colegio

de monjas de la congregación francesa de las hermanas de la Caridad. No volvieron a mencionarla nunca más, como si se la hubiera tragado la tierra. Siento lástima por ella. En realidad, no se merecía esa prisión en vida. ¡Pobre criatura! Le he contado cómo es mi vida ahora y me ha dicho que no siente envidia, que solo de pensar en volver a marearse le dan escalofríos. Le he llamado maricón y nos hemos reído a carcajadas. Me alegro de que hayamos vuelto a encontrarnos. Puedo decir que Jean-Jacques ha sido y es mi único amigo. En ningún momento me ha reprochado lo sucedido con su prima ni que me marchara sin despedirme.

Aunque lo que más me ha alegrado de nuestra charla ha sido que a través de él he tenido noticias de mi madre y del tío Jaxinto. Parece ser que le alcanzó un obús y está sordo, pero en el pueblo, en casa. No sé si han sido las cervezas, las emociones atragantadas o todo junto, que he terminado llorando sobre el hombro de mi amigo. «¿Quién es ahora el maricón?», me ha dicho burlándose.

*

Desde que me encontré con Jean-Jacques no dejo de pensar en la *ama*. ¿Cómo pueden haber pasado diez años sin apenas enterarme? En España, Franco tiene al pueblo muy controlado, me contó Jean-Jacques. A pesar de ello, y como necesita apoyo y reconocimiento mundial, se ha visto obligado a ceder y permitir cierta apertura si quiere recibir ayuda internacional. Por ello ha permitido que vuelvan algunos exiliados como muestra de cambios en su política y apertura al exterior. «¿Tienes ganas de volver?», me preguntó. No le respondí ni me atrevo a responderme a solas, pero no dejo de darle vueltas. Creo que esta etapa llega a su fin y me da pena y al mismo tiempo miedo, mucho miedo volver… Quise ser como Pintxo, pero este no es mi lugar y cada día lo siento más adentro. Me fui huyendo de la Guerra Civil española. Tengo veintiséis años y más dinero del que jamás pensé que podría llegar a tener. Puedo costearme el pasaje de Tahití a Francia y vivir unos cuantos meses sin necesidad de trabajar. Echo de menos mi tierra. Echo de menos a la *ama*.

Creo que este diario me está viniendo bien para aclarar ideas. Tengo que hablar con Pintxo y ponerle al corriente de mis planes. Imagino que lo entenderá. Pintxo ha sido para mí como el padre al que nunca conocí.

Un error y una colección de desdichas

Diario 3.
6 de enero de 1951.
He embarcado en el buque francés de pasaje y carga «M/V Bretagne» rumbo a Le Havre, París, vía canal de Panamá. No me puedo creer que esté despidiéndome de este lugar. Pintxo se ha acercado al puerto a despedirse. Anoche cenamos juntos y me deseó toda la suerte del mundo. También me encomendó que visitara a su familia. Siento un gran nudo en el estómago, dejo aquí una parte importante de mi vida. Jean-Jacques ha vuelto a decirme antes de embarcar que no sea maricón. Los dos hemos entendido el verdadero significado de esa palabra. Me conoce bien. Nos hemos abrazado fuerte, lo echaré de menos. Tengo un mes por delante hasta llegar a París y despejar mi cabeza de la nostalgia que se ha pegado a mí como el salitre.

Pintxo se tomó muy bien mi decisión, como era de esperar. Cuando uno es feliz con su vida, solo quiere que los demás estén igual de felices o más. Le caí en gracia la primera vez que me vio y me trató y me aleccionó como el hijo marino que no tuvo. He sido muy afortunado.

12 de febrero de 1951
Nada más llegar a París, me fui a la estación central para coger un tren rumbo a Hendaya. Tengo ganas de cumplir la promesa que le hice a Pintxo de visitar a su familia. Iré mañana. Llevo tres días durmiendo prácticamente todo el tiempo. Han sido muchas emociones desde que llegué y me ha costado asimilar el cambio. Me había olvidado del cielo plomizo y de la lluvia. Me deprime este clima tan triste del País Vasco. Llueve sobre mojado, como si el tiempo se hubiera detenido.

13 de febrero de 1951
La familia de Pintxo me ha recibido con los brazos abiertos. Estaban deseando tener noticias de su hijo de primera mano. Les he mostrado una foto de Pintxo con su mujer y su hija. Su madre se ha emocionado al ver a su nieta. «No creo que llegue a abrazarla —ha dicho entre sollozos—, es tan bonita, morenita ella…». No han

parado de hacerme preguntas durante el almuerzo. Están orgullosos de lo que su hijo ha conseguido. Yo, por supuesto, les he contado mi experiencia y cómo Pintxo me ayudó cuando más lo necesité. He obviado detalles, pero han podido hacerse una idea de lo respetado y admirado que es su hijo en el otro lado del mundo. Me he podido imaginar perfectamente a Pintxo en su pueblo. Ciboure es tan pequeño y el mar se adentra en él con tanta fiereza, que es normal que escuchara su llamada y la vida le tuviera deparado un destino semejante. Me han despedido llenos de muestras de cariño y agradecimiento. Saben que es muy probable que mueran sin ver por última vez a su hijo; son mayores y Pintxo no tiene previsto regresar a pesar de que a menudo habla de volver. De nuevo, mucha intensidad. Necesito descansar bien porque mañana regresaré a Sara y veré a los tíos.

27 de marzo de 1951
La tía no mostró demasiada alegría al verme. Me preparó un café, me hizo preguntas de cortesía y se retiró a limpiar los cristales, como si mi presencia o mi no presencia no alterara lo más mínimo su vida. El tío sí que se puso contento al verme, pero me dejó claro que no podía estar en su casa a la sopa boba, así que me busqué un trabajo lo más rápido posible, además de ayudarles con los animales. El caserío no daba más que para comer. Mucho trabajo y poco más. Sara es un pueblo muy pequeño que se dedica a la agricultura y a la ganadería, tiene pocas salidas profesionales y todo el mundo se conoce entre sí. No sé si seré capaz de permanecer aquí durante mucho tiempo. Las pequeñas chapuzas de carpintería que realizo me entretienen, aun así, es insuficiente. Ni gano dinero ni alegría. Estoy taciturno.

4 de abril de 1951
La familia de Pintxo se puso en contacto conmigo la semana pasada. Fui a comer con ellos el domingo y me propusieron entrar a formar parte del negocio familiar de pesca. Desde que Pintxo se había marchado de Ciboure, eran sus hermanos quienes continuaban con el barco una vez recuperado de la *Gendarmerie* tras haber sido incautado por contrabando. Vivían de lo poco que pescaban y vendían en el mercado de San Juan de Luz y les estaba llegando la hora de retirarse. «¿Te interesa? Eres el relevo perfecto para esta familia, Pello», me dijeron. Les pedí tiempo para pensar. No lo tengo nada claro. El Cantábrico no es como las aguas polinesias. La

vida en la mar es muy sacrificada. Abandoné Tahití precisamente para poder tener una vida más estable. He denegado su oferta. No se han molestado conmigo. Lo comprenden. Me han dicho que soy muy joven y que tengo toda la vida por delante para hacer lo que quiera. He escrito una carta a la *ama*. Le he dicho que pronto iré a visitarla y que estoy bien. Supongo que todas las madres necesitan saber esto. Los tíos se la harán llegar. No es fácil cruzar la frontera y no sé bien cómo lo haré, pero ya va siendo hora de que la vea. Creo que sin pasar por casa no voy a ser capaz de continuar con esta vida tan prometedora que todos me auguran. Ojalá yo también viera mi futuro con tanta clarividencia.

18 de abril de 1951
La situación después de la Segunda Guerra Mundial es lamentable. La alimentación es básica y, aunque por suerte no se pasa hambre, no sobra nada. Los mejores productos van al mercado de San Juan de Luz. No hay forma de prosperar entre tanta miseria, a no ser que aproveches la condición de fronterizo y te dediques al contrabando entre España y Francia. Es lo que hace la mayoría de los jóvenes de Sara y alrededores. La posguerra española, la Segunda Guerra Mundial y el aislamiento internacional de España durante la dictadura de Franco han propiciado que algunas localidades fronterizas vivan tiempos de esplendor. La incipiente industria española necesita suministros del exterior. Las fronteras están blindadas para salvaguardar el país de las esencias de la fe cristiana amenazada por los comunistas. Yo creo que más que aislamiento internacional, es España la que no quiere abrirse al mundo. Hay puestos de control y de aduanas incluso para los mismos españoles en su propio territorio para poder circular. Se requiere de un permiso especial para trasladarse de una provincia a otra. El contrabando es casi una actividad imprescindible para garantizar productos entre ambas partes de la frontera y un pequeño desahogo. En cada caserío faltan miembros que no regresaron de la guerra, muertos o encarcelados, y solo hay mujeres y niños para soportar las cargas de trabajo. Así que los pocos jóvenes que quedan, los que quedamos, tenemos que buscarnos la vida. Yo siento que no tengo mucho que perder.

13 de mayo de 1951
He empezado a compaginar los trabajos en el campo con pequeños viajes al otro lado de la *muga*.[1] Esto no tiene nada que ver con el

alcohol y el tabaco que movía en Tahití. Allí ni siquiera se podía considerar contrabando lo que hacíamos. No había control, ni aduanas, ni policía que vigilara nuestros movimientos. Se trataba de un intercambio casi natural de mercancías y servicios. Estos recuerdos parecen de otra vida y tan solo han pasado cuatro meses desde que regresé a Sara. El tiempo vuela.

He formado un grupo entre los pocos conocidos que tenía en el pueblo. Los necesito porque yo no conozco tan bien como ellos el monte y los pasos a través. Vuelvo a parecer el capitán de un barco dando órdenes y organizando a la tripulación, esta vez, en tierra firme. Es que solo por pasar unos paquetes en una noche puedo ganar quinientas pesetas, mucho más de lo que se gana una semana como pastor. Algunos del grupo han trabajado haciendo pistas en el monte a pico y pala y, si en jornadas interminables desde el alba hasta el anochecer ganan cincuenta pesetas, por la noche con el contrabando ganan diez veces más. Me asombra lo interiorizada que tiene la sociedad esta práctica, nos toman por héroes y se exalta nuestra astucia por burlar la ley. Ni nos juzgan ni nos critican. Existe una especie de código no escrito que hace que cualquiera de los caseríos fronterizos nos acoja si estamos en peligro de ser capturados por la Guardia Civil o la *Gendarmerie*. Vivo con intensidad cada día. Mi cabeza no para de pensar.

25 de mayo de 1951
Existen diferentes modalidades de contrabando. A quienes se dedican a pasar personas de un lado a otro de la frontera se les llama «mugalaris». Los que pasan ganado son «ramaleros» y nosotros, los que nos dedicamos al transporte de mercancías, somos los «paqueteros». Cruzamos de noche. He aprendido a moverme por el monte bajo la luz de la luna y guiado por las estrellas casi tan bien como aprendí a moverme gracias al sextante en la inmensidad del mar. Los sonidos son completamente distintos, no se escucha el arrullo de las olas, sino los crujidos de hojas y ramas al ser pisadas o el canto de algún ave nocturna que nos da su visto bueno. La tensión es la compañera de cada viaje. Nada puede ni debe fallar. Durante el día limpio las cuadras, ayudo a mi tía en el corral y trabajo en el taller de carpintería donde me permiten realizar algunas chapuzas a cambio de un salario paupérrimo. Lo importante es no levantar sospechas. Me estoy ganando una buena reputación en el pueblo. Mis tíos no me dicen nada. Cada semana les entrego

una parte de mis ganancias y no quieren preguntar de dónde saco los billetes que no les vienen nada mal.

13 de junio de 1951
Creo que me he enamorado. Estoy alterado como un colegial. Se llama Nadine y es de Alsacia. Ha entrado a trabajar en la taberna del pueblo y nada más verla he sentido que el corazón se me salía. Creo que a ella también le he gustado porque me ha sonreído y se ha quedado mirándome durante un buen rato. Es bonita. No dejo de pensar en ella. No sé qué excusa inventarme para entrar en la taberna una y otra vez y no parecer un borracho. Quiero invitarla a salir. ¡Me estoy volviendo loco! Es tan nuevo…

30 de junio de 1951
Nadine me ha dicho a ver si no voy a invitarla nunca a salir. Tiene guasa. Yo haciéndome el remolón y ella esperando mi gallardía. La verdad es que esto no me había pasado antes. Será porque, a pesar del deseo que siento hacia ella, Nadine me interesa de una forma distinta al resto de mujeres con quienes he estado. Es inteligente. Tiene un brillo de ojos especial. Habla con soltura y sabe poner en su sitio a quien osa propasarse tras la barra tanto en formas como en vocabulario. Ha revolucionado la taberna y me ha desequilibrado. La tengo entre ceja y ceja a cada segundo. Saldré con ella mañana por la tarde; tiene libre. No sé qué ropa ponerme porque voy de remiendo en remiendo. Llevo el pelo demasiado largo. Me dijo que le gustan los pelirrojos como yo, que le caen simpáticos. En esto sí que no tengo competidor. Sigo siendo el único *gorri* del pueblo. ¿Cómo puedo estar tan nervioso por una cita con una mujer y cruzar cada noche la frontera con la cabeza tan fría?

18 de julio de 1951
Definitivamente, estoy enamorado. Nadine me ve como un canalla y un aventurero, un hombre que sabe lo que quiere y puede conseguir aquello que se propone. No he querido quitarle la ilusión, en realidad, no sé nada de nada desde que la he conocido y mi pasado, más que premeditado, ha sido un pasaje tras otro de capítulos improvisados. Nadine es dos años mayor que yo. Ha heredado el caserío de su tía y se ha venido a vivir a Sara con lo puesto, además de su experiencia como camarera. Tiene don de gentes. Me ha pedido que me vaya a vivir con ella. Después de nuestra primera noche de sexo no hemos podido despegarnos uno del otro. Creo que

mi tía se ha alegrado de que haya aparecido «la alsaciana». Con el dinero que gano del contrabando y las chapuzas que realizo, estoy tranquilo y puedo permitirme tener más días libres que si solo viviera de la carpintería. Nadine y yo nos encerramos en la habitación y empapamos las sábanas. No tiene nada que ver hacer el amor con ella a hacerlo con el resto de mujeres. Me enloquece el olor de su cuerpo y sus curvas generosas. Podría dormir sobre su vientre cada noche mecido por su respiración. Ahora entiendo lo que decía Pintxo sobre las mujeres y sobre aquella que «parará el ruido del mundo para ti». Con Nadine me siento en casa, feliz. No hay ruido afuera.

23 de noviembre de 1954

¡Cuánto tiempo sin abrir este cuaderno! Han pasado tres años junto a Nadine que siguen siendo igual de felices que las últimas líneas que escribí. Ella sigue trabajando en la taberna y yo no he parado de ir y venir de un lado a otro de la *muga*. He cogido este diario para escribir lo siguiente. ¡Voy a ser padre! Nadine está embarazada. Estoy feliz, feliz, feliz. Tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Voy a formar una familia. Mi propia familia. Nadine está preciosa. Se le han ensanchado un poco las caderas y tiene la piel más sonrosada, dice que quiere un niño pelirrojo como su padre. «Quiero que sea chico, alto, guapo y fuerte como tú, Pello». Yo también quiero un niño. Me gustaría enseñarle a jugar a la pelota y enseñarle a navegar. Aunque preferiría que tuviera la belleza de su madre y su coraje. Dice Nadine que lo más importante es que sea un niño sano. Tiene razón. ¡Voy a ser padre!

11 de julio de 1955

Agustín nació el día 3. El parto no fue sencillo y Nadine está aún recuperándose. Sonríe cada vez que mira al niño: es pelirrojo como yo. Dice que eso le traerá buena suerte. Enviamos una carta a mi *ama* para avisarle del nacimiento. No tengo perdón, aún no he ido a visitarla. Es harto arriesgado cruzar la frontera y alejarme tanto del monte por caminos que no conozco. En todo este tiempo nadie me ha animado a intentarlo, me llaman loco. Dicen que me detendrán tan pronto pise el pueblo. Al menos sé que están bien y eso me consuela. Ahora me debo a Nadine y a Agustín. Ella está tan débil que hemos llamado a una vecina para que venga a echarnos una mano.

8 de septiembre de 1955

He decidido que Nadine deje de trabajar y se dedique a cuidar de nuestro hijo. Al principio ha protestado un poco, pero ha accedido puesto que su salud tras el parto no se ha recuperado tal y como esperábamos. Se cansa con mucha facilidad y sufre mareos frecuentes. En casa y sin las obligaciones de la taberna estará mejor. Yo he vuelto al monte por las noches. No quiero tener que preocuparme del dinero para mantener a mi familia y voy a conseguirlo.

1 de agosto de 1958
Agustín ya tiene tres años. Es un calco de mí. Una miniatura de mí mismo. Habla en francés y en euskera con su lengua de trapo y mezcla los idiomas sin comprender. Lo llevamos desde hace tiempo a una guardería porque Nadine enferma no puede atenderlo como quisiera. Apenas puede sostenerlo en brazos unos minutos, puesto que se cansa. Le han dicho que es un problema del corazón y que no debe hacer esfuerzos. Tuvimos que trasladarnos a San Juan de Luz para estar más cerca del hospital. Ingresa con frecuencia. Llora mucho. Se siente una mala madre por no poder cuidar de su hijo. Yo trato de consolarla, pero ya no sé cómo animarla. Cuando llego a casa está recostada en la cama y ni siquiera tiene ganas de que hagamos el amor por miedo a que su corazón estalle. «¿Cómo va a estallar?», le digo yo. En todo caso, estallaría de alegría. He dejado de hacerle gracia. Ella ha dejado de inspirarme y la casa se me cae encima. Yo no sé cubrir las necesidades de Agustín aparte de la aportación económica. Juego con él, pero vivimos a deshoras. Yo trabajo y para cuando regreso, él duerme, y yo vuelvo a marchar.

12 de agosto de 1958
Me han propuesto un encargo muy suculento y he accedido. Tenemos que pasar maquinaria de imprenta para España. Como es un pedido de envergadura, me ocuparé yo. No me gusta delegar este tipo de trabajos. Las máquinas vienen despiezadas, así que he preparado el operativo para cruzar la *muga* tres noches seguidas. Ocupan mucho volumen, por lo que voy a precisar de tres mulos y cinco personas, además de las dos de vigilancia. En cuanto acabe, me tomaré un descanso para disfrutar de lo que queda de verano junto a Nadine y Agustín. Quiero llevarlos a la playa. Seguro que el mar les sienta bien a los dos.

6 de septiembre de 1958

Estoy en la prisión de la comisaría de San Juan de Luz a la espera de que me envíen a París. El operativo resultó más complicado de lo que esperábamos porque llovió como llueve en esta tierra, todo de golpe y sin dar tregua durante tres días. La primera noche pudimos pasar parte del cargamento, pero una vez comenzó a llover, tuvimos que retrasar la segunda entrega porque los caminos estaban resbaladizos y temimos que se estropeara la mercancía. No había que correr más riesgos de los necesarios. Creo que en ese ir y venir a comprobar el terreno alguno debió levantar sospechas y se intensificaron las envidias entre los propios contrabandistas. No me explico si no cómo nos estaba esperando la Guardia Civil en el punto de entrega de Endarlatsa con total precisión. Alguien debió de irse de la lengua. Logré escapar esa primera noche y regresar a Francia, donde me ocultaron durante tres días en un caserío de Biriatou. Los contactos que tenía me aseguraron que alguien vendría a por mí, pero quienes aparecieron fueron los gendarmes que me llevaron directo al calabozo. Nadine ha venido a visitarme cada día. Llora desconsolada y me pregunta qué debe hacer. Está pálida. ¡Joder! Es lo único que no debía suceder. Soy un maldito gilipollas.

10 de septiembre de 1958
Mañana me envían a París. Nadine está desesperada. No tengo dinero suficiente como para evitar la cárcel. No poder ver a Agustín me atormenta. ¿Cómo he podido ser tan inútil? Ni siquiera siento deseos de venganza. Solo quiero irme de aquí y volver a casa. Escuchar la risa de mi hijo mientras me dice «*aita, begira*»[2] y recostarme junto al cuerpo cálido de Nadine donde no existe el ruido. A pesar de su enfermedad, a pesar de su tristeza crónica. Mi casa es el mejor lugar del mundo lejos de estas frías paredes con barrotes. ¿Qué narices voy a hacer en la cárcel?

17 de septiembre de 1958
Nadine murió el mismo día en que me trasladaron a la penitenciaría de La Santé en París. Yo iba en el furgón policial y ella en un féretro. A mi pequeño Agustín lo han llevado con mis tíos. He podido arreglármelas para hacerles una provisión de fondos por los gastos que pueda generar. Me han caído diez años por contrabando ilegal e intento de fuga. ¿Quién en su sano juicio no intentaría escapar de este infierno? Me duele el alma. Siento como si hubiera matado a mi esposa a disgustos, poco a poco. Nadine estaba muy

débil y su corazón no soportó la presión. Murió de un infarto que, al menos, la liberó del sufrimiento que la depresión le estaba generando. No fui el compañero de vida que ella esperaba. «¡Maldito pelirrojo!», me dijo el último día que nos vimos. No le faltaba razón. Maldito yo. Los he dejado en la estacada y desde aquí no tengo margen de maniobra. Agustín va a crecer sin su preciosa madre y sin mí. No tengo perdón de Dios, si es que existe.

13 de octubre de 1958
Si mi vida va a seguir los mismos derroteros que la de Pintxo, no debo sucumbir a la desesperación. Espero poder pedir una reducción de condena y cumplir mi castigo en otro destino.
21 de diciembre de 1958
No entiendo qué ha pasado, ni por qué, pero los tíos han llevado a Agustín a Ormaiztegi con mi madre. ¡Pobrecillo! Tiene que estar tan asustado… Me han hecho llegar un telegrama donde me dan la noticia sin mayor explicación. ¡Todo esto es por mi culpa! ¿Y la *ama*? La *ama* tiene que pensar que soy un desgraciado. Ni siquiera fui a verla desde que llegué a Francia y ahora le hago ocuparse de mi hijo del que apenas tenía conocimiento. Diez años. ¡Diez largos años! Hoy he llorado mucho.

15 de mayo de 1960
Sucedió. Tras la Segunda Guerra Mundial en las colonias francesas bullía el espíritu independentista. Debilitada tras la guerra a pesar de ser una de las potencias mundiales, Francia no podía atender la demanda militar de sus territorios. Carecía de efectivos y mantener la colonia empezaba a ser una sangría económica que no podía soportar. En Argelia, sobre todo, el sentimiento independentista se ha exacerbado. Francia lleva seis años luchando contra el frente de liberación de Argelia (FLA) y ve cómo se le escapa el control de las colonias del norte de África; la que más le duele es Argelia por ser la más próspera y rica en recursos, además de un punto estratégico en el Mediterráneo. Necesitan hombres para defender sus posesiones. La guerra de guerrillas está siendo tan cruenta y hay tantas bajas que el ejército francés no dispone de suficientes efectivos después de haber perdido la guerra en Indochina. Ahí entro yo. El gobierno ha aprobado un decreto por el cual se ofrece la liberación de los presos en cárceles francesas a cambio del alistamiento inmediato en la legión. No tengo ganas de guerra, pero sí de libertad. Acabo de embarcar junto a dos mil soldados en

Marsella rumbo al puerto argelino de Bona (Annaba). Hemos tenido un corto periodo de instrucción en Auberge. Dudo que, con lo aprendido, alguno de nosotros pueda salir con vida frente a auténticos militares. Este barco es carne de cañón; la gran mayoría son presidiarios que, como yo, confían en la buena suerte. Que así sea.

18 de mayo de 1960
Conocí a Philippe durante la instrucción. Al igual que a mí lo detuvieron por contrabando. A él le han acusado también de extorsión. Pertenece al clan de los marselleses, un grupo que controla el contrabando que entra por el Mediterráneo. Somos muy parecidos, en edad y en experiencias. Estamos todo el tiempo juntos. Nos compenetramos bien y nos entendemos con tan solo mirarnos. Me ha contado que la organización lo ayuda, pero que no pueden hacer nada con su condena más que esperar a que la cumpla y sea puesto en libertad. Lo detuvieron con un alijo de tabaco y alcohol. Huyeron todos excepto él. No cantó a pesar de que lo torturaron pero bien. Dice que por eso sabe que a su salida tendrá adónde ir. Se ha ganado el respeto del clan. A mí me impresiona su nariz rota y las cicatrices que asoman por su cuerpo. Durante la travesía hasta Bona me ha hablado de su infancia. Se crio en los barrios pobres de Marsella. No conoció a su padre, y su madre, con un chiquillo al cargo y sin más recursos, se vio obligada a ejercer la prostitución y acabó alcoholizada y convertida en un despojo humano. «Yo creo que no siento dolor desde niño, Pello. Me inmunicé. Me dieron tantas palizas que dejaron de dolerme los golpes. He estado en más de ocho internados para huérfanos. He aprendido a valerme por mí mismo. No de las mejores maneras, pero maneras que me ayudan a seguir adelante, al fin y al cabo». Philippe es enérgico cuando habla. Es casi tan alto como yo y muy moreno de tez y pelo. Tiene unas cejas muy frondosas que se mueven casi tanto como sus manos mientras se explica. Sabe hacerse entender. Le he preguntado si tiene miedo. Me ha respondido que no conoce a nadie que no tema a lo desconocido. No consigo sacarme a Agustín de mi mente. Debo salir con vida de este lugar. Se lo debo. Se lo debo.

*

He perdido la noción del tiempo. Desde que llegamos a Bona y nos metieron en unos barracones que más bien parecían campos de

concentración, no hemos podido descansar. Nos explicaron que el FLA actuaba en grupos pequeños y que sería mejor combatirlos con sus propias armas. Formaron grupos de diez. Philippe y yo permanecemos juntos. ¡Menos mal! El FLA está atacando puestos de control, poblados pequeños y aislados donde recluta a sus miembros y va sumando adeptos mientras que nuestro ejército va mermando. A nosotros nos han enviado a un puesto de control en la carretera entre Túnez y Argelia, en el punto fronterizo desde donde se suministran víveres y alimentos a la población y destacamentos de Bona. «¿Lo tuyo no son las fronteras?», bromea Philippe. «Esta frontera no tiene nada que ver con la que yo conozco —he protestado—. Ni este calor, ni el polvo».

*

Francia, en un intento por retener a Argelia bajo su dominio, la ha nombrado provincia. Túnez ya se ha independizado y mantiene buenas relaciones con la metrópoli. No sé cómo no se rinden y dejan que los argelinos hagan lo que quieran hacer. Al menos, por ahora, este puesto parece seguro. Estoy deseando que acabe esta mierda cuanto antes.

*

Ha debido de ser nuestro sexto sentido o la costumbre que Philippe y yo teníamos de estar alerta, porque hemos sido los únicos que han podido escapar del cuchillo de los guerrilleros. Todos nuestros compañeros del puesto de control han muerto a manos de la guerrilla. Logramos huir antes de que empezara la carnicería. Nos hemos escondido en las montañas. Llevamos varios días sobreviviendo gracias a mi experiencia. Philippe dice que me debe la vida. Yo espero no deber nada a nadie.

20 de marzo de 1962
Hemos logrado incorporarnos al destacamento de Bona y nos han enviado a labores de vigilancia en el puerto. La situación en Argelia es muy crítica. Los europeos se marchan a la metrópoli dejando todos sus bienes atrás, apenas con hatillos que les permitan correr y poner kilómetros de por medio con el horror. Philippe y yo también queremos marcharnos. Nuestras vidas siguen en peligro. Yo no puedo con esta angustia. Odio esta y todas las guerras. Maldito poder.

5 de julio de 1962

¡Bien! Acaban de anunciar por la radio que Francia ha otorgado la independencia a Argelia. ¡Se acabó! He dado un salto al escuchar la noticia y Philippe, más cauto, me ha dicho que no me haga ilusiones, que no me olvide de que somos legionarios y que de nosotros se espera que muramos matando. Espero que esta vez se equivoque. Nos llevan al acuartelamiento de Marsella y dudo que nos hagan regresar a África. ¿Para qué?

8 de octubre de 1962
Odio reconocer que Philippe tenía razón. Nos han asignado misiones de guerrillas. Es decir, navegamos rumbo a África para combatir a otros locos que defienden su territorio. Son las últimas colonias francesas. Francia quiere restablecer el orden. ¿He escrito ya suficientes veces que odio esta maldita guerra? ¿Dónde queda mi vida de Tahití? ¿Qué me diría Pintxo si me viera aquí entre tanta sangre? ¿Y qué le voy a poder decir yo a Agustín? ¿Volveré a verle? Me imagino a Nadine, esté donde esté, enfadada conmigo. Y no me extraña. Esta mierda me la he buscado yo solo. Pudiendo haber estado tranquilo en el pueblo. ¿Quién me mandó a mí meterme en tantos líos? ¿Qué narices me pensaba yo de la vida?

12 de abril de 1964
Nos han enviado a Gabón. El presidente León M'Ba ha sido derrocado por un golpe de estado de los militares y Francia necesita que restablezcamos el orden. El general De Gaulle organizó un dispositivo que consiguió lo que nos proponíamos: desembarcar en Owendo, a 15 kilómetros de Libreville, la capital, y en una rápida incursión ayudados por los paracaidistas, lograr que los militares depusieran las armas sin derramamiento de sangre. ¡Menos mal! Me castañeteaban los dientes desde que pisamos tierra. Le he dicho a Philippe que más que miedo a morir tengo miedo a seguir presenciando esta barbarie. Necesito que esto acabe ya. Creo que voy a terminar volviéndome loco.

15 de julio de 1965
Francia va concediendo poco a poco la independencia a todas sus colonias, pero los legionarios seguimos aquí. Se han firmado convenios de colaboración civil y militar con los diferentes países a cambio de proteger a sus nuevos gobiernos, y Francia es, en la sombra, quien sigue dirigiéndolos. Los líderes de los países no son reconocidos por muchos de sus pueblos y están divididos

disputándose el poder. Philippe y yo vamos de acá para allá obedeciendo órdenes, insensibles al dolor de cuanto presenciamos. Odio con todas mis fuerzas a los argelinos. La brutalidad de sus asesinatos, las violaciones a las mujeres y niñas, esto no tiene nombre. Mientras en París se estarán frotando las manos tras cada acuerdo, aquí hay cientos de personas que están muriendo por decisiones que ni siquiera van con ellos.

2 de enero de 1966
Creo que llevo toda la vida luchando. Estoy empezando a perder el sentido de la vida. Philippe trata de animarme, pero está tan desanimado como yo. Estamos cansados y nuestro futuro no depende de nosotros, sino de lo que decidan hacer con nosotros. «¿Te arrepientes de haberte alistado?», le he dicho. «¿Y tú?», me ha preguntado. «No se responde a una pregunta con otra». Creo que los dos barruntamos las mismas dudas y no queremos ponerles voz por si nos arrepentimos. A estas alturas, ni Philippe ni yo estamos dispuestos a vivir con remordimientos. Somos legionarios en África defendiendo los intereses de turno del país o «dictador democrático». Nada de esto tiene sentido. Repito más de mil veces al día el nombre de mi hijo. Si él se ha olvidado de mí, al menos que a mí no se me olvide que una sola vez en mi vida hice algo que mereció la pena.

Desaprovechar las nuevas oportunidades, una especialidad

Diario 4.

*

Llevamos en el hospital militar para legionarios de Marsella una buena temporada. Yo, por suerte, solo tengo fracturas en las piernas y el brazo izquierdo. La granada cayó justo entre Philippe y yo. Estábamos en Costa de Marfil cuando conmemoraban el día de la independencia. El presidente sufrió un atentado del que salió ileso. Ileso porque su guardia de seguridad, Philippe y yo, le hicimos de escudo. Philippe ha perdido tres dedos de la mano derecha, el ojo izquierdo y el oído del mismo lado. Estuvimos meses en el hospital de campaña hasta que pudimos ser repatriados, su situación fue muy crítica. Yo voy a cojear de por vida, me han dicho.

No nos han condecorado porque pertenecemos al grupo de presidiarios amnistiados por alistarnos con la legión. No sé de qué me servirían unas medallas en las que no creo. Nuestra recuperación va para largo. Philippe no tiene muchas ganas de hablar. El alcance de sus lesiones le ha afectado tanto y tiene tantos dolores que lo tienen anestesiado la gran mayoría del tiempo. La enfermera que le hace las curas es un encanto. En otras circunstancias, Philippe habría flirteado con ella e incluso habría intentado llevársela a una pensión.

*

La enfermera se llama Brigitte. Es rubia, pechugona y muy tierna. Debe ser así de cariñosa porque para tratar con heridos de guerra otra actitud podría contagiarla del mismo veneno de horror que llevamos dentro. Cada vez que me quita los vendajes y limpia mis heridas me habla de su vida como si fuéramos amigos. Es un poco más joven que yo, es coqueta y no quiere decirme la edad, pero calculo que tendrá treinta y seis. No está casada. «Haces demasiadas preguntas personales», me ha reprochado. «¿Y sobre qué quieres que te pregunte si no me gusta la medicina ni este hospital?». Se ha reído. De nuevo, he escuchado que ser pelirrojo trae buena suerte. No me ha dado opción a quejarme de mi situación. «Y ni por asomo

en un lugar como este rodeado de personas que están sufriendo muchísimo más que tú», ha recalcado. Tiene carácter. Por primera vez en años me río sin preocuparme si será mañana la última vez que lo haga. No logro perdonarme haber fallado a Nadine, ni tampoco dejo de pensar en Agustín. Brigitte parece leer mi mente y me hace preguntas cuando me percibe ausente. «¿No crees que haces demasiadas preguntas personales?», he replicado. De esta forma hemos entrado en un juego dialéctico que nos ha enganchado a ambos. Anoche me colocó la venda más alta de lo normal y me rozó el pene. Se alejó con una sonrisa maliciosa y hoy estoy deseando volver a verla. No quiero que se me escape esta mujer. Esta sí que no. Por fin hay algo de alegría e interés en mi futuro a corto plazo. Algo parecido a la ilusión. Brigitte…

*

Philippe recibe semanalmente la visita de los miembros de su clan. Parece que tenerlos cerca le ha infundido la esperanza que había perdido. Me ha llegado a confesar que si hubiera cantado cuando lo cogieron la primera vez, posiblemente se habría librado de este infierno y de las heridas. «Voy a parecer un pirata con este parche, amigo». Me llama amigo. Creo que lo somos. Amigos de vida y sangre, nunca mejor dicho. El grupo de Philippe me ha hecho muchas preguntas. Me han insinuado que colabore con ellos, pero Brigitte, con quien estoy empezando algo más que interesante, me ha pedido que me aleje de esa calaña. Me ha ofrecido que me vaya a vivir con ella en cuanto me den el alta y me ha propuesto matrimonio. «¿Tienes algo que perder, Gorri?». Le hace gracia llamarme Gorri porque le cuesta pronunciar la erre y yo me río al escucharla. «Podrás acostarte conmigo cada noche, soldado». Le he pedido que no me llame soldado. En la medida de lo posible y aunque gracias a estas calamidades he podido conocerla, no quiero recordar de dónde vengo. He dicho a todo que sí.

*

Philippe y yo recibimos el alta casi al mismo tiempo y nos licenciamos a la par también. Seguimos en contacto y me insiste para que me una a sus amigos, pero no quiero poner en riesgo mi estabilidad de nuevo. Agradezco cada día la tranquilidad de mi nueva vida junto a Brigitte, en su pequeño apartamento del barrio Le Panier. Paseamos por la playa, tomamos chocolate en cualquiera de las terrazas y hacemos el amor como dos adolescentes que

acaban de descubrir los placeres del cuerpo. No siento por ella lo mismo que sentí por Nadine, creo que ese sentimiento es inigualable, no obstante, Brigitte me hace muy feliz. Me aporta confianza, seguridad. No sé si esto es querer o querer a mi manera, pero la quiero. Ella está completamente enamorada de mí. En ocasiones me pregunto si me lo merezco.

*

Brigitte dice que no tiene secretos para mí, que quiere la misma sinceridad por mi parte; y yo no he sido capaz de hablarle de Agustín. Con las ganas que tiene de ser madre, ¿con qué pretexto le explico que yo abandoné a mi propio hijo? Bueno, en términos técnicos, no lo abandoné, me apresaron y su madre murió, así que… ¿cómo voy a echarle un jarro de agua fría sobra la persona que cree que soy? Aún no puedo regresar a España; no tengo dinero.

*

Cientos de jornaleros españoles están llegando a la vendimia francesa porque pagan el doble que en España. La gran mayoría ha cruzado los Pirineos emigrando de la dictadura franquista. Francia ha ofrecido contratos de trabajo y todo tipo de facilidades para nacionalizarse con tal de repoblar las colonias que están siendo abandonadas por ciudadanos que regresaban a la metrópoli. Yo he conseguido trabajo como estibador en el puerto. No creo que pueda realizarlo durante mucho tiempo porque el cuerpo se me resiente. Brigitte me ha insistido para que deje de trabajar. «¡Con mi sueldo podemos vivir los dos!» Pero yo no puedo estarme quieto ni quiero ser un mantenido. Aún puedo hacer muchas cosas y tengo libertad de movimientos. Ella dice que cada día estoy más cojo. Yo trato de disimular, pero me lee por dentro, estoy seguro.

*

Brigitte está embarazada. Estoy contento, pero no siento la misma euforia que sentí cuando Nadine me comunicó la noticia. Supongo que es mi culpa la que no se alegra. Philippe me ha ofrecido que me ocupe de un pesquero o un barco de pequeño tonelaje que me permita trabajar sin resentirme de las heridas. Lo cierto es que echo de menos la mar. Y el salario es muy bueno, cosa que nos viene de perlas ahora que la familia va a aumentar. Brigitte me ha hecho

prometerle que no me meteré en nada turbio. «¿No quieres que me meta entre tus piernas más, mi amor?». No le ha hecho gracia la broma.

*

Estoy al mando de un pesquero de 290 toneladas habilitado para el transporte de cajas de tabaco y bebida. La tripulación es argelina. No he podido hacer nada al respecto, son los marselleses quienes se encargan de las contrataciones. Sé que no puedo juzgar a todos los argelinos por igual, pero yo no me fío de ellos. He visto cómo actúan y quisiera no haberlo presenciado jamás. Son duros. Supongo que por eso confían en ellos en la organización.

*

Odine ha nacido en cuanto ha sentido la puerta de casa. Estoy seguro de que me estaba esperando para asegurarse de que no me lo perdía. Es pequeñita, rubia como su madre, tiene la piel sonrosada y suave como el terciopelo. La he abrazado con una mezcla de sentimientos que van desde la ilusión a la vergüenza. «A ti no te dejaré sola, hija mía —le he prometido—. Quizá algún día pueda presentarte a tu hermano mayor».

*

Volver a las andadas es sencillo cuando la gendarmería hace la vista gorda. Salimos a pescar al atardecer. Largamos las redes y los palangres que dejamos fijados entre boyas y regresamos al día siguiente a recogerlos. Volvemos a largar nuevas redes y llevamos la captura al puerto. Una o dos veces por semana, en un par de puntos de referencia, abarloamos un carguero mercante y transferimos cajas de tabaco y güisqui que descargamos junto a la pesca sin que la policía husmee. El clan la tiene comprada. Es un negocio perfecto. Los marselleses saben lo que hacen. Vuelvo a sentirme a salvo. Disfruto de tiempo libre junto a Brigitte y Odine. ¿Qué más puedo pedir?

*

Pauline tampoco es pelirroja. Bromeo con Brigitte diciéndole que no podrá llamarlas «*gorris*», por mucho que lo desee. Está feliz junto a sus dos niñas. Y yo lo estoy observando la preciosa familia que he formado en el Mediterráneo, cuando ya había perdido toda esperanza por rehacer mi vida. Las niñas se llevan dos años, me parece increíble que yo vaya a cumplir cincuenta. ¿Cómo ha pasado

el tiempo tan rápido?

*

Benoit, el cabecilla del clan de los marselleses, quiso hablar conmigo anoche. Me explicó que, aunque el tabaco y el güisqui den dinero, lo que de verdad aporta beneficios es la droga. Han creado una red segura y tienen comprada a la policía de costas para que faciliten las entregas. Italia tiene familias que pertenecen a la mafia, me dijo: necesitan infraestructura para repartir la droga por Europa y se han puesto en contacto con nosotros. Las carreteras están muy vigiladas y recorrer más de 1700 kilómetros es muy arriesgado. No se puede sobornar a tanta gente, hay demasiados puestos de control. La entrada de droga de Túnez a Sicilia está asegurada, son pocos kilómetros de mar, solo 150. «¿No ves lo fácil que lo tenemos, Pello? Tenemos la ruta controlada. Nosotros nos encargaremos de la logística del transporte y de la distribución desde Francia a Europa. Vamos a crear una agencia de alquiler de barcos veleros con tripulación aquí en Marsella. Organizaremos viajes con visitas a Sicilia, Palermo, Cefalú, Taormina y también iremos a Nápoles, Isquia, Procida, Capri y, cómo no, a las ruinas arqueológicas de Pompeya. Visitaremos el golfo de Nápoles de arriba abajo. Navegaremos por el estrecho de Bonifacio y añadiremos la visita a Córcega y Cerdeña. No hay mejor patrón que tú para estas travesías, Pello». No me dio tiempo a reaccionar. Y ni siquiera dije que sí. Más que una propuesta, pareció una sentencia. En alguna ocasión, Philippe me había comentado que con los marselleses no se bromeaba. Yo no quiero problemas. No quiero faltar a la promesa que le hice a Brigitte, ni volver a meterme en un lío con la policía y acabar entre rejas.

*

Hemos estado viendo veleros en una subasta. Nos hemos acercado hasta el puerto de Hendaya para ver uno que lleva fondeado en la desembocadura del río Bidasoa y que fue construido en 1932. Es un balandro de dos mástiles y bauprés de 2 metros con eslora de 21,94 por 5,25 de manga. Pertenecía a una familia de ricos industriales en la época de la Guerra Civil española. Es perfecto para lo que necesitamos. Philippe está llevando la negociación. Yo no he podido mirar hacia el frente sin que se me note la tristeza que siento. Philippe sabe leer entre líneas muy bien. «La frontera está muy vigilada, Pello —me ha dicho—. El terrorismo en Euskadi está a la

orden del día y se vigila todo el paso sospechoso». Aun así, tenemos que intentarlo. Entre los contactos de Philippe y los míos hemos organizado el cruce. Lo haremos por el monte como en los viejos tiempos. Me esperarán en Hendaya a mi regreso. Si en cinco días no he vuelto me darán por muerto. «¿Estás dispuesto a sacrificar el plan del Mediterráneo?», le he preguntado a Philippe antes de confirmar el paso. Su respuesta me ha emocionado: «Amigo, yo no tengo familia a la que visitar por última vez. Si fuera al revés, tú estarías conmigo allanándome el camino».

*

He mandado avisar a la *ama* de que llegaré en un par de horas para que no se lleve un susto y me delate. Agustín estará en la escuela cuando llegue. Estoy tan nervioso que me tiemblan las manos. Debo mantener la mente fría en el tramo final. Philippe me hace la cobertura necesaria para que entre en el caserío sin ser visto.

*

«*Mutil, hi haiz*?»,[3] me ha dicho la *ama* antes de echarse a mis brazos. Después me ha dado un coscorrón: «Desgraciado —ha murmurado—, ¿cómo se te ocurre abandonar a esta criatura? ¿Cómo se te ocurre imitar a tu padre?». Ha llorado frío, en silencio. Me ha servido una sopa que, apenas probarla, sabía a mi infancia. He entrado en el cuarto de Agustín y ella me ha contado lo buen estudiante que es y lo mucho que se parece a mí. Le preocupa mi cojera. «No es nada, *ama*», le he dicho. El tío Jaxinto ha llegado justo en ese momento y se ha asustado al verme como si tuviera ante sí a un fantasma. La *ama* se ha tensado en su presencia y se ha secado las lágrimas. El tío Jaxinto está muy mayor. «No oye», me dice la *ama*. «Lo sé, lo sé. Los tíos me lo dijeron». Ella también está muy mayor. Siento que lleva toda la vida esperando verme aparecer. «*Ama, barkatu*», le pido perdón. «Es mejor que no remuevas, Pello. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿A dónde irás? ¿Dónde vives?». He dudado sobre si debería hablarle de Brigitte y de las niñas, pero no quiero aumentar su lista de sufrimientos. El tío Jaxinto me ha mirado las manos y ha sonreído. Le he dicho a gritos que hago trabajos de carpintería. He obviado mi paso por prisión, por África y el tema del contrabando siempre, casi desde el principio. Me ha dicho que Agustín es un buen chico, que no hay duda de que es hijo mío y que en el frontón despunta. «Eres un gran

abuelo para él», he dicho entonces, de forma inocente. «¿Qué abuelo ni abuelo? ¡El chiquillo es huérfano!», ha protestado la *ama* fuera de sí. El tío Jaxinto se ha despedido y no he vuelto a verle. Ni siquiera me he podido despedir de él. Y la *ama* ha acabado por decirme que lo mejor sería que me fuera antes de que me descubrieran y vuelva a desaparecer como la otra vez. «¿Tienes pensado ver a Agustín? No se te ocurra liarle la cabeza, Pello. ¡No se te ocurra! Es un chaval feliz y vive tranquilo. No lo revuelvas, ya te he dicho, hijo, no remuevas…».

*

No removí, pero tan pronto vi la silueta de Agustín en el frontón, las arenas movedizas me tragaron. Era como verme a mí mismo cuarenta años atrás en el mismo frontón. Se le veía sano, fuerte y tenía la misma constitución que yo, incluido el color de pelo y piel, y todas las marcas características de los Gorri. Escuché que así lo llamaban sus amigos. No me acerqué. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué podía ofrecerle? En Ormaiztegi iba a estar más seguro que conmigo en Marsella a punto de empezar con un negocio altamente sospechoso. Y no podía regresar a casa y presentarle a Brigitte un hijo de 14 años del que ella no había tenido constancia en ningún momento. «Perdóname, Agustín, perdóname…», fue mi retahíla mientras emprendí el camino de regreso a Hendaya donde me estaba esperando Philippe. Al llegar al hotel donde habíamos acordado encontrarnos, me desplomé en la cama y volví a llorar. «No seas maricón», me dijo. «No eres el primero que me lo llama».

*

Hoy hemos cerrado el trato en el puerto y hemos comprado el velero. Las pruebas básicas en el taller han sido favorables y vamos a regresar bordeando la costa, a vista de tierra para protegernos de posibles incidencias. No será peligroso. El velero promete. Hemos contratado en el mismo puerto a la tripulación que nos acompañará hasta Marsella. Una vez en el muelle hemos procedido al carenado. El barco lleva tantos años fondeado que el óxido y los moluscos se han adherido fuerte al casco. Sin ellos será más veloz. Hay que lijar y raspar la madera de cubierta y los palos. Además, tenemos que comprar nuevo velamen. Philippe se ha reído cuando me ha escuchado encargar doscientos metros cuadrados. «Mi amigo Jean-Jacques no se habría reído», le he dicho. «Siempre hablas de él». Y mi mente ha viajado a Tahití y me lo he imaginado con su pantalón

blanco y su camisa de lino paseando por la plantación mientras se fuma un puro. Él sí que supo estarse quieto. He ordenado reformar los camarotes y las acomodaciones, así como he pedido que creen nuevos compartimentos camuflados en la bodega. En cinco meses estará listo.

*

Brigitte está enfadada conmigo y me ha pedido que duerma en otra habitación. Espero que se le pase pronto. No le gustó que me marchara más de dos semanas sin darle noticias de mi paradero y no le ha gustado en absoluto mi nuevo trabajo en el velero. ¡Y eso que le he hablado de los turistas! «Viajan con nosotros dos hombres y dos mujeres, ¡son parejas que van a hacer turismo entre islas!». No me cree. Conoce demasiado bien a Philippe y a sus amigos e intuye que estas excursiones no son trigo limpio. «Mira, Pello, Odine tiene diez años y Pauline ocho. ¿Por qué narices tienes que meterte en líos justo ahora? ¿Puedes explicármelo? Tenemos todo lo que queremos…». Y sí, supongo que Brigitte tiene razón, pero tenemos las espaldas cubiertas. Estos tipos no son tontos. No se lo puedo explicar así, es obvio. ¡Y no sé qué más decir! «Me siento vivo cuando navego; cuando estoy en este estado de alerta constante viviendo con intensidad el presente. No sé vivir de otra forma, Brigitte». No quiere escucharme. Odio salir a navegar estando enfadado con ella. Tardaré quince días en regresar y no me gusta dejar las conversaciones a medias, pero no me quiere dar cuerda. No la culpo. No tiene que ser fácil convivir conmigo.

*

El velero dispone de dos motores que hacen que parezca totalmente nuevo, recién salido de astillero. He repartido unas hojas de instrucciones para la tripulación para evitar problemas. Son muy sencillas: qué hacer antes de la salida, durante la travesía y a la llegada a puerto. Todos deben tener nociones de navegación, pues funcionarán en turnos rotativos en las tareas que se precisen. Timonel, izado y arriado de velas, motores, radiocomunicaciones, cuarto de derrota, compostura y lectura de cartas de navegación, cocina y seguridad a bordo. No debemos llamar la atención ni desmadrarnos. Aunque el Mediterráneo sea un mar tranquilo, lo cierto es que cuando se enfurece, es igual de peligroso que el Atlántico Norte. Me he empapado de manuales de navegación que describen los temporales en el Mediterráneo. Yo no conozco este

mar. He leído que en el golfo de León se juntan los vientos mistral, tramontana y gregal y que no hay una época del año en la que se puedan garantizar unas condiciones seguras de navegación. Que, si a grandes rasgos en el Mediterráneo hay vientos débiles con episodios de vientos fuertes, soplan principalmente fuera de los meses de verano, que es justo cuando nuestros turistas van a recorrer las islas. Me encomendaré de nuevo a Dios. Y seguiré esperando sus milagros. A ver…

*

Las islas Baleares. ¡Qué delicia navegar hasta este lugar! Las pruebas del velero van viento en popa. Estoy de humor.

*

En Marsella he pedido que cambien a una de las chicas de la tripulación. Es arisca, no obedece órdenes y no quiero problemas. En cuanto llegue el reemplazo, partimos rumbo a Sicilia. Tenemos siete días por delante.

*

Me han dicho que se pondrán en contacto con nosotros en cuanto lleguemos a Palermo. Una vez cumplimentemos los trámites, las parejas visitarán la ciudad como si fueran turistas y yo esperaré el contacto. Estoy un poco nervioso, aunque he de admitir que el velero se comporta como si fuera nuevo y el viaje está siendo muy agradable.

*

Hemos completado el primer viaje sin incidentes. Me avisaron de que debía dirigirme a Cefalú, donde, en un punto señalado de la costa, se procedería a la carga de hachís. Salimos por la tarde para llegar al encuentro entrada la noche. No hicieron falta luces, pues la noche era clara y pudimos estibar los fardos en el doble fondo que mandé construir en el astillero. Eran paquetes de veinticinco kilos cada uno, bien envueltos, para, en caso de ser descubiertos, tirarlos al mar y no perder la mercancía. Nos ahorramos la visita a Mesina por considerarla peligrosa y regresamos a Marsella en el tiempo y horario estipulado por la agencia. Las parejas salieron muy contentas de su experiencia y no levantamos sospechas. En realidad, fue más fácil de lo que me había imaginado. La autonomía que nos permite el velero para no depender de barcos mercantes es total.

Por lo que sé, la droga pasa de Túnez a Sicilia y una vez allí, las

mafias que dominan la ruta del Magreb la distribuyen por Italia y Francia, desde donde parte hacia el resto de Europa. La maquinaria es perfecta.

*

Me ha sucedido algo muy extraño en el puerto esta semana. Me han confundido con un chico que se parecía a mí, vasco también y que acababa de zarpar en un mercante. El estibador del puerto parecía confuso. Yo no le he prestado demasiada atención, es un charlatán, pero él ha insistido en que podría ser mi hermano porque era igual de alto y pelirrojo que yo. ¡Qué sabrá él de mi vida! Jamás he tenido hermanos. Con la guerra, además, ¡a saber qué habría sido de nosotros!

Por un segundo he pensado que podría tratarse de Agustín. Es tan poco probable como absurdo. Aun así, se me ha quedado una sensación rara en el cuerpo. Espero que Brigitte no lo perciba cuando llegue a casa, es muy observadora y, últimamente, la noto en alerta. Se huele algo. Sospecha de mis viajes. Espero quedarme en tierra una buena temporada y resarcirla. No se merece que la engañe.

*

Paso largas temporadas en casa porque los pedidos se espacian en el tiempo y preferimos navegar en verano. Las niñas han crecido mucho. Brigitte y yo hemos vuelto a hacer el amor con regularidad. La pierna casi no me molesta. Me gusta la calma del hogar.

En ocasiones me arrepiento de haberme metido en este jaleo, pero quiero asegurarles un futuro a las niñas y también quiero poder ofrecerle algo a Agustín, aunque sé que no hay dinero que pague la ausencia de un padre. No logro quitármelo de la cabeza. Solo espero que no me odie. Quizá me haya olvidado. No puedo escribir sobre esto, duele demasiado.

*

En uno de los viajes a Sicilia, a veinte millas de Palermo, la guardia costera nos detuvo para efectuar un fondeo intensivo. No hallaron nada. Estábamos limpios. Íbamos camino de Palermo, precisamente, a cargar. Me extrañó la actuación de los *carabinieri*. La inspección al velero fue excesivamente meticulosa. Se lo comenté a Philippe al llegar a Marsella. «No me fío un pelo, amigo. No ha sido una visita al azar…». «No seas cenizo —me ha dicho—. Está todo bajo control.

Estos no se andan con tonterías. ¿No sabes que las relaciones entre familias de la mafia no siempre son buenas? Cada una tiene su territorio y no se deja invadir por las otras. Los *carabinieri* están comprados. Eso es por algún juez jovencito recién llegado de Roma que busca notoriedad y exige resultados en la lucha contra la mafia y obliga a la policía a que demuestre que ejercen sus labores de vigilancia. Tienen que aportar resultados confiscando algún alijo para justificar su labor ante la justicia y la opinión pública». Aunque lo entienda, no me convence. Yo soy el último mono en este circo y si pasa algo, al primero al que detienen es a mí. No quiero seguir con esto.

*

He hablado con el capo de Marsella. Me ha dicho que tomarán medidas de precaución, pero no me fío de él tampoco. Me ha cambiado varias veces los puntos de referencia cuando es él mismo quien los marca. No entiendo su *modus operandi*. Me han concedido unos meses de tregua para descansar. Brigitte dice que estoy muy delgado. Yo también lo he notado, y no me extraña, la tensión me ha tenido consumido los últimos tiempos. A su lado recuperaré calor y apetito. Es analgésica su presencia.

*

Y de nuevo se fue todo a la mierda. El juicio ha sido rápido. Los marselleses me pusieron un abogado, pero era reincidente y además me detuvieron con la carga completa. Estaba claro que había sido un chivatazo, porque los *carabinieri* habían llegado a toda velocidad tan pronto cargamos en Sicilia. No hay nada que hacer. Brigitte ha asistido al juicio. La escuchaba llorar a mis espaldas. Me han permitido hablar con ella unos minutos. Me ha dicho que me odia, que la he dejado tirada con dos hijas adolescentes, que incumplí mi promesa, que soy un necio y un cabrón… No he rebatido ninguna de sus acusaciones. En todas tiene razón. Y lo cierto es que ni siquiera yo mismo sé por qué he actuado toda mi maldita vida así.

*

Me han caído diez años. Philippe ha acudido a visitarme. «Lo siento, amigo». ¿Qué más podía decirme? Me lo he buscado. Brigitte le ha pedido que me transmita un mensaje: «No quiere que cuando salgas de la cárcel vayas a buscarlas. No va a contar a tus hijas que te han encarcelado, ni mucho menos el motivo por el que lo han hecho. Va

a decirles que las has abandonado». Se me ha partido el corazón al escucharlo. Debería haber caído en Argelia o antes incluso, en Bilbao, en algún punto de la historia donde mi presencia o mi ausencia no causara tanto dolor a quienes decidían quererme. Primero fue la *ama*, después Nadine y Agustín y finalmente Brigitte, Odine y Pauline. Si alguien tiene que valorar su vida en función de las huellas que deja, yo espero que me trague la tierra cuanto antes para que no continúe este despropósito de existencia. Los he tenido a todos, los he acariciado y los he soltado por puro capricho o estupidez. ¿Quién coño eres, Pello? ¡Un maldito Gorri!

*

Para cuando salga de esta prisión, habré cumplido 65 años. Espero morirme antes.

No somos tan distintos

Las libretas cayeron de mis manos como el plomo en el mar. Tardé una semana en salir de casa. Ni siquiera acudí a la oficina para ayudar a los muchachos, ni avisé. Debieron de pensar que me había muerto, y, en cierta forma, una parte de mí lo hizo. Murió Agustín el niño que buscaba respuestas, mientras que en el espejo tan solo encontré el reflejo de Agustín el adulto, comprendiendo que a veces la vida, aunque te empeñes en vivirla como quieres, solo puedes vivirla como llega. No habíamos sido tan distintos mi padre y yo. Ninguno de mis hipotéticos motivos para abandonarme era tan auténtico como lo que acaba de leer en sus diarios. ¿Qué le lleva a un hombre a hacer lo que hace? ¿El desastre también se transmite en los genes? Leer su vida fue como leer la mía, en tiempos y épocas distintas, con personajes y escenarios muy distintos y, sin embargo, tan parecidos…

Es curioso que, ahora, a mis 65 años, vaya a mirar atrás y escriba esta historia, la mía. No sé, llamadme loco, pero creo que solo poniendo palabras a mis recuerdos podré purgar la soledad y la descorazonadora sensación de abandono que me ha perseguido durante toda mi vida, desde que la abuela Trini se hizo cargo de mí, cuando apenas era un pipiolo.

Gorri Txiki, me decían en Ormaiztegi. Nací en Sara, pero tras la muerte de mi madre y la «desaparición» de mi padre, los tíos que me cuidaban decidieron llevarme junto a mi abuela paterna al Goierri guipuzcoano, a una pequeña localidad de menos de mil habitantes. La abuela Trini vivía alquilada en el ático del caserío de los Aurrekoetxea con el tío Jaxinto, que se hospedaba en el cobertizo reconvertido en habitación, al lado del ganado. Los señores de la casa solo acudían al pueblo durante el verano, el resto del tiempo lo pasaban en la capital. Don Esteban Aurrekoetxea era secretario de la Diputación de Guipúzcoa y su familia había sido propietaria de varias empresas licoreras gracias a las cuales había amasado una importante fortuna. Su mujer había fallecido tras contraer meningitis y se había quedado al cargo de tres hijas pequeñas. Contrató a una criada para que las atendiera y, a pesar de que cada vez que regresaba a Ormaiztegi sentía una pena inmensa

al recordar a su mujer —a ella le encantaba el contacto con la naturaleza—, sabía que alejar a las niñas de la ciudad les vendría bien. Por ello no fallaba ningún verano. La abuela Trini se encargaba de tener la casa en condiciones para cuando llegara el señor con su familia. Don Esteban no se volvió a casar. Lo recuerdo como un hombre taciturno y de mirada apagada, calvo como una bola de billar y un bigote demasiado fino para su cara demasiado ancha. El hermano menor de los Aurrekoetxea era médico militar de la marina de alta graduación. No recuerdo si era comandante o teniente coronel: se llamaba don Ignacio. Estaba destinado en el cuartel de El Ferrol del Caudillo, en Galicia.

Cuando visitaba el caserío en verano junto a su hermano, me enseñaba sus galones y sus libros. Era un hombre robusto, alto y de hombros anchos que se agachaba al entrar en las habitaciones para no rozar con la cabeza el marco de las puertas. Al contrario que don Esteban, tenía buen sentido del humor y nos contaba chistes a cualquier hora. A mí me encantaba estar a su lado. Él no hacía distinción entre sus sobrinas y mi condición de criado. «Los niños son siempre niños», lo escuché decir una y otra vez cuando mi abuela me llamaba y me pedía que dejara de molestar a los señores. Nos preparaba pan con mantequilla y jugaba con nosotros en la huerta. Que yo recuerde, nunca tuvo esposa ni hijos. Así que con sus sobrinas se entretenía como si fuera un chiquillo más.

Honestamente, nunca me sentí querido. Bueno, la abuela me cuidaba y se preocupaba por mí, al igual que el tío Jaxinto, pero no era afectuosa ni profesaba cariño como el que yo veía a mi alrededor entre mis amigos, «lo normal» entre padres e hijos, abuelos y nietos. La abuela Trini no solía sonreír. Estaba demasiado ocupada limpiando sobre limpio en la casa y trabajando en la cuadra cuidando del ganado. Yo pensaba que se entendía mejor con las vacas que conmigo; quizá fuera cierto. Ellas, al menos, la abastecían de alguna manera y yo solo aportaba trabajo a su faena diaria. El tío Jaxinto pasaba mucho tiempo conmigo. Intentaba ocupar el lugar de mi padre, pero yo no le dejaba. ¡Qué ingratos somos de niños! Yo quería a mi padre «ausente» y él no podía siquiera pretender acercarse a esa figura. De todas formas, me hacía más caso que la abuela y me acompañaba al frontón, me llevaba y me traía a los pueblos vecinos o me paseaba con el tractor para hacerme reír. «Lástima que no pueda escuchar tu risa —decía—, la maldita guerra…». Cuando le preguntaba por mi padre, aunque

comprendiera a la perfección lo que le estaba diciendo porque leía mis labios, se hacía aún más el sordo si cabe. La abuela Trini y él prácticamente no hablaban. Se daban los buenos días, intercambiaban noticias sobre fulanito de tal y compartían gastos para las comidas y mi crianza.

El tío Jaxinto trabajaba en una fábrica de motores eléctricos. Había tenido que dejar el taller de carruajes de madera con la llegada de los coches a motor porque ya nadie compraba carretas tiradas por animales. Los dueños del taller se reciclaron y con ellos mi tío, que tenía buena mano y era de fácil conformar.

Hasta los ocho años, mi vida en Ormaiztegi fue igual a la del resto de niños, con la única excepción de que yo ayudaba en la tienda de ultramarinos. Era el pequeño Corte Inglés del pueblo, y a cambio de unas monedas o algo de pan o verdura, me pasaba las tardes sacando legumbres con una palita de los grandes sacos de cincuenta kilos que guardaban en el almacén para rellenar saquitos de un kilo que luego vendían. Otros días reponía género en las baldas o hacía recados. Me pasaba más tiempo en la tienda que en casa. Allí se hablaba de todo y cada vecino contaba sus batallitas, eso sí, al igual que en el caserío, nada de política, nada de la guerra y nada sobre los muertos. Cada familia tenía lo suyo y estos temas estaban vetados.

Cuando cumplí los nueve años me enviaron a estudiar a una academia donde nos preparaban para el ingreso al bachillerato en Villafranca de Oria (actualmente, Ordizia). Villafranca, con 10 000 habitantes, era de los pueblos más grandes de la comarca. Cogíamos el autobús a las ocho de la mañana en la plaza y regresábamos a las cinco. Comíamos en un bar junto a otros chavales. Nunca fui problemático. Obedecía sin rechistar y solo recuerdo un castigo que me gané a pulso por fumar en el patio, movido por la insistencia de un compañero. La profesora nos pilló y nos castigó hasta las ocho de la tarde a copiar sobre un papel: «No fumaré. Fumar es malo». Lástima que no surtiera efecto ni la repetición ni el bofetón del tío Jaxinto al llegar a casa, porque el tabaco ha sido mi gran debilidad.

Aprobé el ingreso y me matriculé en 1.º de Bachillerato Elemental en la Academia Urdaneta de Ordizia. Era un centro mixto y, aunque los primeros años las chicas parecían compañeras iguales a nosotros, en 4.º empezaron a interesarme de manera muy distinta. El uniforme que llevaban, su corta falda, sus sonrisas traviesas y sus conversaciones tan diferentes a las de los chicos, que solo hablaban

de pelota o fútbol… Me encontraba más a gusto entre ellas. Además, cada poco tiempo, aparecía sobre la mesa de un pupitre mi nombre escrito al lado de otro rodeado por un corazón. Teníamos las hormonas alteradas. No me pasaban desapercibidos los detalles de alguna que se atrevía a acortarse la falda cinco dedos por encima de la rodilla o la otra que cruzaba las piernas frente a mí de manera exagerada para que le viera las bragas. Estaba encendido todo el día. La poca información sexual que tenía la había adquirido a través de un par de revistas pornográficas que me habían prestado. Y aunque nos advirtieron de que podíamos quedarnos ciegos si nos masturbábamos mucho, yo cada día veía con mayor nitidez el universo femenino que me rodeada y me atraía como los cantos de sirena.

Los domingos se organizaban guateques en locales o garajes que iluminábamos con luces rojas. Poníamos música y tratábamos de lucirnos bailando «a lo suelto» o «agarrados», según si la suerte estaba de nuestro lado o no. Ni siquiera llevábamos alcohol, no eran tiempos de botellón. Yo bailaba casi siempre con alguna chica. Notaba cómo me buscaban con la mirada para que las sacara a bailar y cómo se decepcionaban si no las elegía al domingo siguiente. Para mí era un juego. Mis hormonas estaban al mando de mi cuerpo y cada fin de semana buscaban el roce casi inocente de otra piel o de unos pechos grandes, mis favoritos.

En 5.º de bachillerato conocí a Yolanda. Me gustó desde el minuto uno. Era menudita pero pechugona y pasó a ser mi compañera de recreos y guateques, así como la que me acompañaba al cine, a las últimas filas del gallinero, donde nos besábamos y nos toqueteábamos explorando nuestros cuerpos como auténticos robinsones de la carne. Salíamos del cine excitados, pero nunca hicimos el amor porque yo creía que si me acostaba con ella, le estaría transmitiendo el mensaje de que estaba con ella por sexo y no por amor. Respetarla me parecía mi gran prueba de amor. ¡Ay, qué ingenuo era mi yo adolescente! Me gustaba tanto… ¿Qué debía sentir ella cada vez que se me ofrecía sin reparos y yo la rechazaba por cortés? ¡Divina juventud! Le juré amor eterno, le prometí que estaría con ella para toda la vida y, obviamente, no cumplí ninguna de mis promesas porque la vida tenía otros planes y yo era el tipo más enamoradizo del mundo. No sé si mi carencia afectiva podía ser la causa de mi búsqueda, pero el caso es que ese fui, ese he sido, ese soy.

Mi relación con Yolanda me hizo desentenderme de los estudios y suspendí por primera vez dos asignaturas: Matemáticas y Física-química. En el verano, me tocó estudiar, además de trabajar para sacar un dinero y ayudar en el caserío. Iosu, un amigo con quien pasaba los veranos en Ormaiztegi cuando venía a visitar a sus abuelos al pueblo, me invitó a pasar San Juanes en su casa de Pasajes. Las fiestas consiguieron sacarme del agobio que sentía por el verano que se presentaba ante mí.

—Te vienes unos días a fiestas, te distraes y después ya apechugarás con las recuperaciones —me dijo. No tardé ni un par de horas en organizar el viaje en autobús y presentarme en la preciosa bahía sanjuandarra.

Iosu me presentó a su cuadrilla. Enseguida me puse a hablar con Marta, congeniamos rápido. Lamentablemente, no podría salir por la noche porque tenía que ayudar a sus *aitas* en el bar.

—¿Quieres que te ayude? —me ofrecí. Me había caído muy bien y estaba a gusto charlando con ella.

—¿En serio, Agustín? ¡Seguro que te lo pasas mejor con estos!

—Puede ser —repuse—; pero prefiero ir contigo.

A Iosu no le importó que me fuera con Marta. Él estaba intentando ligar con otra chica y nos entendimos con la mirada al despedirnos.

El bar era también restaurante y pensión y estaba ubicado en los soportales del pueblo junto a la desembocadura del río. Tenía capacidad para cien comensales. Yo, iluso, que no tenía ni idea de lo que era la hostelería, tuve que aprender a marchas forzadas. A los padres de Marta les pareció bien tener ayuda extra en plenas fiestas, siempre y cuando no les trastornara formarme y no retrasara el servicio. Me ofrecieron alojarme en una habitación libre que tenían en la pensión a cambio de mi trabajo. Aprendí rápido. En un fin de semana, pasé de sacar la basura a los contenedores a recoger mesas y servir cafés. Cuando acabó el turno, Marta y yo nos acercamos a la plaza para juntarnos con los amigos. Leticia, una chica un par de años mayor que nosotros, estaba hablando con Iosu cuando llegamos.

—¿Y este *gorri* quién es? —preguntó con descaro.

—Gorri es Agustín, un amigo mío —le respondió Iosu buscando provocarla—. Viene de estar con Marta toda la tarde trabajando en el bar.

—¿No tienes nada mejor que hacer, Gorri? —me preguntó directa

Leticia entonces.

Marta cambió de grupo antes de escuchar mi respuesta, que no fue más que un ridículo balbuceo argumentando que me apetecía acompañarla. Leticia abrumaba con su carácter y su escote, así como con su actitud retadora. Por la noche, en la pensión, Marta entró en mi habitación con naturalidad y se encendió un cigarrillo sentada junto a mí sobre la cama. Yo no sé qué tonterías le debí decir, ni supe leer entrelíneas el mensaje que me estaba enviando, así que tan pronto tiró la colilla por el váter, se despidió desde la puerta con un gesto que hoy puedo asegurar que era de pura desilusión.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, su padre me dio instrucciones sobre la jornada que se presentaba ante nosotros.

—Hoy es sábado de cuadrillas. Tenemos el comedor a rebosar, Agustín. ¿Estás preparado?

—Sí, claro, sí… —respondí con fingida seguridad delante de Marta, que no me miraba a los ojos y parecía que me rehuía.

—El menú de hoy es cerrado, así que es más fácil de servir. Retiras platos, sirves las bebidas que te vayan pidiendo y luego te ocuparás de los cafés. Ahora, Marta, enséñale a montar las mesas —ordenó.

Marta obedeció de mala gana y en cuanto nos quedamos solos, me insinuó si no preferiría estar con Iosu y las chicas.

—¿Por qué iba a preferir estar con ellos, Marta? Te dije que me apetecía ayudarte…

—Ya.

—¿Te pasa algo? No entiendo por qué estás tan seria.

—Nada, nada —dijo cogiendo una mesa y pidiéndome que la ayudara a levantarla—. Estoy cansada. Yo sí que preferiría estar fuera…

En cuanto llegaron las cuadrillas las horas volaron con una intensidad arrolladora. Sin tener experiencia previa, había aprendido a hacer mi trabajo y a no molestar el movimiento de Marta y su familia que circulaban por el restaurante y la cocina con la precisión de piezas de un reloj suizo. Contento con los resultados de la jornada y agradecido por mi ayuda, el padre de Marta nos permitió salir un poco antes del turno de la noche para sumarnos a la fiesta.

—Ha sido divertido el día, ¿eh? —comenté de forma inocente para entablar de nuevo una conversación cordial con Marta.

—Yo no sé si lo llamaría divertido. A ti te divierte por la novedad, pero te aseguro que es un trabajo muy esclavo en el día a día.

—Sé a lo que te refieres.

—Sí, seguro —me interrumpió.

—Sí, claro que lo sé, Marta. No creas que porque he venido a pasar las fiestas a San Juan dejo de saber lo que es el día a día. Fíjate si lo sé bien que me ofrezco antes para ayudar a trabajar a alguien que para salir de fiesta.

Marta no volvió a dirigirme la palabra. En la plaza empezaba el concierto de un grupo *rock* del que yo no tenía constancia; no había escuchado demasiada música hasta entonces, la verdad. Leticia me buscó la mirada. Yo le miré el escote y las piernas largas y fibrosas que se acentuaban con los tacones que se había puesto. No era una chica guapa, pero sabía resaltar sus encantos y los tres años que nos pasaba le otorgaban esa aura de superioridad que en la madurez no es nada y en la adolescencia lo parece todo. Como Marta no me hablaba y Iosu estaba ocupado con otra de las chicas de la cuadrilla, me acerqué a Leticia. No tardó en cogerme de la mano y animarme a bailar.

—¡Pero si esto no se baila! —protesté.

—Conmigo se baila todo, Gorri —me respondió dejándome muy claras sus intenciones.

Sentí cómo la erección se apoderaba de mi entrepierna mientras Leticia continuó con la provocación rozándose contra mí y besándome en la nuca, en el cuello, la mejilla, y, finalmente, en los labios, jugando con su lengua como si estuviera hipnotizándome. En cuanto me susurró que nos fuéramos a la pensión, no tardé ni dos segundos en tomarla de la mano y alejarme del grupo, decidido a acostarme con ella. Intenté que no notara que era mi primera vez, pero sus besos y su forma de moverse sobre mí me hicieron acabar demasiado rápido y me sentí fatal por no haber cubierto sus expectativas.

—No pasa nada —me dijo recolocándose el sujetador, aún sudorosa.

Hoy en día, con la experiencia adquirida, no la hubiera dejado con las ganas intactas; hubiera aportado diferentes recursos, pero aquella noche… estaba aún bajando de la nube en la que me subí tras el primer orgasmo compartido y no supe reaccionar.

El domingo, cuando bajé a despedirme de los padres de Marta y a

agradecerles su hospitalidad, Marta no apareció. Tampoco la encontré en la plaza junto a Iosu y los demás.

—¿No crees que le enviaste señales equivocadas a Marta? —me preguntó Iosu.

—¿Cómo?

—¡Joder, Agustín! ¿No te parece que si te ofreces a ir con ella al bar y trabajar el fin de semana, etcétera, ella se podía hacer ilusiones?

—¿Conmigo?

—¡No! ¡Con tu tía! ¡Pues claro! ¡A Marta le gustaste!

—¡Por eso entró en mi habitación!

—Y tú tonteando en sus narices con Leticia… ¿De qué guindo te has caído, Agustín?

—No lo hice con ese fin. Me cayó muy bien, nada más. ¿Le darás recuerdos de mi parte? Me hubiera gustado despedirme de ella.

—Se los daré, pero espabila con las chicas, Agustín, o te traerán por la calle de la amargura…

En el autobús de regreso a Ormaiztegi, resonaban en mi cabeza las palabras de Iosu y tan pronto llegué a casa le escribí una sencilla carta a Marta dándole las gracias por el fin de semana y diciéndole que la había echado de menos el domingo para despedirme de ella cara a cara. No recibí respuesta, pero por dentro me sentí un poco mejor.

La abuela Trini me apuntó a clases particulares durante julio y agosto y en septiembre aprobé los dos exámenes. La rutina llegó para quedarse en 6.º de bachillerato. Yolanda y yo continuamos siendo amigos, sin rencores ni dramas. Me habló de un chico madrileño con quien había tonteado en verano y yo le hablé de Leticia, pero no de mi primera experiencia sexual con sabor agridulce. No era necesario compartir ciertos detalles.

La perfidia del amor

La Academia Urdaneta enviaba cada año a los alumnos de la última promoción a Salou de viaje de fin de estudios. Durante todo el curso habíamos estado recaudando dinero y, llegado el momento, estábamos ansiosos por salir de casa. Sería, para todos, la primera vez que nos alejábamos tanto de Euskadi. Yo, exceptuando una visita a San Sebastián y las fiestas de Pasajes de San Juan, no conocía más mundo. Don Pedro se ocuparía de nosotros en el viaje. ¡Había que tener valor para pasar una semana con treinta adolescentes! No obstante, don Pedro era un profesor simpático y comprensivo que se mostraba permisivo a condición de que lo dejáramos descansar por las noches y no le diéramos disgustos. Creo que sufría de la columna y por eso caminaba de una forma un tanto peculiar, estirado y con pasos muy marcados, más bien cortos —decían que llevaba la columna sujeta por clavos y placas de metal debido a un accidente—.

Los seiscientos kilómetros que separaban Villafranca de Salou, algunos los aprovecharon para dormir, otros para jugar a cartas y unos pocos para cantar canciones amenizando al resto del grupo. Llegamos sobre las cinco de la tarde y montamos las tiendas de campaña y repartimos los turnos de comida y limpieza, manteniéndonos un poco al margen, la verdad, porque los chicos, sobre todo, estábamos poco acostumbrados —por no decir nada— a realizar dichas labores que encomendamos a las chicas alegando que debían cuidarnos. ¡Vaya jetas éramos!

Don Pedro nos había preparado excursiones por las mañanas donde aprovecharía para recordar aspectos de la historia o el arte que habíamos estudiado durante el curso. Admito que en el momento me quejé con vehemencia, pero luego resultó ser muy interesante conocer dónde había estado hospedado el Papa Luna, por ejemplo, cuando visitamos Peñíscola.

Del resto de excursiones no recuerdo nada, porque tras la visita a la ciudad amurallada, nada más regresar al *camping*, una chica de rasgos orientales captó toda mi atención. Se llamaba Marilou y pertenecía al grupo de estudiantes de Nantes que acababa de alojarse en el mismo complejo que nosotros, también con motivo de

su viaje de estudios. El grupo lo componían chavales de nuestra edad, y gracias a mis conocimientos de su idioma, pude entablar amistad con ellos y acercarme a Marilou, que no dejaba de sonreírme.

Por las tardes, don Pedro nos daba libertad. El *camping* estaba cerca de la playa y podíamos bañarnos, dar una vuelta por el pueblo o quedarnos dentro de las instalaciones echando un partido de fútbol o jugando a cartas. Luis Antón, que era mi mejor amigo en 6.º de bachillerato, propuso que jugáramos contra los franceses.

—¡Sí, sí! ¡Un partido Euskadi-Francia! —jaleaban mis compañeros.

En aquellos años, empezaba a crecer un sentimiento nacionalista en contra de la dictadura de Franco. Yo no sabía a dónde pertenecía y escuchaba sus discursos políticos con indiferencia, porque sentía que no hablaban de mí ni iban conmigo. En mi familia nunca se habían tratado esos temas. No tenía conciencia alguna de lo que años más tarde pasaría en el País Vasco ni de las bajas que sufriría mi grupo de amigos de la escuela por pertenencia a ETA, muertos en enfrentamientos contra la Guardia Civil. Yoyes, sin ir más lejos, quien fuera dirigente de la banda y asesinada por un comando de su propia organización, estaba con nosotros en Salou mientras yo miraba de reojo a Marilou.

Parecía que los franceses nos llevaban ventaja en todo. Su nivel cultural era superior, su estilismo no tenía nada que ver con el nuestro y las mujeres no conocían lo que era haber nacido bajo el estigma de la culpa y el pecado, como mis compañeras de clase. Afortunadamente, lejos de la vigilancia paterna, no parecían tan distintas, aunque ninguna se atrevió a quitarse el sujetador y pasar la semana de viaje de estudios imitando a las chicas del otro lado de la frontera.

El partido de fútbol fue un desastre. Perdimos 3-0. Yo jugué de portero. Marilou había estado cuchicheando todo el tiempo y yo estuve muy desconcentrado. Pero no es excusa. Perdimos porque éramos malísimos y jugamos fatal. Sin rivalidad alguna, nos quitamos el sudor bañándonos todos juntos en el mar, y fue ahí cuando Marilou se acercó a mí por primera vez.

—Buen partido —me dijo nadando a mi lado.

—¿Lo dices por tu equipo? —bromeé.

—Y por ti.

—Me has desconcentrado.

—Me llamo Marilou. Me gusta que hables mi idioma.
—Yo soy Agustín.
—Lo sé. He preguntado antes por ti.
Desde ese baño hasta el viernes en que regresamos a Ormaiztegi, no me separé de Marilou e incluso dormí cada noche en su tienda. Sus tutores hacían la vista gorda y yo pienso que me tomaron por uno más de su grupo. Me desenvolvía sin problemas en francés y Marilou me llevaba de la mano, en volandas, o así me sentía yo. Hicimos el amor cada día. No tuvo nada que ver con la experiencia del verano anterior con Leticia. A aquello no puede llamársele «hacer el amor». Con Marilou hubo dulzura, hubo ternura, hubo pasión, muchas caricias y besos y orgasmos de a dos, aprendiendo a recibir y a dar placer con interés real por satisfacer a quien amas. Porque yo amé a Marilou. Me enamoré de ella de pies a cabeza. Era tan bonita como exótica. Su padre se había casado con una mujer vietnamita en su paso por las colonias durante la guerra de Indochina. Se fueron a vivir a Nantes en cuanto consiguieron la documentación pertinente y tuvieron a su única hija: Marilou. Me contó que la mimaban mucho, pero que también le daban bastante libertad. Que estaba muy unida a su madre y que con su padre tenía algunos desencuentros. Yo le hablé del pueblo, de mis abuelos y, por primera vez, le hablé de la ausencia de mi padre a alguien.
—¿Y no sabes nada de él?
—No.
—¿Y no has preguntado?
—¿No te acabo de decir que mi abuela Trini apenas habla de nada? Y mi tío está sordo y esquiva los temas delicados.
—¿Y no te gustaría saber de él?
—¡Claro! Pero se fue a la guerra y luego tuvo que huir a Francia para que no le capturaran…
—¿¡Te imaginas que viva en Nantes!?
—Si ves a un hombre pelirrojo con aspecto de vasco, será él.
—¿Cómo es el aspecto de vasco?
—¡Pues como el mío, *ma chérie*! —dije recalcando las palabras—. ¿No ves que dicen que soy un calco de mi padre? Alto, guapo y pelirrojo, para no pasar desapercibido.
—Por eso me fijé en ti —añadió coqueta.
Hablar con Marilou era sencillo. No me sentía juzgado y parecía que hablábamos de igual a igual. ¡Éramos almas gemelas! A ella le gustaba Nat King Cole. Yo, en los pocos ratos que no estaba a su

lado, con un tocadiscos a pilas que había llevado uno de mis compañeros, trataba de aprenderme las letras de sus canciones para poder después impresionarla en la discoteca del *camping*. Quería gustarle a toda costa. No quería perder ventaja sobre los estudiantes que la pretendían a pesar de que era evidente que Marilou me había elegido a mí.

Los seis días que pasé en Salou junto a ella fueron los más felices de mi vida. Inocentes, jóvenes y libres. Así recuerdo nuestro baño a medianoche en el Mediterráneo, iluminados tan solo por las estrellas, la luna y un par de farolas del paseo de la playa. El día de la despedida lloré como un chiquillo. No podía imaginarme mi vida sin Marilou. Luis Antón se burlaba de mí, pero a mí me daban igual sus burlas. A ninguno de ellos le dolía el pecho como a mí. Sentía que se me partía el alma, que no podía regresar a Ormaiztegi sin ella y que mi vida no tenía sentido. Ella no se mostró tan dramática como yo y me dio su dirección de Nantes para que la escribiera. Yo, con la ayuda de Luis Antón, tracé un plan de camino al pueblo. El grupo de alumnos franceses, antes de regresar a casa, pasaría una semana extra en Laredo, cerca de Santander. No sé cómo logré convencer a Luis Antón, pero en cuanto llegamos a Ormaiztegi, miramos correspondencias de autobuses para poder presentarnos en Cantabria lo antes posible y así estirar un poco más mi romance. Una vez en Laredo, buscamos la residencia Carlos V donde se alojaban y mi felicidad volvió a brillar al descubrir la alegría de Marilou al verme.

—¿Estás loco?

—¡Estoy loco por ti!

Creo que no acerté a decir frases más sensatas en la semana que pasé junto a ella haciendo el amor y paseando con sus compañeros por la ciudad como si fuera uno más. Como si Marilou y yo estuviéramos hechos el uno para el otro. Hablábamos sin parar, nos reíamos por todo y nos acariciábamos constantemente. Yo estaba eufórico. Hasta que llegó la segunda despedida en apenas diez días. Volví a llorar y ella se mostró estoica repitiéndome lo mismo que me había dicho en Salou.

—Nos escribiremos, Agustín. No llores, venga. Te quiero mucho, *mon cheri*.

Sin embargo, para mí no era suficiente que me quisiera mucho, que me dijera cariño mío o que me besara las lágrimas. Yo quería ir tras ella a Nantes y seguir compartiendo mi vida con ella. Pero me

faltó valor y regresé al pueblo. En mi cabeza sonaba la última canción que habíamos bailado juntos: «Mujer, si puedes tú con Dios hablar… ¿Quién sabe por dónde andarás? ¿Quién sabe qué aventuras tendrás? ¡Qué lejos estás de mí!». Me pasé toda una semana sin salir de mi habitación, el tío Jaxinto venía de vez en cuando para traerme la comida, pero no me entraba nada en el cuerpo. Adelgacé cuatro o cinco kilos, estaba famélico. No conseguía animarme con nada. Pensaba en quitarme la vida. Fue un dolor tan desgarrador…

La primera carta que recibí con sello francés me volvió a conectar con el mundo de los vivos. Marilou me hablaba de cosas sencillas, de su día a día y, para finalizar, en la posdata, sí que añadía su característico *mon cheri*. Me agarré a él como a un clavo ardiendo. Me resistía a despedirme definitivamente de ella y me reprochaba a cada rato no haber sido más valiente como para seguirla hasta Nantes. Ahora pienso que menos mal que mis 16 años no me dieron la confianza suficiente como para embarcarme en aquella aventura. ¡A saber qué habría sido de mi vida!

Poco a poco, dejé de recibir cartas de Marilou. La abuela Trini me obligó a acompañar al tío Jaxinto a la fábrica de motores para hacer algo de provecho. Y yo me prometí a mí mismo que ninguna mujer me volvería a hacer tanto daño jamás. No olvidaría ese verano pasara lo que pasara. Me había curtido para el resto de mi vida en la perfidia del amor.

Juramentos secretos

Luis Antón me habló de la carrera de telegrafista en la Marina Mercante. Desde un primer momento, me sonó bien.

—¡Claro que sí, Agustín! ¿Por qué no estudiamos Náutica? Así podríamos viajar y conocer mundo, otras chicas…

—Yo no creo que pueda conocer a otra como Marilou —puntualicé obcecado.

—¡No seas aguafiestas! Mira hacia adelante, hombre. Tú y yo surcando los mares…

—¿Y qué tenemos que hacer?

—En primer lugar, llamar a Portugalete para solicitar información en la Escuela Oficial de Náutica.

—¿Tú lo tienes claro, Luis Antón?

—No mucho, pero por preguntar…

Finalmente, solo yo realicé la llamada a la escuela Leopoldo Boado, donde me informaron del programa de becas. La abuela Trini me había prevenido sobre la situación económica familiar y yo ni podía ni quería pedirle algo que no tenía, pero tampoco quería resignarme y vivir en Ormaiztegi para trabajar en algún taller. La información que me facilitaron por teléfono me resultó interesante y favorable. La carrera era corta, apenas de dos años, y después salías a navegar como alumno cobrando un pequeño salario. Si a ello le añadías que no tenías gastos porque el alojamiento y la comida estaban incluidos, yo, que estaba acostumbrado a vivir con poco, podría amoldarme con facilidad. Para tramitar la matrícula me tuve que desplazar a Portugalete. Tomé el mismo autobús que nos había llevado a Luis Antón y a mí hasta Bilbao y una vez en la capital, fui directo a la parada de taxis para que me llevaran a Portugalete. El taxista, viéndome tan joven, me aconsejó que cogiera allí mismo un tren, porque la carrera en taxi iba a salirme por un pico y no merecía la pena gastarme tanto dinero. Agradecí su ayuda. Entre lo nervioso que estaba y lo despistado que seguía porque no conseguía quitarme la tristeza de encima, sentía que avanzaba a trompicones. No obstante, avanzaba, y eso ya era mucho después del disgusto.

Para ser la primera vez que viajaba solo, no había ido mal.

Imagino que otros compañeros llegaron acompañados por sus padres, pero yo no podía contar con ese apoyo. No me imagino a la abuela Trini saliendo del pueblo para subirse a un taxi o a un tren conmigo, ni tampoco al tío Jaxinto que, tras la guerra, no quiso ver más mundo que el de los montes del Goierri. En el tren, pregunté varias veces por mi parada para no perderme. Una señora que podría tener la edad de mi madre me fue diciendo el trayecto, parada por parada, al verme tan desorientado. Debía estar blanco de la tensión:

—La próxima es Baracaldo, luego Sestao, después Portugalete y tú tienes que bajarte en La Peñota. Yo te aviso, muchacho. Tranquilo, que llegarás a buen puerto.

De alguna extraña manera, creo que esa mujer hizo lo que mi madre hubiera hecho por mí —o yo he querido pensar que aquella casualidad no fue tal—. Tal y como me había indicado la mujer, frente a la estación estaba la Escuela de Náutica. Era un edificio enorme de hormigón de reciente construcción capaz de albergar a más de mil estudiantes. La anterior sede de Deusto se había quedado obsoleta y no podía ofrecer el servicio adecuado a la gran demanda de oficiales de náutica. La escuela estaba dividida en tres alturas. En uno de los laterales, había una piscina para los cursos de natación y en el otro, el diseño asemejaba la proa de un barco. Pregunté en la secretaría por los impresos de inscripción en el curso de telegrafista y la secretaria me animó a solicitar la beca argumentando que nunca se cubrían todas las becas destinadas a náutica. «Vuelve la semana que viene a recoger la matrícula y los libros y te informaremos sobre la concesión de la beca», añadió antes de marcharme.

La semana pasó volando. No hice nada más que perder el tiempo y ayudar a mi tío Jaxinto que, cada día, estaba un poco más débil. Las secuelas de la guerra hacían mella en él y con tan solo 51 años tuvo que dejar de trabajar. Si hubiera luchado en el bando nacional con Franco, le hubiera correspondido una pensión vitalicia por mutilado de guerra, pero él había elegido el bando de los perdedores y no tuvo suerte en sus últimos años. La abuela parecía marchitarse al mismo ritmo que él. Yo era demasiado joven y estaba inmerso en mis propios problemas como para valorar los suyos, a quienes en cierta forma culpaba, sin razón, por mi falta de estabilidad emocional. Ahora pienso en todo el sufrimiento que debió soportar

la abuela Trini, sola desde que mi padre se marchó a la guerra, sin haber podido vivir relajada jamás. A mí me angustiaba mi futuro, mi corazón roto y la lástima que me daba a mí mismo cada vez que recordaba que mi padre me había abandonado, que el tiempo pasaba y él no daba señales de vida. Me creía el único con derecho a sufrir, pero cada uno dentro de la casa de los Aurrekoetxea cargaba con lo suyo.

Al llegar a la escuela, me comunicaron que me habían concedido la beca y sentí una alegría difícil de explicar. Como si de repente el viento se hubiera puesto a soplar a mi favor, como si la facilidad con la que se estaban alineando los astros significara que ese era mi camino hacia la felicidad. Conocí a Andrés frente al tablón de anuncios, él también buscaba alojamiento para estudiantes. Andrés era de Alcañiz, Teruel.

—¿Tú también vas a decirme si en Teruel sabemos cómo es el mar?

—No, no —mentí para no ofenderle—, somos igual de novatos buscando piso.

Nos caímos bien desde el primer momento.

—¿Telegrafista?

—Sí. ¿Y tú?

—Telegrafista. Me llamo Agustín.

Entre los dos conseguimos dar con una pensión que alquilaba habitaciones para estudiantes en Santurce. No estaba lejos de la escuela. Podíamos ir caminando. La patrona, Esperanza, nos enseñó la habitación y nos explicó las normas:

—El desayuno se sirve a las 8:00, la comida, de 13:30 a 14:30 y la cena de 20:00 a 21:30. Si queréis que os lave la ropa, me tenéis que abonar un extra. No se admiten visitas en las habitaciones y, por supuesto, ni drogas ni prostitutas.

Andrés y yo nos miramos de reojo y nos aguantamos la risa. El precio era razonable para ambos, con la beca cubríamos los gastos de la pensión completa y todavía nos quedaba un poco de dinero para caprichos o ahorros.

El primer día de clase nos repartieron los horarios, el temario y sirvió de toma de contacto. Yo estaba tranquilo, casi contento. En menos de dos días había solucionado los dos temas fundamentales, y, además, contaba con un nuevo amigo que, como yo, no conocía a nadie y estaba solo en la ciudad. Así que tras las clases nos fuimos a

recorrer Portugalete y Santurce, habituándonos al nuevo escenario de nuestras vidas.

Escribía a Marilou todos los días. Consideraba importante que supiera dónde me encontraba ahora y temía que sus cartas no me llegaran por un error en la dirección. No conseguía quitármela de la cabeza. Andrés me llamaba pesado y a ella «la francesita otra vez». Él aún no se había estrenado y estaba deseando perder la virginidad lejos de su pueblo, con chicas que no le recordaran por esto o aquello.

—En los pueblos te cuelgan el sambenito y no hay forma de quitártelo ni aunque pasen mil años.

—¿Y qué hiciste?

—En realidad, nada. Ser muy ingenuo, muy confiado y creer que todo el mundo era como yo.

—A mí lo que me gusta de que estemos en la escuela es que podemos empezar una nueva vida sin que importe quiénes somos ni de dónde venimos. Da igual si yo soy de un pueblo de mil habitantes o si tú eres de una gran ciudad. ¡No importa, Andrés! ¡Tenemos el horizonte por delante!

La primera carta de Marilou a mi nueva dirección llegó casi cuando empezábamos con el segundo trimestre. El corazón me dio un vuelco.

Hola, Agustín:
¿Cómo estás? Me alegro de que hayas encontrado una carrera que te guste y de que estés empezando una nueva vida lejos de tu pueblo. Yo también estoy estudiando mucho y tengo poco tiempo. Deseo que sigas bien. Tengo grandes recuerdos.
Con cariño,
Marilou

¿Qué quería decir con eso de que tenía grandes recuerdos? Andrés dijo que la carta le parecía fría.

—Es francesa —apostillé a la defensiva.

—Bueno, francesa o no, yo creo que en la carta no dice gran cosa.

—¿Y por qué iba a tener grandes recuerdos si no?

—Porque no sabía cómo despedirse sin sonar seca, digo yo. No sé, Agustín, yo creo que deberías pasar página. La francesita no parece que tenga el mismo entusiasmo que tú.

No le escuché y respondí esa misma noche una carta de dos folios contándole mi vida en Santurce, además de hablarle de la

noche de la playa y de cómo recordaba aún su cuerpo y sus lunares.

—Estás haciendo el bobo —insistió Andrés.

—¡Tú qué sabrás si aún eres virgen! —respondí enfadado.

Andrés no se ofendió. Habíamos alcanzado tal grado de confianza que podíamos ser totalmente sinceros el uno con el otro sin sentirnos violentados.

Aprobé los exámenes del primer trimestre con buenas notas, contento porque se evaluaba lo aprendido cada tres meses y no dependía, como hasta entonces, de jugártelo todo a una carta en el examen final en junio. Sin presión, podía estudiar mejor. En meteorología saqué el primer sobresaliente de mi vida y el profesor me felicitó delante de toda la clase:

—Enhorabuena, Lasa. Siga así —dijo.

Mis compañeros se giraron para mirarme con envidia y Andrés me dio un rodillazo por debajo de la mesa. Yo mismo estaba sorprendido. No había estudiado más de la cuenta. La diferencia radicaba en que nadie lo hacía por considerar la materia «de las fáciles» y no se la tomaban en serio.

En la pensión de Esperanza nos alojábamos seis estudiantes de Náutica: dos chicos de Santander, que estudiaban para puente (pilotos); un estudiante de Valladolid, Alberto, que se preparaba para máquinas, y Francisco, de Madrid, que ya trabajaba en el puerto de Bilbao. Había buen ambiente entre nosotros. Los fines de semana, Andrés se marchaba a Eibar a casa de unos tíos, los de Santander cogían el autobús y en apenas dos horas estaban con su familia y yo, a pesar de ser el que más cerca vivía de los suyos, no me movía de Santurce. No le encontraba mayor aliciente a volver con la abuela o el tío a hacer… ¿qué? Así que salía con Alberto y Francisco a visitar la costa vizcaína y los pueblos del interior.

Fui el primero de la promoción de más de 120 alumnos. Acabado el primer curso, hicimos una pequeña fiesta de despedida. Regresé a Ormaiztegi con la firme intención de ganarme un dinerito extra trabajando en el taller de motores. Fue un verano muy tranquilo hasta que recibí la respuesta de Marilou a mi última carta, en la que le pedía que nos viéramos durante el mes de agosto en algún punto intermedio entre Nantes y San Sebastián.

Hola, Agustín:

Me alegro de que hayas aprobado el curso con buenas notas. Yo también paso de curso. ¡Bravo por nosotros!
Prefiero que no sigamos escribiéndonos, tengo novio y estoy enamorada.
Te mando un abrazo.
Pasa un feliz verano.
Marilou

Rompí la carta en mil pedazos y los pisé. Me hundí como un barquito de papel en el agua. Marilou cortaba conmigo porque se había enamorado de otra persona. No daba crédito. ¡Si nuestro amor había sido tan especial…! Me sentí morir y dejé de ir al taller durante unos días. El tío Jaxinto dio la cara por mí y le explicó a su antiguo jefe que estaba enfermo de las tripas. Debió creerle, porque cuando regresé al trabajo mi aspecto, demacrado, no dejaba lugar a dudas de que fuera lo que fuera que me había pasado, me había debilitado físicamente.

Retomé el curso en septiembre, pero aún no había levantado cabeza tras la carta de Marilou. Mis compañeros dejaron de invitarme a salir porque constantemente rechazaba los planes. Prefería seguir compadeciéndome de mí mismo y rebozarme en mi dolor.

—No puedes seguir así —me dijo una noche Andrés—. ¿De verdad pensabas que ibas a encontrar el amor de tu vida con 17 años? ¡Que solo tienes 17 años, Agustín! ¡Que pareces un alma en pena! ¡Te estás perdiendo descubrir lugares estupendos! Además…, hemos conocido a un grupo de chicas de las que te gustan, tetonas.

Levanté la cabeza para protestar, pero no tenía argumentos, así que le hice caso y desde ese día salí de mi cueva y de los libros y comencé a fijarme de nuevo en las chicas, aunque sin querer comparaba a todas con Marilou.

Conocí a Carmen en Sestao. Trabajaba en una tienda de ropa. Era dos años mayor y tal y como la había definido Andrés, se ajustaba a mis cánones de belleza. Los fines de semana que Andrés iba a Eibar, Carmen se colaba en la habitación para que hiciéramos el amor sin prisas. Incluso sin mucha experiencia, no me sentía tan inocente como cuando me desnudé por primera vez ante Leticia o Marilou. Tampoco me entregué en conversaciones profundas y promesas que sabía de antemano que no podría cumplir. En ocasiones, cerraba los ojos e imaginaba que acariciaba el cuerpo de Marilou. Carmen me preguntaba en qué pensaba y yo respondía que en la escuela o en el

pueblo. Prefería que pensara que era responsable a que me tomara por un canalla, porque en realidad yo no quería hacerle daño, pero no era capaz de sentir nada por ella más allá de la atracción física.

Esperanza, la dueña de la pensión, aprovechaba cualquier excusa para entrar en las habitaciones para comprobar el estado de las luces, los radiadores o las cortinas. El primer día que me vio con Carmen se enfadó hasta tal punto que pensé que iba a echarme de la pensión. Sin embargo, por la noche, durante la cena, en vez de mostrarse hostil se mostró demasiado atenta para como había sido con anterioridad. Recordé la advertencia de Iosu, todo aquel rollo de las señales y eso, y dejé que ella tomara la iniciativa, puesto que me quedó claro que se sentía atraída por mí. Esperanza era una mujer de cuarenta años, soltera y sin hijos, que vivía en la casa de al lado al cuidado de su madre. Los ingresos le llegaban a través de la pensión que regentaba tras el fallecimiento de su padre y, aunque estaba muy desgastada en aspecto, era una mujer inteligente y de temperamento fuerte que parecía conseguir siempre aquello que se proponía. En este caso, a mí.

El primer domingo que me propuso acostarme con ella estábamos solos en la pensión. Yo había quedado a las 18:00 con Carmen para ir al cine, y ella, celosa, me pidió que la siguiera por el pasillo a una habitación que no había visto en todo el tiempo que llevaba viviendo allí. Tan pronto cerró la puerta tras de sí se desnudó y se abalanzó sobre mí. Yo no sé qué me excitó más, si su directo ofrecimiento o descubrir que mi cuerpo estaba cicatrizando de las heridas provocadas por el rechazo de Marilou. Me dejé arrastrar por el olor a rosas de la piel de Esperanza y sus nalgas anchas y fuertes y tras el orgasmo y una pequeña siesta sobre su pecho sudado, me duché y me marché a mi cita con Carmen sin remordimiento alguno, como si el encuentro con Esperanza hubiera sido una especie de purga y reconciliación conmigo mismo.

Al cabo de unas semanas, la habitación del fondo de la pensión se convirtió en nuestro nido de amor y sexo. Esperanza me buscaba cada vez que me sabía solo en la pensión y tanto ella como yo nos volvimos adictos al sexo furtivo y al placer sin condiciones ni promesas. Poco supe de su vida a excepción de los detalles más básicos, y poco supo ella de la mía, además de la procedencia de mi lunar del cuello o mi futuro como telegrafista. Le excitaba llamarme Gorri mientras la penetraba. A mí me era indiferente cómo me

llamara, yo solo empujaba hasta alcanzar el éxtasis y ya. No le daba demasiadas vueltas a la cabeza.

Carmen me pidió que nos viéramos más. Quería ir a los bailes de los pueblos y que nos acostáramos más de continuo, no solo los domingos que podíamos vernos en la pensión —siempre y cuando burláramos la vigilancia de Esperanza—. En los días en que las ganas nos apretaban y no encontrábamos dónde hacerlo, nos alejábamos hasta el final del espigón y lo hacíamos sujetos a la barandilla mirando a la ría. A Carmen le daba morbo que nos descubrieran, al igual que a mí. Después, la acompañaba al autobús y regresaba a la pensión.

El segundo curso pasó todavía más rápido que el primero. Fui el segundo de la promoción de 1973 de un total de 123 alumnos. No vino mi familia a la graduación ni a la ceremonia donde nos hacían entrega de la titulación y jurábamos el secreto de telecomunicaciones ante un crucifijo y la Biblia. Estaba orgulloso de mí mismo. Podía haber quedado el primero, pero había tenido cosas mejores que hacer en mis ratos libres. No sabía cuánto quedaba de Agustín Gorri Txiki en el chico que subió al estrado a recoger su título. Tenía 18 años y una vida por delante, con un carácter más forjado y más seguridad que la que nunca pude haber imaginado.

Después de una semana de descanso en Ormaiztegi, regresé a Bilbao. Había pedido direcciones de compañías navieras en la secretaría de la escuela para poder hacer las prácticas y me urgía comenzar. Por otra parte, quería despedirme de Carmen. A nuestra historia de amor le faltaba amor y no tenía visos de cambiar a corto ni a largo plazo. Creo que ambos lo supimos en todo momento y por ello no hubo dramas al despedirnos. Habíamos disfrutado mucho del tiempo compartido.

Despedirme de Esperanza, sin embargo, fue un poco más complejo porque ella se había encaprichado conmigo. Me preparó una última cena sabrosísima y después me dejó exhausto sobre la cama tras una maratoniana sesión de sexo. Hoy en día la hubiera llamado señora Robinson y ella podría haberme llamado el Graduado.

Andrés estaba en las mismas que yo, así que decidimos separarnos deseándonos mucha suerte. Habíamos hecho muy buenas migas, pero nos tocaba emprender nuestro propio camino por separado. Elegí al azar la naviera Aznar y me dirigí a sus

oficinas en la Gran Vía de Bilbao dispuesto a probar suerte. A fin de cuentas, a las compañías les interesaba contar con alumnos a bordo: los tenían un año de prácticas, ayudaban en las labores del barco y los formaban de modo que contaban con personal con experiencia para contratar con conocimiento de causa una vez expirado el periodo de prueba. Esta vez la capital vizcaína no me asustó. Definitivamente, no era el mismo Gorri.

Avante toda, Kruxito

El departamento de personal, tras una breve entrevista, me asignó un barco que llegaba al puerto de Tarragona tres días después. ¡Lo había conseguido! Embarcaría en el «Monte Sollube» una vez pasara el reconocimiento médico obligatorio. Me hicieron análisis de sangre y orina y una placa de los pulmones, además de vacunarme contra la fiebre amarilla y la viruela.

En las oficinas de la compañía me esperaba un billete de tren para mi viaje a Tarragona y una carpeta que debía entregar al capitán del barco. Aún tenía un par de días libres antes de empezar mi nueva andadura, así que regresé al pueblo para contarle a la abuela que había conseguido el trabajo.

—¿Y van a pagarte bien?

—Lo importante, *amona*, es que no voy a tener gastos porque el alojamiento y la comida están incluidos.

—¿Para cuánto tiempo te vas?

—En principio me han dicho que un año…

Sin ser excesivamente listo en este tipo de asuntos, percibí su preocupación y la tristeza por mi marcha, si bien no lo verbalizó en ningún momento. Me imagino que debió volver a verse en la tesitura de despedir al niño que había criado, como cuando mi padre marchó a la guerra, y que se le despertaron los mismos miedos que entonces.

—Vendré a verte en cuanto tenga unos días libres, te lo prometo —dije sin mucho convencimiento porque yo solo podía pensar en mí mismo y no me daba cuenta de que en la casa de los Aurrekoetxea se quedaban dos viejos tristes. Mi abuela debía sentir que las paredes se le caían encima del abatimiento.

Cogí el tren en San Sebastián nervioso, expectante ante la novedad de los acontecimientos. En Pamplona se subió una chica con la que estuve conversando hasta su destino. Ella iba a estudiar Medicina a Zaragoza. Nos deseamos buena suerte para nuestros respectivos comienzos de vida y bromeamos con la posibilidad de encontrarnos cuando ella acabara la carrera y yo mis primeros años en la mar, para valorar si nuestros sueños merecían tanta ilusión como la que ambos sentíamos en ese momento.

Un taxi me llevó de la estación de tren al puerto. El Monte Sollube se encontraba atracado junto a varios silos de hormigón donde almacenaban grano. Estaba en plena descarga cuando llegué, casi oculto por la impresionante polvareda que lo envolvía. Ascendí por la escala real que estaba bajada en el muelle y pregunté por el capitán. Me atendió el primer oficial quitándose primero las gafas y la mascarilla que le cubrían el rostro para protegerse del polvo.

—Me gustaría hablar con el capitán, por favor.

—Ahora no está.

—Soy Agustín Lasa. Es mi primer embarque y me han dicho que pregunte por él.

—Enseguida mando a alguien para que te acompañe al camarote de alumnos. ¿Traes la documentación?

—Sí, sí —respondí apresurado entregándole la carpeta. Casi había olvidado que la llevaba entre las manos por los nervios y la curiosidad que me generaba todo cuanto se movía a mi alrededor.

Un desgarbado chico de mi edad se acercó a mí cumpliendo las órdenes de su oficial y me informó de que en el barco nadie hace más que lo que le compete.

—Aquí cada uno tiene unas tareas específicas que realizar. Yo estoy en el puente. Soy tu compañero de camarote. Me llamo Juan Cruz, pero puedes llamarme Kruxito.

—Yo soy Agustín, telegrafista. Bueno… —dudé—, aspirante.

—¡Y no me lo digas! ¡Te llaman Gorri!

Me encogí de hombros y lo seguí. Se movía con confianza por el barco. Me contó que llevaba un mes en él y que estaba aprendiendo a marchas forzadas.

—En la escuela no nos enseñan lo que luego aprendemos aquí, Agustín. No sé tú qué idea tienes de telegrafía, pero prepárate para tirarte de esos pelos rojos que tienes —se rio.

Dejé la maleta sobre la que iba a ser mi cama y Kruxito se ofreció para hacerme de cicerone por el barco. Visitamos en primer lugar la cocina. Desde que había cogido el tren por la mañana y después de nueve horas de viaje, aún no había probado bocado y estaba muerto de hambre. Kruxito hablaba sin parar. Era un chaval abierto y simpático, de una naturalidad abrumadora.

—El barco va a estar todavía tres días más en puerto. Podemos aprovechar para hacer compras. Es lo que hace la mayoría de la tripulación cuando no está de guardia. Te presento al camarero y luego a las seis bajamos a cenar. En puerto la comida es a las 12:00

y la cena a las 18:00. Anda, vamos, en el *office* puedes merendar algo; que se te van a salir los ojos de las órbitas, Gorri… ¿Eres de los que se enfadan cuando tienen hambre?

Mientras comía un bocadillo de mortadela, Kruxito me contó que era de un pequeño pueblo de Vizcaya de menos de 300 habitantes.

—Si te hablo en euskera, no me entenderías, te lo aseguro.

—¿Y tú ahora no tienes nada que hacer?

—Los alumnos de puente montamos guardia con el primer oficial de 8:00 a 12:00, por la mañana y por la noche. Si te soy sincero, como había escuchado que hoy se incorporaba un nuevo alumno, me he quedado en el barco adrede para conocerte. Esta tripulación es bastante mayor y va a lo suyo.

—¿Tienes más experiencia en barcos o qué?

—No, no, lo digo por lo que he escuchado. He pensado que si eras de mi edad, igual congeniábamos. Teniendo en cuenta que vamos a compartir vida los próximos meses…, lo mejor será que nos llevemos bien.

—Y querías causarme buena impresión —bromeé.

—¿Lo he conseguido?

Desde el primer momento, mi relación con Kruxito fue muy buena. Era un chico transparente de una bondad y un humor inusual entre hombres forjados por el silencio y la dureza de la navegación. Se hacía querer. Estaba contento porque durante la carga en puerto no debía montar guardia y tenía tiempo libre.

—Es muy probable que esta noche no pegues ojo. A mí me pasó. Cuesta acostumbrarse a los ruidos y el calor del camarote puede resultarte molesto. Ya me contarás mañana qué tal.

Kruxito tenía razón. El ruido de los generadores no me dejó descansar y me pasé toda la noche dando vueltas a lo aprendido en la escuela sobre los equipos de radio para demostrar mi valía ante el telegrafista jefe, Julián, a quien había conocido de pasada durante la cena. Mi compañero me puso al día de su vida sentimental:

—Julián tiene novia en Tarragona. Es pescatera en el negocio familiar, así que cada vez que atracan aquí, a ella le dan días libres para que los pase con él.

—¿Esto te lo ha contado él?

—Una parte sí y otra la he escuchado.

—¿Y qué tal es?

—¿Julián? Es un buen tipo, Gorri. Al menos no he oído a nadie

hablar mal de él. Tiene buen sentido del humor. Lo pasarás bien.

Yo no sabía si quería pasarlo bien o pasar directamente a hacerlo bien. Me inquietaban mis capacidades en la práctica a pesar de las buenas notas académicas.

A la hora del desayuno, me presenté al capitán y al resto de la tripulación y me dirigí a mi puesto. Julián, que llegó a la cabina a las 10:00, me pasó los libros de instrucciones y me explicó el funcionamiento de los equipos, que nada tenían que ver con los que yo había utilizado en la escuela. Después se fue a ver a su novia y me dejó solo. Me pasé todo el día familiarizándome con las tarifas de los telegramas y las conferencias de telefonía. Por norma general, el correo era para la compañía, pero, de vez en cuando, se debía cobrar. La estación de radio contaba con dos potentes transmisores de onda corta y onda media, dos receptores y un facsímil para recibir los partes meteorológicos. No funcionaba, por lo que debíamos recibirlos en morse y luego plasmarlos en el mapa. Fue un primer día agotador y al mismo tiempo fascinante. Estaba emocionado, no había pensado en Marilou ni un solo segundo y darme cuenta de ello tan pronto me acosté me alivió sobremanera. Sentí que cada vez estaba más cerca de poder superar la ruptura y el sentimiento de tristeza asociado. Kruxito no calló desde que entré en el camarote contándome batallitas. Me dormí escuchando su voz y por la mañana me lo reprochó entre bromas:

—¿Esta va a ser nuestra estupenda relación, Gorri? ¿Vas a dormirte cada noche sin que hablemos ni siquiera un poco?

Me reí por el teatro que puso a las palabras y fuimos a desayunar antes de que tuviera que incorporarse junto al oficial para la maniobra de desatraque. ¡Zarpábamos! Mi vida de marinero comenzaba. Me permitieron estar en el puente de mando junto al capitán, el primer oficial, un marinero que estaba al timón y el práctico de puerto. Sentía el pulso acelerado. El capitán dio la orden de largar el cabo de proa. El remolcador que estaba al costado de babor tiró del barco para que se fuera alejando del muelle y, tras largar el cabo de popa, sentí el movimiento bajo mis pies. Salíamos hacia la bocana del puerto. El barco temblaba a medida que la hélice aumentaba las revoluciones, parecía mi corazón. «Avante media», había indicado a través del telégrafo del puente el capitán. El *pilot boat* recogió al práctico cuando ya estábamos en alta mar. Lo despedimos con la bocina y emprendimos rumbo a Sagunto. Debíamos cargar hierro de la factoría de altos hornos para Houston.

¡Llegaríamos a Estados Unidos! Jamás me imaginé que me alejaría tanto de Ormaiztegi…

Éramos 27 tripulantes en total entre oficiales de puente, oficiales de máquinas, cocineros y marineros, contándonos a Kruxito y a mí. Como el trayecto hasta Sagunto era corto, no tuvimos que encender la radio porque se navegaba muy cerca de la costa y no teníamos permitido el uso de transmisores a bordo a menos de diez millas. Así que me dediqué a observar a Julián, mi superior.

—Los equipos que tenemos son de mucha potencia. Provocamos interferencias en las radios locales, aunque emitamos en frecuencias distintas. ¿Lo entiendes?

Asentí y seguí escuchando con interés sus indicaciones.

Al atardecer llegamos a destino. Tan pronto atracamos en el puerto, Julián se marchó con su novia en un coche que lo estaba esperando. «No creerás que me voy a quedar aquí mientras dura la carga, ¿no?», me había dicho. Supongo que también me habría ido a pasar unos días con mi novia de tenerla. Fantaseé con Marilou esperándome en puerto; Kruxito llegó en el momento justo para sacarme del ensimismamiento y seguir enseñándome el barco.

Una semana después, con rumbo a Houston, yo seguía paseándome del puente de mando a cubierta, de cubierta a máquinas y de nuevo al puente de mando. Quería conocer todos los recovecos del barco, aprender de la vida en la mar, yo que solo sabía de animales y huertas. Me gustaba escuchar a mis compañeros contarse batallitas. Sabía que muchas veces exageraban porque tenían público, pero no me importaba. Era feliz formando parte de algo. Escuchar al capitán gritar «¡Avante toda!» me ponía los pelos de punta. Después, enviaba un telegrama con la hora de salida, la cantidad de combustible a bordo, la cantidad de agua potable, el total de carga y el día y la hora estimada de llegada al puerto de destino. Julián me enseñó a enviar el telegrama que había que repetir diariamente con los valores actualizados. Era un buen maestro. Tenía paciencia y se mostraba amable conmigo. Yo, que me creía especial por haber sido el número dos de mi promoción, me daba cuenta de que, en la práctica, estaba más verde que las manzanas. Julián había sido telegrafista en la Marina Militar. Se formó y navegó en buques de guerra y decidió pasarse a la Marina Mercante por la diferencia salarial, además de por la tranquilidad que empezaba a necesitar. Tras conocer a su novia, quería algo más de estabilidad emocional. El oficial a cargo de Kruxito, sin embargo,

quien recogió la documentación el día que llegué, era seco y maleducado. Parecía que se le había olvidado su paso por la escuela y cuáles habían sido sus inicios. Kruxito, como tenía tan buen carácter, no daba mayor importancia a las malas contestaciones de su superior.

—A este le hace falta una novia como la de Julián. Con eso se le iban a ir todos los males —decía cada noche al entrar en el camarote.

Mi rutina en el Monte Sollube me gustaba. Me levantaba a las 7:30, desayunaba rápido y a las 8:00 me incorporaba a la estación de radio. Encendía los equipos y recibía en morse el parte meteorológico del Atlántico Norte, lo pasaba al mapa y lo entregaba en el puente al primer oficial, Alejandro, con quien Kruxito montaba guardia. Me sacaba fallos cada mañana. Aprendí a adelantarme a sus quejas y Kruxito y yo empezamos a guiñarnos el ojo cada vez que Alejandro debía morderse la lengua porque había resuelto sus extrañas peticiones. Julián me enseñó a revisar antenas, a medir y vigilar que todos los equipos estuvieran siempre cargados y a cuidarlos con esmero. A las 12:00, sintonizaba una estación de radio horaria y mandaba la señal a través de un altavoz al puente. Si el día era claro, Alejandro y Kruxito medían con el sextante el ángulo del sol con el horizonte y, con la hora exacta que les habíamos enviado desde telegrafía, calculaban mediante unas tablas de navegación la posición donde nos encontrábamos. Me fascinaba observarlos. Contrastaban los cálculos, hacían comentarios breves y si coincidían, lo trasladaban a la carta de navegación. A veces era el propio capitán quien se ocupaba del sextante, según Kruxito, «para no olvidarse de cómo se usa». Después de comer jugábamos a cartas o tomábamos el sol en cubierta. Kruxito echaba una pequeña siesta y yo leía. No podía imitarle y descansar porque después por la noche no pegaba ojo. Los días pasaban veloces. El capitán me llamó la atención porque un día bajé al comedor con bermudas después de haber estado haciendo algo de ejercicio. Ninguno de los marineros con los que me crucé me previno. Empezaba a darme cuenta de que en el barco cada uno iba a su aire, así que agradecí la amistad de Kruxito y su compañía. No lograba entenderme bien con el silencio.

El capitán se llamaba don Julio. Enjuto, de piel morena y arrugada, había sido capitán de los barcos de pasajeros de la compañía, las estrellas de la naviera. Kruxito me había puesto al día de que las empresas «castigaban» a sus oficiales por fallos o

problemas mal solucionados enviándolos a barcos de menor categoría. En uno de los viajes que capitaneaba don Julio, unos bidones mal amarrados que estaban en la cubierta del castillo de popa se soltaron debido al temporal causando graves desperfectos. Al acabar la campaña y tras el periodo reglamentario de vacaciones, lo destinaron al Monte Sollube, un barco de categoría muy inferior. A ojos de sus compañeros, fue una total degradación. Don Julio vivía con amargura los que iban a ser sus últimos años en la mar. Como capitán, debía asegurarse de que todo estuviera en orden; era el máximo responsable a bordo pasara lo que pasara y quien sufría las consecuencias. El golpe de moral que le suponía estar al mando del Monte Sollube le hacía parecer malhumorado todos los días.

—Estamos atravesando el Providence Channel, Gorri —me dijo don Julio—. Este es el canal entre Florida y Cuba. Un punto de referencia donde recalamos los barcos que vamos al Golfo de México. Bordearemos la costa cubana y en tres días llegaremos a Houston —dictó.

Tres días más tarde, tal y como había previsto don Julio, Julián me enseñó a hacer la llamada al práctico de puerto para que viniera a nuestro encuentro y nos remolcara hasta el muelle. En cuanto subió al barco, no entendí casi nada de lo que dijo. Mi inglés no era especialmente bueno y él hablaba con un acento duro y cerrado que no me permitía descifrar el mensaje.

—Kruxito, ¿tú por qué hablas tan bien inglés?

—Hice un curso en Londres antes de embarcar. Lo que aprendí en la escuela era insuficiente si quería viajar. ¿Por qué, Gorri? ¿Crees que no vas a poder ligar con las chicas de aquí? —se rio.

—No me había pasado nunca sentirme tan estúpido como escuchando hablar al práctico y al capitán.

—¡Y eso que el capitán no sabe hablar! Es raro encontrar tripulación española que domine el inglés. Al menos eso es lo que he escuchado.

—¿Tú te enteras de todo, Kruxito?

—Lo intento. Y si no…, ¡me lo invento!

—En cuanto se me presente la oportunidad, haré como tú y me iré a Londres.

—¡A ligarte inglesas, Gorri! Mira que allí tienes más competencia, ¿eh?

Una vez atracados en puerto, el capitán regaló una botella de güisqui y un cartón de tabaco al práctico antes de despedirse. Me

explicaron que era un gesto habitual. Embarcaron las autoridades portuarias: policía de inmigración, aduanas y sanidad. Pasaron al despacho del capitán para que junto al tercer oficial tramitaran la documentación.

—Piden la lista de tripulantes y pasaporte, la lista de vacunaciones con sus correspondientes libretas, el manifiesto de carga y el manifiesto personal de objetos de valor —me contó Julián—. Luego sellan los pasaportes, el capitán da a cada uno el mismo regalo que has visto entregar al práctico, ¡y ya somos libres! Ya podemos bajar a puerto y olvidarnos de barco mientras dure la descarga y la carga porque los telegrafistas no tenemos tareas asignadas mientras tanto. ¡Elegiste un buen puesto, Agustín! Aquel que viene es el representante de la agencia. Trae la correspondencia. Así que si tienes novia y aún te quiere, igual tienes carta, chaval.

Solo le sonreí. «No, Julián, no, ya no recibo cartas», le podía haber dicho. ¿Quién iba a escribirme a mí?

Por suerte, la novedad ejercía mayor atracción sobre mí y el segundo día me animé a acompañar a un par de oficiales a visitar la ciudad. ¡Estaba pisando suelo americano por primera vez en mi vida! ¡América! Los oficiales, que ganaban bastante más dinero que yo como alumno —aunque no debía quejarme, puesto que acababa de cobrar cinco mil pesetas por el primer mes, lo mismo que había cobrado durante las vacaciones sin contar alojamiento y comida—, me invitaron a cenar en la ciudad. Pagaron el taxi y me llevaron a comer la primera hamburguesa de mi vida. En mi pueblo todavía no se conocían. Estaba riquísima. Luego salimos a pasear y pude ver con mis propios ojos los rascacielos que había visto en revistas. ¡Y coches! ¡Parecía otro mundo lejos de los 600 y los Citroën 2CV! Las luces por doquier, el tráfico, los ruidos… Houston era una ciudad en ebullición. Y yo, Agustín Lasa, con apenas 18 años, estaba disfrutando de la vida al otro lado del charco, lejos del Goierri, de la abuela Trini y el tío Jaxinto, más lejos aún de Marilou y del imborrable recuerdo de mi padre, estuviera donde estuviera. Quizá hubiera sido más fácil haber crecido sabiendo que había muerto, como la *ama*. ¿Por qué pensaba en él en un momento de tanta alegría? Bajo las luces de neón de las calles de Houston, paseé preguntándome por su paradero y por los motivos que lo hicieron marcharse de mi lado. Abandonar a un hijo es un gesto tan cruel y miserable… Debía haber una explicación lógica, mi padre no era

como el abuelo Joxemari, al que nunca llegué a conocer. Según la abuela Trini, mi padre era un buen hombre, impulsivo pero responsable. Lo que nunca llegué a entender fue por qué si tan buena persona era, por qué no regresaba por mí... ¿Acaso no me quería?

De regreso en el barco Kruxito no estaba en el camarote porque le tocaba guardia y agradecí la soledad. Era tan avispado que me hubiera notado la tristeza y no tenía ganas de hablar. Quería dormir y despertarme con energías renovadas y pensamientos nuevos; de los viejos me los sabía todos. Al amanecer zarpamos rumbo a Nueva Orleans.

—Atento a las comunicaciones. Esta zona tiene su riesgo, Gorri —me aleccionó Julián, que tan pronto me llamaba Gorri como por mi nombre de pila—. Entre Texas y Luisiana hay que navegar con cuidado porque está llena de plataformas petrolíferas. Están bien iluminadas, pero aun así, es peligroso. En esta parte de la ruta hay un oficial de guardia que va a estar pegado al radar y un marinero de vigilancia con prismáticos. A ti y a mí nos toca esperar y escuchar.

Día y medio después, sin complicaciones, entramos en el río Mississippi acompañados por el práctico, dispuestos a cargar el grano en Nueva Orleans. Como se habían tramitado los permisos en el primer puerto, no tuvimos que esperar a las autoridades. Me apunté enseguida al taxi con los oficiales con quienes había estado en Houston. Quería volver a comerme una hamburguesa y tomarme una cerveza bien fría. El taxista nos dejó en el barrio más antiguo de la ciudad, en la calle Bourbon Street. De estilo colonial e influencia francesa, era la zona más turística llena de bares con música en directo. Lo que más llamó mi atención fue una chica con poca ropa que se columpiaba en la puerta de uno de los establecimientos. Teníamos que estar de regreso en el barco a medianoche, pero nos cundió el tiempo porque Nueva Orleans era espectáculo, luz y calidez, además de ritmo, que te hacía perderte entre sus calles disfrutando de todo cuanto veías y escuchabas.

En el viaje de regreso, Kruxito y yo pasamos mucho tiempo juntos. Llegamos a hacernos inseparables. Me reía tanto con él… Su ingenuidad abrazaba su genialidad y resultaba un compañero brillante con el que daba gusto conversar. Era positivo y alegre. Yo le decía que tenía que aprender a calmarse, que tenía que ir un poco más cauto por la vida. Le prevenía de los desengaños, sobre

todo con las mujeres. Él me desoía, no le interesaban mis consejos de hermano mayor. Y es que en ocasiones parecíamos hermanos, aunque yo nunca supe qué era eso de tener uno. Kruxito fue para mí lo más parecido a un hermano, siendo la tripulación del Monte Sollube nuestra familia de acogida.

—¿Por qué estás tan metido en el puesto de radio estos días? —me preguntó a cinco días de llegar a Tarragona.

—Estamos recibiendo instrucciones de la compañía —le respondí tratando de no vulnerar el secreto de telecomunicaciones.

—¿Y no me puedes contar nada?

—Le corresponde al capitán hablar con la tripulación, Kruxito.

—Eres tan obediente, Gorri…

—¿Obediente? Debo ser profesional —me defendí.

—Siempre entras al trapo, ¿ves? —dijo volviendo a reírse con toda la boca abierta.

—No tienes remedio.

Las instrucciones que estábamos recibiendo por parte de la compañía nos conminaban a organizar la lista de los tripulantes que se quedaban en el Monte Sollube, los que serían trasladados a otro barco y los que se irían de vacaciones. Solo el telegrafista y el capitán conocían estos mensajes. Este último decidía cuándo compartirlo con la tripulación para no causar revuelo. Yo estaba contento porque a Kruxito y a mí nos mantenían juntos como alumnos en el «Monte Almanzor», al que deberíamos incorporarnos desde Valencia.

En comparación con el Monte Sollube, este era más pequeño pero más lujoso. Tenía 107 metros de eslora y capacidad para 3000 toneladas que lo hacían apto para navegar por zonas de poco calado y por río. El Monte Almanzor se había construido en los astilleros Euskalduna de Sestao. Formaba parte de una serie de cuatro que había comprado la Naviera Aznar. Kruxito y yo creímos haber pasado de una chabola a un chalé. Nos presentamos al capitán, don Agustín. Llevaba 45 años navegando, nos contó:

—Han esperado a que me jubile para traerme a este barco que es casi hasta lujoso —se rio—. Es una ruta cómoda. Os gustará, muchachos. Aprovechad el tiempo porque vuela.

En la cena conocimos a los oficiales presentes y al telegrafista al mando, que al igual que el capitán, estaba a punto de retirarse. Quedó en enseñarme la estación por la mañana y Kruxito y yo nos acostamos temprano. Los nervios del nuevo embarque nos habían

agotado por igual.

De buena mañana, don Enrique colocó ante mí los libros de instrucciones y me dijo un enérgico «¡Ea, aquí tienes todo!», esperando que me desenvolviera con soltura. Tampoco los aparatos tenían nada que ver con los que yo había estudiado en la escuela. ¡Qué tenso me ponía hasta que lograba controlarlos!

—¡Avante toda! —aulló el capitán poniendo rumbo a Brasil.

Kruxito y yo estábamos eufóricos. ¡Íbamos al Amazonas! Habíamos escuchado tantas historias sobre las nativas que nos excitábamos solo de pensarlo.

—¿Ves qué bien que no estés emparejado? Así luego no tienes cargo de conciencia. Porque hay algunos que lo tienen.

—¡Tú qué sabrás!

—Yo lo sé todo, Gorri. ¡Lo sé todo!

Don Enrique me informó de que iríamos costeando el estrecho de Gibraltar para poner rumbo a las islas Canarias. Atracaríamos en Las Palmas.

—Esta maniobra de atraque aquí es habitual. Esta isla es puerto franco libre de impuestos. El combustible sale más barato y te puedes imaginar cuánto gasta un cacharro como este…

—Sí, he visto los datos en el parte.

—Aprovecha para comprar algo en la ciudad, anda. Algo de cosmética, pintauñas, pintalabios, lencería o pantalones vaqueros… En el Amazonas te hará falta si quieres descubrir sus encantos. Las nativas prefieren regalos en vez de dinero. Es otro mundo.

Me daba cierto reparo escuchar a don Enrique hablándome con tanta naturalidad sobre las costumbres de las mujeres. Estaba más preparado para hablar de estos temas con Kruxito que, imitando al resto de oficiales y marineros, subía con bolsas llenas de regalos.

—Pareces Olentzero[4] —le dije.

—¡*Horra, horra*! —cantó guardando las bolsas bajo su litera.

—¿No es de locos que en Estados Unidos pareciéramos pobres con nuestra moneda y que aquí o en Brasil parezcamos ricos?

—¿Tú siempre le das tantas vueltas a todo, Gorri?

—Prepárate que en unos días recibiremos nuestro bautismo de mar.

—¡El ecuador!

—Tenemos que invitar a unas cervezas… Tú y yo ya lo celebraremos en algún otro momento a solas.

La travesía estaba siendo tranquila. En mis ratos libres subía al

cuarto de derrota para ver nuestra posición en el mapa. Ante la inmensidad del océano y un horizonte que se extendía por todos lados, parecía increíble que nos estuviéramos moviendo en una misma dirección. A días se avistaban ballenas. Eran esplendorosas. Los delfines, elegantes en su nado y en sus saltos, jugaban alrededor del barco acompañándonos durante parte del trayecto. Kruxito decía que nos protegían, que nos daban suerte. A medida que nos acercábamos al Amazonas, los hombres empezaron a ponerse nerviosos. Don Enrique me explicó que lo que estaban era ansiosos.

—Es como si estuvieran oliendo ya a las mujeres.

De nuevo me sentí incómodo con su apreciación y cuando lo hablé con Kruxito, me llamó idiota.

—¿Y para qué has traído tú tantos regalitos, mojigato? ¿No me dirás ahora después de todo lo que me has contado que no sabes cómo meterla?

Kruxito era especial para aliviar tensiones.

Antes de la entrada en el río, don Enrique me enseñó a fijarme en el color del mar.

—En cuanto nos acerquemos al río, verás cómo cambia de color. Es tal la cantidad de sedimentos que arrastra el Amazonas en su desembocadura que a muchas millas de la costa se nota el cambio. Vas a ver cómo va perdiendo el tono azul para volverse marrón. Tiene dos entradas para los barcos, una, la boca norte de Macapá, y la otra, al sur, por Belén. Hay quienes creen que son dos ríos distintos, pero estamos hablando del Amazonas, Gorri. Son 14 kilómetros los que separan una punta de la otra.

—¿Y por cuál entramos nosotros?

—Por Macapá. Hay una zona de fondeo, no hay puerto —me explicó—; esperamos a que lleguen las autoridades: policía, sanidad, emigración y tráfico de cargamentos. Aquí alguna más, sube demasiada gente, como son pocos los barcos que acceden desde Macapá aprovechan para llevarse su parte. Por norma general, con tres personas bastaría. En cuanto el capitán les dé la botella de güisqui y el tabaco, subirán los estibadores.

—¿Nativos?

—En efecto. Ya verás, visten con un pequeño *slip* y traen un hatillo con algunos utensilios para su higiene personal. Luego colgarán sus coys en los pasillos exteriores de cubierta, a resguardo.

—¿Coys?

—Hamacas. ¡Y también montan sus propias cocinas!

—¡Es toda una invasión!

—Son sus costumbres. Remontan el río con nosotros y hacen su trabajo. Mejor que ellos no conoce nadie estas aguas.

—Siento mucha curiosidad, don Enrique.

—¿Por los nativos o por las nativas?

De nuevo, hice caso omiso a su comentario y le pregunté por el tiempo.

—Vas a ver llover como nunca en tu vida, aunque me digas ahora que eres vasco. Hay mucha humedad durante todo el día y no llueve de forma constante, pero cuando lo hace, te aseguro que cae toda el agua del cielo.

—¿Tiene ganas de retirarse? —me atreví a preguntar.

—En parte sí, muchas. Este oficio es muy sacrificado, muchacho. Sin embargo, un hombre de mar a nada que pasa demasiado tiempo en tierra firme, echa de menos el océano. Prefiero no pensarlo todavía y disfrutar de este viaje sin recordar que es el último. Tengo la suerte de haber conocido más mundo que muchas de las personas que se creen parte de él porque viven en grandes ciudades o tienen grandes puestos de trabajo. Tenemos una profesión que no se reconoce como merece, Gorri. ¡Anda, vete a ver a tu amigo al puente que subirá el práctico ahora! Menuda mañana de conversaciones me estás dando…

Don Enrique me mandó fuera de la cabina porque le había entrado la nostalgia. La llamó «el maldito bicho». Supongo que para evitarla hacía uso del sentido del humor. Estaba aprendiendo mucho a su lado.

Kruxito me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

—Aquel de allí es el capataz de la empresa maderera. Dice don Agustín que es el que conoce los lotes que debemos cargar. Y el de pelo largo es el piloto. He escuchado que el río cambia constantemente de calado y de corrientes por la sedimentación del fondo.

—Algo parecido me ha contado don Enrique antes. Se ha puesto un poco melancólico.

—Yo creo que el capitán está igual. Me ha estado hablando durante toda la guardia. Me ha contado su vida.

—¿Y?, ¿interesante?

—¡No será mejor que la nuestra, Gorri! ¡Que ya estamos en el Amazonas!

Kruxito y yo vivimos el viaje como una aventura. Era tan nueva

cada experiencia, que estábamos emocionados. En el fondo no dejábamos de ser dos chavales recién salidos del pueblo.

En cuanto se fueron las autoridades, se acercaron a ambos costados del barco decenas de cayucos con chicas esperando a que las invitáramos a subir a bordo.

—No os precipitéis eligiendo, chavales —nos advirtieron los oficiales más veteranos—. ¡En cuanto elijáis, ya no se podrán bajar del barco!

Kruxito respondió, como yo, a las sonrisas de las nativas y tomó de la mano a una sin hacer caso a las recomendaciones de los otros. Yo actué exactamente igual. La excitación hablaba por mí. No tardamos ni cinco minutos en mantener nuestro primer contacto sexual. Las chicas no se mostraban pudorosas, sino más bien alegres y abiertas al disfrute. No tenían el sentimiento de culpa cristiano, ni sentían estar pecando.

Me quedé recostado con mi chica en el camarote cuando Kruxito se fue a la guardia. La telegrafía estaba cerrada. Volvimos a hacer el amor varias veces durante su ausencia.

Varios días después, estábamos agotados. La novedad había cesado y la necesidad de sexo había menguado también. En el comedor, todo aquel que tenía compañera guardaba algo de comida para llevar al camarote. ¡Menos mal que había aire acondicionado al ser un barco nuevo! Nos asegurábamos de tener las puertas bien cerradas para que no entrara la humedad ni el calor.

Tras dos días de navegación por el río, fondeamos para proceder a la primera carga de madera que flotaba sobre el agua. Largamos estachas a tierra en plena selva y las amarramos bien a los árboles más grandes. No podíamos acercarnos demasiado a la orilla porque con las lluvias y las corrientes corríamos el peligro de quedarnos varados. Viendo la maniobra del piloto comprendí mejor su función. No había nadie que supiera interpretar el Amazonas como él. En cuanto dio la orden, la colla de nativos se lanzó al agua y comenzaron con la carga de troncos. Ataban los troncos por el centro, los rodeaban con un cable y con los puntales de a bordo movidos por un virador, los izaban al barco y los estibaban en las bodegas. El Monte Almanzor tenía cuatro con tapas de escotilla enormes y plegables para facilitar la estiba. Iban colocándolos uno a uno bajo la atenta mirada de los oficiales que controlaban todo el proceso. Don Enrique y yo, mientras tanto, mirábamos. No nos correspondía hacer nada más. «Cada uno a lo suyo», decía. Los

nativos trabajaban como una máquina bien engrasada. Demostraban con creces la experiencia adquirida a base de cargar madera. Controlaban los viradores, el amarre de los troncos y la disposición en bodega. Una vez completado el primer lote, navegamos hasta el siguiente punto de carga para repetir la misma maniobra.

Al amanecer me despertó el ruido ensordecedor de cientos de pájaros que volaban de su cobijo nocturno a las zonas de comederos. Pude ver por primera vez en mi vida loros, guacamayos y araras de colores luminosos y plumajes espectaculares. A ratos se me olvidaba que estábamos en mitad de la selva amazónica.

Estuvimos fondeados en cinco puntos distintos del río hasta completar la carga. Fueron un total de quince días. Los madereros eran un tipo de barcos construidos para este tipo de carga. Primero se completaban las bodegas, se cerraban las tapas de escotillas y se cargaban más troncos sobre la cubierta. A los costados se levantaban unos topes de hierro para contener la madera a lo largo de toda la cubierta, lo que permitía doblar la carga. Una vez completada, amarraban los troncos con cadenas de babor a estribor y el barco quedaba listo para navegar. Impresionaba que solo asomara el puente de mando sobre el agua.

Al regresar a Macapá nos despedimos de las chicas antes de que llegaran las autoridades. Les dimos los regalos que habíamos comprado para ellas y algunos dólares que teníamos de nuestro primer viaje. ¿Quién sabe? Quizás llegaran a necesitarlos… La despedida fue bonita, nos habíamos encariñado con ellas, aunque hablar, hablar, habíamos hablado más bien poco. A mí me dolían los riñones y tenía agujetas en la cintura. Kruxito gastaba bromas desde su cama.

—Nunca pensé que necesitara descansar de sexo, Gorri. ¡Mi semen se ha convertido en agüilla! —decía señalándose la entrepierna—. Como mínimo hasta Valencia no pienso follar más…

El barco iba al límite, puede que sobrecargado, pero las autoridades nos permitieron zarpar. La policía brasileña hizo la vista gorda gracias a alguna que otra botella de güisqui extra y un poco más de tabaco. Por otra parte, me contó don Enrique que «a medida que pasen los días la madera se secará y nos permitirá llegar a Valencia dentro de los límites exigidos. Ya verás», afirmó sin equivocarse.

A los dos días de estar en el puerto de Valencia, conocí a Mari

Mar. Trabajaba en una zapatería del centro. Entré para comprarme unas zapatillas que me habían gustado y no pude evitar flirtear con ella en cuanto me dijo que yo era un hombre que le vendría estupendamente bien para zanjar una historia. Era morena, de ojos negros y piel también tostada, estilizada y guapa, muy guapa. Aceptó salir a pasear conmigo por la tarde y, tras esa primera tarde, paseamos todas las que estuve en tierra antes de regresar al Amazonas.

—Ni quiero ni voy a hacerme ilusiones contigo, Agustín. Ya sé todo lo que se dice de los marineros y te aseguro que puedo controlar mi corazón. De hecho, si somos sinceros…, me vienes bien para dar celos a mi exnovio. No busco un romance, sino compañía grata que me trate bien.

Yo no pude estar más de acuerdo con ella. Ni quería una relación seria, ni quería, de ninguna de las maneras, que se viera afectado mi corazón. Aún sentía la grieta tras Marilou en él, el miedo al sufrimiento, quizá —y, aunque me costara reconocerlo, también al rechazo—, y me veía incapaz de comprometerme con expectativas.

Necesité seis viajes más al Amazonas para completar los días de mar necesarios y obtener mi título de Oficial Radiotelegrafista de la Marina Mercante de 2.ª clase. Me gustaba tener a Mari Mar esperándome en el puerto cada vez que llegaba, con ganas de que nos encerráramos en la pensión los días que durara mi estancia en la ciudad. Su exnovio parecía que se había rendido y la había dejado en paz, y yo me sentí satisfecho porque, sin pretenderlo, la había ayudado y habíamos construido una bonita amistad basada en la confianza, una especie de pacto de caballeros salvando las distancias. Me hubiera gustado sentir algo más por ella. Algo parecido a las ganas que tenía de ir a Nantes a por Marilou, pero mis sentimientos ni siquiera se aproximaban a eso. Incluso cuando zarpaba hacia el Amazonas vivía con ilusión lo que me esperaba al otro lado del océano. Me cuestionaba mucho a mí mismo esta falta de afecto, la falta de apego. Al menos a Mari Mar no le prometí amor eterno, ni la engañé en ningún momento. Ella me dijo que no me haría preguntas de mis viajes, siempre y cuando en el trato con ella fuera honesto. Y eso sí que lo hice bien, porque Mari Mar era una gran mujer.

Kruxito y yo fuimos juntos a la Capitanía de puerto en Valencia con los diarios de navegación de a bordo para obtener los certificados. Pasamos nuestra última noche en el Monte Almanzor y,

por la mañana, nos despedimos de todos los compañeros que continuarían en la ruta a Brasil. Yo decidí tomarme unos días de descanso y regresar a Ormaiztegi. Le había hecho una promesa a la abuela Trini y no se merecía que la tuviera en ascuas. Yo no era como mi padre. Yo regresaría a verla, aunque al cabo de unas horas ya no tuviera sentido permanecer en la casa.

Cogí el tren y dormí casi todo el camino. Como si tuviera que descansar de mi nueva vida para poder conectar con la antigua. Me despedí de Kruxito en la estación. Le di mi dirección del pueblo para que tuviera un lugar de referencia fija y nos abrazamos esperando vernos en un par de meses en una nueva aventura oceánica. Era el verano de 1974. Yo tenía 19 años. Franco estaba muy enfermo y se pronosticaba que no duraría mucho. Había demanda de oficiales de la Marina Mercante porque España estaba abriendo sus puertas al exterior. La dictadura mostraba síntomas de debilidad.

Apenas estuve un mes en el pueblo antes de volver a buscar barco a través de las oficinas de embarque en Bilbao. Estuve el tiempo justo como para recibir el telegrama de la hermana de Kruxito informándome de su fallecimiento en un accidente de coche. ¡Joder, Kruxito! ¡Cómo lloré! Imaginarme la vida en la mar sin su compañía era un trago muy amargo. Recé por él sin ser religioso, pero necesitaba comunicarle lo mucho que había significado para mí y lo mucho que lo iba a echar de menos. Era demasiado joven para irse. Le prometí que cada vez que el capitán ordenara ¡avante toda!, yo pensaría en él, porque ese había sido él, el valiente chaval de un pequeño pueblo de Vizcaya que lo había dado todo demasiado deprisa y que siempre, a pesar de todo, habría continuado hacia adelante. ¡Avante toda, Kruxito!

Algo más que amigos

La compañía Marispan me entrevistó en sus oficinas de Bilbao y me contrató porque necesitaban telegrafistas; poco les importó mi segundo puesto en la promoción. Comprobaron que había realizado prácticas en la Naviera Aznar, revisaron mi expediente y tras el reconocimiento médico, me hicieron firmar mi primer contrato como oficial. A los dos días, me presentaron a cinco marineros que viajarían conmigo. Esta vez me tocaría volar para incorporarme al barco.

La secretaria de la compañía me entregó la documentación y nos repartió los billetes de avión. El contramaestre, un hombre de aspecto agrio, parco en palabras, se hizo cargo del grupo y nos dirigió en el aeropuerto. Volamos de Bilbao a Madrid: de Madrid a Lisboa y de Lisboa a Luanda, Angola, donde hicimos noche porque no teníamos conexión con Johannesburgo, que era nuestro destino final: Sudáfrica.

A la salida del aeropuerto, un taxista estaba esperándome con un cartel en la mano donde podía leerse «Mr. Lasa». Me condujo a un hotel donde pasaría la primera noche antes de volar a Port Elizabeth. Me sorprendió que me alojaran en uno distinto al de mis compañeros. El contramaestre, antes de despedirnos, me explicó que en Sudáfrica la situación era bastante distinta a la que yo conocía.

—Este es un país muy racista y muy clasista. Hay blancos, negros, oficiales y subalternos. Se vive el Apartheid. ¿Has oído hablar de ello, chaval? —me increpó con tono condescendiente—. Dentro de tres días pasará un taxi por ti para acercarte al puerto. Sé correcto.

Asentí y no me molesté en responder. Comprendí a qué se refería cuando me hicieron dar media vuelta en el comedor porque bajé con zapatillas de deporte, por no ir acorde a las normas de vestimenta impuestas. ¡Si llegan a ver eso en Ormaiztegi! No se lo creerían. ¡Cuánta tontería! No me gustaba estar separado del grupo. Me veía obligado a permanecer prácticamente aislado solo por mi condición de oficial, cuando unos días después estaría navegando con ellos sin importar nada más que nuestro saber hacer.

A las seis de la mañana, una camarera negra entró en mi

habitación con una bandeja de galletas y té. Después de una buena ducha, bajé a desayunar con traje de chaqueta y corbata. Hacía bastante calor a pesar de ser invierno, un invierno en agosto. Por la calle solo se veía pasear a algún jubilado blanco, mientras que los negros trabajaban. Intenté hacerme entender para que me cambiaran de hotel, pero no lo conseguí. Me volví a prometer a mí mismo que en algún momento me iría lejos a estudiar inglés. Luego me reí para mis adentros al haber pensado en irme «lejos» estando en el país más al sur del continente africano.

El «Blue Sea» era un barco más pequeño que el Monte Almanzor. Tenía tres bodegas corridas y el puente a popa. Estaba envejecido, le faltaba una buena mano de pintura. Mi primera impresión fue un tanto desagradable. No sé por qué, pero me esperaba un barco más lujoso y grande. Aun así, estaba contento. Seguía hacia adelante en una vida que no tenía ni idea qué me podía deparar y mantenía vivo en mí el recuerdo de Kruxito, a quien el Blue Sea le hubiera encantado. Lo cierto es que Kruxito pocas veces sacaba faltas a las cosas. Era tan optimista…

El telegrafista al que relevaba estaba esperándome para poder irse cuanto antes. Me explicó cómo funcionaban los equipos, me enseñó el material y me contó que su relación con el capitán era nefasta, que se iba y que había pedido la cuenta. Si yo ya venía nervioso, conocer este detalle no me tranquilizó en absoluto. Me enseñó mi camarote, que estaba al lado de la estación de radio y se marchó sin despedirse del capitán. Por la noche no pegué ojo, estaba tenso.

Estuvimos diez días en puerto con el barco detenido por orden de un juez. Me contaron que en uno de los viajes había habido un problema con el cargamento de arroz que llegó mojado y el comprador no quiso recepcionar la carga en mal estado. Mientras los seguros no se pusieran de acuerdo, el juez había dictaminado que el Blue Sea se quedara en puerto. A mí me vino bien el retraso para familiarizarme con los equipos y conocer al resto de la tripulación. Éramos diecisiete en total. Llevábamos bandera chipriota, el armador era alemán y la tripulación estaba formada por españoles. En 1974 era habitual la mezcolanza de nacionalidades.

Al Blue Sea no le quedaban muchos años de vida; en la costa africana no ponían tantas trabas administrativas como en Europa. La estación de radio no tenía onda corta, por lo que solo podríamos

navegar cerca de la costa o arriesgarnos a perder las comunicaciones durante días. Para mí era muy cómodo, porque teníamos ruta fija y podíamos mantenernos comunicados con tierra por VHF en caso de no funcionar o de tener alguna avería. En cuanto lograron los permisos, partimos rumbo a Durban con mal tiempo. Durban era una ciudad con un gran puerto donde el Blue Sea parecía una cáscara de nuez en comparación con los barcos que había atracados. Sin carga asignada, partimos para Mozambique, que todavía era una colonia portuguesa. Raúl, un marinero de cubierta que llevaba un par de años en el Blue Sea, me puso al tanto de la situación:

—El FRELIMO está armado.

—¿Qué es el FRELIMO? —pregunté.

—El Frente de Liberación de Mozambique. Se ha instalado ya en el norte del país y hay grupos independentistas que también quieren su parte. Se sabe que la independencia es cuestión de tiempo, así que los portugueses están pidiendo visados para Sudáfrica y envían todo lo que pueden fuera de la colonia para protegerlo antes de que sea inevitable. Te va a sorprender ver coches de lujo en el barco, maquinaria pesada y todo tipo de muebles y cajas. Llegaremos y el puerto estará tomado por los militares. Hay muchísima policía, Gorri.

—¿Gorri? ¿Eres vasco o qué, Raúl?

—¡No! Yo soy gallego. Javier, mi compañero, sí. Me habló de ti el día que llegaste. Bueno, dijo que eras Gorri. ¿No te llamas así? Está en máquinas.

—Sí, bueno… Me llamo Agustín. Gorri es porque soy pelirrojo. En euskera se nos llama «*gorris*». Puedes llamarme como quieras, no me importa. Mi padre también era pelirrojo.

—¿Sí? —rio—. Vale, vale, no tenía ni idea. Pensaba que era un mote al tuntún. En cualquier caso, me imagino que tu antecesor no se extendería en explicaciones y no te puso en situación.

—La verdad es que no —confesé.

—Bebía más de la cuenta y tenía muy mal beber. El capitán le había avisado muchas veces, pero hay gente que no espabila. Se metió en líos en el puerto. Por la noche, Gorri, es mejor que no salgas del barco. La cosa no está para bromas. En cuanto les den la independencia, la situación será insostenible, difícil de controlar. A los blancos aquí no nos quieren. Entre la propaganda y los años que llevan bajo dominación portuguesa, nos miran con recelo. Han

contado a la población que los portugueses han saqueado y robado los bienes del país. Así que te puedes imaginar el panorama…

Raúl y yo coincidíamos libres de turno y aprovechábamos para charlar. Su familia también se había dedicado a la mar, en barcos pesqueros, pero él había preferido unirse a la Mercante para ganar un poco más de dinero mientras aún fuera joven. Acababa de cumplir los treinta. Javier y yo congeniamos enseguida. Me llevaba tres años, era natural de Deba y se había graduado en la misma escuela que yo.

—Nuestra ruta será esta —me explicó antes de que zarpáramos—: Durban, Port Elizabeth, Ciudad del Cabo, Walvis Bay en Namibia, y en Angola, Moçâmedes, Lobito, Luanda, Cabinda y Matadi. Son puertos que te van a sorprender, Gorri, aunque no pararemos en ellos cada vez. El Blue Sea está fletado a Secil Marítima, una compañía portuguesa. Nos mandan a la colonia para ayudar en el transporte de pertenencias. Muchos van a perder sus casas y sus tierras en cuanto les den la independencia a los mozambiqueños.

—Está jodido ser portugués y vivir en Mozambique o Angola ahora mismo desde la Revolución de los Claveles —comentó Raúl—. Son 700 000 y no hay sitio para todos. Los militares están divididos en la metrópoli y el gobierno se ha debilitado. El partido comunista lucha por la independencia de las colonias y la situación está fuera de control. Algunos están huyendo a Sudáfrica y otros a Namibia, que es un protectorado bajo mandato sudafricano.

—Con la ayuda que reciben de los rusos en Angola, las guerrillas cuentan con armamento ligero y están atacando aldeas y poblados que Portugal no puede defender. Todavía no se han atrevido con los cuarteles, aunque es cuestión de tiempo.

—Cualquier guerra es una mierda —dije evadiéndome en mis pensamientos. Al ver cómo me miraban, continué—. Lo digo porque mi padre…

—En mi familia también hay varios desaparecidos, Gorri —me interrumpió Raúl—. Sé que no consuela, pero te entiendo —apostilló.

—Mi tío murió en la línea de Bilbao —confesó Javier.

—Por allí pasó mi padre también, aunque por lo que tengo entendido no tuvo tan mala suerte en ese momento. Está en paradero desconocido. En realidad, no le recuerdo, porque huyó cuando yo solo tenía tres años.

Nos quedamos en silencio escuchando nuestros propios pensamientos mecidos por el agua del mar. Era la segunda vez que contaba la poca historia que conocía de mi padre y cada vez que la mencionaba me entristecía. Ni Raúl ni Javier supieron cómo continuar con la conversación y se retiraron a sus camarotes. Por la mañana todos habríamos recuperado la calma después de dejar dormir a la nostalgia.

En el puerto se podía apreciar el desembarco de tropas y material bélico, helicópteros y carros de combate. Escuché a mis compañeros hablar de la sangría económica que suponía para Portugal un despliegue así y que los más favorecidos éramos nosotros porque podíamos hacer negocios con ambas partes. Corría el dinero, decían. Me enteré también de que la enemistad de mi antecesor no tenía que ver solo con su mal beber, sino con esos negocios en los que parece ser que el capitán y uno de los oficiales no le permitieron entrar. El radiotelegrafista tenía acceso a toda la información porque esta pasaba por sus manos. Supuse que no jugó bien sus cartas y me aseguré de aprender pronto la lección. No se andaban con bromas.

El capitán me encomendó las tareas administrativas, un trabajo que en los barcos españoles realizaba el tercer oficial de puente.

—Te ocuparás de la lista de tripulantes, de la de vacunaciones, de los manifiestos personales y de los formularios de todo tipo que necesita el barco. Los pedidos y el reparto de divisa que pida la tripulación, nóminas, anticipos y gastos de cabina. ¿Has hecho esto antes alguna vez, Agustín?

—No.

—Es bueno que aprendas algo más aparte de lo que ya sabes hacer —añadió dejándome solo en la estación de radio.

En realidad, no me importó que me encargara el trabajo administrativo. Estaba ansioso por aprender y cuanto más tiempo ocupado tuviera, menos vueltas le daría a la cabeza. No dejaba de pensar en Kruxito. Descubrí que no se me daba nada mal la contabilidad y a los pocos días de haber zarpado, Daniel, el cocinero, me pidió ayuda porque no le cuadraban los números nunca. Lo hablé con el capitán, y aunque en principio, él debería haberse encargado del control de pedidos y presupuestos, no le interesaban más que sus negocios de contrabando a expensas de la compañía. Me ofreció un sueldo de 50 dólares extras al mes.

—A mí mientras la tripulación coma bien y esté contenta, no me

importa quién haga qué.

—Es un necio —me confesó una tarde tras su turno Daniel—. Está haciendo dinero a espuertas. Tiene los bolsillos llenos de dólares y rands, la moneda de Sudáfrica. Tú asegúrate de que no te pague en escudos angoleños porque no tienen validez alguna. Este hombre es muy fullero. Si te la puede colar, te la colará.

—¿Y los rands?

—El cambio en el mercado negro está seis veces por encima de su valor oficial en el banco. Con pocos que cambies nos vamos al mejor restaurante de Luanda o al cabaret más prestigioso. ¿Te gustan las chicas? Esto está lleno de ellas. Con tanto cuartel y tanto militar suelto…, no les falta trabajo.

Angola era la joya de las colonias de Portugal. Mientras estuvimos fondeados en Luanda, nos pusieron un servicio de botes mañana y tarde para ir a tierra. Los de la mañana se utilizaban, por norma general, para acercarse a la agencia o para ir al médico, mientras que los de la tarde tenían un fin más lúdico. El puerto parecía un hervidero de gente con barcos cargando y descargando a todas horas. Como el Blue Sea era conocido, los permisos se tramitaron con gran diligencia. Desde el puerto pude admirar la bahía que me recordó a la de La Concha en San Sebastián, aunque faltara la isla de Santa Clara en medio. Eligieron la ubicación de la capital por sus condiciones naturales. Luanda estaba rodeada de montañas que protegían la ciudad del viento y las lluvias que venían del interior. Tenía un clima agradable sin demasiada humedad que permitía que al atardecer se pudiera pasear, el calor era bastante soportable.

Aprendí pronto portugués. Me tocaba acompañar a quienes necesitaban servicios médicos a tierra, y como, por suerte, el idioma era muy parecido al español, enseguida me hice entender en el hospital. Al primer marinero al que acompañé le costaba respirar y el segundo había recibido un fuerte golpe en la mano con posible rotura. La agencia nos envió una lancha y fuimos caminando. Deseé no tener que pasar ni una sola noche en un lugar así. Había camillas por los pasillos y las condiciones de insalubridad hacían temer más por las posibles infecciones que se pudieran adquirir que por las lesiones que uno tuviera.

Después de pasar varias horas en el hospital, cuando regresamos al barco, Raúl me invitó a salir con él y con Javier al puerto.

—Ponte guapo, Gorri —bromeó.

Sentía curiosidad por conocer cómo funcionaba el mercado del sexo en Luanda. Después de haber conocido la vida del Amazonas, me encontraba en un lugar que jamás me hubiera imaginado. A las diez de la noche tomamos la lancha y nos acercamos paseando a la zona de cafeterías. Sentados en la terraza, tres preciosas angoleñas se nos acercaron zalameras. Aceptaron la invitación para sentarse con nosotros y tomar algo y, poco después, cada uno entró en una habitación de un hotel cercano para pasar una noche agitada y caliente.

Con el barco atracado, yo tenía todos los días libres, a no ser que me tocara preparar las nóminas de fin de mes o acompañar a algún tripulante al médico. ¡Qué vida me pegaba! Salía pronto hacia las cafeterías del puerto, compraba la prensa, *O Jornal de Luanda*, y leía las noticias del día acompañado de un rico café al sol frente a la bahía. Solo se hablaba de movimientos de tropas en tal o cual acuartelamiento, de economía, de las revueltas y la guerrilla y las dificultades que suponían para las exportaciones.

Dos meses después de navegar en el Blue Sea, empecé a sentirme de nuevo en paz. Acepté la muerte de Kruxito y sentí que había pasado página sobre la historia de Marilou. ¿Que había cambiado? Sí. Madurado tal vez. Era demasiado joven como para perder la ilusión por la vida. Me compré un traje tropical de chaqueta de manga corta con bolsillos y pantalón largo color beis que me sentaba como un guante. Parecía un magnate de alguna plantación de cacao. Sentado en la cafetería con mi café o mi cerveza mientras leía el periódico, era consciente de las miradas de envidia y admiración que despertaba entre unos y otros. Cada día daba la propina a un limpiabotas distinto por dejarme los zapatos brillantes. Por las tardes iba al cine. Me gustaba sentarme al aire libre y mirar hacia la pantalla gigante que colocaban en la colina. Tras ella podía verse la bahía y las luces de los barcos fondeados. Las películas no se doblaban, se subtitulaban al portugués, así que, poco a poco, fui haciendo oído con el inglés, aunque seguí pensando que en cuanto pudiera, estudiaría en Londres para dominarlo. También vi todas las películas españolas del año 74 en Luanda. Paradojas de la vida. Más tarde, en la ciudad, bajaba a cenar a Término, el mejor restaurante de la capital con acceso privado a la playa y una gran terraza en la que algunos días me acompañaban Raúl y Javier y otros, alguna chica que había conocido la noche anterior.

Conocí a Bemvinda una mañana a la hora del desayuno. Me fijé

en ella porque era imposible que pasara desapercibida. Era preciosa. Alta, bien proporcionada. Me sonrió con una sonrisa de esas que no se olvidan, tenía una dentadura blanca perfecta. Meneaba las caderas al caminar como si estuviera bailando. Era elegante. Sabía lo que se hacía, aunque tan solo tenía 18 años.

—¿Te apetece desayunar conmigo? —la invité.

—Con mucho gusto —me respondió acercándose con delicadeza y ofreciéndome la mano para que la besara. Vista de cerca, aún era más bella—. Me llamo Bemvinda.

—Yo soy Agustín, encantado.

En cuanto se sentó a mi lado y contempló la bahía, sentí que Bemvinda había estado en ese mismo lugar muchas veces. No quise ser indiscreto ni preguntar lo que en realidad no necesitaba saber, y le hablé de mi trabajo.

—Mi padre era portugués y mi madre angoleña —narró cuando terminé de hablarle del pueblo y mis estudios—. Ya puedes ver el resultado de esa mezcla si observas mi piel.

—Es preciosa —afirmé.

—Gracias. Yo no conocí a mi padre. Él era capataz de una compañía maderera y creo que ni siquiera supo que mi madre se había quedado embarazada. Viví en la aldea donde me crie hasta los trece años y después vine a Luanda. Necesitaba salir de la pobreza y la miseria.

—¿Tienes más hermanos?

—Sí, cuatro, pero he perdido todo contacto con ellos.

Bemvinda hablaba con serenidad, no se apreciaba afectación en su tono. Era la historia de su vida y la tenía más que asumida. Al hablar, me miraba directamente a los ojos y yo no daba crédito al observarla porque su extraordinaria belleza me cautivaba. Su mirada era muy expresiva.

—Cuando llegué aquí —continuó—, entré al servicio de una familia dueña de una plantación de cacao. Había muchas chicas trabajando en ella. Ya entonces los hombres me miraban como me miras tú ahora, Agustín, y decidieron emplearme en la cocina. Le había gustado al patrón y quería tenerme cerca. Al poco tiempo me convertí en su amante. Me mantuvo durante cuatro años hasta que se marchó con toda su familia a Portugal, temiendo todo lo que se avecinaba. Sufrí tanto con su marcha… Me había enamorado perdidamente de un hombre imposible. Y tuve que buscarme la vida.

Hizo una larga pausa esperando mi reacción. Yo la escuchaba embelesado.

—No seré yo quien te juzgue, Bemvinda. Creo que cada uno se busca la vida como puede. Yo tampoco conozco el paradero de mi padre —confesé, su discurso me había sensibilizado.

—Al perder a mi protector y con tantas envidias como había generado, me despidieron. Por suerte él me enseñó bien. Pienso que me quiso a su manera, porque me enseñó a distinguirme sobre las demás. No me fío de los hombres, pero sí sé sacar de ellos el máximo provecho.

—¿Eso quieres?

—¿Y tú qué quieres, Agustín?

—¿Negociamos un precio?

Desde que la había visto pasear frente a mí, no había podido evitar sentir el deseo de verla desnuda y de acariciar su aterciopelada piel morena. El sexo con ella resultó mejor de lo esperado. Bemvinda era entregada, flexible y camaleónica en la cama. Tomaba las riendas haciéndome estallar de placer y, al mismo tiempo, se volvía sumisa esperando que yo la satisficiera. Observarla sobre mí me producía placer estético. Era tan atractiva, tan salvaje, tan sensual… Olía a lavanda, a unos campos que ella misma decía que jamás conocería. Tras un par de horas de sudor y flujos compartidos, nos quedamos tendidos en la cama conversando. No sentí que hubiera un trueque de intereses en ese momento. Más bien hubo una comunión de almas.

—¿Quieres venir a comer conmigo?

—¿Lo dices en serio, Agustín?

—¡Claro! ¿Cómo voy a dejar escapar a una mujer como tú?

Bemvinda sonrió con la mirada y se duchó frente a mí, mientras yo observaba cómo las gotas de agua acariciaban su cuerpo, excitado de nuevo con tan solo mirarla. Fuimos a la cafetería del malecón donde nos habíamos conocido. Pedí langosta a la plancha con salsa de alioli, una receta portuguesa que me encantaba y una botella de Mateus Rossé. Bemvinda eligió una ensalada y *frango assado*, pollo asado al fuego típico también de la cocina lusa. ¡Me sentía inmensamente rico! Parecía un magnate con mi traje beis y mi sombrero, los zapatos lustrosos y una bella mujer al lado. Gastaba el dinero que ganaba sin esfuerzo con el contrabando de güisqui y tabaco. Fue Daniel quien me introdujo en sus trapicheos con la excusa de hacerle la contabilidad sobre los pedidos de cocina

y controlar los presupuestos. «¿Crees que el capitán se va a fijar si meto un par de cajas más en el pedido? —me dijo—. Él va a firmarlo porque no le interesa tener más problemas y hará la vista gorda. Además, sabiendo que tú estás en medio no va a querer exponerse a otro lío con un telegrafista. ¿Cómo crees que lo justificaría ante la compañía? Es muy sencillo, Agustín. Compramos a precio libre de impuestos y lo vendemos a los estibadores en Sudáfrica por el doble de su precio en rands. A su vez, cambiamos los rands en Angola en el mercado negro y santas pascuas. Es un negocio redondo. ¿No lo ves?».

Bemvinda y yo pasamos la tarde charlando y recorriendo la ciudad tomados de la mano. Sorprendentemente, no era un gesto que se me hiciera extraño. Me sentía cómodo a su lado, y halagado al reparar en las miradas de envidia de otros oficiales que se cruzaban con nosotros y admiraban la belleza de mi acompañante.

—¿Y a ti no te han roto el corazón, Agustín? —me preguntó después de hacer el amor por la tarde tras nuestro paseo antes de la cena.

—Sí, claro. Lo rompieron y ya nunca será el mismo.

Le hablé de Marilou con franqueza, ¡estaba tan relajado! Ella me habló de su patrón, de cómo a su lado se sentía protegida y del futuro que había construido en su cabeza.

—Pero lo construí a solas. Yo para él solo era un entretenimiento. Me quería, le gustaba acostarse conmigo o pasearme por ahí, pero él no pensaba en el futuro junto a mí. No le costó despedirse tampoco, estaba encariñado, sí, pero nada más. Quiso darme dinero, asegurarse de que estaría bien. Lo rechacé. No quería su ayuda, quería su amor. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente. Yo me hubiera ido tras Marilou, pero me faltó valor. Ahora pienso que hice lo correcto. ¿Qué crees que hubiera hecho un chaval como yo en su ciudad? Además, ella no se mostró especialmente cariñosa en las cartas que nos enviábamos… No sé. Supongo que yo quise creer.

—Todos queremos creer que nos quieren, Agustín.

Tras la cena, con un clima de absoluta confianza entre nosotros, fuimos a la colina a ver la película que proyectaban.

—¿Conoces *El Quijote*? —le pregunté.

—No.

—El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, un loco cuerdo o un cuerdo loco, como nosotros —añadí besándola—. Cervantes

debió ser un hombre muy inteligente para escribir una novela así.

Vimos la película abrazados, con caricias furtivas que presagiaban que acabaríamos de nuevo en la habitación del hotel. Mientras veía a Fernando Fernán Gómez interpretar a don Quijote, sentí una felicidad plena de conexión con mi vida.

—¿En qué piensas, Agustín?

—En que ahora mismo soy feliz y que me gusta haberme dado cuenta de ello. Tú, yo, ahora, este lugar, este momento…

—¿Eso quiere decir que seguiremos viéndonos?

—Si te gusta mi compañía, por supuesto —confirmé.

A la mañana siguiente, me desperté temprano y marché al barco. Tenía que acompañar a Javier al dentista porque estaba con molestias en una muela.

—Estás hecho un pincel, Gorri.

—Ayer viví uno de los mejores días de mi vida.

—¿Pagando?

—¡Qué importa el dinero si te permite ser aún más feliz!

—Me alegro por ti, Gorri. Yo hoy no entiendo de felicidad, este dolor me está matando.

Le quitaron la muela y de regreso al barco, puse al día algunos papeles para después encerrarme en mi camarote a descansar hasta la tarde: tenía una nueva cita con Bemvinda. Quedamos en la misma cafetería donde tan solo veinticuatro horas antes la había invitado a desayunar. Parecía que había pasado una vida entre nosotros. Cuando llegué a su encuentro, me estaba esperando. Llevaba los labios pintados de rojo a juego con el estampado de las flores de su vestido. La tela se ceñía perfecta sobre las curvas de su cuerpo.

—Es imposible que estés más guapa —le dije en cuanto la tuve delante.

—Gracias, Agustín. Tenía ganas de verte —respondió coqueta besándome.

—¿Y si nos vamos primero al hotel y después salimos a cenar? —propuse—. No creo que sea capaz de disimular esto. Quiero hacerte el amor ya.

Bemvinda se mostró también ansiosa por desnudarme y disfrutamos del encuentro de la carne antes de sentarnos en la lujosa mesa de Término para disfrutar de una copiosa cena a base de marisco. Nos comportamos como dos enamorados. Como si fuéramos confidentes y cómplices, reíamos por todo.

—¿Quieres conocer un lugar divertido? —me preguntó tras la cena.

—¡Claro!

Me llevó al Moulin Rouge, un cabaret ambientado como el de París, un local bastante digno lleno de militares y marinos de todas las nacionalidades dispuestos no solo a ver el espectáculo.

—¿Has venido aquí antes?

—Muchísimo. Al patrón le gustaba traerme y a mí me gustaba observar lo que pasaba. No es fácil entenderse con hombres borrachos. Aquí aprendí a defenderme viéndolos venir. El cantante es amigo mío. Me gusta escucharle, es talentoso.

Cuando terminó su actuación vino a saludarnos. Bemvinda me presentó con naturalidad y no dudó en mostrarse cariñosa conmigo en ningún momento. No sentí que fingiera, sino que, al igual que yo, estaba cómoda.

—Hacía mucho tiempo que no… —dijo cortando su discurso a la mitad.

—¿Que no qué, Bemvinda?

—Nada —mintió.

No insistí para seguir disfrutando de la velada sin tener que entrar en terrenos pantanosos. Creo que ni ella ni yo queríamos que nuestra relación nos doliera y por ello nos protegimos desde el principio de mostrarnos emocionalmente afectados. De regreso al hotel, volvimos a deshacer la cama con el vaivén de nuestros cuerpos. La pasión que sentíamos el uno por el otro era arrolladora.

—Sé bien que no soy tu primera negra, Agustín. En cambio, tú sí eres mi primer pelirrojo.

Por la mañana, le conté que partía a Ciudad del Cabo durante al menos quince días. Noté la tristeza en su rostro y, por dentro, un leve quejido.

—Espérame en la cafetería. Tan pronto regrese, vendré a por ti. Luanda es más bonita contigo.

Zarpamos a las cuatro de la tarde con un cargamento que iba en exclusiva para Ciudad del Cabo. Habían anunciado temporal y solo tuvimos que alejarnos de la bahía para comprobar que el parte no se equivocaba. Las olas empezaron a zarandearnos en cuanto tomamos distancia con la costa. Después de diez días en tierra el cuerpo se había habituado a la falta de movimiento. Estuve las ocho primeras horas mareado y con morriña, como decía Raúl el gallego, extrañando la compañía de Bemvinda, que parecía haber caído del

cielo entre mis brazos. Transferí los telegramas de salida a la agencia de destino, a la compañía alemana y al fletador del barco, y pasé toda la noche sentado en la estación de radio para evitar el mareo al recostarme. Avanzábamos muy poco, la máquina sufría con las cabezadas del barco y había veces que la hélice quedaba al aire por el golpe de las olas. El motor sufría mucho al no tener resistencia del agua. El temporal no amainaba y el capitán optó por recalar en algún punto de la costa para que pudiéramos fondear y proteger el barco y la carga. Ordenó dejar la máquina en pausa por si garreábamos.

Raúl, que venía de familia de pescadores, aprovechó para preparar unas líneas de sedal con anzuelos y otras con poteras. Nos animó a unirnos a él. Era persuasivo, no sabía estarse quieto.

—Aquí colgaremos las lámparas y veréis cómo vienen los calamares como si fueran moscas —nos explicó.

No se equivocó en absoluto. En los tres días que pasamos fondeados capturamos más de cuarenta kilos de chipirones que tuvimos que congelar.

—¡Me cago en ti, Raúl! —le gritaba Daniel desde la cocina bromeando—. ¿Se puede saber quién coño se va a comer tanto chipirón? Te los voy a meter por donde tú sabes.

El ambiente en el Blue Sea era bueno en general. Al menos, los marineros con quienes más trato había tenido desde que zarpamos eran gente sencilla, como yo, que sabía vivir el día a día sin grandes pretensiones. La vida en la mar ya era dura de por sí como para encima tener mal carácter. En mis momentos de soledad en el camarote recordaba a Kruxito pidiéndome que le hablara, que le contara cosas… En el Blue Sea no había nadie como él y dudaba que en la vida fuera a encontrar a alguien igual. En mi mente mantenía largas conversaciones con él y le puse al día de mi último descubrimiento, Bemvinda. Me imaginaba su expresión, recordaba su risa, Kruxito habría estado encantado de acompañarme en este viaje.

Volvimos a navegar en cuanto amainó el temporal y llegamos a Ciudad del Cabo sin incidencias. El seguro se haría cargo de los días perdidos. Tuvimos que esperar fondeados dos días por la congestión del puerto. Necesitábamos una grúa para la descarga. A pesar de que el Blue Sea era un barco pequeño, hacía uso de muelle y grúa como los grandes. Transportábamos maquinaria de obra y pequeñas excavadoras junto con cajas de distintos tamaños que resultaban

difíciles de estibar. Entonces no había contenedores para una carga que hoy en día se hubiera descargado en un santiamén.

La estancia en Ciudad del Cabo se alargaría durante varios días y aproveché para arreglarme la dentadura. Necesitaba algunos empastes y cambiar la funda de la paleta superior, que estaba mal ejecutada. Raúl y Javier ya lo habían hecho con anterioridad.

—Sudáfrica está más adelantada de lo que nos cuentan en Europa —dijo Raúl.

—Seguro que tú también piensas en África como los pobres negritos del Domund que necesitan ayuda —apostilló Javier—. Hay de todo, claro está. Pero Sudáfrica en medicina va muy por delante. Aquí se ha realizado el primer trasplante de corazón.

—Una cosa es lo que venden la televisión y la iglesia y otra bien distinta, la realidad.

—Como en todo —comenté—. Viajando es como mejor se aprende del mundo.

—A mí me horroriza el Apartheid —continuó Raúl—. Blancos por un lado, taxis para blancos, bancos para blancos… ¿No has leído mil veces ya eso de «*Only White*»? ¡Que estamos en su mundo! ¡Que les hemos robado el derecho a ser quienes son y a moverse libremente por sus tierras!

—Raúl, es peor aún el tema médico. Nosotros podemos ir en cualquier momento del día y los negros deben esperar a última hora de la tarde para ser atendidos.

—¡Qué injusticia! —exclamé.

—Y tampoco están permitidas las relaciones sexuales entre blancos y negros. Está mal visto y pueden multarte incluso. Aunque con los marinos hay más permisividad y hacen la vista gorda.

—Será porque saben que dejamos mucho dinero en sus ciudades y a través de sus mujeres —añadió Raúl.

—Sea por lo que sea, esta separación a mí no me gusta nada — dije.

Bajamos del barco a pasear por el puerto y le regalé una botella de güisqui al jefe de los estibadores. No parecía mayor que yo, aunque no sabía calcular la edad de los negros a primera vista. En agradecimiento, me invitó a una fiesta en su poblado a las afueras de Ciudad del Cabo. El taxista que me condujo hasta allí el domingo se sonrió cuando le di la dirección. Quedaba claro que las reglas para los marinos no eran las mismas. Salió a recibirme el anfitrión, se llamaba John. Celebraba el nacimiento de un hijo. Comimos y

bebimos durante toda la tarde. Yo era el único blanco entre una treintena de negros que bailaban y reían sin parar. A mí me costaba seguir su ritmo. Acabé la noche borracho y encamado con dos chicas de mi edad que sentían curiosidad por acostarse con un chico blanco. ¿Quién era yo para negarme? Disfruté todo lo que el alcohol me permitió, porque estaba bajo de reflejos y aletargado. Por la mañana me montaron en un autobús que recogía a los estibadores de puerto y me hicieron viajar agachado para no ser descubierto. A raíz de aquel encuentro, me hice muy popular entre los trabajadores negros y vendí muchas cajas de güisqui y tabaco, creando una red de contactos en un viaje que me salía más rentable de lo previsto. Gané muchos rands que me servirían para vivir como un rey en Angola. Pensé en las estupendas cenas que compartiría junto a Bemvinda. Me sentía exultante, capaz de comerme el mundo y solo tenía 19 años…

Una vez completada la carga, nos enviaron a Walvis-Bay, en la actual Namibia. Estaba bajo la jurisdicción de Sudáfrica. Antes había pertenecido a Alemania, por eso el alemán era el idioma que se hablaba mayoritariamente en el país. Previo a la Primera Guerra Mundial, los alemanes que emigraron formaron allí una colonia que, tras perder la Segunda Guerra, les sirvió como refugio. Encontré en el puerto a muchos vascos que tenían flota pesquera faenando por sus aguas, ricas en marisco. Un día se presentó en el Blue Sea un cura católico protestante que aguardaba con una furgoneta en el muelle. Dirigía el movimiento ecuménico «Stella Maris», que se dedicaba a los hombres de la mar y a sus familias en cada ciudad costera. El padre Jacob atendía a los marinos extranjeros. Nos invitó a visitar el parque natural de Walvis-Bay. Era un lugar salvaje y virgen. Se apuntó toda la tripulación excepto la que quedaba de guardia. Pasó a recogernos a la mañana siguiente y nos condujo a una laguna donde hibernaban millones de flamencos rosados que al levantar el vuelo oscurecían el día. Después nos llevó a una playa a recoger almejas. Nos explicó que debíamos fijarnos en las burbujas sobre la arena y escarbar bajo ellas para localizarlas. Llenamos varios sacos. El capitán, de regreso al Blue Sea, le regaló unas botellas de güisqui y tabaco; el padre Jacob se fue más contento que unas castañuelas. Descontaríamos la mercancía como gastos de representación, me indicó el capitán. Rumbo a Luanda, Daniel protestó por la imposibilidad de cocinar las almejas, «¡A esto ni Dios le saca sabor!», exclamó. En efecto,

estaban tan duras y correosas que acabamos tirándolas al mar, agradecidos al menos, de la experiencia con el padre Jacob, al que nos imaginábamos a diario recogiendo marineros en el puerto para sacarse un dinerito extra.

El capitán y yo estábamos reunidos cuando el jefe de máquinas se presentó en su despacho preocupado y nos interrumpió:

—Capitán, hemos sondado los tanques de combustible y están llenos. No tenemos capacidad para albergar ni un solo litro más.

—En el telegrama que acabo de enviar he solicitado repostaje en Luanda —interrumpí.

—En teoría —dijo el capitán malhumorado—, todos los días se comprueba el consumo de combustible, ¿no? Que los tanques no sean estancos y no se puedan sondar con precisión debido al óxido es una cosa, pero que debamos estar por debajo de la cantidad necesaria y estemos con los tanques llenos es el resultado de un trabajo mal hecho, oficial.

—Sí, capitán.

—Bombearemos la mitad del combustible al mar —ordenó.

—Capitán, disculpe —volví a interrumpir—, estamos hablando de más de cincuenta mil litros. ¿Y si los transferimos a los pesqueros vascos que están faenando por la zona? Puedo comunicarme con ellos. Tienen obligación de navegar con la radio encendida, en menos de una hora podríamos tener el problema resuelto.

—De acuerdo, ocúpate, Agustín.

Al jefe de máquinas no le gustó que yo estuviera presente cuando el capitán le recriminó su mal hacer, pero yo fui discreto y no lo comenté con nadie. No quería tener problemas con él en un lugar tan reducido como un barco en el que íbamos a encontrarnos sí o sí, día sí, día también.

Desde la estación de radio llamé por VHF a quienes estuvieran escuchando. El canal 16 se utilizaba para casos de emergencia y la respuesta fue rápida. Un pesquero de Bermeo contestó a la llamada enseguida y hablamos en euskera. En media hora lo teníamos al costado. Poco después por radar vimos llegar a dos barcos vascos más a quienes transferimos combustible, ya que tenían mayor capacidad. Nos regalaron cajas de langostinos y cigalas y proseguimos rumbo a Luanda con la mar como un plato, nada que ver con el viaje de ida. Parecían dos mares distintos. Me encontraba ilusionado por el atraque, por la cita que me esperaba con Bemvinda. No me podía creer lo afortunado que era al tener una

mujer como ella esperándome. A pocas millas del puerto, recibí un telegrama en morse que me hizo especial ilusión entregar. El capitán había sido padre. Su mujer y su hija estaban bien. Tres kilos y medio. Saludable. El capitán se emocionó al leer las cuatro frases transcritas y me pidió que respondiera que pronto se encontraría con ellas y que las quería. Fue la comunicación más bonita de la que había sido partícipe hasta la fecha. Cada día me gustaba más mi trabajo.

Bemvinda estaba esperándome en la cafetería. Llevaba un vestido rojo ceñido que acentuaba la sensualidad de su cuerpo. Nos saludamos con efusividad, alegres por volver a vernos y ansiosos por volver a disfrutarnos.

—Tenía muchas ganas de verte.

—¿Ha ido bien el viaje?

—Sin novedades, cargar, descargar y alguna que otra excursión —respondí obviando la visita al poblado de John—. ¿Te cuento algo bonito? Hoy me ha llegado un mensaje para el capitán. Era su mujer anunciándole que había sido padre de una niña de tres kilos y medio.

—¡Oh! —exclamó.

—Sí, la verdad es que ha sido un momento muy emocionante. Y ver la cara del capitán al leer el telegrama me ha encantado. Es un hombre que siempre parece que está enfadado. De repente se le ha relajado el gesto.

—El poder de la familia.

—O de las mujeres, Bemvinda. Este hombre se ve que necesita de vuestra dulzura.

—¿Y tú qué necesitas, Agustín?

Antes del almuerzo en Término nos pasamos por el hotel para retozar ávidos de deseo. Después de la comida, paseamos y charlamos interrumpiéndonos a cada rato. Bemvinda y yo nos entendíamos muy bien. No sentía la necesidad de esforzarme por gustarle, era sencilla de trato y discreta. No preguntaba de más ni parecía querer más de mí, como si mi sola presencia le bastara. A ambos nos gustaba el sexo por igual y lo disfrutábamos sin restricciones ni tabúes absurdos. Podíamos pasarnos horas desnudos. Yo gozaba con tan solo mirarla, como tener un jugoso caramelo expuesto a mi antojo. Para ella yo era exótico. Me acariciaba de pies a cabeza y palpaba mis lunares como si estuviera aprendiéndose sus formas. Luego me besaba y me lamía y

volvíamos a entregarnos a los fluidos una y otra vez, incansables, hasta que el hambre se abría paso y salíamos del hotel para homenajear los estómagos en los mejores restaurantes de Luanda.

Se convirtió en costumbre que acabáramos las noches en el Moulin Rouge y pasamos veladas divertidas junto a sus viejos amigos, que la trataban con respeto y cariño. Sabían que Bemvinda no se juntaba con cualquiera y, por tanto, yo también era tratado con igual consideración. Fueron unos meses sensacionales mientras la situación en Angola se iba complicando y los portugueses huían del país. Una noche Bemvinda me presentó a Antonio, un capataz que había sido cliente suyo con anterioridad.

—Quiere proponerte un negocio, escúchale —me dijo.

—Pronto viajáis a Ciudad del Cabo. Solo necesito que entregues esta bolsita de piedras preciosas en una joyería. Están sin tallar. Son diamantes y zafiros en bruto. Ellos te darán un sobre con dinero y cuando me lo traigas yo te daré 1000 dólares.

—¿Solo esta bolsa? —pregunté cogiéndola; apenas abultaba la palma de mi mano.

—Solo esta bolsa. No te resultará complicado. En los puertos ahora mismo no hay vigilancia, la atención está puesta en otro lado. No tendrás problemas.

Acepté el encargo y a mi regreso, tal y como Antonio había acordado, me pagó 1000 dólares que, con gusto, disfruté con mi morena. A Bemvinda le gustaba que la llamara así. Entre los ingresos extras con el contrabando de güisqui y tabaco y los que empezaron a llegarme gracias a las piedras preciosas, mi situación económica era inmejorable para un chico que estaba a punto de cumplir los veinte.

Nos programaron un viaje de urgencia a Matadi, un puerto que no conocíamos, surcando el río Congo. Teníamos que entrar por la región angoleña de Cabinda y navegar río arriba. Matadi era el único puerto de Zaire que accedía al Atlántico a través del río. Bemvinda se entristeció ante este viaje inesperado y percibí que se había encariñado más de lo previsto conmigo. Tomé la decisión de hablar abiertamente con ella en cuanto regresara a Luanda. Yo era feliz a su lado, pero no la amaba. O no al menos como creía que debía amarse a una mujer para que esa relación se convirtiera en algo más. Lo mejor sería no hacer más grande aquello a lo que ninguno de los dos nos habíamos atrevido a poner palabras: lo nuestro.

En Cabinda embarcó el piloto de río. Tardamos tres días en llegar a destino. La distancia no era tan larga, pero el río Congo era muy caudaloso, especialmente en época de lluvias, para un barco como el Blue Sea, viejo y con poca potencia de motor para remontar a contracorriente. El muelle podía albergar a más de veinte barcos a lo largo. No tenía problemas de calado tampoco. Me sorprendió encontrarme con un puerto como el de Matadi en mitad del río. Teníamos que cargar material peligroso: armamento militar para entregar en Luanda. Durante todo el tiempo que duró la carga estuvimos custodiados por militares armados. Costaba creer que el Blue Sea se ocupara de un transporte así, pero en la situación en la que estaba África en ese momento, cualquiera podía hacer cualquier cosa. Al capitán le preocupaba el descenso del río. El caudal había doblado su capacidad debido a las lluvias y el timón no era capaz de mantener el rumbo. En más de una ocasión nos vimos arrastrados peligrosamente hacia la orilla del río. No recordaba haber vivido con tanta tensión los viajes por el Amazonas.

En Luanda nos permitieron descargar sin hacernos esperar fondeados. Urgía entregar el material. La descarga se efectuó con la misma vigilancia que en Matadi. Mientras cargaban la mercancía para Ciudad del Cabo, me acerqué a ver a Bemvinda. No había dejado de darle vueltas en mi cabeza a la importancia de ser honestos el uno con el otro. Yo no era un simple cliente para ella y bajo ningún concepto quería que ella sufriera por mí, porque lo nuestro no tenía futuro.

—¿Crees que me quedo llorando por ti cuando te vas?

—No, supongo que no, Bemvinda, pero no quiero que sufras tú ni sufrir yo.

—¿Te has enamorado de mí, Agustín? —me preguntó recostándose sobre la cama, desnuda, esplendorosa, rozando su pecho contra el mío.

—No —respondí con franqueza—. No, y, sin embargo, te quiero y me encanta estar contigo. No solo aquí. Nos divertimos juntos.

—Dejémoslo así, Agustín. Yo siento exactamente lo mismo. Me he encariñado contigo, es verdad, pero sé cuál es mi lugar y conozco de sobra la vida de los marineros.

—Yo no… —intenté defenderme.

—No sigas —dijo colocándose sobre mí—. Ni tú ni yo nos hubiéramos conocido de no ser por tu profesión y tu dinero. Sé y sabré buscarme la vida sin ti, aunque es verdad que disfruto mucho

contigo. Pero no quiero dramas, y como tú, no quiero sufrir. Mi vida ya ha sido demasiado complicada. ¿Podemos dejar esta conversación como zanjada?

—Por supuesto.

Con la paz interior que sentí al haber puesto las cartas sobre la mesa sobre nuestra relación, besé a Bemvinda con más pasión y énfasis e hicimos el amor casi tan urgidos como el primer día.

Me despedí al atardecer. Zarpábamos rumbo a Ciudad del Cabo otra vez. La estancia sería larga porque querían carenar, pintar el barco y hacer el mantenimiento del motor en dique seco. Pasé varias noches en el poblado de John, junto a las mismas dos chicas que había conocido en la fiesta. Mientras acondicionaban el Blue Sea, unas fiebres, que no logramos determinar a qué se debían, me atacaron y me tuvieron encamado durante quince días. Vino a verme a bordo un médico sudafricano. Perdí veinte kilos. Parecía un muerto viviente. Daniel procuraba cocinar arroces blancos y comidas limpias para que me recuperara cuanto antes y pudiera continuar embarcado. No era el único que estaba preocupado por mí. Raúl y Javier me visitaban en el camarote en sus ratos libres para comprobar que no me subía la fiebre ni perdía el conocimiento. Llegué a delirar. Me costaba mantenerme en pie. A bordo teníamos tratamiento contra el paludismo y otro tipo de enfermedades tropicales. El doctor me dio Resochin y Cibalgina, que no aseguraban inmunidad, pero sí hacían que el malestar fuera más leve. Surtió efecto a largo plazo. Empecé a recuperarme justo a tiempo para incorporarme a la estación de radio el día de zarpar. Raúl y Javier en sus horas libres se quedaron junto a mí para asegurarse de que estaba completamente recuperado. El capitán se comprometió a desembarcarme en caso de que mi mejoría no fuera evidente. Yo quería regresar a Luanda y ver a Bemvinda. Además, el relevo no llegaría a tiempo y el barco no podía demorar su salida.

Navegamos costeando, lo que nos permitiría cambiar de rumbo y atracar en algún puerto si mi estado de salud empeoraba. Por suerte, mejoré de día en día gracias a los cuidados de mis compañeros, y en especial de Daniel, que hacía horas extras en la cocina para que a mí no me faltara de nada. Me sentí muy arropado y recordé cuando de niño enfermaba y la abuela Trini preparaba caldo para que sudara la fiebre y el tío Jaxinto me cambiaba el trapo húmedo que ella había colocado sobre mi frente. Una imagen fugaz del niño que fui lloraba porque no estaban el *aita* ni la *ama*

conmigo. Ahora, en mitad del océano tampoco, y no lloraba. No había nadie a mi lado y, sin embargo, no me sentía solo. La vida se estaba portando bien conmigo a pesar de todo. Dejé de vomitar a todas horas y cuando llegamos a Walvis-Bay, una demora con la carga nos hizo estar en muelle más días de los previstos, lo que actuó en mi beneficio para que pudiera recuperarme mejor. Tardé varios meses en volver a mi peso habitual.

Tras cargar en Walvis-Bay, fuimos a Lobito, el segundo puerto más grande de Angola, al sur de Luanda. Después de tantos días metido en el barco, pedí a Raúl y a Javier que me acompañaran a visitar la ciudad.

—¿No crees que deberías quedarte descansando?

—Si no salgo de aquí, me va a estallar la cabeza. No os estoy pidiendo que nos vayamos a beber el Nilo. Necesito aire.

Paseamos por el puerto y tanto Raúl como Javier acabaron en una pensión con dos chicas que se habían acercado a tomar algo con nosotros. Yo preferí regresar al barco, no quería forzar mi cuerpo y llegar a Luanda con más secuelas de las que Bemvinda iba a notar en mí. A la mañana siguiente, me desperté cansado y agradecí no haberme complicado la noche. No salí en todo el día. Tuve miedo de recaer.

Al llegar a Luanda, decidí alojarme en el hotel. Bemvinda se quedaba en la cama hasta que yo llegaba. Acudía al barco por las mañanas y hacía las labores de oficina y agencia. Si no había nadie apuntado para el médico, no volvía hasta el día siguiente. Desde que habíamos probado la sanidad en Sudáfrica, ningún miembro de la tripulación bajaba en Angola, preferían esperar.

Bemvinda y yo salíamos a comer, acabábamos las noches en el Moulin Rouge y hacíamos el amor a cualquier hora. Quise ayudarla económicamente durante mis ausencias y se negó en rotundo.

—No insistas, Agustín —me dijo—. Ya lo hablamos la última vez. Yo me ocupo de mi vida y tú de la tuya.

—Pero yo puedo ayudarte…

—Me estás ayudando ahora y con eso me basta. No quiero ser tu mantenida. Por otra parte —continuó haciendo una pausa un tanto larga—, Antonio me ha dicho que regresa a Portugal. Que te dará tu parte.

—¿Podemos hacer un trato, Bemvinda?

—Te veo venir, Agustín…

—Quédatelo tú. 1000 dólares es mi salario de un mes y tú…

¿cuánto debes hacer para ganarlo? Déjame que te haga este último regalo.

—¿Crees que si fuera a España tendría futuro fuera de la prostitución, Agustín?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No, no pienses que quiero subirme en el Blue Sea.

—No sé, Bemvinda, yo no sé cómo es la vida en España. Yo vivo en un pueblo pequeño del norte y allí ni siquiera había futuro para mí después de la guerra. Ya ves que me tiré al mar…

—Aquí lo voy a tener difícil.

—¿Por eso estás preocupada?

—Y por tu delgadez. A saber con quién te acostaste y qué te metió en el cuerpo…

—Bemvinda, yo… —intenté explicarme.

—No tienes que justificarte de nada, Agustín. Ya lo hemos hablado. Es solo que aquí lo voy a tener complicado por haber sido prostituta de los enemigos.

—¿Entiendes por qué quiero que te quedes con este dinero? Si no me permites que te ayude de otra manera, al menos, acepta el sobre de Antonio. Además, me lo presentaste tú…

—Nunca debió empezar esta maldita guerra. Llevan trece años en guerra. ¡Trece!

—Desde la Revolución de los Claveles se ha calmado un poco la tensión, Angola acabará por ser independiente.

—Es casi la historia de nuestra relación, Agustín. Se firmará la independencia y cada uno a su casa.

Los portugueses concedieron la independencia a Angola el 11 de noviembre de 1975. Ese mismo día, estalló la guerra civil entre el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) y el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA). El Blue Sea cargó por última vez en mayo. Bemvinda y yo pasamos nuestro último día sin salir del hotel, desnudos y abrazados. Yo no podía quitarme la imagen de mi cabeza de una mujer como ella recorriendo las calles en busca de clientes que la ayudaran a sobrevivir. Pero era tan orgullosa, tan terca, que ni siquiera en el último momento aceptó un préstamo.

—Un préstamo, Bemvinda. ¡Un préstamo! No te lo doy. Te lo presto. Y cuando nos volvamos a ver, me lo devuelves.

—Agustín, veo lo mucho que me quieres en lo que haces, pero te dije el primer día que te vi que no volvería a depender de un

hombre. Voy a echarte de menos, Gorri.

—¿Gorri? Tú nunca me has llamado así.

—Lo sé, pero todos los demás sí. Yo quería llamarte por tu nombre real.

—Esto ha sido real. Te quiero mucho, mi morena.

—Y yo a ti. Cuídate, Agustín.

Me costó salir del hotel y dejarla allí. Embarqué con un nudo en la garganta incapaz de pensar en su futuro. El mío, a fin de cuentas, seguiría de puerto en puerto, no tenía nada fijo que me atara a ningún lugar, ni tan siquiera la abuela Trini o el tío Jaxinto. Lo más tangible había sido la relación con Bemvinda a quien estaba abandonando a su suerte, otra vez, dejándola tal cual la conocí, subida a unos tacones y ataviada con un vestido de alegres colores que realzara su figura. Lloré al entrar en mi camarote. La intensidad de las últimas horas me había dejado vencido. Deseaba con todo mi corazón que la vida tratara bien a Bemvinda, era una buena mujer, además de preciosa e inteligente. Deseaba que pudiera salir de la calle, que alguien pudiera darle lo que yo no podía ofrecerle: un hogar, estabilidad, una familia… Y decidí encomendarme a Kruxito, a quien había empezado a hablar cada vez que me asomaba a la barandilla del barco en la noche, pidiéndole que velara por ella y que la cuidara en mi nombre, porque seguro que él ahí arriba tenía más contactos que yo aquí abajo.

El trabajo, para no variar, consiguió distraerme. Llevábamos un cargamento de lingotes de cobre de Zambia que debíamos entregar en Brasil. La carga era tan pesada que iba a plan de bodega.[5] Encima de los lingotes cargamos maquinaria industrial, palas excavadoras y camiones de gran tonelaje seminuevos. El barco parecía un submarino, íbamos sobrecargados. El disco Plimsoll, la marca de francobordo que indica la máxima capacidad de carga del barco, así lo indicaba. No se veía más que el puente y la proa. La cubierta iba a ras de agua. A pesar de ello, el capitán dio la orden de zarpar porque el parte meteorológico indicaba buen tiempo. Navegábamos rumbo a la isla Santa Elena, en mitad del Atlántico Sur. Solo disponíamos de un transmisor de onda media que nos dejaría incomunicados en caso de tener algún percance. Repasé mentalmente las lecciones de la escuela que aún mantenía frescas en mi memoria. Intuía que necesitaría algo más que un viejo transistor tal y como se planteaba el viaje. Pude enviar cada día nuestra posición a otros barcos que se encontraban por la zona y les

solicité que hicieran de puente a través de un código QR si nuestras telecomunicaciones fallaban.

Daniel me despertó al segundo día de navegación para que recorriera con él la cubierta.

—¡Coge un balde, Gorri! ¿Has visto alguna vez peces voladores? A partir de hoy vas a comértelos. ¡Mira, mira!

El espectáculo me sorprendió sobremanera. Sobre la cubierta, cientos de pececillos saltaban del mar.

—Cuando se sienten amenazados o notan la vibración de los motores, se asustan y saltan. ¡Fíjate! Son como pequeñas sardinas voladoras. Agitan las aletas y pueden volar a poca altura durante varios metros. A la plancha son exquisitos. ¡Cógelos, Gorri!

Casi cada día teníamos pescado fresco en el menú. Me puse moreno de pasear tanto por cubierta antes de llegar a Río de Janeiro. Lo que parecía que iba a ser un viaje tranquilo se complicó una noche dos días antes de la llegada.

—¡Capitán, capitán! ¡Hay agua en las bodegas! —gritó un marinero.

El capitán me pidió que lo acompañara junto con dos oficiales más a revisar el estado a través de las escotillas.

—Traed linternas. Pero… ¿qué diablos? ¿Por dónde ha entrado el agua? —preguntó contrariado el capitán.

Nosotros seguimos sus indicaciones y pusimos en marcha las bombas de achique.

—Agustín, envía nuestra posición. Debemos prepararnos para abandonar el buque.

Eran las dos de la madrugada y toda la tripulación, incluso los que no estaban de guardia, arrimó el hombro para ayudar en la medida de lo posible a liberar las bodegas. No sabíamos si era una vía de agua o una fuga. Durante todo el viaje nadie se percató en ningún momento de que no habíamos aumentado la línea de flotación. Lo lógico, con el consumo de combustible y agua potable, hubiera sido que se acusara, pero tuvo que ser un marinero que entró en la bodega quien lo descubrió.

—Marinero, ¿puedo saber qué cojones hacías en la bodega a las dos de la madrugada? —exclamó el capitán al mediodía, cuando entre las bombas de achique y el trabajo a destajo de toda la tripulación se descartó la vía de agua—. ¿Me lo puedes explicar?

Fermín, que así se llamaba el marinero que había descubierto el agua, no se atrevió a confesar ante nosotros que había entrado a

robar lingotes de cobre.

—Dime tú si no es imbécil el tipo este. ¿Dónde iba a ir con un lingote de cobre que pesa 80 kilos? ¿Acaso creía que iba a poder salir del puerto, y del barco siquiera, sin que nadie se diera cuenta? —Reía Raúl, que vino a visitarme a la estación de radio. Yo no dejaba de enviar nuestra posición a los barcos de la zona siguiendo las órdenes del capitán.

—Acaba de anunciar el capitán que el agua ha entrado por los suspiros —comentó Javier—. Los putos canales de ventilación que están corroídos por el óxido y agujereados. ¿Qué se pensaban? Cuando estuvimos en Ciudad del Cabo se lo dije al capitán, le dije que deberíamos revisarlos y acondicionarlos, pero no le importó una mierda. ¡Me tiene harto este tío! Porque si se ahoga él nos ahogamos todos, que si no, que le den por el culo al Blue Sea, este barco es una chatarra que ya no sirve para este tipo de trabajos.

La llegada a Río de Janeiro, a pesar del susto, se efectuó el día previsto. La tripulación estaba agotada. Apenas habíamos dormido en las últimas cuarenta y ocho horas. Yo pedí un permiso para irme de vacaciones. Necesitaba regresar a España. Quería visitar a la abuela en Ormaiztegi y tomar algo de distancia con el mar y todo lo acaecido. Kruxito, Bemvinda…

Daniel me pidió que le hiciera un último favor antes de marcharme.

—A ver, Gorri, tú ya sabes que tengo mujer y dos hijos en casa esperando, y que apenas salgo del barco —me confesó apurado—. El caso es que ya había pedido relevo y así marchar contigo… Pero no puedo irme ahora.

—¿Y eso? ¿Te has encariñado con esta chatarra?

—Peor, Gorri. Tengo un picor que no me aguanto y me supura. Tú ya has llevado al médico a otros compañeros por cosas similares. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad? La última noche antes de zarpar, ya imaginas, la carne es débil… y tengo que completar el tratamiento antes de llegar donde la parienta. ¡Joder! ¡Qué mala suerte!

—Un polvo con regalito —le dije bromeando, no era la primera vez que me encontraba con compañeros que habían contraído enfermedades de transmisión sexual—. Será alguna venérea: gonorrea lo más seguro. Se trata con antibióticos, no te agobies. Puedo hablar con el capitán y pedirle que redacte un telegrama anulando tu relevo y podemos enviar otro a tu mujer diciéndole que

regresarás un mes más tarde.

—No sé cómo puedo agradecértelo, Gorri —me dijo francamente aliviado.

—Hoy por ti mañana por mí, Daniel. Yo sin tus arroces no hubiera llegado a Brasil. Al exponernos, está dentro de las probabilidades. Enseguida te encontrarás mejor. Ve a descansar.

El capitán preparó los telegramas y los cursé de modo que para cuando llegamos a Río, el problema de Daniel estaba casi resuelto. Me despedí de él y del resto de la tripulación del Blue Sea en la bahía. Abandonaba un barco que difícilmente olvidaría. En nueve meses de navegación me habían curtido a todos los niveles. Raúl dijo que tenía pensado tatuarse un flamenco en el hombro. Yo no necesitaba exhibir mis recuerdos, algunos formarían parte de mi sangre para siempre. Estaba claro que cada uno de nosotros se llevaba mucho más consigo que el salario de fin de mes.

Tenía casi veinte años cuando pisé Río de Janeiro por primera vez. El color y el calor de la ciudad me atrajeron, pero mi mente estaba ya sobrevolando los montes del Goierri y el olor a musgo y a leña de mi casa. Supuse que tan pronto llegara al pueblo desearía marcharme, no obstante, sentía que debía visitar a mi familia. No quería ser un desaparecido como mi padre. Mi padre… ¿dónde estaría mientras yo admiraba el Pan de Azúcar?

La buena estrella

Llegué a casa en primavera con los bolsillos llenos, a punto de cumplir veinte años y con la mente revuelta. La abuela, sin expresar ni alegría ni preocupación, me dijo que había adelgazado y que tenía muchas ojeras, que me tenía que alimentar mejor para seguir trabajando. Solo me hablaba de trabajo, mientras yo pensaba en Bemvinda después de mí, abandonada en territorio hostil. No podía evitar sentirme culpable y cargaba con una tristeza de la que no lograba despojarme.

No tenía muchas ganas de hacer de nada, quería y necesitaba descansar, pero cada día que pasaba en el pueblo me asfixiaba más y más. Mis amigos estaban a lo suyo con sus recién estrenadas familias; como mucho íbamos al frontón los domingos, pero habíamos dejado de tener cosas en común. Ormaiztegi no era mi lugar y no es que molestara, pero la abuela, al menos, estaba acostumbrada a vivir sin mí —o eso me hacía sentir—. Creí entonces que había llegado el momento de cumplir con la patria. ¡Qué ironía! Cumplir con una patria de la que yo no tenía conciencia. Había nacido en Francia, mi padre me había abandonado y mis tíos se habían deshecho de mí enviándome a casa de la abuela Trini, que se vio obligada a criarme. Sin arraigo familiar, sin amor a ninguna tierra en especial, ¿cuál era mi patria? Aun así, el servicio militar era obligatorio y yo pensaba acogerme al periodo de tiempo al que teníamos derecho los oficiales de la Marina Mercante que rebajaba la permanencia a seis meses. No conté con que la legislación había cambiado y los privilegios de los que gozábamos los marinos se habían suprimido. Solo podían acogerse a ellos los nacidos antes de 1950 y los inscritos antes de 1970. Llegaba tarde. Me tocaba mentalizarme para la pérdida de tiempo y de dinero que suponía estar sin trabajar durante dieciocho largos meses. No creía que en el periodo de instrucción fueran a enseñarme más de lo que ya sabía sobre telecomunicaciones y navegación, así que acepté mi mala suerte y el 1 de julio de 1975 cogí el tren en San Sebastián con destino a El Ferrol del Caudillo junto a otros tantos jóvenes que, como yo, cargaban el petate a la espalda y mucha resignación.

El viaje en tren duró catorce horas. Hicimos trasbordos en Burgos y León. Todos viajábamos al mismo cuartel; pertenecíamos al tercer reemplazo. Algunos iban contentos, con grandes expectativas por vivir una nueva experiencia lejos del País Vasco y otros, en cambio, se mostraban asustados porque era la primera vez que salían de sus casas. Yo me sentía mayor. En los últimos dos años había vivido tantas experiencias y había conocido tanto mundo que los miraba con cierta ternura, reconociéndome en ellos.

En el Centro de Instrucción de Reclutas, nos acomodaron en literas dobles donde estábamos más de mil personas provenientes de toda España. A las 6:00 de la mañana tocó levantarse, vestirse, asearse y desayunar. Después nos hicieron subir a una serie de camiones militares que nos condujeron al Hospital de la Marina para efectuar los correspondientes reconocimientos médicos. Nos separaron en grupos de veinticinco, nos hicieron desvestirnos y quedarnos en calzoncillos. Así pasamos a una sala donde diez médicos militares con bata blanca nos observaban desde una mesa a modo de tribunal. Algunos de mis compañeros no se atrevían a levantar la mirada, pero yo no tuve reparos en mirar a quienes nos estaban estudiando. De hecho, hubo una mirada que me llamó la atención en particular y que también estaba fija en mí desde que entré en la sala. Al principio me costó caer en la cuenta de quién era. El tiempo había pasado para los dos.

Nos pesaron, nos midieron y nos preguntaron si teníamos alguna alegación para no efectuar el servicio militar. En mi grupo nadie alzó la voz. Acto seguido, en otra sala, nos cortaron el pelo y nos vacunaron para llevarnos después de vuelta al cuartel donde nos entregaron el uniforme que se convertiría en nuestro nuevo atuendo. ¿Dónde habían quedado mis trajes tropicales y mi sombrero? Mientras esperaba destino, un brote de sarna me llevó directamente al hospital. Empecé con unos picores en la junta de los dedos de las manos que, poco a poco, fueron intensificándose. Éramos diez los afectados y optaron por aislarnos en la zona de infecciosos para mantenernos en cuarentena. No era grave y no era la primera vez que sucedía algo así, ya que concentraban a muchos reclutas en espacios reducidos. Honestamente, fue lo mejor que me pudo pasar, porque me permitió reencontrarme con un viejo conocido.

—¡Habrase visto las casualidades de la vida, Lasa! —me dijo don Ignacio Aurrekoetxea en cuanto se acercó a mi camilla.

—¡Don Ignacio! —exclamé ilusionado por volver a verle—. ¡Qué alegría dar con usted!

—¿Así que te enrolaste en la Marina, muchacho?

—En la mercante. No sabía bien qué hacer y estudié Telegrafía. Ormaiztegi se me quedaba pequeño.

—¿Cómo están tu abuela y tu tío, Lasa? —dijo asintiendo a mi comentario—. Hace años que no voy al pueblo, las cosas han cambiado bastante y se ha complicado lo de estar de vacaciones en el País Vasco siendo militar…

—Puedo imaginármelo, don …—rectifiqué—, Teniente Coronel.

—¡Anda que no te reñía tu abuela cuando jugabas con mis sobrinas, Lasa! ¡Qué tiempos aquellos!

Don Ignacio seguía siendo un hombre imponente y no solo por su altura. Era carismático y agradable en el trato. En el poco tiempo que llevaba en el cuartel, no había tenido la oportunidad de encontrar a nadie que fuera tan afable como él, aunque claro está, conmigo le unía un pasado que solo yo conocía.

—¿Están bien entonces tus familiares, Lasa? —insistió.

—Sí, señor. Gracias. Haciéndose mayores…

—Como todos —sonrió. Indicó a la enfermera que me realizara las curas necesarias y me dijo que volvería a visitarme en cuanto pudiera—. Me alegró verte en este reemplazo, Lasa. En cuanto vi tu pelo, te reconocí. ¿Hay alguien más pelirrojo que tú en el mundo? —rio— ¡Si llevas un faro en la cabeza…!

Me reí con él y recordé las tardes de verano en el patio de la casa jugando al pillapilla o al escondite. Don Ignacio se escondía muy mal adrede para que lo encontráramos fácilmente y nunca había hecho distinciones conmigo, a pesar de ser un criado. Antes de marcharse para continuar la ronda de visita a pacientes, me arrancó la sonrisa del rostro con una pregunta:

—¿Has tenido noticias del paradero de tu padre, Lasa?

—No, señor.

Don Ignacio intentó ocultar su molestia, pero bufó para sus adentros. Mientras pasaba consulta al resto de enfermos de la unidad, escuchaba sus largas pisadas por los pasillos. Tuve mucho tiempo para pensar en mi padre en la cama del hospital.

A los pocos días, en la visita de reconocimiento, mi suerte cambió.

—Lasa —me dijo don Ignacio, que se había hecho cambiar el apellido por un nombre más castellanizado y firmaba como

Casadevante después del alzamiento—, pronto os daremos el alta, así que quiero comentarte una cosa. Necesitamos reclutas que sepan escribir a máquina y que tengan nociones de administración. ¿Cómo andas tú?

—¡Estupendamente, señor! —exclamé casi incorporándome. Por lo que tenía entendido, si conseguía un puesto en las oficinas, no tendría que volver al cuartel.

—Veré qué puedo hacer —concluyó dándome unas palmaditas en el hombro.

Me trasladaron a la sala de enfermos comunes con un diagnóstico ficticio y de esa forma, no volví a realizar instrucción. Don Ignacio me había notificado que empezaba una nueva vida para mí dentro del hospital.

María Dolores era la secretaria de la oficina y nuestra jefa. Junto a mí había otro marinero que se llamaba Eduardo y que, al igual que yo, tenía nociones de administración y había caído en gracia. Nuestra jornada empezaba a las nueve de la mañana. Debíamos ayudar a María Dolores en lo que necesitara. Exceptuando los reemplazos trimestrales, no teníamos excesiva faena, la oficina era tranquila. Posiblemente, si se actuara con mayor diligencia, Eduardo o yo sobraríamos, pero no sería yo quien se quejara. Gozábamos de ciertos privilegios y nuestra vida en el hospital era cómoda. Estábamos exentos de montar guardias y demás menesteres que eran obligatorios para el resto de los reclutas. Algunos nos miraban con recelo. Era inevitable que se despertaran envidias.

Mi reemplazo juró bandera y yo todavía seguía hospitalizado, por lo que juré bandera de forma individual y me asignaron destino para cuando, supuestamente, me dieran el alta médica.

—Irás a la estación de radiocomunicaciones de La Carreira —me informó don Ignacio, que solía pasar por la oficina a menudo para fumarse un cigarrillo conmigo—. Está a las afueras de El Ferrol. Por allí pasan todas las comunicaciones de los navíos de guerra del Atlántico Norte. Solo pasarás una noche allí. Por la mañana solicitarás una visita médica por problemas venéreos y estarás de vuelta. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —respondí atragantándome con el humo de la emoción.

—Yo me ocuparé de tu ficha médica. Sífilis. Te quedarás en el hospital hasta que te licencies. María Dolores me ha dicho que

trabajas bien y a mí me trae buenos recuerdos verte por aquí, Lasa.

—Gracias, don Ignacio.

—No me llames así aquí, Lasa —dijo irguiéndose—. Soy tu superior y demasiadas cosas se dicen ya de mí. Me gusta saber que puedo ayudarte.

Don Ignacio me dejó con la mosca detrás de la oreja y no hice amago de querer saber qué quería decir con eso de las habladurías sobre su persona. De los militares podían decirse tantas cosas y tan pocas buenas en una época como aquella…

Visité La Carreira y tal y como había programado, dos días después estaba de nuevo en la oficina realizando los trabajos rutinarios de administración y archivo. Al cabo de un mes, la superiora del hospital, sor Carmen, me hizo llamar. El hospital estaba atendido por un grupo de monjas de la congregación de las Hermanas de la Caridad. Cosas de la época, aunque el hospital fuera militar, las que gestionaban el servicio de enfermería, así como la administración del personal no militar eran las monjas. Sor Carmen me requería para el coro.

—Mira, hijo, necesito gente para el coro de la capilla. Me faltan voces.

—Bueno —balbucí intentando sonar convincente—, yo cantar cantar…

—Contigo completaría el quinteto, Agustín. Además, me han dicho que eres vasco y eso me ha puesto muy contenta.

—¿Conoce usted el País Vasco, hermana?

—Hice el noviciado en Azpeitia, al lado de la Basílica de San Ignacio de Loyola en el hogar de las Hermanas de la Caridad.

—Yo soy de un pueblo pequeño cerca de Azpeitia —comenté comprobando que se le iluminaban los ojos al recordar mi tierra—, de Ormaiztegi. No le sonará, es…

—¡Ormaiztegi! —exclamó dando un salto de alegría— ¡Lo conozco! Una de mis compañeras de noviciado era de allí. Rosario, que Dios la bendiga. Rosario Muguruza.

Como por arte de magia, me vi de repente rellenando sacos de alubias en la tienda de ultramarinos propiedad de la familia de Rosario. Acepté formar parte del coro más por simpatía que por convicción y sor Carmen se encargó de demostrarme que me tenía en alta estima.

Ensayábamos los martes y los jueves por la tarde y el resto del tiempo lo pasaba jugando a cartas o viendo la televisión junto a

Eduardo y otros compañeros. Hacía un mes que había enviado una carta a Raúl contándole que me habían destinado a su tierra y que, si no estaba navegando, quizá podríamos vernos. Lo que no esperaba es que se presentara de visita en el hospital.

—¿Cómo te va la vida, Gorri?

—Ya me ves, entre papeles. He tenido mucha suerte, aunque trabajo como un cabrón —reí.

—Te veo bien. ¡Qué ilusión me hizo recibir tu carta!

—No sabía dónde andarías, ¿sigues en el Blue Sea?

—Seguía. Recibí un telegrama con malas noticias y he dejado la mercante.

—Lo siento, Raúl.

—Cosas que pasan. Me necesitan aquí. Así que atiendo el negocio familiar.

—¿Te dedicas a la pesca?

—Otra vez —respondió resignado—. No gano tanto dinero ni veo mujeres como las que veíamos —añadió guiándome el ojo con picardía—, pero no me puedo quejar. Estoy cerca de mi familia y duermo casi siempre caliente. Tengo novia, Gorri. Nos casaremos el año que viene. Ahora estoy preparando el piso para cuando nos mudemos. ¿Por qué no te vienes algún día conmigo por ahí? Te puedo presentar a mis amigos, ¿no te aburres metido aquí dentro todo el día?

Mi vida cambió con la aparición de Raúl. Si hasta entonces no había sentido la necesidad de salir del hospital, ahora cada vez era mayor mi necesidad de calle y socialización con gente joven. Sor Carmen se alegró de que apareciera un amigo y me sorprendió con su oferta.

—Andas taciturno, Agustín. Puedo conseguirte un pase pernocta si quieres y así dejas la cama libre del hospital para quien de verdad lo necesite.

—¿Haría eso por mí, sor Carmen?

—Por supuesto, hijo. Si Rosario estuviera aquí, ¿lo haría?

—Imagino que sí. Nos llevábamos bien a pesar de que yo era un crío.

—Entonces no se hable más. Yo me ocupo.

Eduardo me puso al tanto de la influencia de sor Carmen dentro del cuartel.

—¿No sabes de verdad con quién estás hablando?

—¡Con una monja que se formó en el convento de Azpeitia,

Eduardo! ¿Crees que te lo preguntaría si lo supiera?

—¡Joder, Gorri! —dijo con un tono que hasta la fecha no le había escuchado—. Debes de tener estrella para estar rodeado de tantos benefactores. Sor Carmen Pita de Veiga es hermana del almirante don Gabriel Pita de Veiga, ministro de la Marina.

Me quedé boquiabierto.

—Exacto. No es que tengas enchufe, Gorri. ¡Es que estás hablando directamente con la compañía de la luz!

Sor Carmen no mencionó a su hermano en todo el tiempo en que formé parte del coro. Le estaba profundamente agradecido. Mi vida, otra vez, había dado un giro de ciento ochenta grados. Salía cada noche y dormía en el piso de Raúl. Hice amistad con su grupo de amigos, chicos y chicas de mi edad que me hicieron no sentirme tan descolgado de la vida como dentro de los cuatro muros del hospital. Don Ignacio seguía viniendo a conversar conmigo y se alegró de lo bien que me iban las cosas.

—Siempre fuiste un buen chaval, y a los buenos chavales les tienen que pasar cosas buenas, Agustín.

Su mirada era paternal. Deduje que sentía cierta lástima por mí, pero no me importó. En ocasiones, yo mismo me compadecía de mi propia suerte.

Eduardo, poco a poco, empezó a mostrarse distante. Mi «buena estrella» causaba envidias entre mis compañeros e, imagino, prefirió mantenerse fiel al resto que proteger nuestra amistad porque él no tenía ni la mitad de mis privilegios.

Los horarios de oficina me permitían disponer de mucho tiempo libre, y como era el niño mimado de sor Carmen, pude incluso apuntarme a la autoescuela y sacarme el carné de conducir porque, con mi nueva libertad, que abarcaba toda Galicia, empezaba a necesitar un coche para poder moverme. Me compré un Simca 1000. Con el fin de semana libre, lo único que tenía que hacer era acudir a misa de los domingos a cantar en el coro de sor Carmen. No podía fallarle. Algunos domingos me llamaba para que acudiera a la casa de su madre para acercarla a la misa del hospital y allá iba yo con mi Simca 1000 a recoger a la madre del ministro de la Marina para que escuchara misa. Por supuesto, él nunca llegó a enterarse de estos paseos.

Raúl me llevó a todas las fiestas patronales de Galicia y tuve relaciones esporádicas con algunas chicas que conocí de su mano, pero no lograba enamorarme de ninguna. Me faltaba ese plus de

interés y convicción, ese latido de más que me enganchara a una única mujer. Me encantaban las mujeres gallegas, su melosa forma de hablar y su entrega y simpatía, sin embargo, no cuajaba ninguna historia, enseguida me cansaba de fingir ser quien no era.

Me licencié en diciembre de 1976, un año y un mes después de que muriera Franco. No noté la repercusión de su muerte dentro del cuartel, ni me involucré en el proceso de transición de la dictadura a la democracia. Yo parecía que vivía en un mundo paralelo donde solo me inquietaban mis propios sentimientos y mi futuro laboral. Luego de dieciocho meses de servicio militar, sentía que había perdido dinero y tenía ganas de recuperar el tiempo perdido.

Don Ignacio me preguntó si tenía claro qué iba a hacer después.

—Visitaré a mi abuela y, posiblemente, me vaya a Londres a aprender inglés.

—Buena idea, Lasa, el conocimiento no ocupa lugar —dijo aleccionador y se retiró tras un fuerte y prolongado apretón de manos—. Vaya con Dios y cuide de su familia.

Le agradecí todo lo que había hecho por mí y me despedí también de sor Carmen, que se mostró especialmente triste por mi marcha.

—Voy a echarte de menos, Agustín.

—¿Por mi maravillosa voz, hermana? —dije bromeando.

—¡Ay, Agustín! Te llevas el verde de tu tierra…

—Muchas gracias por todo, sor Carmen.

—De nada, hijo, de nada.

Me abrazó como si fuera una madre compungida al verme marchar y no volví a saber de ella, aunque sí es cierto que la recordé en varias ocasiones. En concreto, cuando en 1977 su hermano dimitió como ministro de Marina bajo el mandato de Adolfo Suárez por discrepancias con el partido. Un gesto muy honrado entre políticos, algo inaudito hoy en día.

La mujer del kimono

La abuela Trini, por primera vez, mostró una alegría inesperada cuando regresé a Ormaiztegi y le puse al tanto de mi buena suerte durante el servicio militar. Se alegró de que don Ignacio estuviera bien y agradeció que le mandara saludos. Su hermano don Esteban tampoco veraneaba con sus hijas en el pueblo y, si lo hacía, acortaba las visitas lo máximo posible, por lo que la abuela disponía de más tiempo para descansar. El paso de los años en la casa de los Aurrekoetxea se acusaba sin piedad. El tío Jaxinto cada vez caminaba más encorvado y se expresaba con dificultad. Parecía estar ausentándose de la vida de a pocos. El ambiente continuaba siendo gris, descorazonador.

Visité a varios amigos, pero cada uno llevaba un ritmo distinto y no sentía que encajara en ninguna conversación, ni siquiera en la taberna de la plaza donde se reunía todo el pueblo después de trabajar. El domingo en el frontón estuve solo viendo los partidos; me sentí completamente desubicado. A la hora de la comida, le anuncié a la abuela que me iba a Londres. Consideré que era el momento idóneo para perfeccionar el idioma y seguir viajando. Me quedaba claro que mi sitio, al menos por el momento, no estaba en el Goierri. Me agobiaba la lentitud del paso de los días, el silencio casi obligatorio de las familias ante la situación que empezaba a vivirse en Euskadi con el terrorismo de ETA, además de la pena y el dolor que parecían flotar en el aire creando una atmósfera asfixiante.

Volé de Bilbao a Londres después de haber concretado mi estancia con una familia británica que colaboraba con la escuela donde me inscribí. Me interesaba practicar inglés en mi día a día, no solo durante las clases, y me habían asegurado que la familia que me acogería mantendría contacto diario conmigo. La casa estaba situada lejos del bullicio del centro, en el Cristal Palace. Nada más aterrizar en el aeropuerto de Heathrow me sentí liberado, como si acabara de soltar una mochila en el avión. Necesitaba el cambio de escenario, mantener a raya los recuerdos y la sensación de no pertenecer a ninguna parte. No obstante, estaba ilusionado. Por fin iba a dedicarme a estudiar inglés como Dios manda. Me

sería de gran utilidad en los próximos embarques, porque estaba claro que para relacionarse en la mar entre continentes era absolutamente necesario dominarlo.

En la secretaría del colegio me dieron el calendario con los horarios y el programa de actividades. Las clases comenzaban a las 8:00 de la mañana y terminaban a las 15:30. Teníamos media hora para comer a mediodía.

Los dueños de la casa donde me hospedaba eran mayores; tenían dos hijos. Alquilaban una habitación doble con baño individual para estudiantes. Conocí por la noche a quien sería mi compañero, Philippe, un francés cinco años mayor que yo, ingeniero de caminos, que había estado trabajando en África en las colonias francesas. Tenía más nivel que yo. Fue un error alojarnos juntos porque los dos optábamos por hablar en su lengua materna y ni él ni yo practicamos el inglés tal y como habíamos previsto hospedándonos con una familia local. Por otra parte, el único miembro de la familia que nos dirigía la palabra era la dueña. Los demás nos trataban con altivez, una actitud que aprendí a identificar entre los británicos a medida que los fui conociendo.

El grupo de alumnos que formaba mi clase era variopinto. De habla hispana, además de dos chicos españoles con quienes no tuve una afinidad especial, había un chico de Guatemala y otro de Venezuela. Ambos de familias acaudaladas que podían permitirse pagar la educación de sus hijos en Europa. Manejaban dinero sin complejos y estaban dispuestos a festejar cualquier tipo de evento, principalmente los deportivos. El grupo lo completaban dos chicos de Emiratos Árabes y cuatro japonesas. Desde el primer momento, me incliné por unirme al grupo de niponas. Parecían simpáticas y mi objetivo estaba claro, tenía que aprovechar el curso y perfeccionar mi inglés, con ellas lo conseguiría, porque ya desde la primera clase demostraron un alto nivel en habla y comprensión, así como una disciplina de estudio que me venía bien adoptar.

Me dejé barba por pura comodidad. En Londres no desentonaba mi atuendo con la diversidad de personalidades que se encontraba por las calles. Era una ciudad cosmopolita que ofrecía la posibilidad de reinventarte y expresar el «yo interior» que necesitaras a cada instante. No me sentía observado, ni parecía que tuviera un pasado que caminara tras de mí.

Hablé de esta sensación en mi macarrónico inglés con Mayumi al tercer día de haber comenzado las clases, cuando por la tarde me

invitó a recorrer la ciudad junto a ella y sus amigas.

—A mí lo que más me gusta es la sensación de libertad —dijo.

Yo le hablé del mar, de navegar, de tener un océano frente a ti y sentirte pequeño, casi minúsculo dentro del mundo. Mayumi se reía con mi pronunciación. Me hacía repetir palabras para que mejorara y se quedaba callada mirándome fijamente, como si quisiera leer dentro de mí. Era una mujer de baja estatura, muy delgada y con el pelo oscuro, muy corto. Llevaba el flequillo desfilado, parecía que iba siempre despeinada. Era encantadora. Sus ojos ovalados absorbían todo cuanto sucedía ante ellos y yo le gastaba bromas sobre el procesador de datos que tenía en su cabeza. Enseguida me di cuenta de que le gustaba. En un primer momento, yo nunca me hubiera fijado en ella, y no porque no me gustaran las mujeres, creo que ya había demostrado con creces que tenía debilidad por el sexo femenino, pero después de mis últimas experiencias, de la despedida de Bemvinda y del amargo recuerdo de Marilou, plantearme conocer a alguien más me abrumaba. Además, Mayumi no era el prototipo de mujer en el que me había fijado hasta la fecha. Tenía poco pecho para empezar y era siete años mayor.

Al cabo de una semana, cuando nuestros paseos por la ciudad tras las clases se habían convertido en habituales, me llevó aparte para hablarme de un tema que la angustiaba.

—Estoy prometida, Agustín —me dijo bajando la mirada.

—¡Oh! ¡Qué sorpresa! —respondí sin saber qué decir al ver su expresión de angustia.

—Es un matrimonio concertado por mi familia. Yo no le quiero. Por eso me he venido a Inglaterra ahora. Quiero prepararme y perfeccionar mi inglés para seguir trabajando en la agencia de viajes una vez me haya casado.

—¿Y no puedes oponerte? —pregunté desde mi ignorancia, mientras veía que se iba haciendo más y más pequeña ante mí.

—No entiendes lo que te estoy diciendo, Agustín.

En efecto, no la entendía hasta que me besó. Poco le importaron sus amigas que nos aguardaban un par de metros por delante, sentadas en una cafetería, o mi desconcierto y la diferencia de edad.

—No contaba con conocerte y con que me gustara alguien tanto como tú.

Aturdido aún por el beso tan jugoso y cálido, por la naturalidad y transparencia con la que me había hablado de sus sentimientos, no

puse objeción a tomarla de la mano y a abrazarla, besándola con ternura, porque era ternura pura lo que me inspiraba su fragilidad. Mayumi era dulce, sencilla, inteligente. Decía que había nacido en el país equivocado, que le gustaría no haber aprendido a ser tan obediente y poder ser ella misma a todas horas sin tener que sentirse culpable por expresar sus auténticas necesidades. No quise disgustarla y omití que yo no sentía lo mismo. Bueno, sí, me encantaba estar con ella y me divertía conversando, pero no la había mirado aún como mujer. No obstante, me sentí tan halagado que me decidí a conocerla mejor y a disfrutar de su presencia mientras durara nuestra estancia en Londres.

—¿Te has enamorado alguna vez, Agustín? —me preguntó por la noche.

—Soy un hombre enamoradizo de por sí —afirmé.

—Yo nunca había sentido esto antes —me confesó antes de abalanzarse sobre mí. Estábamos en la habitación de su residencia donde me había colado para cenar junto a ella y sus amigas. Tras los primeros besos apasionados, comenzó a desvestirme con urgencia, mostrando un deseo que avivó el mío. Fue delicioso penetrarla. Su humedad se mezclaba con la calidez del tacto de su piel suave ligeramente sonrosada. Estuvimos toda la noche encamados. Dormíamos unas horas y volvíamos a hacer el amor alternando posturas y ritmos, unas veces más despacio y otras con más energía. Por la mañana acudimos ojerosos a la escuela y desde ese día, no nos separamos ni un segundo.

Philippe acabó su curso y anunció en la casa que dejaba su cama libre. La casera se puso enseguida a buscarme compañero de habitación. Mayumi, avispada, se ofreció a ocuparla. Para ello se presentó en persona con un perfecto inglés previamente ensayado con la tutora de la escuela, que le había redactado una carta de presentación a modo de currículum que, sinceramente, yo creo que la dueña de la casa ni siquiera valoró. Solo le interesaba que fuéramos solventes y que no diéramos guerra.

Mayumi se trasladó a vivir a la casa apenas dos días más tarde y entonces sí que pasamos incluso a ducharnos juntos. Bromeaba con ella todo el tiempo porque era tan pequeña en comparación conmigo que no abultaba nada. Le decía que podía meterla en mi bolsillo, en la mochila de la escuela… Me rebatía pidiéndome respeto por tratarse de una mujer mayor y más madura. Le fui cogiendo un cariño especial. Me acostumbré a estar pegado a ella, a

mostrar una parte de mí menos explorada, más generosa. Era fácil ser afectuoso con Mayumi porque se dejaba querer, me idolatraba. Admiraba mi pasado —del que obviamente había omitido algunos capítulos—, y le enternecía que no tuviera noticias de mi padre. Me hablaba acariciándome el pelo. Decía que en su país no podía comportarse como lo hacía conmigo en Londres. Me preguntaba por la abuela, por Ormaiztegi, por la casa donde me había criado y por mis dos últimos años en la mar. Le inquietaba mi experiencia sexual.

—Seguro que has estado con muchas mujeres antes que conmigo.

—Yo no te he preguntado con cuántos hombres te has acostado, Mayumi. Me es indiferente. No soy celoso. Me importa que ahora estás en mi cama, conmigo.

—Pero estoy segura de que han sido muchas… Igual alguna te hacía algo que tú querrías probar conmigo.

—No quiero que seas quien no eres. De esto tratan las relaciones, ¿no crees?

—¿Entiendes por qué te quiero, Agustín? —dijo echándose sobre mí para acto seguido ponerse a llorar—. Se nos acaba el tiempo. Se acaba mi tiempo. ¡No puedo regresar a Japón! ¡No quiero continuar mi viaje!

—¿Qué viaje?

—¿No te conté que Londres era solo la primera etapa de mi viaje por Europa?

—No —respondí tratando de calmarla, respiraba con dificultad.

—Organicé con mis amigas un viaje de nueve meses. Podíamos permitírnoslo, ahora no me creo que tenga que continuar. No quiero separarme de ti, Agustín.

—Pero ¿cuál es el plan? —lo cierto es que la idea de separarme de Mayumi me entristeció, pero no quise hacérselo ver porque ella estaba destrozada.

—Primero Londres y la escuela, y después de Madrid, Barcelona, Roma y Atenas. Acabamos la ruta en Egipto, una semana descubriendo una civilización que ahora no me importa nada. ¡Agustín, no puedo irme!

—¡No digas tonterías, Mayumi! Es un viaje fantástico, no debes perdértelo.

—¿No lo entiendes? ¿No lo quieres entender? Cuando todo el viaje acabe me casaré. No puedo casarme con un hombre al que no amo porque te amo a ti.

Mayumi estuvo llorando toda la noche. Me acurruqué contra su cuerpo e intenté tranquilizarla, pero me faltaban las palabras. Yo no podía ofrecerle nada porque mi viaje también continuaba. Mi paso por Londres era temporal y, por mucho amor que sintiera por ella, mi vida me pedía mar y aventura. No estaba preparado para asentarme en ningún lugar. Ella proponía que nos quedáramos en Londres, o regresar conmigo a Euskadi y vivir en el pueblo lejos de todo. No era capaz de pensar con claridad.

Nuestro último mes juntos fue muy tenso. Su familia la llamaba y le pedía indicaciones sobre sus próximos pasos y ella se resistía a confirmar que seguiría con el plan trazado antes del viaje. No les habló de mí, pero ellos intuían que algo no iba bien. Su prometido también la llamaba y le pedía que le enviara fotos y que se mostrara ilusionada ante la futura boda y ella le respondía con monosílabos, para colgar el teléfono furiosa o deshecha en lágrimas.

Sus amigas consiguieron convencerla para volar a España y continuar con el plan. La despedida fue triste. Toda la entereza y valentía que me habían cautivado de Mayumi se desvanecían ante mis ojos con sus súplicas y la intensidad de su desconsuelo. Me sentía mal conmigo mismo por no estar igual de roto que ella, pero no alcanzaba ni de lejos a sentir la ruptura como un desgarro. Me dolía verla sufrir porque me recordaba a mí mismo unos años atrás en el *camping* de Salou junto a Marilou.

Noté la ausencia de Mayumi al regresar a las clases. Londres empezó a pesarme y a resultarme menos luminoso. Estaba casi todo el día ausente, divagando sobre el amor y las despedidas, imaginando —¿qué sabía yo?—, iluso de mí, que mi padre alguna vez también debió vivir el drama de la separación. Tampoco debió ser sencillo perder a la *ama* con un niño tan pequeño.

Una semana más tarde, Mayumi se presentó en Londres. Había dejado a sus amigas en Italia y regresaba decidida a quedarse conmigo el tiempo que hiciera falta.

—Pero ¿estás loca, Mayumi? ¿No ves que yo tengo que regresar a casa en un mes y que después volveré a la mar? ¡Es mi trabajo!

—¡Me voy contigo!

Sus palabras resonaron en mi cabeza como un golpe de conciencia, como sal en la herida que se abrió con la marcha de Marilou a Nantes y mi cobardía. Mayumi no era como yo y estaba dispuesta a demostrármelo.

—No me dejes, Agustín, te lo suplico. Por favor, no me dejes.

No fui capaz de explicarle todos los motivos por los que nuestra relación no tenía futuro y por qué regresar a Japón era la mejor opción. Pensé que tal vez si conociera mi mundo se desencantaría y decidiera volver a casa por sí misma. Mi propuesta la tomó como un contrato, una especie de compromiso que la liberaba de la cárcel que le suponía su matrimonio. Dejó de escucharme para prestar atención solo a lo que le interesaba. Se mostraba más fogosa en la cama y dócil ante cualquier plan que proponía. Dejamos de reírnos como al principio.

El vuelo de Londres a Bilbao lo hicimos en silencio. Ella me acariciaba la mano mientras yo pensaba en la cara que pondría la abuela al conocer a Mayumi. Nunca le había presentado a una chica y, posiblemente, Mayumi fuera la primera japonesa que vería mi abuela en su vida.

Ella iba emocionada. Miraba el paisaje y tomaba fotografías de cada esquina y cada montaña, admirando la belleza de los caseríos de tejados a dos aguas desperdigados por el monte. Tomamos el autobús para llegar hasta el pueblo. La cara de la abuela no mostró ningún signo de sorpresa para mi desconcierto. Invitó a Mayumi a pasar hasta la cocina y me pidió que le tradujera si le gustaba lo que había preparado para comer. Mayumi estaba encantada.

—¡Es todo tan distinto, Agustín! ¡Es tan salvaje! ¡Tan natural! ¡Tan opuesto a…!

—Mayumi, como pretendas que le traduzca todo eso a mi abuela…

El tío Jaxinto solo hizo acto de presencia para saludar. Después se marchó a su habitación y no volvimos a verlo, ni siquiera para despedirnos cuando al día siguiente nos fuimos a recorrer España con el Simca 1000 en cuanto me dieron el visto bueno en el taller. El coche llevaba parado desde que me fui a Londres. Mayumi aún tenía días de vacaciones y yo decidí no regresar a Bilbao todavía y disfrutar de su compañía, siempre y cuando la bola no se fuera haciendo más grande. Rodamos toda la costa mediterránea desde Gerona a Cádiz. Nos alojábamos en *campings*. Por las mañanas visitábamos los pueblos, nos bañábamos en la playa y comíamos en cualquier chiringuito o restaurante que se nos antojara —los dos teníamos dinero para gastar—, y por las tardes, tras hacer el amor y echar la siesta, continuábamos ruta o paseábamos explorando lugares con encanto. Mayumi se negaba a hablar de su regreso a Japón. Yo me debatía entre el gusto por compartir con una mujer

como ella unas vacaciones sencillas y la necesidad de regresar a mi rutina de estación de radio y viajes. Ella no me entendía, decía que lo teníamos todo.

—Nuestro concepto de «todo» es muy distinto, Mayumi.

En Córdoba y Granada pasamos unos días preciosos, me limité a seguirle la corriente y a esperar que fuera ella quien sacara tema de conversación. En cada ciudad que visitábamos revelaba las fotografías que había tomado y me las enviaba por correo a la casa de la abuela para que las tuviéramos allí al regresar. Hablaba en plural. De camino a Bilbao, rompí el hielo para comentarle mi decisión de embarcar.

—¿Y yo qué voy a hacer? —me gritó fuera de sí.

—En primer lugar, calmarte, Mayumi. ¡Yo tengo que volver a trabajar! ¡Soy telegrafista! No te olvides de ello.

—Pero yo no puedo regresar a Japón, Agustín. No puedo casarme, no quiero casarme.

—Díselo a tu familia. Desde luego, huyendo y no respondiendo a sus llamadas no se lo estás poniendo fácil para que dejen de presionarte. Sé sincera.

—No entiendes ni conoces a mi familia.

—No, pero te conozco a ti. Y lo nuestro es algo que estaba más que hablado.

—¿Lo nuestro? ¡Lo nuestro no te importa si no haces nada al respecto!

—¿Qué quieres que haga, Mayumi? Te lo dije antes de que empezáramos con este viaje, lo nuestro, te guste o no, no tiene futuro.

Mayumi se echó a llorar y no volvió a dirigirme la palabra hasta que llegamos a Ormaiztegi. No quiso ni siquiera acostarse conmigo en la cama y se recostó en una butaca vieja que había en la esquina de mi habitación.

—Mayumi, por favor, háblame —le pedí.

—Eres un egoísta, Agustín. Un canalla. ¿Cómo has podido jugar así con mis sentimientos?

—¿Crees que he jugado contigo, Mayumi? Entonces es que no me conoces —me defendí, herido—. He sido todo lo sincero que puedo ser desde el primer momento. Tú eres la que perdiste los papeles y te has agarrado a mí como si yo pudiera salvarte de tu destino.

—¿Eso piensas?

Nos miramos en silencio durante unos tensos segundos y,

finalmente, ella habló con una calma impropia para una situación así:

—De acuerdo. Yo no quiero ser una carga para ti, ni nadie a quien haya que salvar. Simplemente pensaba que me querías lo suficiente como para empezar una vida conmigo.

—¡Tengo 21 años, Mayumi! Acabo de empezar a trabajar, como quien dice. Yo no puedo ofrecerte…

—¡Deja ya de decirme lo que puedes ofrecerme o lo que no puedes! La pregunta es ¿quieres ofrecérmelo?

Me mordí la lengua.

—Ya tengo mi respuesta, Agustín. No me quieres lo suficiente. No quiero seguir tirando de esta cuerda. Se ha roto. Buscaré un vuelo para mañana o pasado, a ser posible, y no volverás a verme.

—Mayumi, no seas drástica.

—¿En qué quedamos, Agustín? ¿Quieres que me quede o quieres que me vaya?

De nuevo mi silencio habló por mí. Mayumi salió a pasear después de dar un portazo y yo bajé a la cocina a tomar un vaso de agua. La abuela Trini me preguntó si estaba bien y le dije que sí. Imaginé que había escuchado nuestra conversación y que, a pesar de no entenderla, los gritos y el portazo de Mayumi habían hablado por nosotros.

—Mañana vuelvo a Bilbao y ella a Japón —le dije sintiendo que necesitaba compartirlo con alguien. Quizá no me entendiera, pero yo necesitaba hablar.

—Es lo mejor para los dos. Todavía sois muy jóvenes. El trabajo te vendrá bien. Ocupar la cabeza es lo mejor, hijo.

Creo que aquel consejo fue el primero y el único que me dio la abuela en toda mi vida. ¿Cómo no escucharla si ella conocía todas las estaciones de la soledad? Le di las gracias y salí en busca de Mayumi. La encontré en la vera del río mirando el agua, hipnotizada por el caudal que bajaba bravo a pesar de ser verano.

—Nunca he querido hacerte daño, Mayumi. Te he querido mucho y eso es verdad.

—Pero no lo suficiente, Agustín. Siento haberte gritado. Estoy destrozada.

Nos abrazamos y permanecimos quietos un tiempo indefinido. Ella lloraba contra mi pecho en tanto que yo me sentía ruin y cruel, pero no podía forzarme a sentir algo que no manaba de mí; algo tan grandioso como lo que ella esperaba.

Por la mañana fuimos a Bilbao. Me acompañó a las oficinas de Marispan, donde me habían contratado para trabajar en el Blue Sea. No había plazas libres, así que nos dirigimos a las oficinas de Consulmar, donde presenté mi currículum. Me entrevistaron un poco más tarde. Les convenció verme acompañado por una japonesa con la que me comunicaba de forma fluida en inglés y me contrataron para embarcar en Taranto, al sur de Italia, en un barco que estaba esperando relevos, entre ellos, el de un telegrafista. Las condiciones del contrato eran muy buenas. El barco era nuevo. No podía rechazarlo, aunque en la mirada de Mayumi viera el brillo de la última esperanza a la que se agarraba con fuerzas.

La compañía, Scorpio, era italoamericana. Tenía sede en Nueva York. Las malas lenguas decían que estaba ligada a la mafia siciliana. El buque se llamaba «Garden Venus». Navegaba bajo pabellón de Liberia, como tantos otros en la época, pabellones que permitían muchas ventajas a los armadores.

Finalizada mi entrevista y tras el apretón de manos oportuno, Mayumi se echó a llorar en mitad de la oficina. Me excusé y salí con ella a la calle. No sabía qué decirle, porque en realidad estaba todo dicho y repetirnos iba a dolernos a los dos por igual. Nos alojamos en un hotel durante dos días mientras se tramitaba mi documentación y pasaba el pertinente reconocimiento médico. Mayumi, por su parte, sacó el billete para Tokio y me lo enseñó sin decir nada más.

—Ya está.

Me dolía el estómago de los nervios y la tensión soportada. Estaba siendo una despedida muy amarga. Nos dirigimos al aeropuerto de Bilbao de nuevo y facturó una pequeña maleta; nos abrazamos y nos deseamos buena suerte. Le pedí que me escribiera. Estaba hecha un mar de lágrimas cuando la vi por última vez perderse entre los pasillos del aeropuerto. Para cuando llegué a Ormaiztegi, Mayumi ya estaría sobrevolando Europa, hacía escala en Frankfurt. La abuela no mencionó el tema y solo me avisó para que bajara a cenar junto a ellos. El tío Jaxinto parecía un fantasma que tan pronto aparecía como desaparecía.

Preparé mi neceser y un poco de ropa y me fui a primera hora de la mañana rumbo al aeropuerto de nuevo, esta vez para emprender mi siguiente aventura. Volé a Roma y de Roma a Taranto.

Viajábamos cinco relevos: un tercero de máquinas, un segundo de cocina, dos engrasadores y yo de telegrafista. No me puse tan

nervioso en el aire como la primera vez. Además, el vuelo era más corto. Para el atardecer, ya estábamos a bordo del Garden Venus. Relevé al telegrafista y tomé posesión de la estación de radio que tenía los equipos más nuevos que había visto hasta la fecha. Parecía el centro de control de la NASA. Me asusté en un primer momento, pero después resultó que todo eran facilidades. La potencia de los transmisores ayudaba a que las comunicaciones fueran más rápidas y seguras, al mismo tiempo que el sistema de antenas para recepción mejoraba el audio de las escuchas. ¡Nada que ver con el Blue Sea y mis peleas por entender los mensajes de radio! Me acostumbré enseguida.

El barco estaba preparado para que los marineros nos entretuviéramos en los ratos libres y disponía de un gimnasio para ejercitarnos, una sala de cine y hasta una biblioteca. Estaba fletado por una compañía italiana de siderurgia llamada Italsider. Cargaban tubería de alta calidad para oleoductos y gaseoductos. Viajaban a México por norma general, descargaban en casi toda la costa mexicana para abastecer la línea de gas que se estaba construyendo de México a Estados Unidos.

Tan pronto llegamos al primer puerto mexicano, atendimos a las autoridades y recibimos la correspondencia. Tenía varias cartas de Mayumi. Eran descorazonadoras. La primera semana después de su llegada a Tokio la pasó metida en la cama sin salir ni siquiera para comer. Sus padres estaban preocupadísimos, no entendían nada, aunque tampoco eran tontos. Lo que les importaba era que el plan siguiera su curso. Me contaba que no tenía ganas de vivir. Podía comprender su dolor, yo había pasado por lo mismo cuando Marilou regresó a Nantes y yo no tuve el valor de seguirla. ¡Eran tan similares las historias! No obstante, y por suerte, yo no tenía el futuro programado como Mayumi. Me contaba que su novio la estaba presionando para la boda y que ella había pedido aplazarla. Se negaba a aceptar que ese fuera su destino y, al mismo tiempo, no se atrevía a romper con las pretensiones de su familia, que aspiraba a una boda que asegurara el estatus y el bienestar de su única hija.

Mayumi quiso que nos carteáramos durante todo el tiempo que durara mi campaña en la Scorpio, alegaba que era una forma de mantenernos en contacto. Insistía entre tanto en que me ayudaría a buscar una compañía japonesa que me diera trabajo, pero yo no quería trabajar allí, ni continuar con una relación que no nos llevaba a ninguna parte. Debía soltar amarras y aligerar la carga.

Ante su negativa a aceptar la realidad, opté por escribirle una última carta donde le comunicaba mi decisión de romper. La animaba a que rehiciera su vida sin mí y le informaba de que aquella sería la última carta que le escribiría. Tuve que reescribirla varias veces porque no me sentía seguro del mensaje que ella recibiría y quería resultar tajante. La decisión era irrevocable.

Al mes de haber enviado la carta, recibí la respuesta. Mayumi me enviaba dos fotos en las que aparecía vestida con un kimono blanco de la mano del que se había convertido en su marido. No volví a saber de ella.

Una propuesta de matrimonio

Scorpio fue la compañía que me dio estabilidad en un mundo marino donde era habitual cambiar de barco y empresa en función del mejor postor. Parecíamos mercenarios que embarcaban donde más pagaban. Estuve cinco años trabajando para ellos. Los relevos los realizábamos entre el mismo personal, conocíamos los equipos. Teníamos base en puertos italianos donde estaban ubicadas las plantas de fundición, por norma general, en Taranto. Me gustaba la vida en Italia. Era similar a la española y no tuve problemas para aprender el idioma en poco tiempo.

La novedad me ayudaba a no darle demasiadas vueltas a mi pasado. Poco a poco, mi relación con Mayumi iba quedando más y más lejos, y la sensación de culpa se desvanecía. Además, estábamos poco tiempo en tierra, viajábamos por todo el mundo y me excitaba conocerlo, ¿cómo iba a perderme estas experiencias afincándome en un país tan ajeno a mí como Japón? La echaba de menos, claro. Pero sobre todo echaba de menos la complicidad que había entre ambos antes de que ella se agarrara a mí como si fuera su salvavidas. Me asfixiaba que alguien me necesitara tanto.

Italia siempre tuvo buena relación con los soviéticos y hasta llegó a formar parte del gobierno, por lo que una gran parte de nuestros viajes venían condicionados por las buenas relaciones entre el partido comunista italiano y Rusia.

Las navidades de 1977 las pasamos abarloados al costado de un barco ruso que estaba atracado en el puerto de Constanza, en Rumanía, en la desembocadura del Danubio. El muelle estaba congestionado y el capitán no había conseguido la autorización de capitanía para atracar. No queríamos pasar la Navidad en el barco. Hicimos amistad con la tripulación del barco ruso. En la época de Ceaușescu, resultaba arriesgado salir a pasear a tierra y la gran mayoría de nosotros preferimos hacer caso a las indicaciones del capitán —y a nuestra intuición— y quedarnos en el barco. Los rusos tenían la primera tripulación mixta con la que me había encontrado. En España aún no había mujeres en náutica por desgracia. Casualmente, quien ocupaba la telegrafía soviética era una mujer. Se llamaba Svetlana. Para nosotros, que estábamos

acostumbrados a ver rubias solo cuando llegaba el turismo nórdico a las costas españolas, resultaban mujeres muy atractivas. Svetlana y yo pasamos las tardes charlando en el salón de oficiales de nuestro barco, que estaba mucho mejor acondicionado que el suyo. Los rusos aportaban vodka y chatka y nosotros poníamos güisqui, vino y jamón italiano que, aunque no tenía nada que ver con el ibérico, estaba sabroso y nos permitía llenar también el estómago. Las veladas terminaban tarde y acabábamos todos borrachos. El capitán del barco soviético tenía una filosofía muy peculiar:

—¿Saben? Los mejores momentos de la vida se pasan bebiendo —decía alzando la voz y la botella, en un inglés bastante defectuoso —. Uno puede estar un buen rato follando, pero pronto se acaba. O puede comer, pero en cuanto se llena el estómago, el placer también se acaba. ¡Podemos beber toda la noche y sentirnos bien, señores!

Yo no era demasiado amigo del alcohol. No me gustaba sentir que no tenía control sobre mí mismo, perder facultades mentales o amanecer con resaca. No obstante, participaba de las juergas y me reía con el desparpajo de algunos de mis compañeros. También disfrutaba observando cómo quienes en apariencia se mostraban fríos, cuanto más bebían, más cálidos y extrovertidos se volvían, como Svetlana, que tras varios tragos de vodka empezó a lanzarme señales inequívocas de su interés por mí.

El problema en estos encuentros radicaba en el comisario político que todo barco soviético llevaba a bordo. Controlaba que la tripulación no se desviara de las esencias del comunismo. Tenía más poder que el capitán. Un mal informe del comisario suponía un castigo por parte del partido que podía acarrear una destitución. Todos los países del este habían quedado bajo el amparo soviético tras la Segunda Guerra Mundial y eran títeres de Moscú. Pocas personas los visitaban porque se necesitaban visados especiales que requerían de numerosos trámites y permisos. Los marinos, en cambio, teníamos las puertas abiertas. Estaban cerrados a la contaminación capitalista. Tampoco existía la prostitución, no la necesitaban. Las relaciones sexuales eran muy abiertas, no tenían el concepto de pecado interiorizado.

Logramos que el comisario bebiera con nosotros y acabó casi tan borracho como el resto. Svetlana, utilizando un código que solo ella y yo conocíamos, me fue poniendo a mil. Al principio no me di cuenta de lo que sucedía por debajo de la mesa, pero enseguida

capté los mensajes que a través de morse estaba enviándome con simples toques sobre mi muslo. Fue tan excitante como divertido. Entre el jaleo del comedor y las conversaciones cruzadas, Svetlana y yo nos fuimos preparando para lo que horas después sucedería en mi camarote, una vez que el comisario ya no suponía un riesgo para nadie.

Durante esas Navidades, Svetlana y yo nos acostamos cada noche. Mientras nuestras respectivas tripulaciones se emborrachaban y cantaban y se contaban batallitas, ella y yo nos dedicábamos a darnos placer mutuo, a sudar las sábanas y a hacernos compañía. Svetlana era una mujer perspicaz. Hablaba en un perfecto inglés y fue mi segunda maestra, después de Mayumi, corrigiéndome aspectos de la pronunciación que no dominaba. Me habló de las mujeres que entregaban sus cuerpos a cambio de unos Levi's, de lencería o de camisas de colores.

—Aquí la única forma de conseguir vestir como las occidentales es gracias a vosotros. En la intimidad, por supuesto. Es casi obligatorio vestir ropa para el frío, estéticamente fea. Por eso las jóvenes no tienen reparos en acostarse con los marinos que llegan a puerto. Sobre todo si son tan atractivos y exóticos como tú, Agustín.

—Todo un cumplido, gracias.

—No había estado nunca con un hombre pelirrojo tan lleno de lunares y pecas.

—Marca de la casa —bromeé, en ningún momento le hablé ni de mi familia ni de mí.

Nuestras conversaciones se limitaban a contarnos experiencias en la mar y la historia de nuestros respectivos países. Forjé una buena relación de amistad con Svetlana a quien seguí saludando una vez pasadas las Navidades cada vez que coincidíamos en puerto.

En uno de los viajes a Constanza, nos desplazamos hasta Mamaia, una ciudad de vacaciones llena de hoteles que incluso contaba con un parque acuático. Los trabajadores del área soviética acumulaban puntos a lo largo del año para poder optar a vacaciones fuera de la URSS durante el verano. Mamaia era uno de esos destinos preparados para el turismo comunista, con playas en pleno mar Negro.

El pase a tierra estaba limitado hasta medianoche. Había un policía a pie de la escala que recogía el pasaporte a la salida y lo entregaba a la vuelta. Si no llegabas en el horario establecido, lo requisaba y perdías el permiso de salida durante la estancia en

puerto. El control era muy estricto. Sucedían tantas cosas entre viaje y viaje que los recuerdos de mi relación con Mayumi parecían pertenecer a otra vida. A otro yo que nada tenía que ver con el chico que salía a las discotecas de Mamaia y hablaba con unos y otros. Fue en una de esas discotecas donde conocí a Mariska. Pelirroja como yo, bailaba en la pista junto a unas amigas, pero puedo asegurar que todas las miradas las acaparaba ella con sus contoneos. La miraba embelesado. Era grácil, seductora y, al mismo tiempo, natural, se le notaba disfrutar de su condición de fémina. No era provocadora, era, sencillamente, una mujer con luz propia. La segunda noche que la vi bailar no pude contenerme y me acerqué.

—Te estaba esperando desde ayer —me dijo.

Habló con su amiga para apañar que pudiera quedarme a pasar la noche con ella aun a riesgo de perder mi pasaporte y, como consecuencia, el permiso de bajar a tierra, pero estaba tan excitado que acepté seguirla. Desde que la había visto bailar el día anterior me había hipnotizado. Pasamos una noche maravillosa. Mariska era tan buena bailarina como conversadora y buena amante. Estudiaba un curso de cocina y hacía prácticas en un hotel durante el verano, era húngara.

Mi regreso al barco a la mañana siguiente me costó 100 dólares. Un precio elevado, pero que había merecido la pena. Los compañeros que habían visto que la pelirroja me había elegido a mí me tuvieron cierta envidia, Mariska no era una mujer como las demás.

Navegábamos con frecuencia por los puertos del mar Negro. En el puerto de Ilyichevsk, en Odesa, se atendía a los marinos extranjeros en un club social. Había cientos de mujeres como Mariska. El partido comunista las seleccionaba para otorgar una buena imagen del país de cara al exterior. Por la mañana, cada una trabajaba en su respectiva ocupación y, por la tarde, acudía al club social como aportación al partido y así ganar puntos que poder disfrutar después. Hablaban varios idiomas y eran simpáticas con nosotros, sin embargo, no podían intimar porque estaban estrechamente vigiladas por los comisarios. De hacerlo, hubieran perdido sus privilegios. Así que yo, en cada visita al club, me alegraba de haber podido disfrutar de una noche con una mujer de las consideradas «intocables».

No sé cómo se las apañó el capitán para organizar una cena a

bordo con algunas de las mujeres que habíamos conocido en el club. Me pidió que me ocupara de la puesta en escena. Quería que comprara flores, que decorara el comedor y el salón del barco, y al cocinero le encargó que preparara un menú especial para las visitas. ¡Deseaba impresionarlas! Llegaron puntuales a la cita. El capitán llenaba el vaso del comisario político para emborracharlo y conseguir acostarse por fin con Haryna, la mujer que le quitaba el sueño. Se parecía físicamente a Mariska y yo me reía para mis adentros viendo cómo desplegaba sus encantos para llamar su atención.

—¡Esto es vencer al partido comunista! —dijo victorioso el capitán antes de zarpar del puerto dos días después, henchido como estaba por haber triunfado en la cama con Haryna—. Comprad toda la ropa que podáis —nos aconsejó—. Es un intercambio irresistible en ambos casos. Ganamos las dos partes.

Realmente, la ropa europea era muy apreciada en la zona soviética. Hasta tal punto que no se atrevían a secarla en el exterior por miedo a que la robaran, algo que ocurría a menudo.

Unos meses después, conocí a Irina en el puerto de Ilyichevsk en la oficina de la compañía. Trabajaba de teletipista. Hablaba italiano a la perfección. Cada vez que llegaba nuestro barco al puerto, me estaba esperando. Vivía con su madre; llevaba divorciada casi diez años. Se habían trasladado del norte del país. Se alojaban en un cuarto con derecho a cocina donde vivían otras tres familias. El partido ubicaba en este tipo de viviendas a su gente, en función de la importancia del trabajo que desempeñaran o de cómo estuvieran posicionados dentro del propio partido. El problema del alcoholismo era común entre los varones: tenían un alto índice de separaciones matrimoniales. El partido se ocupaba de las necesidades más básicas de la gente, un método infalible para que siguieran siendo leales al mismo.

Irina quería salir de allí. Había tenido una infancia difícil, presenció el maltrato que su padre ejerció sobre su madre y sentía que tenía que alejarse de aquello cuanto antes. Le podía la presión del partido y la responsabilidad para con su madre. No era feliz con su vida y se sentía atada de pies y manos. ¿Por qué me metí en una relación con ella con semejante panorama? Porque nunca he sabido decir que no y porque las mujeres me gustaban en cualquier circunstancia; me gustaba conversar con ellas. Les interesaban temas que nada tenían que ver con los que escuchaba en el barco y

me entretenía. No solo era una cuestión de interés sexual como podía parecer, buscaba compañía. Al profundizar en mi relación con Irina, esa búsqueda fue más evidente.

—Agustín, llevamos un año viéndonos, mi cuerpo me pide que demos un paso más. Aparte de eso, tú estás harto ya del barco, cada vez llegas más desmotivado.

—Me gusta que estés esperándome —respondí con sinceridad. El año de encuentros intermitentes junto a ella había pasado volando. Había sido muy agradable.

—¿Y si nos casamos? —propuso de repente, tras hacer el amor en la cama grande que su madre liberaba para que pudiéramos acostarnos y tener un poco de intimidad.

—¿Casarnos? Tampoco es un año año... ¿Cuánto tiempo real hemos pasado juntos? Irina…, no es tan sencillo —objeté.

—¿Por qué no? Tú me quieres, yo te quiero. Casada contigo no tendría problemas para salir del país y empezar una nueva vida en Italia, en España… ¡donde quieras!

—Déjame que lo medite, Irina. No las tengo todas conmigo.

—¿Por qué tienes dudas?

—Porque no sé si será fácil completar los trámites que un acto así implica.

—Querer es poder, ¿no, Agustín?

Irina era aduladora sin resultar cargante. Honesta con sus sentimientos, en ningún momento me ocultó su interés real por salir del país y recomenzar con su vida, ya fuera conmigo o sin mí. Lo cierto es que me había acostumbrado a su compañía, que me hacía una ilusión especial verla cada vez que llegábamos a puerto y que a su lado me sentía tranquilo, con una extraña sensación de «casa» cada vez que dormíamos juntos, como si nuestros cuerpos se amoldaran el uno al otro complementándose. Fue una relación pausada, sin fuegos artificiales al principio, ni destellos de luz tras los primeros encuentros y sin agobios posteriores a medida que el tiempo iba consolidándonos como pareja, si es que se nos podía llamar pareja.

—El tiempo va a nuestro favor, Agus… —continuó— Piénsatelo.

—¿Por qué esta urgencia, Irina?

—No eres el único que me ronda, Agustín —confesó, dejándome atónito—. Sin embargo, sí eres el único que me importa.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué pasa, marinero? ¿Acaso solo los marinos os lo pasáis bien

en cada viaje?

—Tienes razón —respondí sintiendo, eso sí, un ligero sentimiento de pertenencia para con ella que me hizo sucumbir—. Ni quiero esa vida para ti ni la quiero para mí. Nos casaremos.

Tardamos varios meses en solicitar los permisos pertinentes. La tramitación era farragosa y desesperante. Ponían trabas para todo.

—Y es que, además, ni siendo mi mujer podrás salir del país con facilidad, Irina —le expliqué después de una nueva reunión donde me desmontaron argumentos y aumentaron el número de papeles a cumplimentar.

Irina ni siquiera lloraba. Le daba tanta lástima haber nacido en un lugar como aquel… Lo más que hacía era maldecir y, finalmente, resignarse a su destino.

—Tiene que ser algún tipo de señal, Agustín. Igual es que no estamos destinados a estar juntos… —comentó al cabo de unos meses, a punto de completar un año desde que nos habíamos prometido.

Yo no creía en las señales ni en el destino, pero me agarré fuerte a esa idea para justificar que mi entusiasmo se había apagado ante tanta dificultad. No hubo reproches ni una discusión que zanjara nuestra relación. Yo sentí que los dos íbamos leyendo las páginas de un nuevo libro cada día en el mismo orden, al mismo tiempo, y que por ello no hubo malentendidos ni errores de fondo ni de forma. Sí es cierto que quizá no la quería tanto como para pelearme con la burocracia e insistir más en la adquisición de los permisos… Quise ayudarla, sentí que podía hacerlo. Saldaría así una deuda adquirida en otra época de mi vida.

En uno de los viajes, tras unas complicaciones con la radio que me mantuvieron en vela toda la noche, mirando el mar, que parecía una masa negra apenas iluminada por las pocas estrellas que las nubes ocultaban, recordé a Bemvinda y la imposibilidad que tuve entonces de ayudarla más. Irina, sin saberlo, se había convertido en «mi morena». Comprendí que la sensación agridulce de la ruptura se había transformado en un compromiso tácito conmigo mismo de aportar y de ofrecer algo de lo que yo había carecido: un bastón al que sujetarme. Un referente.

La tristeza me embargó cuando Irina y yo rompimos el compromiso. Ella me pidió que dejáramos de vernos y que no pasara más por su casa. Que iba a jugar sus cartas, dijo. Me entristeció sentirme tan impotente y, de nuevo, tan perdido. Iba

dando tumbos por la vida de aquí para allá y no encontraba el sentido a lo que estaba haciendo. Quizá el capitán ruso tenía razón y el único placer de la vida residía en perder la consciencia con el alcohol, porque la vida dolía, dolía mucho y resultaba incomprensible que lo más sencillo no se resolviera con facilidad.

Llegamos a Georgia para cargar mineral en Batumi, un puerto del mar Negro que tiene frontera con Turquía. Un estibador me habló de una española que vivía allí y nos puso en contacto. Decía que se alegraría de poder hablar en su idioma natal. ¡Y resultó que la Manoli era vasca! Había sido enviada a Rusia con la expedición de niños refugiados que marcharon de Bilbao durante la Guerra Civil y jamás volvieron. La Manoli era de Retuerto. Había tenido una hija a la que llamó Begoña en honor a la patrona de su ciudad. Fue Begoña quien se presentó en el café del puerto para saludar. Solía pedir a los estibadores amigos que la avisaran de la llegada de marinos españoles para poder conversar con ellos.

—En el momento en que muera mi *amatxu* perderé el euskera. Aquí nadie lo habla y dudo que vaya a regresar a España algún día.

Estuve un par de horas charlando con ella y quedamos en vernos al día siguiente a la misma hora para seguir conociéndonos. Begoña no quería perder la base de sus raíces. No sé si trató de seducirme en algún momento o no, porque a medida que la escuchaba hablar sobre la nostalgia que sentía por la tierra que no había conocido, sus palabras se adentraban en mi corazón y me lanzaban mensajes que hasta la fecha me había negado a escuchar. Le confesé cómo me sentía y cuál había sido el rumbo que había seguido desde que empecé mi vida en la mar. Begoña parecía estar acostumbrada a escuchar a los demás. No me juzgaba, no me preguntaba más allá de lo que yo estaba dispuesto a contar y se convirtió en la confidente ideal.

—¿De verdad estabas dispuesto a casarte con esa mujer? —me preguntó expectante—. ¡Menos mal que no lo hiciste! Te hubieras arrepentido toda la vida. Ya no solo por los problemas que tendríais para salir del país. Lo he visto en muchas ocasiones, las mujeres de aquí están acostumbradas a otro tipo de hombres… Y los hombres de la mar no sois como los demás. No podéis llevar la misma vida que lleva el resto. Sois espíritus y almas libres. En cuanto te colocaras el anillo en el dedo te estarías poniendo las esposas, ¡nunca mejor dicho! Por otra parte, ¿la amabas? ¿De amar amar? *Maite maite*, ya me entiendes —dijo en euskera.

—Mi corazón se cerró después de conocer a Marilou. Nunca he querido igual —confesé.

—¡Porque no se quiere igual en cada relación, Agustín! —argumentó de nuevo.

—Supongo. Desde luego, es inevitable que compare a Marilou con el resto de mujeres con las que he estado. ¿Y tú? ¿No hablas de ti, Begoña?

—Elegí cuidar de mi madre. No hay mucho que contar. Ella nada más llegar aquí se entregó en cuerpo y alma a ayudar a todos los niños que tenían que empezar una nueva vida y yo crecí con ellos porque se quedó embarazada de mí enseguida. No conozco a mi padre y ella no ha querido contarme nunca quién es. Posiblemente la violaron.

—¡Vaya historia! —me atreví a comentar.

—¡Pues sí! ¡Menuda historia! Pero es lo que hay. En los lugares pobres suceden cosas tristes, aunque yo nunca he oído a mi madre quejarse de su suerte ni lamentar estar donde está. Ha vivido una vida con sentido. Y yo sigo sus pasos. No he necesitado un hombre que me acompañe en el viaje. Lo que echa de menos es el verde de Euskadi y el color del cielo. Me ha contado que Euskadi no tiene nada que ver con esto. Yo no lo sé, ni sé si lo veré algún día...

—¿Por qué?

—Para empezar porque hace falta mucho dinero para costearme el viaje. Después, porque no puedo dejar sola a mi madre y porque no sé siquiera si tenemos familia con vida allí. Mi madre se fue huyendo de la guerra y dejó todo atrás. ¿Tú tienes familia?

—En el pueblo quedan mi abuela, que es quien me crio, y mi tío Jaxinto. Son muy cerrados de carácter, pero son quienes me cuidaron cuando mi padre se fue.

—Al menos tienes un lugar a donde ir, Agustín. Alguien que te espera.

Las tres tardes que compartí con Begoña me removieron más de la cuenta. Por las noches tuve pesadillas en las que veía a una figura escapar entre humo, grandes olas hacían zozobrar un barco que no conocía y se mezclaban imágenes de distintos lugares, así como caras en cuerpos que no correspondían. Me despertaba sudado y confuso. No cayeron en saco roto las últimas palabras de Begoña.

—Cuida de los tuyos mientras los tengas, Agustín. Un día solo te quedarán recuerdos.

Begoña presenció la maniobra de desatraque y me lanzó besos desde el muelle. Poco a poco, se fue convirtiendo en un diminuto punto en el puerto a medida que nos adentramos en la inmensidad del mar. Pasé tres días intensos que me hicieron reflexionar mucho. Durante varios años estuvimos carteándonos y se convirtió en una gran amiga con la que podía contar para extirpar los demonios que, de vez en cuando, asomaban en mi horizonte personal.

Uno de los días más amargos que recuerdo en la estación de radio fue el día en que recibí el telegrama que me anunciaba la muerte del tío Jaxinto. Me imaginé a la abuela acercándose a la oficina de Correos para transmitir el mensaje más breve posible. Me desmoroné sobre la mesa. Sentí el peso de la distancia como una losa y en cuanto me recompuse, hablé con el capitán para solicitarle un permiso de vacaciones que no dudó en otorgarme.

La abuela Trini no me esperaba en Ormaiztegi. Me sentí tan triste al verla tan sola… La casa estaba exactamente igual que la última vez y, sin embargo, en el decorado faltaba uno de los actores principales. La ayudé a limpiar las cosas del tío que ella no se había atrevido a tirar y le puse al corriente de mi intención de comprar un piso en el pueblo. La casa donde vivía tenía demasiadas escaleras y estaba muy vieja. Quería asegurarme de que sus últimos años de vida estuviera en un lugar seguro y confortable. Aceptó a regañadientes. La artritis de las rodillas la obligaba a hacer los menores esfuerzos posibles. Corrí con todos los gastos, era lo menos que podía hacer por la mujer que se había ocupado de mí tras la desaparición de mi padre.

Después, volví a la mar.

Las últimas estrellas

Necesitaba volver a la que consideraba mi vida conocida y meditar sobre mi futuro mientras llenaba los bolsillos. Los oficiales de la marina ganábamos mucho dinero a finales de los setenta. España iba saliendo del aislamiento donde tantos años estuvo durante la dictadura de Franco. En 1977 se realizaron las primeras elecciones democráticas que ganó Suárez, para dimitir en 1981 presionado por los miembros de su propio partido. Ese mismo año, el 23 de febrero, el Teniente Coronel Tejero dio un fallido golpe de Estado. Los sindicatos apretaban al empresariado y la situación era delicada. Yo vivía alejado de todo conflicto, inmerso en mi propia existencia, pero no desoía el ruido de sables que afectaba al país. Además, ETA se había recrudecido y Euskadi se había convertido en un lugar al que se miraba con lupa. Nuestros contratos de embarque, que hasta entonces habían sido supervisados por la OIT (Organización Internacional de Trabajadores), pasaron a ser responsabilidad de los sindicatos españoles, inexistentes durante la dictadura. La UGT presionó a las compañías de embarque para que aceptaran los nuevos convenios y condiciones y los armadores acataron los nuevos mandatos. Los salarios de los marineros mejoraron de forma sustancial y los de los oficiales se mantuvieron y también, en algunos casos, disminuyeron. No tardaron en sustituirnos por tripulaciones más baratas y, poco a poco, los marineros españoles dejamos de ser competitivos en el mercado.

Avisé a la compañía de mi no conformidad con la bajada de mi salario y el armador adujo que se ceñía a las demandas reflejadas en los contratos que exigían los nuevos sindicatos. A mí esa explicación no me convencía. Decidieron relevarnos por coreanos. Si en nuestro contrato figuraba que por seis meses de trabajo teníamos dos de vacaciones, los coreanos firmaban contratos de doce meses de trabajo por uno de asueto, amén de otras diferencias en cuanto a condiciones laborales. Nunca entendí por qué la OIT no exigía las mismas condiciones para todos los marineros independientemente de su nacionalidad. Aunque de haber sido así, nosotros no hubiéramos tripulado barcos alemanes, noruegos, suecos o ingleses,

que doblaban nuestro salario.

En un mercado cada vez más globalizado, los marinos españoles no teníamos hueco y al igual que hizo mi compañía con los coreanos, el resto contrató a filipinos, pakistaníes e hindúes. Igual de profesionales, bastante más económicos.

En la oficina de la compañía, en Bilbao, me dijeron que se habían acabado los viajes a Rusia. Sentí una mezcla entre alivio y tristeza, porque albergaba la esperanza de poder saludar de nuevo a Irina y ver cómo le iban las cosas. Casi dos años de relación dieron para mucho y quizá, por haber sido los más estables de mi vida, no tenía nada excepcional que reseñar, excepto la sensación de calma que sentía estando a su lado. Supongo que pensé que podría vivir así para siempre, pero las circunstancias no bregaron a nuestro favor y la llama se apagó.

Entonces recibí una oferta de trabajo «algo arriesgado».

—Tendrás buen sueldo, Agustín, nosotros solo te ponemos en contacto con ellos, pero nos mantenemos al margen. Estarás fuera de los convenios sindicales, ni tendrás protección laboral de ningún tipo si lo aceptas. Son israelíes. Firmarás directamente con ellos. Necesitan un telegrafista. El resto de la tripulación es extranjera.

—¿De distintas nacionalidades? —pregunté extrañado porque no era habitual.

—Ya ves… Los tiempos están cambiando. El barco es judío, navega bajo pabellón de Liberia.

—Acepto.

¿Qué tenía que perder? En realidad, tomé la decisión porque no podía echarme atrás. No formaba parte de mí la huida ni tampoco el regreso al pueblo. ¿Qué haría allí? Para el puesto de telegrafista que solicitaban yo cumplía con todos los requisitos: hablaba inglés fluido, tenía cinco años de experiencia acreditados como oficial de Telegrafía y mi perfil era válido. El barco estaba en Valencia. Embarcaría con una tripulación compuesta por yugoslavos, turcos y filipinos.

Me personé en el barco dos días después de haber hablado con la abuela para contarle mi nuevo viaje. El capitán se excusó porque el anterior telegrafista no había esperado para darme el relevo, por lo que me dio tiempo para que me familiarizara con la estación de radio por mi cuenta. Leí los libros de instrucciones, comprobé el estado de los transmisores y le di el visto bueno. Aunque el barco era una chatarra de aspecto, reunía buenas cualidades para navegar.

La máquina funcionaba y alcanzaba la velocidad requerida. El capitán era un marino turco con muchos años de experiencia a punto de jubilarse. También había sido inspector de compañía en un astillero de Malta. Nos caímos bien desde el principio. Como los yugoslavos no se relacionaban con el resto de la tripulación al igual que los filipinos, el capitán y yo nos hicimos compañía en el que sería mi viaje más complejo.

—No te darán conversación, pero al menos harán lo que tienen que hacer y no darán problemas —sentenció el capitán por si me quedaban dudas de cómo serían mis próximos meses.

Completamos la carga de cemento y salimos rumbo a la India. Tenía muchas ganas de visitar el país. El capitán procedió a enviar los telegramas habituales: posición, horas de salida y llegada y combustible y, al cabo de un rato, recibí otros mensajes en grupos de cinco caracteres que parecían contener algún tipo de clave que yo no comprendía. Supuse que sería comunicación interna entre el capitán y la compañía y no le di mayor importancia. La compañía tenía oficina en Londres. Podía ser que la gestión se estuviera realizando desde allí.

Tras cinco días de navegación por el Mediterráneo, deberíamos haber llegado al canal de Suez, y en cambio, nos dirigimos a Ashdod, en la costa israelí, al sur de Tel Aviv. Recibimos a las autoridades. El papeleo fue exactamente igual de ordinario que siempre y una vez acabados los trámites burocráticos, varios militares uniformados hicieron pasar al capitán a su despacho. Descargamos en Israel el cemento que en principio iba para la India y continuamos navegando en lastre hacia el canal de Suez.

Yo seguí sin pedir explicaciones porque pensé que no debía adelantarme a los acontecimientos. Además, me seguía debiendo a mi secreto profesional.

—Agustín, pasa a mi despacho —me pidió el capitán al cabo de unos días.

—Sí, capitán.

—A partir de ahora, este será tu diario de radio. Aquí es donde debes reflejar todas las incidencias de guardias diarias en caso de que en algún puerto las autoridades quieran revisarlas.

—Pero, capitán… —me atreví a protestar al descubrir que me estaba haciendo falsificar los diarios de navegación para no destapar los movimientos de la compañía.

—No hay peros, Agustín. No va a pasar nada, pero por si acaso.

No es que nos dediquemos al contrabando, es que no tenemos relaciones diplomáticas con algunos países, no nos reconocen como estado y por eso preferimos que el barco figure con un pabellón y un armador falsos. Hay países que no nos hubieran vendido armamento o materiales especiales por miedo a las sanciones internacionales. Digamos que somos un salvoconducto.

Me limité a seguir las instrucciones del capitán y disfruté de la entrada en el canal de Suez por primera vez en mi vida. Se cruzaba en convoy, en fila india, respetando la distancia de seguridad. Para atravesar los 163 kilómetros del canal se tardaba un día entero, según me había informado el capitán. En mitad del canal había que esperar a que la otra mitad se liberara. Para ello nos hacían fondear en el Gran Lago Amargo. Tras la salida al mar Rojo a través de Ismailía nos adentramos en el golfo de Áqaba, rumbo a Eilat, una franja costera con tan solo dos kilómetros y que pertenece a Jordania, Israel y Egipto. El puerto estaba en la zona israelí: era un lugar estratégico para la seguridad del país porque permitía la salida al océano Índico. Estuvimos una semana entera cargando fosfatos para uso agrícola con destino a Cantón, China.

El capitán y yo disfrutamos de la playa de Eilat mientras conversábamos sobre la vida en general. Me demostró que era un hombre de principios y muy caritativo. A pesar de ser musulmán, tenía un leve problema con el alcohol. Durante la navegación fueron varias las veces en las que tuve que llevarlo casi a rastras hasta su camarote.

Una vez completada la carga, pusimos rumbo a Singapur. Tardamos veinte días en llegar. La compañía nos ordenó que utilizáramos velocidad moderada.[6] Recibimos un telegrama avisando del peligro de piratería en el estrecho de Malaca y tuvimos que aumentar las guardias de vigilancia. Creo que no navegué relajado ni un solo día. No nos aproximábamos a la costa. Por suerte, no tuvimos ningún percance y fondeamos en Singapur donde cambiamos de documentación como si la carga de fosfatos procediera de este país y no de Israel, ya que la China comunista no lo reconocía como país independiente.

Atracamos sin problemas y procedimos a descargar. Nada nos hacía presagiar que nos estaban esperando porque los viajes realizados con anterioridad habían levantado las sospechas de la policía. Tan pronto se completó la descarga, llegaron cuatro camiones de militares que subieron a bordo con instrucciones

claras:

—No salgan de sus camarotes. Les iremos llamando de uno en uno.

Fue así como descubrieron los diarios falsos y confiscaron el barco y la carga. La agencia, que estaba en Hong Kong, fue la encargada de las negociaciones. Nunca me había asustado tanto. El capitán me había hablado de las cárceles chinas y de las represalias.

—En China no se andan con bromas. Un marinero holandés con el que viajé fue descubierto teniendo relaciones con una china y lleva dos años en la cárcel sin que el consulado pueda hacer nada al respecto. China ha sido el burdel de Asia durante cientos de años y las actuales autoridades quieren borrar la imagen del país con medidas severas.

Empecé a arrepentirme de haber aceptado el trabajo. Nos permitieron zarpar una semana más tarde. Esta vez iríamos a la isla de Sumatra, a Palembang. Era un puerto importante al que se accedía por la selva para llegar a un aserradero que tenía muelle propio donde cargamos madera de teca. La carga era compleja y los estibadores tardaron más de quince días en realizarla. Trabajaban de día y de noche.

Una de esas noches, tras la cena, una pareja de chicos subió al barco y ofreció sus servicios tras un espectáculo donde dejaron muy claras sus intenciones. El capitán me explicó que ningún miembro de la tripulación era homosexual, pero que era habitual flirtear con hombres en viajes que se prolongaban en el tiempo. Yo no me lo planteé siquiera y como hice desde que dejé a Irina, me dediqué a observar lo que sucedía a mi alrededor sin intervenir. Con frecuencia regresaban a mi mente las palabras de Begoña. No era capaz de definir qué con exactitud, pero algo había cambiado dentro de mí. Estaba empezando a perder la ilusión por mi trabajo y me inquietaba no saber qué hacer si dejaba la mar. Procuraba mantenerme ocupado para que no entraran en la cabeza las dudas sobre mi futuro, pero necesitaba encontrarle un sentido a mi vida, encontrarme a mí mismo.

La carga de madera era para Marsella e Italia. Me saludó un estibador al que no había visto en mi vida. Estaba tan inmerso en mis propios pensamientos, valorando que debía despedirme ya de este oficio, que no le presté atención. Supuse que habría conocido a algún otro marinero vasco porque me llamó Gorri muy convencido. Me limité a saludarlo y subí a bordo del barco. Él me gritó no sé

qué de un velero y si lo había cambiado por el mercante, por lo que di por supuesto que se había equivocado de persona. Mi mente estaba puesta en Trieste. Tenía ganas de conocer Venecia, próxima al puerto de descarga, para descubrir los canales y hacer un poco de turismo. Sabía que en cuanto cerrara mi etapa marina se acabaría también la etapa de conocer mundo. Aun así, por extraño que parezca, aquella noche me costó conciliar el sueño y no logré quitarme al estibador de la cabeza.

De Italia nos enviaron al golfo de Sidra, en Libia. Nos pedían, sin paños calientes, que nos adentráramos en la boca del lobo. Los israelíes parecían no tener miedo de nada. Acababan de perder el cargamento de fosfatos y pagar una penalización millonaria y ahora nos enviaban a cargar a Libia, territorio de Gadafi, enemigo acérrimo de Israel. Si nos descubrían, no solo perderíamos el barco, sino que seguramente acabaríamos en la cárcel por falsificación de documentos. El capitán, en previsión de la inspección policial, nos hizo revisar hasta la última lata de conserva. No podía aparecer bajo ningún concepto la palabra Israel en ningún lugar ni producto.

Atracamos sin incidentes y los trámites portuarios transcurrieron con total normalidad. El capitán y yo nos miramos de reojo en cuanto las autoridades abandonaron el barco. Yo pensé que el corazón se me iba a salir mientras inspeccionaban mis diarios de radio.

—Solo tengo 27 años y he estado al borde del infarto —le dije al capitán.

—Te acostumbrarás —me dijo.

Omití decirle que no lo haría porque había tomado la determinación de cerrar mi etapa. Si albergaba alguna mínima duda, la tensión por ser descubiertos en Libia me la despejó por completo. No quería seguir en aquellas condiciones.

En el puerto me encontré con la agradable sorpresa de ver a dos de los buques insignia de la Naviera Aznar atracados. El «Monte Toledo» y el «Monte Granada» se construyeron en los astilleros de Gijón y en la Unión Naval de Levante, respectivamente. Pude visitarlos en Valencia mientras descargábamos madera del Amazonas. Estaban completando mobiliario y decoración para antes de la botadura. Uno de los salones del Monte Granada se llamaba Picasso y tenía un auténtico Picasso colgado de una de las mamparas. Eran buques espectaculares. Tenían capacidad para 800 personas en camarotes y 275 coches en bodega. Los botaron

oficialmente en 1975 y debido a la crisis y a los problemas financieros de la naviera, se vieron obligados a venderlos en 1977. Gadafi los compró y tradujo al árabe sus nombres: «Toletela» y «Garnata», para mantenerlos como hoteles flotantes. Solo realizaban un viaje al año de peregrinaje a la Meca con familiares y amigos cercanos. Una ostentación más del líder. La tripulación seguía siendo española, así que no dudé en pasar a visitarlos. Sentí mucha envidia al ver la vida que llevaban los oficiales. El telegrafista estudiaba árabe en la universidad de Trípoli y su único cometido era estar preparado para el único viaje anual. Fue un encuentro muy nostálgico. ¡Con lo que había sido la Naviera Aznar en España…!

Después, nos enviaron rumbo al estrecho de Gibraltar. No teníamos ni idea de qué nos deparaba el viaje. Yo viví estresado intentando interceptar los mensajes para evitar navegar en lastre y que la compañía pudiera cargar cuanto antes. Ellos asumían el riesgo y yo era quien debía estar preparado para contactar con la estación terrestre en cualquier momento.

—Capitán, nos envían a cargar pasta de papel para Panama City en Florida.

A mí me relajaba conocer el rumbo, sin embargo, veinticuatro horas después nos desviamos hacia Liberia. Querían que atracáramos en el muelle privado de la factoría Firestone para procesamiento del caucho. Volver a África me traía buenos recuerdos. Fantaseaba con que, con un poco de suerte, en un nuevo cambio de rumbo nos hicieran acercarnos a Angola y así poder reencontrarme con Bemvinda, pero preferí no hacerme ilusiones, visto lo visto, y seguir viviendo el día a día. Liberia era un país extremadamente peligroso. Si queríamos salir del barco, teníamos que llevar un guardaespaldas contratado para nuestra seguridad. Parecía una película del oeste. Faltaba Clint Eastwood.

Cargamos antes de la fecha prevista y partimos rumbo a Florida. El viaje parecía rutinario, hasta que al entrar en el golfo de México la presión atmosférica empezó a bajar de manera repentina. El parte avisaba de formación de borrascas de baja presión, pero nada hacía presagiar que nos dirigíamos al centro del huracán que se estaba formando. Fue tan rápido que no pudimos apenas reaccionar. El cielo comenzó a oscurecerse mientras en el barómetro observaba cómo por minutos disminuía la presión. La mar estaba en calma, demasiado en calma. Tampoco había viento y la visibilidad era

prácticamente nula. No había casi luz. El capitán me pidió que lo acompañara en el puente.

—En cuanto veamos por dónde viene el viento, ordenaré poner proa a las olas. Toca rezar, Agustín. ¿Crees en Dios? —me preguntó justo en el instante en que notamos la primera embestida.

Parecía que el mar se había enfurecido con nosotros de repente. En apenas unos minutos el viento pasó a ser de 240 kilómetros por hora y las olas que nos azotaban medían más de ocho metros. Nos balanceábamos de un lado al otro. El agua golpeaba el puente donde el capitán intentaba controlar la estabilidad del barco con pericia. No era su primer huracán en mar. Cayeron rayos sobre los aparatos eléctricos y yo creo que estuve durante horas en apnea, aguantando la respiración del miedo que sentí ante la fuerza de la naturaleza. Pusieron el nombre de Elena al huracán.

—Agustín, no me has respondido —me dijo el capitán ya de madrugada, una vez sorteado el peligro.

—¿A qué, capitán? —pregunté recuperándome del susto.

—¿Crees en Dios?

—Ni Dios, ni patria, ni rey… Ni capitán —respondí con un poco de sorna.

—¿Qué quieres decir, Agustín?

—Se acabó para mí, capitán. Se acabó.

Si algo me había quedado claro tras la experiencia del huracán, era que ese había sido mi último embarque. Definitivo. El mundo de las telecomunicaciones avanzaba a pasos agigantados. La posición del barco se recibía vía satélite y el sextante comenzó a estar en desuso.

—Ya nadie mira las estrellas en el mar, Agustín —me dijo en el puerto al despedirse—. No dejes de mirar al cielo en tierra.

—Gracias, capitán —agradecí no sin cierta emoción.

—Te irá bien, Agustín —añadió dándome unos golpecitos en la espalda a modo de despedida—. Sabrás qué hacer, eres hombre de mar.

—Hombre de mar… —murmuré.

Mi mundo de morse quedaba atrás y por delante, recién cumplidos los 28 años, tenía una vida por estrenar, sin rumbo fijo. ¿De qué me serviría ser hombre de mar en tierra? Quizá no fuera mala idea esa de creer en algo, al menos el desconcierto y la incertidumbre pasarían a ser compartidos.

Reinventarse o morir

La abuela Trini no osó preguntarme qué pensaba hacer con mi vida ahora que había decidido dejar la mar, aunque sí merodeaba a mi alrededor pidiéndome indirectamente que me moviera hacia alguna dirección. Sin embargo, yo no tenía prisa. Tenía ahorros; no me urgía empezar en cualquier sitio solo por empezar. Me planteé abrir una cafetería, algo a lo que recurre la gente con dinero y sin profesión definida, pero deseché la idea porque no me motivaba encerrarme entre cuatro paredes de lunes a domingo. También descarté opositar para Correos y Telégrafos en la administración. No valía para la vida sedentaria. Entonces, conocí a Domingo.

Domingo tenía veinticinco años más que yo. Había seguido los pasos de su padre y había heredado el negocio de los camiones. Tenía dos y se dedicaba a la chatarra. Era de Beasain. Pequeño y regordete, parecía haber nacido al volante de un tráiler. Le gustaba la carretera y hablaba con sinceridad del gusto por ganar dinero. Pasamos varias tardes contándonos batallitas en el bar del pueblo donde nos convertimos en confidentes de aventuras y desventuras, la gran mayoría, amorosas. Con un par de vinos de más, Domingo se ponía sentimental y me hablaba de la Miren, la que no había querido casarse con él.

En una de esas conversaciones, me ofreció trabajo.

—Mira, Agustín, yo necesito un chófer de confianza para un tercer camión que voy a comprar.

—Yo no tengo carné de camión.

—Pero tienes tiempo para sacártelo mientras yo realizo la compra. Quiero que hagas la ruta del puerto de Pasajes a las fundiciones de la zona del Goierri. ¿Qué pegas le ves?

—En verdad, ninguna —respondí tentado.

—Puedes acompañarme en algún viaje si quieres para que te hagas una idea de lo que te espera y así te vas familiarizando con el camión y la ruta. Es cómoda. La distancia son apenas 70 kilómetros. Se pueden realizar dos o tres viajes al día, dependiendo del tiempo de espera para la carga —me explicó—. Yo procuro que no me hagan esperar mucho —rio—; y eso se hace sembrando primero. Al encargado de la carga acostumbro a llevarle un regalito y a los

estibadores y al gruista les dejo el almuerzo pagado —añadió guiñándome el ojo.

—¡Qué listo!

—Hay que serlo, Agustín. Es tiempo que gano. En cuanto ven asomar mi camión, me cargan el primero. Ganamos todos. ¿Qué me dices?

—¡Que cuándo empezamos! —afirmé dando un golpe sobre la barra del bar. ¿Por qué no probar?

Estuve un mes haciendo viajes con él mientras me preparaba para examinarme. Aprobé a la primera. Nuestra amistad se afianzaba y pasábamos juntos casi todo el tiempo que no estábamos en el camión. Nos manteníamos alejados de cualquier tipo de relación que pudiera dolernos, escarmentados.

Al cabo de un tiempo, la rutina de ir y venir empezó a pesarme. Yo estaba acostumbrado a ver mundo, necesitaba un aliciente mayor para no desesperarme. Entonces surgió un pedido para el puerto de Valencia que Domingo no quiso aceptar y a mí me puso los dientes largos.

—¿Para qué quieres complicaciones, Agustín? Duermes en casa todos los días, no tienes quebraderos de cabeza y, además, necesitaríamos otro camión. No me interesa en absoluto.

—Yo creo que puede ser una oportunidad.

—A ti lo que te pasa es que necesitas aire. ¿Por qué no te pones por tu cuenta? Con lo que has aprendido en estos viajes cortos estás más que preparado para volar… Yo te ayudo. Tengo contactos, llevo más de cuarenta años en esto, algo podremos hacer.

A la semana siguiente, Domingo me acompañó al concesionario. Preguntamos por un camión de segunda mano con pocos kilómetros y no muy viejo. Él se encargó de la negociación y acabamos comprando un Scania Súper M110 de 308 caballos con 400 000 kilómetros rodados. Estaba bien cuidado. Domingo conocía a su anterior dueño.

Por el porte a Valencia me pagaban 2800 pesetas por tonelada. Si la tara era de 24, nunca cargué menos de 35. Los controles no eran como los de ahora, que cada cierta distancia hay una cabina de pesaje. Fue Domingo quien me gestionó los primeros viajes. Pronto fui yo quien amplió la cartera de clientes. Realizaba entre diez y doce viajes al mes. El camión se convirtió en mi casa. Me sentía más cómodo con mi nuevo estilo de vida sin tener que dar tantas explicaciones en Ormaiztegi, aunque la abuela no hiciera preguntas.

También viajaba a Madrid.

Poco a poco, fui conociendo al resto de camioneros. Con solo ver el tráiler ya sabía de quién se trataba. Coincidíamos en los mismos restaurantes de carretera y en algún que otro burdel. Hablábamos de fútbol, del precio de los portes y de chicas. Nos informábamos unos a otros sobre los clubs que renovaban señoritas. Vivía sin preocupaciones y generaba ingresos.

Durante los dos primeros años en el camión, recibí varias propuestas de las compañías de embarque interesadas en mi disponibilidad. Las rechacé sin valorarlas siquiera. Estaba ganando mucho dinero y me sentía a gusto con mi nueva vida. Tampoco añoraba la mar. Había vivido con tanta intensidad aquella experiencia que no me quedaban ganas de más.

Mi vida amorosa no sufrió variación alguna. No quería compromisos. Mi juventud había sido tan movida que tampoco sentía ansias por encontrar una pareja. De hecho, esquivaba cualquier proposición que presumiera una estabilidad. No quería sufrir otro desengaño y, del mismo modo, no quería volver a hacer daño a nadie más. Me conformaba con las chicas de alterne. Con ellas no había nada que demostrar. Te inflaban el ego mientras te saciaban de placer a cambio de dinero y no había más vueltas que dar a la transacción. Nunca me generó problemas de conciencia. Podía resultar un cínico, e incluso un canalla, pero no me preocupaba. Dormía tranquilo cada noche y hacía lo único que sabía hacer: trabajar y salir adelante. No me paraba a pensar en la trata de seres humanos, en la explotación de mujeres y niños o en si las zapatillas que llevaba se habían fabricado en Marruecos o en Bangladesh. Partía de la base de que el mundo no era un lugar justo y no estaba en mi mano poder cambiarlo.

Domingo y yo nos reuníamos tras cada viaje. Él continuaba con la chatarra y yo cargaba perfilería en la misma acería que él.

—Estoy pensando en jubilarme, Agustín —me confió un día.

—¿Tan mayor te ves? —bromeé.

—Estoy cansado. ¿A ti te interesaría comprarme los camiones? Ya sabes que lo que tiene verdadero valor es la tarjeta de transporte y la cartera de trabajo. Dos o tres millones por cada una. ¿Te lo piensas?

Mientras le daba vueltas a su proposición, para la que no le corría prisa porque aún quería cotizar dos años más, me citó en la sidrería Urbitarte de Ataun donde comimos un chuletón de buey con

abundante sidra.

—Tengo algo especial que ofrecerte esta vez.

—Yo contigo me espero cualquier cosa, Domingo.

—Se trata de un porte de Verín, en Ourense, a Alsasua aquí en Navarra.

—Me estás hablando de… —dije sin que me dejara terminar la frase.

—Tabaco rubio de contrabando. Hay que cargar cuatro palés de jabón de lavadora en una empresa gallega que taparán la parte trasera del tráiler y el resto serán 700 cajones de tabaco.

—¡Joder! Parece que me persiguen estos jueguecitos —comenté con ironía—. Da igual a lo que me dedique que siempre acabo en historias similares, Domingo.

—Entonces sabes de lo que hablo. El tabaco viene de Portugal. Son 700 000 pesetas cada viaje. ¿No es parecido a lo que hacías en Angola?

—Parecido —respondí—. Muy parecido.

—Hay mucho riesgo, lo sé —me dijo—, pero ahora estás cobrando 80 000 por viaje a Madrid y te ofrezco ganar diez veces más. Es un buen momento para esto, Agustín. La Guardia Civil está más al quite del terrorismo que del control de carreteras.

—¿Por qué será que me excita tanto el dinero fácil? —pregunté al aire.

—Por la adrenalina que genera —comentó alzando la copa para beberse seguido de trago el vaso de sidra.

Realicé cuatro viajes sin incidencias. La organización estaba contenta conmigo y me avisaron de que la ruta cambiaría porque había habido algún problema en Portugal. Me contactaron para anunciarme que la siguiente recogida sería en La Rochelle, un puerto francés entre la punta de Bretaña y el País Vasco. Me presentaron a Peru, que vivía en Iparralde, la zona vascofrancesa; sería el intermediario. Para la carga necesitaríamos un camión frigorífico para traer pescado a Pasajes. Así que compré en una subasta de Madrid un tráiler de tres ejes de 28 toneladas y lo acondicioné para camuflar la mercancía. Mi cometido era cargar en La Rochelle y esperar en Hendaya hasta que el contacto que tenían en el puesto de control de la aduana me abriera paso. Me había hecho con un teléfono Motorola de esos que parecían un maletín de ejecutivo que pesaba más de diez kilos para poder contactar con ellos sin problemas. Después, aparcaba el camión en Rentería en un

pabellón que pertenecía a la organización, desenganchaba el tráiler y me marchaba para casa.

El tabaco americano se colocaba bien en el mercado. Todos los bares lo tenían porque estaba de moda consumirlo. Probablemente era peor que el nacional y no se sabía a ciencia cierta dónde se había fabricado —podría haber sido tabaco turco o estadounidense —, pero daba un toque de glamur y distinción fumarlo.

La infraestructura estaba consolidada. Teníamos contactos en aduanas, en la Guardia Civil y personal para colocarlo en el mercado. En La Rochelle, quienes se ocupaban de la mercancía era una familia de pescadores que, ante la mala situación de la pesca, se había buscado la vida descargando tabaco en alta mar del buque mercante que lo transportaba hasta Europa. Lo almacenaban hasta mi llegada.

Para entonces ya tenía dos camiones, pero solo yo me encargaba del contrabando. No quería comprometer a mis empleados. Cuando surgió la nueva ruta desde Huelva, tuve que ampliar la flota y adquirir otro frigorífico. Era la forma más segura de camuflar la doble carga. Fui consciente de las envidias que empezaba a generar alrededor. Mi empresa crecía y eso no les gustaba a algunos que empezaron a vigilar con lupa mis pasos.

En Huelva cargaba tanto pescado fresco (rodaballo, rape, merluza) como marisco congelado (langostinos, cigalas). Alternaba las cargas de tabaco y no levantaba sospechas. O eso creía yo. De La Rochelle traía sobre todo marisco fresco —langostas y centollos—. Tenía contactos con los mayores almacenistas de pescado del norte. Incluso el contrabando se había convertido en un trabajo rutinario. Nada podía salir mal hasta que tras el paso en la frontera de Hendaya la Guardia Civil me dio el alto. Me estaban esperando. No podía dar crédito. ¿Qué había fallado? ¿Qué o quién?

Me detuvieron y confiscaron el tabaco y mis camiones. Perdí en un minuto todo lo que había ganado en años. Ingresé en la prisión de Martutene a la espera de juicio. Estuve mes y medio intentando descubrir dónde había estado el error. Mi abogado negoció una salida millonaria y, pocos días después, me reuní con el subteniente de la Guardia Civil involucrado en la trama. Ramón Campillo se llamaba.

—Gorri, siento lo que te ha pasado, pero no se está cumpliendo el trato.

—¿De qué me estás hablando?

—No he recibido mi parte. Llevo dos meses sin cobrar.

—¡No puede ser!

Domingo, Peru y yo éramos los únicos socios en este negocio. Cada uno tenía que ocuparse de una única cosa. Peru de las aduanas, yo del transporte y Domingo de los pagos.

—Ha debido haber algún error. Déjame que hable con mi gente —le dije.

—Eso espero, Gorri, que haya sido un error. Aunque espero que te quede claro que no pienso andarme con chiquitas. Esto ha sido un aviso.

—Un aviso que me ha arruinado.

—Ya sabéis a lo que os exponéis, Gorri. Esto no es un simple jueguecito para hacernos ricos.

—Pues me cago en la puta madre de quien haya sido el chivato. Te mantendré informado.

—No me informes, págame lo que me debéis. Será mejor —amenazó.

En cuanto estuve solo, fui directamente a casa de Domingo. Tardó en abrirme la puerta y cuando lo hizo, lo vi tambalearse.

—¿Estás borracho, pedazo cabrón?

—¡Gorri, Gorri! Siento lo que te ha pasado —dijo frotándose la cara apartándome la mirada.

—¿Has bebido? ¿En casa? ¿Qué cojones está pasando, Domingo? ¿Qué pasa?

—¡No lo sé, Gorri! No lo sé…

—No me tomes el pelo, Domingo —dije tomándole del cuello empujándolo contra la pared—. He hablado con Campillo. Dice que no ha cobrado. ¡Que lleva dos putos meses sin recibir lo acordado! ¿Me lo cuentas o te cuento yo lo que pienso?

En ese preciso momento, Domingo se puso a llorar como un niño pequeño. Lo solté y lo acompañé al salón donde más de quince latas de cerveza vacías llenaban la estancia. Olía a sudor y humedad.

—Déjame que te explique, Gorri. Agustín, yo…

—Ve al grano, Domingo. ¿Peru o tú? ¿Quién es el puto traidor?

—Yo.

Cayó en el sofá como un peso muerto, balanceándose preso de un ataque de llanto descontrolado. No me apiadé de él. Me había jodido pero bien.

—¿Por qué, Domingo? ¿Por qué?

—Mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿Qué hijo? ¿De qué hablas?

—Nunca te he hablado de él porque me daba vergüenza. Pero existe. Se llama Igor. Es un maldito yonqui. Desde esa ventana llevo viéndole varios años cómo se pica el brazo cada día y cómo se junta con la peor calaña. Están muriendo todos los chavales de este barrio. He intentado sacarle de esa mierda. He pagado fortunas para encerrarlo en centros de desintoxicación, pero cada vez que sale recae. Ahora creía que lo tenía controlado, pero el muy desgraciado me robó el dinero que tenía que entregar a Campillo. ¡Me lo robó! Ya me había robado antes, pequeñas cantidades… Murió de sobredosis mientras tú estabas en la cárcel. ¿Cómo iba a decírtelo? ¡No podía!

—¿Y no podías habérmelo contado antes? Me hablas de camiones, del fútbol de mierda y ¿no me hablas de que tienes un hijo con problemas? ¿Qué puta amistad ha sido esta? ¡Me has arruinado la vida, Domingo! ¡Me has jodido vivo! Y siento mucho lo de tu hijo, es una putada, pero él ya puede descansar en paz y yo estoy en el puto infierno.

Salí de su casa dando un portazo que hizo que varios vecinos se asomaran a las ventanas para verme salir en estampida. En efecto, en un pequeño parque rodeado de árboles frente al portal de Domingo, varios chavales de no más de 20 años estaban colocándose a plena luz del día ajenos a lo que pasaba alrededor. La policía parecía no querer verlo. Mi rabia iba en aumento. Llegué al pueblo y la abuela no me hizo preguntas. La noté muy debilitada. Le pregunté si se encontraba bien y me respondió que no me preocupara por ella, que seguro que tenía problemas mayores. Imaginé que alguien le habría informado de mi paradero durante el último mes y medio. Sin camiones y sin posibilidad de trabajar, estuve encerrado en mi cuarto prácticamente el mes que tardó la abuela Trini en morir. Empezó con una tos, a los pocos días no podía caminar, y murió en silencio una noche de San Juan, preludio de las hogueras que se encendían en cada pueblo para quemar lo viejo. No solo se quemaron esa noche los malos espíritus, sino que aprovechando la festividad cogí dos bidones de gasolina y me dirigí al pabellón de Domingo donde tenía aparcado el único camión con el que trabajaba y le prendí fuego. Quería que sufriera tanto como yo. Ardieron los tanques de gasoil y se quemó el almacén entero. Ardió hasta la estructura metálica. Después me fui a casa a llorar la muerte de mi abuela, a prepararle un funeral digno de la mujer que

acababa de fallecer. No se supo cuál fue el motivo del incendio. En las noticias locales lo atribuyeron a un cortocircuito y a la gran cantidad de productos inflamables que había almacenados en el pabellón.

Domingo supo en todo momento que había sido yo. No me arrepentí de haberle arruinado. Traicionó mi confianza y yo perdí todo por su culpa. Era de justicia que acabáramos en tablas. No volví a saber de él hasta su muerte.

Pude continuar trabajando con los camiones de la chatarra, pero muchos compañeros me trataban como si fuera un apestado. Mi caída les había venido bien y alguno se alegró incluso de que la suerte me diera la espalda. Quienes siguieron confiando en mí fueron los contactos de los pescadores de La Rochelle. Ya no podía dedicarme al tabaco de contrabando por estar en la lista negra, pero podía seguir con los portes de pescado. Conseguí otro camión frigorífico con ayuda de la organización en Francia.

—Gorri, sabemos que tienen tus camiones confiscados como fianza. Te apreciamos. Nunca nos has fallado y sabemos que podemos contar contigo. Es arriesgado seguir con el tabaco porque ya han empezado a hacer redadas en bares y a poner multas para sentar precedentes. El tabaco ilegal ha perdido interés tanto en hostelería como en la sociedad en general. Queremos que introduzcas nuestro pescado allí. Tú tienes conocidos y sabes cómo funciona. Nosotros te ayudamos con tu nueva flota y tú con las nuevas rutas.

No era un mal trato. Me ofrecían la posibilidad de volver a empezar.

El juicio se celebró un año después de mi detención y, por suerte, no tuve que ingresar en prisión. Perdí los camiones y todo mi dinero entre abogados, procuradores y demás personal. En mi expediente figuraba una mancha que iba a ser imposible eliminar.

Hablé con los mayoristas de Huelva y aceptaron reunirse con los franceses. Llegaron a un acuerdo. Se quedarían con el 12 % del precio de venta. Yo me ocuparía de los portes. Confiaban tanto en mí que me pidieron que los acompañara a Irlanda, a Cork. Estaban dispuestos a jugar todas sus cartas y a entrar en el mercado siendo muy competitivos. Me gustaba su audacia. Acepté. Se comprometieron a financiarme el segundo camión con tal de que yo fuera quien realizara los portes. ¡Bravo! En apenas un mes volvía a estar en la carretera generando ingresos, abriendo canales de venta.

Cuando salieron mis camiones a subasta, pude recuperarlos por un módico precio.

La situación económica en España era convulsa. En 1986, España se adhirió a la Unión Europea y los ajustes no tardaron en ser evidentes. Las reducciones en ciertos sectores, como el de la pesca, fueron traumáticas. Hubo que reducir y desguazar parte de la flota y casi la mitad de los barcos pesqueros perdieron sus licencias. Se ofrecieron subvenciones y ayudas para que cesaran voluntariamente y, poco a poco, también las fundiciones, acerías y astilleros empezaron a sufrir las consecuencias. Había manifestaciones casi a diario. Recortes y más recortes. El drama estaba en cada calle, en cada casa. La flota del Cantábrico fue de las más afectadas. Había que importar pescado de otros países comunitarios y eso benefició al transporte. Todas las semanas viajaba a Irlanda y a Francia. Mientras unos se hundían, yo volvía a crecer como la espuma. Los camiones de chatarra dejaron de ser rentables, pero los frigoríficos se movían al alza.

En uno de esos viajes me hablaron de la posibilidad de adquirir algún barco de pesca en Holanda. Habían quedado sin licencia debido a las cuotas comunitarias y me ofrecían la posibilidad de comprar un barco seminuevo para así completar la infraestructura de mi negocio de principio a fin. No tenía apenas conocimientos sobre pesca, pero no era profano en la mar. Viendo cómo decaía el hierro, sentí que no perdía nada por acercarme a Texel y comprobar el estado de los tangoneros.

—Son para pesca de arrastre —me explicaron—, los apéndices articulados de babor y estribor se abren para ganar superficie de recogida. Marisco, gamba, camarones… Setenta millones. Y tripulación.

Setenta millones que asumí invertir. En los negocios parecía que me sonreía la suerte. Y, además, si evitaba terceros, evitaba también que pudieran volver a traicionarme. Si yo llevaba el control del negocio, no habría fugas.

Desempolvé la agenda de direcciones de gente con la que había navegado en la Scorpio y reparé en que habían pasado quince años desde mi último embarque. ¡Quince años! La velocidad a la que pasaba el tiempo era criminal. Recordé que había navegado con oficiales de máquinas que también habían trabajado en pesqueros y me puse a llamar uno por uno en orden de simpatía. Había gente con la que apenas había intercambiado unas frases. En ocasiones,

por horarios de trabajo y guardias, porque no coincidíamos y otras veces por pura afinidad. Como en todo equipo, no siempre nos caíamos todos bien. Cuando vi el nombre de Javier en la agenda, el corazón se me aceleró. Llevaba veinte años sin saber de él. Nos habíamos despedido en Río de Janeiro y no tenía ni idea de qué sería de su vida. Otros compañeros a los que había llamado estaban casados y no querían saber de la mar, pero a Javier escuchar mi voz le puso contento. Me costó dar con él porque el teléfono que tenía anotado pertenecía a una taberna de Deba que era propiedad de su hermano. En cuanto le dije que era un viejo amigo, me facilitó su dirección para que hablara directamente con él. Me hizo viajar hasta Guernica para encontrarnos. Quería que viera cómo era su vida y que habláramos con calma. Me abrió la puerta de su casa y me abrazó con entusiasmo.

—¡Joder, Gorri! ¡Estás igual! —fue lo primero que me dijo.

—¡Y tú! ¿Qué han pasado, 20 años? —pregunté.

—Está bien que nos mintamos, Gorri —rio—, los dos estamos más fondones y menos jóvenes. ¡Qué alegría saber de ti! ¿Qué es de tu vida?

Javier me puso al día de la suya. Trabajaba en un taller mecánico «ya sabes, lo que hacemos los maquinistas navales cuando nos retiramos. No nos falta trabajo. Somos los mejores», le iba bien. Una de sus hermanas vivía en Guernica y se había trasladado para estar cerca de sus sobrinos.

—Yo no me casé. ¿Y tú?

—Yo *mutil-zaharra*[7] también —reí—, las relaciones serias solo me han dado quebraderos de cabeza.

—Como la de tu angoleña…

Javier conocía toda mi historia con Bemvinda. Habíamos navegado juntos en la chatarra que era el Blue Sea. Le hablé de Raúl y su hospitalidad en Ferrol, y le pregunté por Daniel el cocinero.

—Mantuve contacto con él un par de años, pero ya no sé dónde para. Al final cada uno busca cómo sacarse las castañas del fuego y vivimos en una parte distinta del país. Pero cuéntame tú, ¿qué haces?

Le puse al día de mi cambio de rumbo, de los camiones, de la redada de la Guardia Civil, con Javier podía hablar en confianza.

—A ver, Javier, voy a ir al grano. Mi idea es comprar un barco pesquero en Holanda. Reformarlo y modificarlo para pescar en

Mauritania. Necesito una tripulación entera, pero lo inmediato es un maquinista de confianza. No me vale cualquiera. No te puedo ofrecer garantía de nada porque soy nuevo en esto. Es un proyecto sin contrastar. Dada tu situación solo arriesgas tu trabajo actual, pero no pierdes tu experiencia porque, en caso de que esto fallara, podrías regresar y encontrar algo.

—No tengo que pensármelo demasiado, Gorri —dijo a modo de respuesta—. Yo no estoy hecho para vivir tanto tiempo en tierra. La rutina me carcome como a ti. Estoy enmohecido. ¡Joder, qué buena visita me has hecho!

Regresé a Ormaiztegi con la cabeza a mil revoluciones por minuto. Contar con Javier para un proyecto tan ambicioso como este me estimuló. Visualizaba los siguientes pasos a dar. Debía matricular el barco bajo pabellón de conveniencia, pasar inspecciones, seguros, contratar astillero para efectuar las modificaciones necesarias y contratar a toda una tripulación. La adrenalina que generaba mi cuerpo me hacía sentir vivo de nuevo. Ilusionado. ¡Este era el auténtico Gorri! Me sentía invencible.

Pasé la noche en vela dándole vueltas a la lista de tareas y a los posibles inconvenientes que podrían presentarse. Los pesqueros que llevaban mercancía a Huelva pescaban en Mauritania y Marruecos. Este último país prohibía pescar en sus caladeros sin licencia y quienes la tenían estaban en manos de la Comunidad Económica Europea. Cada tres años negociaban los cupos a cambio de poder exportar productos marroquís y una buena cantidad de dinero. Se trataba de licencias muy limitadas y muy controladas. Mauritania me pareció una opción más viable.

Hablé con el subteniente Campillo. Había estado destinado en el Sahara español como sargento en la época de las colonias y tenía contactos. Sabía mejor que nadie cómo funcionaban las cosas allí. Conocía a los actuales mandos militares y policiales de Mauritania. Le expuse el proyecto y, aunque de primeras me puso muchas pegas, acabó aceptando.

—Algo me dice que tienes olfato para los negocios, Agustín. Dejar escapar una de tus propuestas es de necios. Cuenta con mi ayuda —me dijo, no sin ponerme sobre aviso de las condiciones que requería su colaboración—. Debes solicitar autorización en el Ministerio de Pesca Mauritano y abonar los aranceles para adquirir una licencia de pesca. Te costará 700 000 pesetas al mes. No tendrás problemas para conseguirla. Yo me ocupo. Con dinero todo se consigue,

aunque digan que están agotadas.

Mientras el subteniente Campillo se ocupaba de mover hilos entre sus contactos en África, yo llamé a la agencia que gestionaba la venta de los barcos y fijamos fecha y hora de negociación. Aunque me habían pedido 70 millones por el barco, no estaba dispuesto a pagar más de 30. Los pesqueros que había visto llevaban fondeados más de un año en espera de comprador. Los irlandeses me habían aleccionado bien, me dijeron que presionara. A quienes les urgía vender era a ellos. No llegamos a ningún acuerdo. Llegué a ofrecerles 35 millones con condiciones y tampoco aceptaron. Así que volví a casa con la esperanza de que recapacitaran y vieran que mi oferta no había sido un farol. En realidad, ellos no tenían muchas más opciones. A los dos días me llamaron aceptando mi oferta final. Antes de firmar, me aseguré de que se cumplían mis condiciones.

—Quiero que el barco se entregue en Zumaia, fondeado en la ría frente a los Talleres Yeregui. Se dedican a las reformas que yo necesito y quiero matricularlo antes de la venta bajo pabellón de Liberia y con su correspondiente cambio de nombre.

Para los trámites contraté a un agente holandés que se encargó de todo y procedimos a la compraventa. Un mes después, el «Pello Lasa I» nos esperaba en Ijmuiden a Javier y a mí para que lo lleváramos hasta Zumaia. Embarcaron con nosotros cinco holandeses que el agente había contratado en mi nombre.

—Así que Pello Lasa I, ¿eh? —me preguntó con retintín Javier—. Sigues sin conocer el paradero de tu padre.

—Bueno, llámame romántico. He pensado que quizá, en caso de seguir vivo, algún día vea el barco en algún puerto y se acerque.

—¡Estás loco, Gorri!

—Puede ser, ¿pero tú no te acercarías si vieras tu nombre en un barco?

—Imagino que sí. Aunque si soy la misma persona que huyó de algo, no sé por qué ahora iba a querer acercarme. ¿Arrepentimiento?

—Yo creo que mi padre no me abandonó por capricho. No sé, Javier, algo me dice que hubo un motivo de peso. En primer lugar, la guerra, pero intuyo que me he perdido varios capítulos.

—Si se fue cuando tú tenías tres años, no te has perdido capítulos, te has perdido la película entera.

Tres días después de zarpar de Holanda, llegamos a Zumaia. El

barco había respondido bien y estaba contento. Tuvimos que esperar para entrar al astillero porque no me había dado cuenta de que llegábamos con marea baja. Era necesario calcular las mareas para poder acceder a los muelles en el Cantábrico. Mientras esperamos a que subiera la marea, una patrulla marítima de la Guardia Civil realizó una inspección a fondo. Habíamos levantado sospechas. En un principio me enfadé. Campillo estaba avisado de nuestra llegada. No deberíamos tener ningún problema. Y así fue, en cuanto el subteniente los llamó, se disculparon y nos permitieron entrar en el puerto sin entretenernos.

Javier se quedó al mando del barco para completar la tripulación y revisar la reforma. Yo tenía que regresar al pueblo para poner en orden los camiones frigoríficos que estaban trabajando muchísimo, mientras que los de chatarra iban de mal en peor. Aun así, mis ánimos estaban altos. Volvía a ser el hombre dinámico que había sido siempre, lleno de proyectos nuevos, viajes y aventura por delante. Para mí la estabilidad era la incertidumbre. Además, los bolsillos se llenaban con facilidad con cada nuevo emprendimiento. Estaba claro que lo mío eran los negocios.

Incentivé a la tripulación ofreciéndoles un porcentaje sobre las capturas. Tendrían dos meses de vacaciones, los meses obligatorios de parada biológica, y todos estuvieron de acuerdo. Javier, gracias a sus contactos, contrató a un patrón de costa y a otro de pesca y a dos marineros y maquinistas que hacían de todo un poco. ¡Polivalentes!, decía.

Dos meses más tarde, el Pello Lasa I estaba listo para navegar. Partíamos para una larga temporada de pesca.

A pesar de estar todo organizado, las últimas noches me costaba dormir. Al principio lo achaqué a los nervios por la mar y los resultados que no podían predecirse. Pero al cabo de dos semanas de malestar, empecé a preocuparme. No quise asustar a Javier y lo mantuve en silencio. Sudaba en exceso, el corazón me latía acelerado… y me daban ligeros mareos que me obligaban a tumbarme hasta recuperar el ritmo de pulsaciones normal. Si el viaje salía mal, estaría en la ruina. No obstante, lo que más me inquietaba era que esta vez había arrastrado conmigo a muchas personas. Mi sentido de la responsabilidad me oprimía el pecho. El hecho de no haber conseguido subvención económica alguna había minado mi confianza.

Nuestra primera parada fue en Las Palmas de Gran Canaria.

Aprovisionamos combustible, hielo y víveres y yo volé hacia Nouadhibou, en Mauritania, para recoger la licencia y hacer los pagos. Campillo me había allanado el camino y no tuve ni un solo problema. Un par de días después, el Pello Lasa I llegaba a por mí. No podía creerme la emoción que sentía al ver navegar un barco con el nombre de mi padre ausente. Javier me confirmó que funcionaba todo como la seda y me relajé un poco. Parecía que mi última locura iba a salir bien. «¡Qué atrevida es la ignorancia!», pensaba. Quizá, de habérmelo pensado de más no lo hubiera hecho.

Al primer lance de red, la llenamos.

—¡Pescadilla, capitán! —me gritó el patrón de pesca—. Esta en el sur de España la tenemos colocada.

Javier y yo nos abrazamos. Empezaba bien la captura. Tardamos diez días en estibar la bodega entera. El mar había sido benévolo conmigo. Cuando fuimos a las Palmas a descargar, comprobé que perdíamos tiempo innecesariamente. ¡Y no podía permitírmelo! Enseguida ideé otra forma de ganar días para continuar pescando y me puse manos a la obra con las gestiones para descargar en Dajla. Villa Cisneros estaba en el Sahara occidental y nos ahorraría un par de días de navegación de ida y vuelta. Campillo hizo su parte poniéndome en contacto con el responsable de puerto que me autorizaba a cargarlo en mis propios camiones. Le gustaba el dinero fácil tanto como a mí y en este caso, él solo tenía que levantar el teléfono un par de veces.

Atracados en Dajla, descargamos en mi camión la mercancía y salí de viaje para Algeciras con todos los permisos y manifiestos de carga sellados por la autoridad portuaria. No tuve problemas para salir de Marruecos ni para cruzar la aduana. El viaje fue largo y cansado. Me gustaba conducir, pero me supuso un sobreesfuerzo. Dajla, El Aaiún, Sidi ifni, Agadir, Marrakech, Casablanca, Rabat y Tánger. 2000 kilómetros en 28 horas. ¡Una auténtica locura para mi estado de salud que seguía resintiéndose! Pero me empujaban las ganas por lograr establecer una infraestructura completa. Meditaba en cómo había sido mi vida y en dónde estaba ahora, cerca de los cincuenta. Había vivido tanto y tan rápido que parecía que había pertenecido a varias vidas distintas.

Una vez comprobé lo bien que funcionaba la ruta desde Dajla, decidí invertir en dos barcos más. Los había visto en mi primera visita a Texel y me constaba que seguían fondeados a la espera de

comprador. Eran más pequeños que el Pello Lasa I, pero me servían. Javier había calculado que ahorraríamos en consumos y que íbamos sobredimensionados de motor y tamaño, por lo que, a barco más pequeño, menos gasto en general, incluido el de tripulación. Formábamos un buen equipo Javier y yo. Era un hombre afable y de buen trato que resolvía sin entorpecer y acataba órdenes sin rechistar. Sabía asumir el mando cuando era necesario y consultar o pedir ayuda cuando la situación lo requería. Fuimos forjando una amistad aún más estrecha que hizo que no le pasara inadvertida mi pérdida de peso.

—¡Oye, Gorri! ¿No crees que te estás quedando en el chasis?

—Es de tanto subir y bajar del camión. En cualquier caso —le dije un día en el puerto sin querer entrar a hablarle de mis taquicardias—, no te preocupes, que ya sabes que mala hierba…

—Deberías hacerte un chequeo. Estás sometido a mucho estrés. Pon a algún chaval a hacer la ruta del camión y quítate ese muerto de encima. ¿No te parece suficiente gestionar todo esto?

—Primero quiero que ampliemos la flota. Les he pasado una oferta de 35 millones por los dos barcos.

—Aceptarán a la primera. Esta vez no se harán ni de rogar. Solo están acumulando roña, así que mejor dinero en mano, Gorri. Eres un negociante.

—Y un romántico. ¿No me dijiste eso hace un tiempo?

—¿Por qué? ¡No se te ocurrirá ponerle el mismo nombre a los nuevos!

—El mismo no —respondí riéndome—: serán Pello Lasa II y Pello Lasa III.

—¡Joder con el sentimental! Te juro que solo por tu buena voluntad te merecerías dar con tu padre por fin.

—Las casualidades no existen, Javier. Pero, al menos, hay que intentarlo.

—Solo te falta encontrar una buena mujer y tendrás la vida completa.

—¿Hablas de mí o de ti?

Reímos y conseguí desviar su atención sobre mi estado de salud. Yo también me había dado cuenta de que el cinturón cada vez debía ir más ajustado, pero no era el mejor momento para detenerme. Los negocios requerían más de mí y no podía parar la maquinaria ahora que todo iba sobre ruedas.

En cuanto los dos nuevos barcos se pusieron a funcionar,

incrementaron los gastos de manera considerable y me vi obligado a buscar financiación. También tuve problemas con la tripulación mauritana que, por ley, estaba obligado a contratar. Eran tan vagos que opté por mandarlos para su casa manteniéndoles el salario y contratar en su lugar a senegaleses que sabían de trabajar en la mar, además de ser muy responsables. La acumulación de preocupaciones acabó por llevarme directo al hospital con un ataque de pánico que me tuvo encamado y dopado una semana entera. Javier asumió el mando y estuvo en todo momento a mi lado pendiente de mi recuperación.

—¡Maldito Gorri! Mira que eres cabezón. ¡Te lo venía diciendo! —me gritaba por teléfono— ¡De-le-ga!

Sabía que tenía razón, pero me costaba mucho hacerlo. Después de que Domingo me traicionara, no había vuelto a confiar en nadie y prefería ocuparme yo directamente de cualquier eventualidad. ¿Que un chófer se ponía de baja? Yo lo reemplazaba. ¿Que había que viajar de aquí para allá para negociar en las lonjas el precio del pescado? Viajaba de Cádiz a Valencia sin problemas. Vivía acelerado. Fumaba casi cajetilla y media de tabaco al día. Si es que no era de extrañar que enfermara… Mi cuerpo estaba sometido a un maltrato casi continuo. No era un tipo que supiera descansar. Nunca lo había sido.

¿Me empujó a ser así la búsqueda inconsciente de mi padre? ¿El dinero fácil? ¿Las mujeres? ¿En qué momento decide uno quién es? Crecí con un vacío en el pecho que era más grande que cualquiera de mis éxitos profesionales. Y también, y por qué no confesármelo, ahora que estaba convaleciente, con un miedo atroz a ser abandonado de nuevo por alguien que, supuestamente, debía quererme. La falta de confianza fue mi motor para hacerme a mí mismo un hombre independiente, resolutivo y eficaz. Un hombre de negocios respetado y honesto. Nunca fallé a ni uno solo de mis empleados. Es más, valoraba su trabajo como si fuera el mío porque podía verme en ellos. Fui muy feliz acudiendo como invitado a algunas de sus bodas. Desde la distancia, observaba el amor, estudiándolo. Creo que yo agoté el cupo amoroso que cada persona tiene asignado en la vida. Es lo que tiene vivir rápido de joven. Pero la vida se me ofreció así y me regaló experiencias con las que ni por asomo contaba. Había amasado una fortuna en los negocios y me había arruinado varias veces. Sin embargo, de una manera u otra, conseguía salir a flote siempre.

El infarto me dio en Cádiz durante unas subastas de pescado. Fue un aviso que, por suerte, no me dejó secuelas, pero me puso en la tesitura de tener que tomarme en serio mi salud y cambiar de vida. Javier me dijo que él se ocuparía de todo, que yo debía regresar a casa y descansar. Por primera vez en mi vida, no tuve más remedio que aceptar ayuda y rendirme a la evidencia. Yo no podía seguir estirando de la cuerda: se había roto.

Llegué a Ormaiztegi y la casa se me cayó encima. Me habían prohibido fumar y la ansiedad me martirizaba. No sabía cómo entretenerme. El negocio estaba consolidado y mi presencia no era imprescindible. Dinero y más dinero, pero ¿qué más? Me pesó la soledad más que nunca. Estuve al borde de caer en una depresión por mis propios pensamientos y la inactividad a la que no estaba acostumbrado.

Entonces recibí una llamada de una empresa gallega que quería ampliar su flota. Me hacían una buena oferta por los barcos. Javier, al cabo de un año, estaba extenuado. Él era hombre de mar, no de gestión, y la responsabilidad empezaba a sobrepasarle. También quería retirarse y regresar a Guernica antes de que sus sobrinos se hicieran mayores. Echaba de menos a su familia. Medité la venta de los barcos y decidí que no solo debía deshacerme de ellos, sino que también debía vender los camiones y la oficina que había alquilado en Bermeo. ¡Todo! Si me quería tomar en serio mi nueva vida, debía empezar desde cero. No quise precipitarme, aunque esta vez solo tenía dos opciones: mi salud o mi vida. Firmé a mi pesar y me deshice, con tan solo unos garabatos, de todo lo que yo solito había construido.

Javier y yo acordamos comer juntos una vez al mes. Los dos éramos dos lobos solitarios y creímos oportuno hacernos compañía. Javier quería contactar con Raúl y con Daniel para que recordáramos viejos tiempos y se entretuvo en organizarlo. Yo le dejé hacer. La verdad es que habíamos hecho dinero juntos, pero ambos estábamos agotados y nos merecíamos un buen descanso y una buena vida de retiro. Sentí una punzada de amargura cuando Pello Lasa I, Pello Lasa II y Pello Lasa III perdieron su nombre. Tenía casi sesenta años y la probabilidad de encontrar a mi padre con vida se esfumaba como estelas en el mar.

Promesas olvidadas

Me marché quince días a Las Palmas a descansar siguiendo las recomendaciones de mi médico: «Una buena cura de sol y nada de tabaco». Lo del sol fue fácil, lo de no fumar…, no tanto. En cuanto me vi recuperado, pasado el susto inicial, comencé a tontear con un cigarrillo después de cada comida y fui, poco a poco, aumentando la dosis hasta volver a las andadas.

Visitaba el puerto, veía llegar a los pesqueros, charlaba con algunos marineros que conocía de verlos aquí o allá y añoraba la actividad. Sin embargo, la decisión estaba tomada y era irrevocable: debía parar, pero mi cabeza no sabía hacerlo. ¿Qué hacer con mi tiempo y mi dinero? ¿A qué aspirar ahora en la vida?

Recordé que, en una conversación fortuita en el pueblo, comentaron los problemas de alojamiento que tenía una gran empresa de automoción para sus empleados. Tenían grandes expectativas de crecimiento con un mercado que demandaba vehículos no contaminantes y necesitaban lugares donde alojar al personal mientras los formaban para sus filiales internacionales, pero el Goierri nunca había sido un lugar preparado para el turismo. Carecía de infraestructura hotelera porque, en realidad, no la había necesitado. El terrorismo de ETA y la conflictividad social habían sido una lacra para la industria turística. Además, la construcción estaba totalmente parada desde el estallido de la burbuja inmobiliaria del 2008. Hacía diez años que nadie edificaba ni construía nada y en cambio, lo que sí había, eran terrenos ya calificados con la cimentación ejecutada abandonados cuando la constructora había quebrado. ¿Y si montaba un complejo de apartamentos?

El médico de cabecera me lo desaconsejó. «¿Qué parte de descansar no entiendes, Gorri?», me dijo auspiciado por la confianza que tenía conmigo. Aunque me lo desaconsejara sabía que la decisión final era mía, y yo, honestamente, no podía estarme quieto, porque ya había estudiado las posibilidades reales de que el negocio funcionara.

Hablé con varias personas del sector inmobiliario, me reuní con la empresa automovilística y les consulté sobre sus previsiones de

alojamiento. Me respondieron con evasivas —cierto es que ni yo les di demasiados datos, ni ellos tenían por qué confiar en un desconocido—. No me lo pusieron fácil ni en los bancos ni en ninguna parte. Y yo cada noche me acostaba pensando en que debía seguir adelante; confiaba en que mi idea podía funcionar ahora que ETA había depuesto las armas y que desde el gobierno vasco se estaban incentivando las visitas a Euskadi.

Mientras mis días pasaban de reunión en reunión con arquitectos, banqueros y abogados, me llegó una invitación para acudir al cincuenta aniversario de los alumnos de la Academia Urdaneta. ¡Qué alegría me llevé! Llevaba casi media vida sin saber de ellos. Confirmé mi asistencia sin pensármelo ni un solo segundo. Volver a ver a mis compañeros de clase me generaba curiosidad. ¿Qué habría sido de sus vidas?

Organizaron la comida en un restaurante de Ordizia. Llegué puntual. Me costó reconocer a algunos. No así a Luis Antón, que estaba exactamente igual, un poco más calvo y regordete, pero conservaba la misma mirada de pillo que cuando me acompañó a Laredo en busca de Marilou.

—¡Joder, Gorri! No estaba seguro de si vendrías…

—Yo lo que no sabía era si os reconocería a alguno de vosotros —dije abrazando y estrechando manos de unos y otros. Estaba feliz por el reencuentro. Volvíamos a ser chavales recordando batallitas.

A Yolanda la hubiera reconocido entre un millón, aunque hubieran pasado cien años más. Sus andares no habían cambiado, ni tampoco su tímida manera de sonreír. Sentí una profunda alegría al verla e hice lo posible por sentarme a su lado en el comedor. ¡Mi primera novia! Fue precioso descubrir cómo nuestra complicidad no se había perdido con el paso de los años y hablamos con fluidez. La comida fue agradable y divertida. Yo conté aventuras de la mar, a todos les interesaba saber cómo es el mundo de los marinos, pero no quise acaparar la conversación y me dediqué a preguntar a unos y a otros por sus vidas. Lo realmente interesante era descubrir en qué tipo de adultos se habían convertido los niños que fueron. Había médicos, enfermeras, administrativas, mecánicos, profesores, empresarios de tecnología, agentes de seguros y amas de casa. Algunos pronto celebrarían las bodas de plata y otros estaban viudos, como Yolanda, que no quiso hablar del tema en público. La gran mayoría había tenido un par de hijos y, excepto Luis Antón y yo, que no nos habíamos casado nunca, todos hablaban de sus

familias con orgullo y mostraban fotos de hijos y nietos con la baba a medio caer.

Después de la comida había baile y le pedí a Yolanda que fuera mi pareja. Disfrutamos recordando viejos tiempos.

—Sigues bailando igual de mal, Agustín.

—Mientes. Solo lo dices para que me pegue más a ti —bromeé. Sus mejillas se encendieron y me golpeó cariñosamente en el brazo.

—¡Ay, Gorri! Siempre has sido tan alegre… A mí hace tiempo que se me escapó la alegría.

—¿Y qué tal si yo te comparto la mía?

La proposición se extendió a la semana siguiente. Quedamos para comer y ponernos al día de nuestras respectivas vidas. Yolanda tenía la mirada triste.

—Me casé muy joven, Agustín. Me casé con un chico que trabajaba en la oficina de mi padre. ¿Recuerdas que tenía una empresa de construcción?

—Sí.

—Bueno, pues en cuanto nos casamos, me quedé embarazada de un niño —dijo para desdecirse un par de segundos después—. No tengo por qué mentir, a ver, me casé embarazada. Eran otros años.

—Yolanda, no me tienes que dar explicaciones.

—No son explicaciones, es que a veces me sorprendo de cómo yo misma relato mis propias historias —comentó para seguir con la narración—. A los dos años, nació mi hija y yo me dediqué a criarlos y a atender a la familia. La empresa de mi padre tuvo que cerrar por problemas con un trabajador que murió en un accidente laboral. ¡Pobre chico! Entonces no había tantas medidas de seguridad y tras el juicio, mi padre se vio obligado a cerrar la empresa. De ahí en adelante todo fue de mal en peor. ¿Sabes lo que se dice de que a perro flaco todo son pulgas?

—¡Ajá!

—Al poco mi padre enfermó, mi madre ya lo estaba de antes y en apenas dos años murieron ambos. Entre tanto, la relación con mi marido, al que le costaba encontrar trabajo, iba de mal en peor y me separé de él, y para rematar, el niño de mis ojos a finales de los ochenta empezó a tontear con las drogas. Y con las drogas no se tontea.

Recordé en ese preciso instante a Domingo y la historia de su hijo y pude entender mejor el dolor de Yolanda.

—¿Sabes de lo que te hablo, Agustín? El mundo de las drogas es

un infierno.

—Puedo imaginármelo. Conocí a una persona… Su hijo le robaba.

—¡Eso es lo mínimo que hacen! Te destrozan la vida. A mí me destrozó los nervios. No logras entender cómo tu pequeño se ha convertido en un harapo. Su extrema delgadez, su mirada, los dientes que vuelven a caerse, pero esta vez no viene el Ratoncito Pérez… —Yolanda se emocionó en este punto y se echó a llorar—. Lo siento, Gorri, lo siento. No suelo hablar de todo esto.

—Te agradezco la confianza, Yolanda. Puedes llorar conmigo tranquila. ¿Te cuento cómo ha sido mi vida? Venga, voy a entretenerte un poco.

—¿Lograste volver a ver a tu padre? —me preguntó de súbito mientras yo intentaba ordenar los recuerdos para ver cuál le contaba primero.

—No —respondí rotundo—. No he vuelto a saber de él, pero lo he intentado.

Le conté mi estúpida idea de poner el nombre de mi padre a los tres únicos barcos que tuve con la esperanza de que él los viera navegar, y que mi abuela nunca me había querido dar más datos a excepción de un par de viejas fotos de él que me dejó cuando murió.

—Para tu abuela también tuvo que ser horrible no volver a saber de su hijo.

—Imagino que sí, pero ya sabes, nunca se habla de estas cosas. En mi casa hubo silencio. Parecía casi una norma.

—Yo duermo fatal, Agustín. Suelo tomar pastillas porque no logro quitarme la idea de que cualquier día me llamarán para decirme que han encontrado a mi hijo por ahí. Unas veces ha sido la policía, lo pillaban en atracos menores, ¡si es que son unos *gixajos*![8] No roban para huir, roban solo para drogarse, para matar el mono. Es un sinvivir.

—Yolanda —interrumpí porque al escucharla me sentí de nuevo muy próximo a ella—, ¿y nunca has rehecho tu vida?

—¿Yo? —contestó algo sorprendida—. ¿En qué momento, Agustín? ¿Cuándo? No he tenido ánimos ni ganas de tener más problemas.

—No todas las personas dan problemas, ¿no crees? —insinué.

—¡Venga, venga! No digas *txorakeris*[9] y cuéntame qué estás haciendo ahora, porque no me creo que estés parado.

Le conté mi plan de montar un complejo de apartamentos y le entusiasmó la idea. Si yo tenía mis dudas porque todo el mundo me decía que era una locura, Yolanda resultó ser la aliada perfecta para mis sueños y me apoyó incondicionalmente. En pocos meses, comer juntos una vez a la semana se convirtió en un hábito que a los dos nos venía muy bien. Ella me alentaba a seguir peleando con unos y otros mientras recibía negativas de bancos o el arquitecto que había contratado me dejaba en la estacada.

—¡Contrata a otro! —decía—, pero no te rindas. No has llegado hasta aquí para rendirte ahora. Eres un visionario. Siempre lo has sido, así que sigue peleando, Gorri.

El proyecto se alargó en el tiempo casi ocho años. Ocho años que nos sirvieron a Yolanda y a mí para unirnos y forjar una estrecha y bella relación.

—¡Lo sabías, Gorri! ¡Lo sabías! —gritó al otro lado del teléfono Yolanda cuando le di la buena noticia de que el complejo iba a ser alquilado a modo de prueba durante tres meses por la empresa multinacional nada más realizar la apertura.

—Algún día me explicarás por qué unas veces me llamas Agustín y otras Gorri. ¿Sigues un patrón fijo o…?

—Agustín es el de las cosas serias y Gorri el de la alegría.

—Entonces tengo que conseguir que me llames Gorri a todas horas.

Habían pasado casi cincuenta años desde nuestro primer beso y el cariño, a nuestra edad, era más grande que al principio si cabe. Era tan agradable conversar con ella, tan calmado, tan natural… Los dos, de repente, nos habíamos convertido en los narradores de nuestras propias vidas y ella, para mí, se convirtió en un soporte anímico y vital. Curiosamente, lo que menos nos preocupaba a ambos, y en especial a mí después de cómo había sido mi vida, era nuestra faceta sexual. Desde que sufrí el infarto me entró miedo a que pudiera repetirse y procuré evitar cualquier sobreesfuerzo. Yolanda, por su parte, sentía lo mismo que yo, nuestro tren había pasado.

—¡Mira que yo te buscaba, Gorri! ¡Y tú que si me querías tanto que no querías que lo nuestro se malinterpretara! ¡Ay, Gorri, Gorri, menudos calentones pasamos y tú tan inocente!

Nos reímos recordando aquel primer amor que sentí hacia ella y lo estúpido que fui por pensar que sin mantener relaciones le estaría demostrando mi amor más puro.

—¡Puro puro! Si es que… ¡Gorri, Gorri! —Yolanda se carcajeaba y a mí me encantaba hacerla reír.

Por fin había alcanzado una sensación de estabilidad que me satisfacía. En el primer año, los apartamentos se completaron al 100 % y mi economía volvió a resurgir una vez más. Yolanda me animaba a escribir unas memorias.

—¿Memorias? ¿Qué memorias ni qué historias? ¿A quién le va a interesar la vida de un tipo como yo?

—A mucha más gente de la que crees, Agustín. Y a mí.

Yo nunca había escrito; sí que había sido un buen lector mientras navegábamos, pero jamás había sentido ansias literarias. Y entonces, cuando todo parecía estar en orden, llegó la carta de La Fontaine.

—¿Irás a París? —me preguntó Yolanda—. Me encantaría acompañarte, pero entiendo que esto es cosa tuya.

—¿Te puedes creer que justo ahora que arrancan los apartamentos, ahora que tú y yo estamos tranquilos, ahora que todo está en su sitio, llegue esta notificación?

—Bueno, calma. Lo importante es que ya sabes algo más que ayer sobre tu padre. Vete a París. Averigua todo lo que puedas y después… ¡a escribir un libro!

—¡Yolanda! ¿Pero tú te escuchas?

—Lo prometiste, Gorri. Me lo prometiste cuando éramos chavales —añadió poniéndose seria.

—¿Qué dices? Yo no recuerdo nada de eso.

—Pero yo sí. Una noche me prometiste que me escribirías un libro contándome todo lo que sentías por mí. Ha cambiado la temática y el tiempo. Si mañana el notario te dice que tiene algo para ti, escribirás la historia de tu vida.

Asentí a regañadientes. No estaba seguro de ser capaz de meterme en un lío así, pero no dudaba de haber dicho algo similar en el momento en el que Yolanda y yo estuvimos juntos hacía casi cincuenta años. ¿Quién me mandaría a mí…?

Mi morena

Después de regresar de París y poner a Yolanda al corriente de lo que había encontrado en los diarios de mi padre, siguió insistiendo en que la idea de escribir un libro no era descabellada.

—¿Con todo lo que sabes ahora? ¿Con todo lo que aún no sé de ti, Gorri? —dijo azuzándome—. Hay vidas que no son anodinas y merecen ser compartidas. Tu padre y tú tenéis mucho más en común de lo que imaginabas.

Yolanda tenía razón. Aunque había apartados de mí que desconocía, mi vida, la verdad, es que había sido de todo menos aburrida. Tras la comida con los antiguos alumnos de la academia, se me avivaron los recuerdos y también se abrieron interrogantes que trasladé a mi propia experiencia. Me había obcecado tanto en conocer el paradero de mi padre que me fui olvidando de quienes, de una forma mucho más intensa, habían compartido mis días.

—Además, Gorri —insistía ella—, ahora no puedes dejar tu historia inacabada. Te has reencontrado conmigo, pero el resto de mujeres que han formado parte de tu vida, ¿qué? ¿No te gustaría volver a saber de ellas?

—Yo ahora estoy a otras cosas —repuse, aunque ciertamente interesado de repente.

—¿Qué cosas ni qué cosas, Agustín? Si yo fuera tú, ocuparía mi tiempo en cerrar capítulos. ¿No sientes curiosidad?

En efecto, la curiosidad comenzó como una pequeña ilusión y acabó convirtiéndose en una obsesión. ¿Lograría dar con Bemvinda? ¿Con Marilou o Mayumi? Era una auténtica locura, pero volvía a encontrarme ante las mismas premisas de costumbre: tiempo y dinero.

Sin contarle todos los detalles a Yolanda, inicié la investigación. Quería sorprenderla, y como no las tenía todas conmigo, preferí avanzar sin presión. Tomé la decisión de comenzar por Bemvinda. No sería fácil seguir su rastro en una Angola desmembrada y descompuesta después de la guerra civil surgida a raíz de la independencia de 1975. Habían pasado 45 años.

Cuando conocí Angola era una de las colonias más prósperas y ricas de África. La vida era sencilla y agradable. Hoy en día sigue

siendo uno de los cinco países con mayores reservas de petróleo. Luanda, la capital, tiene más de dos millones de habitantes, eso sí, las diferencias sociales son abismales. El salario mínimo mensual no llega a los 100 dólares cuando el alquiler de un apartamento supera los 8000. La vida es cara, por lo que la corrupción y la inseguridad ciudadana están a la orden del día. Ya era así cuando estuve allí, pero entonces apenas tenía veinte años y mis prioridades y preocupaciones eran otras.

Empecé por buscar en Google la compañía Secil Marítima en Luanda. Entre mis cuadernos figuraba el nombre del capataz de puerto que me preparaba los diamantes para entregar en Ciudad del Cabo. Fue cliente de Bemvinda. Ahora debería rondar los ochenta años y no ofrecía ninguna garantía, pero entre intentarlo y desistir, solo había varias llamadas de teléfono de por medio. El hecho de que existiera una remota posibilidad me hacía sentir optimista. Agradecía el empujón que Yolanda me había dado con la excusa del libro para comenzar con la búsqueda de mis antiguos amores. ¿Quién me lo iba a decir?

Me marché de Luanda en 1975. La compañía siguió operando con el cemento entre puertos, leí en Internet, para quebrar unos años después. Luego la reflotaron con ayuda del gobierno —e imagino que algún que otro soborno— porque necesitaban una empresa de transporte marítimo de mercancías. En definitiva, y lo que a mí me interesaba en este preciso momento era que la compañía tenía página web y un formulario de contacto. Lo rellené:

> *Buenos días:*
> *Desearía obtener información de uno de sus antiguos operarios, capataz de carga, en el puerto de Luanda en el año 1975. Les estaría sumamente agradecido si me facilitaran cualquier información al respecto.*
> *Nombre: Antonio Rodrigues Ferreira.*
> *Edad: 80 años aproximadamente.*
> *Firmado: Agustín Lasa (Oficial Telegrafista)*

Las oficinas centrales de la compañía estaban en Lisboa y, para mi sorpresa, me respondieron con rapidez:

> *Buenas tardes:*
> *En relación al asunto que usted cita en su petición, le informamos que consta en nuestros archivos la documentación relativa a dicha*

persona. Para más información, póngase en contacto con nuestro departamento de Recursos Humanos.

Atentamente,
La secretaría de Secil Marítima

Me facilitaban un número de teléfono y un nombre para que contactara con ellos y, un poco hastiado de las burocracias, esperé a la mañana siguiente para llamar. Me pasaron con el responsable, el señor Guterres, al que tuve que relatar el motivo de mi llamada.

—Comprenderá que no puedo facilitarle la información así como así, señor Lasa.

—Lo comprendo.

—Reenviaremos su mensaje al señor Rodrigues y quedará en su mano ponerse en contacto con usted o no.

—De acuerdo.

Colgué el auricular satisfecho. Antonio estaba jubilado y vivía en Portugal, me había dicho, por lo que la probabilidad de contactar con Bemvinda seguía siendo factible. A las pocas horas, recibí un email de Antonio saludándome. Me daba su número de teléfono y me invitaba a llamarlo. ¡Claro que se acordaba de mí! «¡Como para olvidarte, Gorri!», escribió.

Charlamos más de una hora. Reconocí enseguida su timbre de voz y vinieron a mi cabeza gratos recuerdos de una vida que parecía que había sido vivida por otra persona. ¡Qué lejana quedaba aquella época! Me habló de su día a día, yo le hablé de mis negocios y, finalmente, me atreví a preguntarle por Bemvinda. Se rio. Podíamos haber seguido hablando por teléfono, pero me aventuré a proponerle una visita. En realidad, en Ormaiztegi no me necesitaban para que el negocio funcionara. Si continuaba yendo a la oficina era en parte por mi resistencia a desligarme del mundo empresarial y porque tenía cariño a los chavales que trabajaban para mí. Mi nueva rutina consistía en ir a comprar el pan y el embutido para llevarles el almuerzo a los muchachos, además de comentar el orden del día y revisar el correo que llegaba a la oficina. Nada trascendental. Yolanda me animó en cuanto le dije que había dado con un intermediario, así que organicé el viaje en coche.

Una extraña emoción me embargaba. ¿Me estaba haciendo viejo? Nunca había sido un sentimental y ahora, de repente, cualquier detalle me emocionaba. Durante el trayecto en coche, fui

repasando mi vida capítulo a capítulo. Antonio había cumplido 75 años y no estaba muy bien de salud, según me había contado. Los dos, acostumbrados a las aventuras, a la adrenalina en el cuerpo, estábamos viviendo la jubilación como una vida en el banquillo y se nos hacía cuesta arriba. Sería agradable conversar con alguien que había compartido conmigo años y episodios importantes.

Lo cierto es que hasta que no se cruzó Yolanda en mi vida, no había vuelto a mirar atrás y no había reflexionado sobre las consecuencias de mis actos, ni sobre las cicatrices que unos y otros habían dejado en mi corazón. Tampoco había tenido tiempo de pararme a pensar en mis errores. Fui un experto saliendo hacia adelante. No sabía vivir de otra manera. Pero ¿es que acaso se aprende en algún lugar a hacerlo de otro modo?

Me detuve en Salamanca a almorzar. No quería conducir de una tirada los mil kilómetros que separaban Ormaiztegi de El Algarve portugués. Pasé la tarde como un turista por la ciudad disfrutando del ambiente estudiantil, de los bares de tapas y la arquitectura. Durante todo el día, mi cabeza conversó con Kruxito, como si su figura hubiera elegido esa ciudad para reaparecer ante mí. Imaginé cómo sería tomar un par de vinos con él mientras observábamos a los jóvenes, o cuál sería nuestra conversación al pasear por la plaza Mayor. Kruxito no tenía reproches para mí, es más, en mi memoria vivía alegre y bromista como siempre había sido; fue un compañero fantasma inolvidable en una ciudad que nunca había tenido tiempo de visitar. Reparé en que desde la escuela había ido tan rápido para todo… ¡Cómo agradecí la tranquilidad salmantina! Poder pausar el tiempo y disfrutar de la contemplación, de un simple paseo. Hice noche en Salamanca y salí temprano hacia Faro. Era una ciudad de vida tranquila en los meses de invierno que en verano se colapsaba por la afluencia de turismo. El clima era muy agradable. La ciudad, preciosa. Quedé con Antonio en el puerto para comer. No tardé ni un segundo en reconocer sus andares. De baja estatura, delgado y enjuto, caminaba con los pies hacia afuera como si se estuviera balanceando. Nos abrazamos.

—Estás igual, Gorri —me dijo.

—Igual que tú, Antonio, ¡viejo!

Reímos. Me llevó a un restaurante de comida típica portuguesa donde elegí pescado, mientras me hablaba de su vida. Se le notaba relajado, alegre por mi visita y con ganas de hablar.

—Me fui de Luanda en 1975, cuando la compañía cerró las

oficinas. Yo tenía familia, y ya sabes, preferí no arriesgar y acepté trabajar aquí. Bueno, primero estuve en Lisboa. ¡Cuánto dinero ganamos entonces, Gorri! —dijo asintiendo mientras se metía un trozo de lubina en la boca—. Me compré un piso en Lisboa, pero tengo cuatro hijos y me quedé viudo.

—Lo siento mucho, Antonio.

—Gracias, son cosas de la vida. Años buenos, golpes feos… Lo vendí para comprar uno más barato y poder pagarles las carreras universitarias. Mis hijos están repartidos por Europa. ¿Qué te parece? Casados, están felices, dos chicos y dos chicas. También soy abuelo. ¡Abuelo! ¿Tú tienes nietos?

—¡No, no! —reí negando siquiera la posibilidad—. Yo nunca me casé, Antonio. Viví con el corazón cerrado. Y ahora que nos hacemos viejos parece que ha empezado a abrirse, ¿me entiendes? Por eso busco a Bemvinda.

—Bemvinda —asintió complacido—, Bemvinda es una gran mujer. Llegó a Lisboa a los pocos meses de que yo me hubiera instalado. Se vio obligada a huir, la situación se puso muy muy fea en Angola. Allí no habría sobrevivido y lo sabía. Hizo bien. Fue valiente.

—Ya lo era entonces —apostillé.

—En efecto. Además, tenía contactos cuando llegó. Al menos ella tenía esa ilusión, pero aquí le dieron la espalda. ¡Malditos bastardos! Ya se dice de los portugueses que «buen follador pero mal pagador», ¿conocías este dicho? —asentí—. Se aprovecharon de ella. Esta es una sociedad machista y ella, mulata y tan guapa, solo suponía para ellos un trozo de carne y morbo, ningún tipo de relación o compromiso.

—¡Qué lástima! —dije sintiendo una punzada de dolor en el pecho. Bemvinda no se merecía ser despreciada así.

—Ella quería introducirse en los círculos importantes de la sociedad de Lisboa. Necesitaba alguien que la recomendara. Estaba dispuesta a pagar el precio que ese salto exigía, porque sabía que una vez consiguiera su objetivo podría mantenerse. Bemvinda llegó en el momento en el que miles de colonos estaban regresando a la capital, mientras que otros huían de la guerra y la miseria. Había tantas niñas prostituyéndose en burdeles… Fueron años muy tristes, Gorri. Demasiado tristes. Vino a verme pidiendo ayuda. Yo, como te he dicho, llegué con dinero ahorrado, estaba bien situado. No pude mirar hacia otro lado. Bemvinda era responsable de que yo pudiera

tener un piso en el centro de la ciudad, me había ayudado a hacer una pequeña fortuna en Luanda. Hice lo propio. La presenté en mi círculo, a algunas personas selectas. En cuanto pudo volar sola dejé de saber de ella. Bueno, de vez en cuando manteníamos algún contacto esporádico, pero supo apañárselas.

—Me alegro.

—Sí. Yo también. Pudo gozar del amparo de un militar de alta graduación que le ofreció protección a cambio de algunos favores y, ya la conoces, supo aprovechar la oportunidad. Más tarde alquiló un piso en el centro de Lisboa, un lugar coqueto y cálido donde solo atendía a clientes conocidos o recomendados.

—Y… —pregunté porque la curiosidad y la intriga me carcomían por dentro—, ¿sigue viva?

—Sí. Te he traído su teléfono. ¿Acaso crees que me pasan inadvertidas las ganas que tienes de verla? Coincidí con vosotros en Luanda varias veces, ¿recuerdas? Hacíais una buena pareja. Bemvinda era feliz contigo.

—A mí me encantaba esa mujer.

—Pero no era el momento de formar una familia ni de asentarse. Los dos supisteis verlo.

—¡Yo era un crío, Antonio!

—Y ella, lo que pasa que una cría con mucha vida a la espalda.

Pasé un par de días con Antonio visitando El Algarve y recordando los viejos tiempos. Fue bonita la sensación de estar de vacaciones con un amigo. Nunca me había permitido experimentar algo así y empezaba a descubrir lo beneficioso que es parar y dedicarse al *dolce far niente,* como dicen los italianos. Bemvinda respondió a mi llamada y se le entrecortó la voz al reconocerme al otro lado de la línea. Quedamos para vernos. Me despedí de Antonio agradecido y le deseé salud, dijo que era lo que más ansiaba para poder seguir disfrutando de sus nietos.

Conduje hasta Lisboa ensimismado. Saber que me iba a reencontrar con Bemvinda me mantenía alerta. Bemvinda fue, sin lugar a dudas, la mujer más atractiva con la que estuve en mi vida. Su sola presencia y su desnudez me erizaban la piel, ¡qué recuerdos! Pero ya no éramos los mismos. Por nuestros cuerpos habían pasado tantos años…

Nos citamos en una cafetería muy conocida de Lisboa cerca de la torre de Belem y el monasterio de los Jerónimos. En las pocas palabras que intercambiamos por teléfono, me habló de los

deliciosos pasteles de nata que preparaban. A ambos nos gustaba comer bien, nuestros gustos no habían cambiado.

Puntual a la cita, Bemvinda llegó vestida con colores discretos. Su porte seguía siendo elegante y acaparaba miradas, aunque ya no fuera una adolescente. Nos dimos dos besos y nos sentamos uno frente al otro, observándonos; yo no sabía cómo romper el hielo. Nada más verla sentí tanta culpabilidad… Como si hubiera sido responsabilidad mía dejarla a su suerte en una Angola que cada vez era más violenta y peligrosa, sobre todo si eras mujer.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Agustín? —dijo con serenidad —. ¡Qué alegría me ha dado volver a saber de ti!

—Bemvinda, yo…

—Te sientes culpable.

—Sí —afirmé bajando la cabeza. No era capaz de mantenerle la mirada.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que un marino de veinte años podía haber hecho algo por mí? Tuvimos una bella historia de amor —dijo—, y de amistad.

Me alivió comprobar que no había reproche alguno en sus palabras.

—Tengo unos recuerdos tan especiales de Luanda…

—Los míos también pueden llamarse «especiales» —bromeó.

—Ja, ja, quiero decir —carraspeé—, que me alegra haber compartido mis años en Angola contigo. Estás preciosa, Bemvinda.

—No seas zalamero. He envejecido, pero sigo teniendo mi público —añadió coqueta.

—No tengo la más mínima duda.

A pesar de las arrugas de su rostro, Bemvinda seguía siendo una mujer guapa y atractiva, además de estilosa. Sus movimientos eran delicados y gobernaba cada gesto con femineidad. Podía ver a la morena que me hizo tan feliz frente a mí sin tener que esforzarme.

—¿En qué estás pensando, Agustín?

—En que me alegro muchísimo de haberte encontrado.

Le conté la historia de mi vida, incluido el infarto, y charlamos sin parar hasta bien entrada la tarde, cuando se disculpó porque tenía que solucionar unos asuntos en «el pisito», no obstante, insistió para que nos volviéramos a ver durante la cena. Quería reorganizar la agenda en función de mi estancia. Estaba emocionada por tenerme delante y poder compartir conmigo recuerdos del pasado común.

Alargué el viaje a Lisboa una semana. Curiosamente, y a pesar del cariño que Bemvinda y yo sentíamos el uno por el otro, ninguna noche acabamos juntos en mi hotel o en su casa. A ella el sexo había dejado de interesarle hacía tiempo y yo no me sentía seguro de querer forzar mi corazón. Los dos coincidíamos en que, de acostarnos juntos, lo haríamos para abrazarnos.

—A veces la intención es lo más importante, Agustín. Ya me lo demostraste en Luanda, cabezón por intentar ayudarme.

—¿Cabezón yo? —fingí indignación—. ¡Mira quién habla!

Me llevó a locales de fadistas alejados de los turistas y disfrutamos de restaurantes que nos hacían regresar en la memoria a Término. Ella pedía *frango assado* y yo me decantaba por el pescado fresco. Reímos y brindamos por cada anécdota. Nuestra complicidad permanecía intacta. Me relató sus últimos 45 años con una tranquilidad pasmosa, sin remilgos ni dramas, honesta, directa como era.

La noche que nos despedimos, ninguno de los dos estaba triste. A mí el viaje me había servido para cerrar un capítulo de mi vida con satisfacción y amor. Un inesperado sentimiento después de todo, una reconciliación con el pasado tan necesaria como bella. Me quitó la mochila de la culpa y me permitió regresar a Euskadi ligero y agradecido. A ella, por su parte, le sirvió para seguir sanando heridas, para «creer que se puede confiar en algunos hombres —dijo—. No todos son malos, algunos me amaron de verdad».

Ambos sabíamos que esta vez la despedida sería definitiva, y que, probablemente, no volveríamos a vernos nunca más. Estuvimos largo tiempo abrazados balanceándonos en el abrazo. Bemvinda seguía oliendo a lavanda. Sería para siempre «mi morena».

Dos rastros al mismo tiempo

Yolanda se emocionó con mi relato del encuentro con Bemvinda y me instó a continuar con la búsqueda de Marilou.

—A esta la tienes más cerca —sugirió.

—¿Me puedes explicar por qué te hace tanta ilusión, Yolanda?

—No sé, Agustín. ¡Es tu vida! Son personas que te han marcado. Tener la posibilidad de volver a verlas es emocionante. Además, con lo que eres, estoy segura de que te quedaste con muchas preguntas que no formulaste, con la francesita sobre todo.

Yolanda me conocía bien. Habíamos llegado a confiar tanto el uno en el otro que podía leerme por dentro. Efectivamente, con Marilou se me quedaron muchas preguntas en el tintero. También se quedó junto a ella mi confianza en el amor y mi miedo más limitante. El temor a ser rechazado; la angustia de mis ilusiones destruidas. Éramos tan jóvenes… Y es cierto que yo me ilusioné con nuestra relación. ¿Qué sabía yo de la vida? Luis Antón y yo en Laredo persiguiendo a una chica que, en realidad, no tenía nada que ofrecerme. ¡Divina juventud!

Para comenzar con la búsqueda de Marilou, recurrí a las nuevas tecnologías y me creé un perfil en Facebook. Recordaba su nombre y su apellido, pero no encontré coincidencias. Así que rebuscando entre los viejos papeles, di con la dirección desde la que me escribió la última carta y releí las anteriores para anotar el nombre del instituto donde había continuado su formación. ¡Qué intensidad tenían las primeras cartas y cómo fue decreciendo paulatinamente su interés por mí sin que yo lo viera venir! Podía preguntar en el censo municipal de Nantes, en el colegio o en la asociación de antiguos alumnos que me sugirió Internet. Esta vez no había dudas sobre las fechas, Marilou y yo teníamos la misma edad. Por curiosidad, mientras husmeaba perfiles similares, tecleé el nombre de Mayumi. Precisé: «Mayumi Yamamoto». Para mi sorpresa, aparecieron ante mí los perfiles de cuarenta personas con el apellido Yamamoto. Una de ellas también coincidía en nombre. Me revolví en la silla. Si bien la búsqueda de Marilou me interesaba, pero no me producía sensaciones contradictorias, toparme con Mayumi me hizo dar un respingo. Sin embargo, no era ella. La

imagen correspondía a una chica de veintiséis años, actriz en plena promoción de su última película. Me desilusioné y continué con la búsqueda de Marilou.

—¿Por qué no contratas a una agencia de detectives, Gorri?

—¿Estás de guasa, Yolanda?

—En absoluto. Te puedes volver loco en la búsqueda tú solo. Zapatero a tus zapatos…

Lo medité un par de días y, finalmente, le hice caso. Busqué una agencia en Nantes para agilizar los trámites. Y aunque no tenía prisa, es cierto que me podía eternizar esperando respuestas en otro país, y encima, provenientes de la administración. No me compliqué para elegir la agencia, tras varias consultas a las páginas web que me mostró Google, opté por contactar con una llamada UXAM, tenía buenos testimonios de clientes satisfechos. Rellené el formulario de contacto.

Tipo de investigación: Localización
Zona geográfica: Nantes — Bretaña
Nombre: Marilou
Apellido: Bosset-Phuc
Teléfono: desconocido
Email: desconocido

En el campo abierto para comentarios, les facilité la última dirección de correo del año 1974, solicité un presupuesto aproximado, y cliqué en la casilla de «no urgente», porque no era el caso.

Tres días después, se pusieron en contacto conmigo para matizar los detalles de los motivos de mi búsqueda: «No, no la busco por asuntos judiciales. No, no quiero reclamarle nada. Es más bien una búsqueda meramente sentimental». Me solicitaron una provisión de fondos y me enviaron el contrato por mail para firmar. Tan pronto lo cumplimentara, comenzarían el trabajo.

—¿Te das cuenta de que esto parece de película? —exclamó emocionada Yolanda a la salida del colegio cuando la acompañé a buscar a sus nietos.

—De película mala, Yolanda —bromeé.

—Estoy deseando que se pongan en contacto contigo. ¿Y la japonesa?

—Me han aparecido más de cuarenta resultados en Facebook, ¡es de locos!

—¿Y has puesto el nombre de su marido?

—La verdad es que no.

—¿Y cómo no has pensado en ello, Gorri?

—No lo sé, mujer, abrir dos investigaciones al mismo tiempo… ¿Quieres que me dé otro infarto?

—¿Podría? —me preguntó de repente retándome con la mirada —. ¿Tanto te afecta Mayomi o Mayami o como se llame?

—¿Y a ti?

En el tono de voz de Yolanda percibí que algo no iba bien. Aun así, no me atreví a preguntar qué le inquietaba. ¿Serían celos? Por un momento dudé sobre si continuar con la investigación sería lo mejor. No sabía para qué quería más complicaciones en mi vida, pero, por otro lado, desde la aparición de los diarios de mi padre y de Yolanda no podía estarme quieto. Yo también quería dejar zanjados algunos capítulos que sentía se habían quedado incompletos. Los remordimientos no me dejaban dormir. Y ahora la curiosidad tampoco. Mis recuerdos hacia Marilou y Mayumi eran bellos, a pesar del sufrimiento, pero ¿ellas me recordarían de igual manera? Con la última fui tan cruel… Hice exactamente lo que Marilou había hecho conmigo. Le solté la mano cuando aún me quería. Y eso duele tanto que desgarra el alma.

Movido por el comentario de Yolanda, escribí a otra agencia de detectives, esta vez en Tokio y repetí el procedimiento. Confié en que, si el destino quería que resolviera mis asuntos personales, no habría problemas de ningún tipo para dar con el paradero de una vieja amiga. Aporté la dirección que me envió Mayumi, junto a la fotografía de su boda y me olvidé del tema tras conversar con un detective japonés llamado Shinichi. No me costó entenderme con él en inglés, a pesar de su marcado acento nipón. Delegué en él y me relajé. Los últimos meses, de nuevo, estaba teniendo sofocos y leves mareos debido a la tensión. No se lo quise comentar a Yolanda para que no se preocupara y para que no perdiera la ilusión. La veía feliz formando parte de mis pesquisas y nos divertíamos intentando encontrar las piezas del puzle que me faltaban. Leyó los diarios de mi padre y se emocionó hasta las lágrimas al conocer su malogrado final.

—Yo no quiero terminar como él —confesé.

—Es imposible que acabes como él, Agustín, me tienes a mí. Tienes los apartamentos, a tus chicos, y tienes un proyecto de vida. Es importante mantener la mente activa en algo.

—¿Y tú, Yolanda? —quise saber acto seguido—. ¿Sientes que cuentas conmigo?

—Por supuesto, Gorri. Aunque es cierto que siento un poco de celos ahora mismo con todo este tema de encontrar a tus mujeres.

—¡Eres increíble! ¡Pero si fue idea tuya!

—Lo sé, lo sé… Y no son celos al uso —se excusó—. Ya ves… Yo nunca he sido celosa ni posesiva. Supongo que me ha dado por pensar si por mí harías algo similar. Si me buscarías…

—Yolanda —dije atrayéndola hacia mí—, ¿recuerdas cuánto tardé en la comida de la academia en pedirte que te sentaras a mi lado? A ti no he necesitado buscarte porque por suerte te encontré. Y eres tú quien me ha inspirado a remover recuerdos y papeles. No quiero que esto nos afecte. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces no le des más vueltas. A medida que me vayan informando, si es que encuentran algo, yo te lo cuento y tú me dices qué te parece. Estamos juntos en el mismo barco, Yolanda.

—Ay, Gorri, cuando te pones romántico… —se rio.

—Fíjate que yo nunca pensé que me volvería tierno y cada vez me veo más blandito… Nos hacemos mayores, Yolanda. ¡Con lo bruto que fui!

—A mí me gusta más el Agustín de ahora, si te consuela.

Le pedí al camarero del restaurante donde estábamos que nos trajera una botella de cava.

—¿Para qué? Ya sabes que no me gusta beber.

—Tenemos que celebrarnos, mujer. ¿Quién sabe si…?

—No sigas, acepto. Brindemos y luego vamos para casa.

Al día siguiente, como si con nuestro brindis hubiéramos dado el visto bueno a la investigación, recibí un primer email de la agencia francesa. Me enviaban un informe de seis folios que resumí por teléfono para Yolanda.

—A ver, dicen que la señorita Bosset-Phuc cursó sus estudios en el Lycée Albert Camus de Nantes y que en 1974 se matriculó en el colegio de formación profesional donde realizó dos cursos de hostelería. Imagino que ayudaría a su madre con el pequeño negocio de comida vietnamita que regentaba —maticé—. Francia y Estados Unidos recibieron miles de refugiados y la colonia vietnamita era grande. Cocinaban principalmente con verdura. Es cierto que se le daba bien cocinar. Lo comentó en alguna de sus cartas. Hablaba mucho de su madre, estaba muy ligada a ella.

—¿Eso dice el informe? —me interrumpió.

—No, lo digo yo al hilo de lo que pone aquí. Se me había olvidado. Pone que se trasladaron a París en 1980 donde dirigió un restaurante llamado Phuc Marilou, cerca de Notre Dame.

—¡Qué interesante!

—Eso no es todo. Dice que no hay constancia de que haya contraído matrimonio y que desde el año 2000 reside en Hanoi.

—¿Se ha ido a Vietnam? ¡Ay, *ama*! ¿Vas a ir a Vietnam, Agustín?

—Yolanda, no adelantes acontecimientos. Estoy tan sorprendido como tú. Te he llamado en cuanto he leído el informe por primera vez.

—¿Dicen algo más?

—Que para continuar la investigación en el extranjero necesitan más panoja —comenté riéndome.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué hacemos? ¿Sigo?

En mi fuero interno, no necesitaba la aprobación de Yolanda, pero sí ansiaba poder compartir con ella los resultados. Yo solo con mi cabeza podía acabar loco y prefería escuchar sus aportaciones. Hice otro ingreso en la cuenta que me facilitaron y les pedí que continuaran, tenía que llegar hasta el final. Esa noche al acostarme me costó conciliar el sueño. ¿Qué hubiera sido de mí de haber seguido a Marilou a Nantes? ¿Qué futuro me esperaba junto a ella en una ciudad donde el extranjero sería yo? ¿Hostelería? ¿Cocina vietnamita? Lo más probable es que hubiera acabado trabajando de peón de obra en cualquier empresa donde necesitaran mano de obra barata. Los emigrantes no podían aspirar a mucho más a mediados de los setenta en Europa. Recordé también el rostro aniñado de Marilou y su larga melena castaña que cubría sus pechos. Me entró una extraña melancolía por el fugaz paso del tiempo. Aquel cuerpo… El mío propio… Había exprimido la vida, incluso en determinados puntos de ella podía detenerme sin problemas recreándome en antiguas sensaciones que forjaron mi carácter. Marilou fue la estación principal. Mi primer choque de trenes. ¿Cómo la habría tratado la vida?

Sin tiempo para recuperarme del cansancio del mal dormir, en la bandeja de entrada de mi correo electrónico encontré el informe de la agencia de Tokio. Llamé a Yolanda antes de abrirlo.

—¿Se han puesto de acuerdo las agencias o qué? ¡Ábrelo ya! ¿A qué esperas?

En la introducción del correo, describían el lugar al que pertenecía la dirección que les había facilitado de Mayumi:

—… Itabashi es una de las 23 salas especiales de Tokio, creada para distribuir eficientemente la gestión de la capital. Está ubicada en la parte noroeste: limita con Kita, Toshina y Nerima…

—¿Y eso qué quiere decir? —me preguntó Yolanda suspirando.

—Por lo que entiendo, se refiere a que es una zona de oficinas. Funcionarios. Creo que hace referencia a la posición media-alta que debe tener su marido. Lo que explicaría la presión familiar para regresar y casarse… —comenté en voz alta.

—Esta historia de la japonesa me la tienes que contar mejor, Agustín. Creo que me la sé muy por encima.

Quedé con Yolanda en que cenaríamos por la noche y releí varias veces el informe anotando direcciones y nombres que después rastreé en Internet. Efectivamente, Itabashi era una zona de alto *standing*. Me alegré por Mayumi. A diferencia de Marilou, su vida había sido más próspera. Había tenido un hijo varón que dirigía en la actualidad las empresas familiares. Mayumi pertenecía a una de las familias industriales más reconocidas de Japón. Enviudó en el 2007. Internet me mostró los números de la compañía que mencionaban en el informe. 7000 trabajadores, una facturación anual que superaba los 13 000 millones de dólares. Se dedicaban a la producción de piezas de automoción para la poderosa industria de fabricación de coches y aviación japonesa. Tenían plantas en Querétaro, México, desde donde abastecían al gigante americano y en Botucatu, Brasil, donde se ocupaban de la industria aeronáutica brasileña con contratos con empresas como Embraer, así como con la Boeing americana. La sangre no me llegaba al cerebro. Ni en lo más remoto de mis pensamientos me hubiera imaginado el futuro que le esperaba a Mayumi. ¡Y ella estaba dispuesta a renunciar a él por quedarse a mi lado! Yo no era quién para decidir sobre su felicidad, pero renunciar a una vida como la que tenía ante sí por la inestabilidad que mi vida como telegrafista podía ofrecerle… Comprendí al leer el informe el porqué de su insistencia para que yo me trasladara a Japón y trabajara allí. ¡Era evidente que su familia podría ayudarme! Tenían contactos en las más altas esferas. ¿Hubiéramos sido felices?

—¿Tú qué crees, Agustín? ¿Lo hubierais sido?

—Lo fuimos. Al principio, en Londres —respondí después de pedir una ensalada templada en un precioso restaurante al que

solíamos acudir en Beasain—. Después la relación se enturbió. Mayumi no quería regresar a Japón, se aferraba a mí como si fuera su única salvación y yo, ya me conoces, no era, ni soy un hombre de grandes compromisos. No quería instalarme, no quería formalizarme, me gustaba mi vida tal y como era en ese momento…

—¡Pobre chica!

—¿Ahora te da pena? ¿No sentías celos?

—Puedo entenderla. A ti y a mí no nos han concertado matrimonios. Hemos sido libres de decidir…

—Solo espero que su marido la hiciera feliz. Que fuera un buen hombre.

—Lo que está claro es que el dinero no da la felicidad. ¿Pone algo más el informe?

—No. Han hecho un gran trabajo. Ahora está de mi mano continuar. La verdad es que no sé si estoy preparado.

—¿Por qué no? ¿Crees que puede reprocharte algo a estas alturas? ¡Ha pasado media vida, Agustín! Todas las heridas acaban cicatrizando.

—Excepto las del olvido.

—Tienes que organizar un plan de acción. Yo te ayudaré.

Las puertas del pasado

Escribí al señor Shinichi para agradecer su eficacia. En menos de un mes había dado con el paradero de Mayumi y tenía una dirección con la que ponerme en contacto con ella. La pelota estaba en mi tejado. Era extraño sentirme de repente tan desconcertado. Mis rutinas seguían siendo las mismas y, sin embargo, el tiempo transcurría más y más despacio, como si estuviera poniendo a prueba mi paciencia. No dejaba de redactar en mi cabeza cientos de emails de presentación que dudaba si serían correctos o suficientes, así como no dejaba de darle vueltas a si Mayumi querría saber de mí o no. Habían pasado cuarenta largos años y llamar a su puerta me apetecía tanto como me aterraba. Me sentía tan culpable…

En este proceso de duda, me dio por rebuscar entre las cajas que había sacado de la casa de la abuela que aguardaban en el desván de mi nueva vivienda. Parecía que cada uno de mis movimientos estaba siendo orquestado por alguien que quería jugar con mis emociones, porque tan pronto abrí la primera caja, una treintena de cartas selladas entre 1972 y 1977 se extendió ante mí. Eran las cartas que Marilou y Mayumi me habían escrito. Tan pronto empecé a leerlas, me emocioné. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo podían estos viejos recuerdos condicionar tanto mi estabilidad?

Cuando Yolanda me llamó para preguntar por cómo me encontraba, no le hablé de las cartas. No me atrevía a decirle que había llorado. No quería que se sintiera mal, máxime porque había tomado la determinación de escribir a Mayumi, y si surgía la oportunidad, viajaría a Japón. Uno no puede pedir disculpas por email. Yo, desde luego, no podía.

La agencia nipona me había facilitado una dirección que pertenecía a una de las empresas de la familia de Mayumi. Me sudaban las manos cuando me senté frente al teclado y redacté el asunto: «Presentación y saludos».

Buenos días:
Soy Agustín Lasa, antiguo alumno del colegio inglés Crystal Palace de Londres. Coincidí con Mayumi Tamura (Yamamoto) en él y me gustaría contactar con ella para recordar viejos tiempos.

Saludos,
Agustín Lasa

En la posdata incluí mi número de teléfono y le di al botón de enviar como si estuviera activando la bomba atómica. Después, me revolví porque pensé que el email resultaba impreciso. ¡Estaba poniéndome en contacto con una multinacional con miles de trabajadores! Escribí un segundo correo:

Asunto: Presentación y saludo
Buenos días:
Soy Agustín Lasa de nuevo. Siento haber sido tan escueto en mi anterior email. La señora Tamura es la madre del Director General de la empresa.
Gracias.

Mayumi tardó una semana en contestar. Cuando vi su nombre en mi bandeja de entrada, me dio un vuelco el corazón. Si yo había sido parco en palabras, ella no se extendía más. «Me alegraría mantener contacto con usted. Saludos, Mayumi». Llamé a Yolanda inmediatamente. Se alegró, pero no se emocionó tanto como yo.

—Puedo escribirla —le dije—, me ha respondido.

—Muy bien, Agustín. Muy bien.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal, Yolanda?

—No, no… Escríbele. Es estupendo. Es justo lo que querías.

—Yolanda, que nos conocemos. Dime qué pasa.

—¿Y si donde hubo brasas…?

—¡Mujer, por Dios! Han pasado cuarenta años. Agua pasada no mueve molino. ¿Te crees que yo estoy ahora con ganas de un *affaire*! Nadie mejor que tú conoce mi realidad, Yolanda.

—Lo sé, lo sé, Gorri. Si es que no sé qué me pasa, que esta japonesa me inquieta.

—¿Más que Marilou?

—Marilou te dejó, a esta la dejaste tú. Una mujer herida no es como…

—¡Yolanda, por favor! —la interrumpí molesto—. Si Mayumi en algún momento de su vida hubiera querido mantener algún tipo de contacto conmigo, ¿no crees que lo hubiera provocado? Es más… Sabiendo todo lo que sabemos ahora de su posición, le habría costado bien poco dar conmigo. Pero no es el caso. Sabes tan bien como yo que esto es casi una forma de limpiar mi conciencia. Como

con Bemvinda, un reencuentro bonito.

Yolanda se echó a llorar. Sin decírmelo supe que mis palabras habían calado hondo. Con los muertos no hay forma de reencontrarse.

Escribí a Mayumi a la mañana siguiente. Fui honesto desde la primera línea. Tenía ganas de saber de ella. Le conté que tras una reunión de viejos alumnos había sentido la necesidad de mirar atrás y que la encontré con ayuda de una agencia. A la Mayumi de los veinte años la astucia le ilusionaba. A la de los setenta también, porque su primera línea de email hacía mención al detective.

Empezamos escribiéndonos un par de mensajes semanales y pronto estuvimos haciéndolo casi a diario. Sin afectuosidad, sin incidir en lo que uno hizo o el otro dejó de hacer, sin reproche alguno, fuimos contándonos la vida. Le sorprendió que dejara la mar, que nunca me hubiera casado y que viviera plácidamente en el pueblo. Decía recordarlo a la perfección. Mi resumen hablaba de trabajo y riesgo y el suyo de superación:

Cuando llegué a Japón, mis padres estaban en el aeropuerto esperándome. Yo estaba destrozada. Solo quería morirme. No estaba preparada para continuar mi vida en Tokio, ni mucho menos para casarme con un hombre al que no quería. ¡Me sentía tan mal conmigo misma! No dejaba de pensar en ti. Sufrí tanto… Pero finalmente opté con hacer caso a mis amigos y supongo que me rendí a la evidencia de que no me querías tanto como yo a ti, o que tus planes de vida eran muy distintos a los míos. Aun así, me puse a estudiar español. ¿Sabes que me enamoré de España y que el viaje que hicimos juntos fue el mejor viaje de mi vida? Supongo que durante los primeros años pensaba, ilusa de mí, que algún día aparecerías en Tokio, por eso te envié mi nueva dirección. Esperaba que te pusieras en contacto conmigo. Luego nació mi hijo y el tiempo transcurrió tranquilo viéndolo crecer. Él dio sentido a mi vida. Me volqué en él y, poco a poco, pude pasar página.

Mi marido fue un buen hombre. Siempre se portó bien conmigo. Viajaba mucho, algunas veces yo lo acompañaba. Estuve en España en 1986. Estuvimos muy cerca, Agustín. Mi marido tenía reuniones en Bilbao y yo le pedí que visitáramos San Sebastián. Nos alojamos en el Hotel Londres. Él acudía a sus citas y yo paseaba por los mismos lugares que había visitado contigo. Paseaba por el puerto mirando los

barcos… ¡Qué estupidez! ¿No es cierto? Sin pretenderlo, en busca de un pelirrojo cerca del mar…

Después de leer cada email de Mayumi, sentía una extraña mezcla de ilusión y culpa. Era capaz de percibir a través de sus palabras todo el sufrimiento que le había causado y me sentía fatal conmigo mismo, aunque, por otra parte, me alegraba saber de ella. Propuse que habláramos por videoconferencia. Tenía ganas de verla, pero lo rechazó las tres veces que lo comenté.

Estimado Agustín:
Entiendo que quieras que nos veamos, pero no le veo ningún interés a hacerlo a través de una pantalla. Al igual que te dije hace cuarenta años, te invito a que visites mi país. Te debo un viaje.
Con cariño,
Mayumi

Yolanda estuvo de acuerdo.

—Vamos a ver, Gorri. ¿Para qué has removido Roma con Santiago? ¿Para quedarte ahora quietecito en Ormaiztegi? Ve a verla. Si ya te digo yo que de esta sacas un libro…

—Estoy pensando aprovechar el viaje de otra forma, Yolanda.

—¿Qué quieres hacer?

—Pasar en primer lugar por Hanoi.

—O sea, que te vas a Vietnam. ¿Ves? Estaba segura de que lo harías. No serías tú si te quedaras a verlas venir.

—¿Te parece bien?

—No debe importarte lo que yo piense, Agustín. Este cierre de capítulos es cosa tuya. Yo me alegro de que lo compartas conmigo. Me parece fantástico.

En la agencia de viajes del pueblo sintieron curiosidad por mi repentino deseo de viajar a Asia, además, sin fecha de vuelos cerrada —tal y como me había sugerido Mayumi—. Bromeando les dije que estaba documentándome para un libro, y en realidad no era del todo mentira, debía cumplir la promesa que le había hecho a Yolanda y para ello necesitaba los últimos apuntes. Unos apuntes, quizá, de los más importantes, que llegaban a mí ahora, a punto de cumplir los 66. Mariaje, la operadora de la agencia, se sorprendió cuando le dije el nombre del hotel en el que quería hospedarme.

—¿Lo conoces, Gorri? ¿Tienes referencias?

—Me han hablado bien de él, sí —mentí.

—Hotel Phuc-Marilou. Suena exótico. No lo conozco. Cuando regreses me das tu opinión y así sabré si lo puedo recomendar con referencias fiables.

—Trato hecho —accedí.

Yolanda, que había decidido acompañarme a la agencia, se reía para sus adentros con los comentarios de Mariaje.

—¿O sea que va a escribir un libro?

—¡Claro! —añadió orgullosa—. Como los buenos novelistas: ¿qué hacen? Se documentan, viajan, conocen *in situ* los lugares para ambientar bien la historia y luego escriben sobre ellos.

Salimos de la agencia con los billetes impresos y una gran sonrisa. Nos sentíamos cómplices. No había un ápice de inseguridad ni malestar en Yolanda, sino todo lo contrario, se mostraba eufórica.

—He estado pensando, Agustín. Si la historia fuera a la inversa, si yo fuera la que tiene que cerrar capítulos, me encantaría que tú me apoyaras y no juzgaras mis actos.

—Yo no me he sentido juzgado por ti en ningún momento, Yolanda. Estate tranquila.

—Lo estoy. Solo quiero que te quede claro que me gusta esto que estás haciendo.

—Bueno, ¡igual salgo escaldado! —me reí.

El olvido no deja heridas

Mayumi me pidió que le confirmara si estaba de acuerdo con el itinerario que había preparado para mi visita. Llegaría a Tokio el sábado 16, después de pasar un día y medio en Hanoi, alojado en el hotel de Marilou. No le hablé de Marilou ni del porqué de mi parada en Vietnam. Ella, discreta, tampoco me lo preguntó. Tiempo tendríamos de contarnos batallitas. Estaba francamente nervioso.

Mayumi me esperaba con ilusión y Marilou no tenía ni la más mínima idea de mi decisión.

—¿Y qué harás cuando llegues allí?

—Preguntar por ella y presentarme… a saludar. Tampoco sabía si Bemvinda me recibiría y fíjate, estuvimos conversando como viejos amigos. ¿Tú qué harías, Yolanda? ¿Lo plantearías de distinta forma?

—No, no. Es solo que el factor sorpresa puede dejar noqueada a una persona.

—Todo va a salir bien.

—Sí, Agustín. Disfrútalo. Ya sabes además lo que dicen de los viajes, que uno no regresa igual. Aprovecha esta experiencia que te ofrece la vida. La gran mayoría de la gente no puede despedirse… —dijo emocionándose la noche anterior al viaje.

Apenas logré dormir un par de horas. En el último email a Mayumi, le aseguré que el sábado 16 de noviembre estaría allí. Le facilité el número del vuelo y ella me dijo que mandaría a un chófer a buscarme que me llevaría al hotel. Me había reservado una habitación en el Ryokan, un hotel que ofrecía una experiencia cultural, según rezaba la publicidad que pude leer en Internet. Se trataba de un alojamiento que imitaba la tradición japonesa. Se dormía en el suelo sobre un futón en una habitación con tatami y puertas correderas. Me intrigaba conocer cómo serían los famosos baños compartidos y también verme envuelto en un albornoz típico japonés. Mayumi había organizado hasta el más mínimo detalle de mi visita, eso sí, por supuesto, manteniendo las distancias. Iba en calidad de amigo. Yo tampoco necesitaba aparentar ni forzar algo distinto. Sin haberlo hablado con claridad ambos estábamos igual de asustados por el reencuentro.

Yolanda se despidió de mí con un largo y cálido beso en los

labios y me retuvo entre sus brazos un buen rato.

—No pierdas la cabeza, Gorri, por favor —me pidió.

—Estate tranquila, Yolanda, te llamaré cada día.

Cuando embarqué en Bilbao rumbo a París tenía el corazón acelerado. Por fuera era un jubilado volando por el mundo, pero por dentro, volvía a sentirme el chaval del Goierri en busca de aventuras. Hice escala en París y doce horas de vuelo más tarde llegué a Hanoi. A pesar de ser de noche, el ruido de la ciudad me pareció caótico. Los olores, la cantidad de gente por todas partes a un ritmo frenético… El taxista me condujo a la dirección que le facilité. Me ayudó a bajar la maleta del coche —y eso que apenas llevaba equipaje— y se marchó dejándome solo frente a un modesto hotelito recientemente reformado, donde podía leerse «Phuc-Marilou». Tardé unos minutos en atreverme a cruzar el umbral, ¿qué debía decir? ¿La encontraría allí dentro?

El Hotel Phuc-Marilou tenía capacidad para cuarenta y ocho huéspedes repartidos en dos plantas. Yo había reservado una habitación doble por pura comodidad porque la diferencia de precios no era significativa. No era un lugar ostentoso, sino que por fuera ofrecía una imagen más actualizada de la que realmente tenía, con paredes de papel raído y suelos de madera ajados. De la recepción, amplia, solo destacaba una gran lámpara de araña que colgaba del techo simulando la grandiosa imagen de las habitaciones de Versalles. Una mujer anciana en silla de ruedas se aproximó tan pronto me vio entrar por la puerta y en un perfecto inglés me preguntó qué quería.

—Tengo una reserva —respondí. Me extrañaba que esa mujer fuera la responsable del hotel.

Entonces pronunció unas cuantas palabras en vietnamita —aunque a mí me sonó a japonés—, y tras una cortina que me había pasado inadvertida, apareció una mujer de pelo corto y blanco, que tras hacer una reverencia se colocó frente al ordenador.

—¿Su nombre, por favor?

—Lasa, Agustín Lasa —respondí observando con detenimiento el rostro de la mujer que consultaba entre sus papeles mi reserva.

—Lasa, Lasa… —repitió varias veces mientras el ordenador respondía a su petición—. Aquí está. Habitación 7. Lo acompaño.

Esa voz… Me quedé petrificado sin reaccionar cuando me extendió la llave de la habitación. ¡Era Marilou! Jamás hubiera reconocido a la chica de la que me enamoré en aquella mujer

arrugada por los años y mirada triste. La seguí sin atreverme a pronunciar una sola palabra. Ella no pareció inmutarse en ningún momento con mi presencia, ni siquiera cuando leyó mi nombre ni cuando lo pronunció. ¿Era posible que me hubiera olvidado? Antes de que se cerrara la puerta de mi habitación, vacilé de nuevo. ¿Y si le decía que era yo? ¿Y si aun así me decía que no me recordaba? ¡Qué trago más amargo! Sentado en la cama, reparé en lo mucho que había idealizado a Marilou en mi cabeza. No era una cuestión de que ahora estuviese mayor, ¡yo también lo estaba! Era un sentimiento de desapego muy hondo; me sentí ridículo. ¡Llevaba toda la vida pensando en ella! Y ni siquiera mi nombre le hacía torcer el gesto.

—Ha sido dantesco, Yolanda —le conté por teléfono.

—¿Seguro que no te ha reconocido? Mira que las francesas son muy suyas…

—A esta mujer se le ha olvidado su etapa francesa, te lo aseguro. La mujer de la silla de ruedas es su madre.

—Igual delante de la madre no ha querido descubrirse, Agustín.

—Lo dudo…

Agradecí tener a Yolanda al otro lado para poder compartir una decepción semejante. No sé qué me esperaba. ¿Que se echara a mis brazos? No. Pero sí la ilusión de volver a ver a alguien a quien quisiste. ¿O es que acaso se pueden olvidar los auténticos amores? De ser así, ¿lo nuestro no lo había sido? Habían pasado 43 años desde que nos vimos la última vez. Era tan épico recorrer medio mundo para saludarla… Y estaba alojado en el hotel de su propiedad y no había sido capaz de decir esta boca es mía. Quizá por la mañana, más despejado y con un poco más de valor…

No lo hice. Ni por la mañana, ni durante la comida, ni antes de abandonar el hotel frente a ella de nuevo al firmar la salida. Marilou parecía una mujer apagada. Era ella, pero el brillo de sus ojos se había esfumado. Apenas quedaba en su rostro una marca del hoyuelo que se le formaba en el mentón cuando sonreía. La mujer en silla de ruedas estuvo presente todo el día que pasé en el hotel, como si de una sombra se tratase, acechando y vigilando cada movimiento. Salí unas horas a visitar la ciudad, pero tanta algarabía me estresaba y no quería desviarme de mi verdadero propósito. Volé hacia Tokio despidiéndome de un recuerdo, de una estúpida ilusión adolescente que, sorprendentemente, había condicionado todas mis relaciones futuras. ¿Cómo era posible que me hubiera

enganchado a aquella historia sin futuro y la hubiera colocado en el Olimpo de mis anhelos?

A veinte minutos de aterrizar en Tokio, después de cinco nuevas horas de vuelo, el corazón volvió a latirme con fuerza. ¿Quién me mandaría a mí? Agradecía tener una noche de por medio para descansar y reponerme de tantas emociones. Yolanda tenía razón una vez más, el olvido no deja heridas.

La única japonesa

El Hotel Ryokan era, tal y como me había comentado Mayumi, un hotel precioso. Me encantó mi habitación ligeramente iluminada. Dormir en el suelo sobre el futón me proporcionó un descanso que mi corazón necesitaba. El cansancio del viaje sumado a las últimas cuarenta y ocho horas llenas de decepción, más los nervios del reencuentro con Mayumi, me habían dejado el cuerpo molido. Me di una ducha y me puse el albornoz. Wasapeé con Yolanda un buen rato. Se rio cuando le conté que llevaba puesto un albornoz. Directamente me imaginó en kimono y no pudo evitar hacer el chiste. Otra vez Yolanda volvía a hacerme reír y me ayudaba a relajar mis tensiones internas. Me dijo que no estaba nerviosa por los próximos días, que confiaba en mí y que deseaba que el encuentro con Mayumi fuera mejor de lo que esperaba. «Con que sea, ya valdrá la pena», respondí.

A las seis de la mañana, bajé a los baños del hotel. Me puse mi «*yukata*» (el albornoz) y accedí a los vestuarios donde debía dejar la ropa. Mayumi me había recomendado encarecidamente que los probara. Formaban parte de una de las tradiciones más antiguas de su país: bañarse desnudo junto a otras personas, además de contener el componente de la mezcla de clases y culturas, servía para limpiar no solo el cuerpo, sino que también se sanaba el alma. Creí que antes de encontrarme con Mayumi era un buen momento para hacerlo. Al principio sentí un poco de vergüenza, pero enseguida comprendí la importancia de quitarse capas de ropa y tabúes. Estuve aproximadamente media hora en el agua caliente, no recomendaban permanecer más tiempo si tenías problemas de tensión. Yo no los tenía, pero mi cabeza no dejaba de pensar en volver a ver a Mayumi y quería prepararme para el reencuentro: nuestra cita estaba prevista para las nueve.

Desayuné y esperé a que diera la hora exacta para bajar a recepción. Estuve dando vueltas por la habitación del hotel y por los diferentes pasillos que conducían a patios decorados con fuentes y cerezos en flor y me sorprendí a mí mismo rememorando momentos junto a Mayumi que me había obligado a olvidar.

A las nueve en punto entró por las puertas giratorias del hotel y

caminó con seguridad hacia mí. Seguía tan delgada como la recordaba y bella, con la serenidad que aportan los años en el rostro cuando la vida no te ha maltratado y has podido cuidar de ti. Yo, sin embargo, no estaba como ella me recordaba, pero no lo mencionó. Nos dimos dos besos y salimos al exterior. Nos costó romper el hielo. Fuimos a una cafetería a la vuelta de la esquina y, como no sabía qué pedir, repetí el desayuno.

—No te recordaba tan callado, Agustín —me dijo cuando nos sirvieron los cafés.

—La verdad, Mayumi, es que estoy asimilando esta escena. No sé muy bien qué decir.

—Dime si te has bañado ya y si te ha gustado el hotel.

Le hice un breve resumen de mi experiencia, le hablé del viaje, obvié mi visita a Hanoi y volví a quedarme callado.

—¿Te impongo o qué, Agustín? —preguntó presa de un ataque de risa.

—No, no es eso. Se me agolpan las ideas y las cosas que me gustaría comentarte.

—Tenemos tiempo. Mira el itinerario que he preparado para estos días —dijo extendiendo sobre la mesa un tríptico con el plan que ya me había detallado con anterioridad por correo—. Volaremos a Osaka y de allí iremos a Nara. Me gustaría que conocieras el templo de Todaiji con el Gran Buda Daibutsu y el parque de los ciervos sagrados.

—¡Vaya viaje has planeado, Mayumi!

—Te dije que te lo debía. Yo me enamoré de España gracias a ti y ahora quiero que te enamores de Japón junto a mí. Te lo debo. Sigo —continuó señalando en el mapa nuestro siguiente destino—: iremos a Uji y después a Kioto. Estaremos tres días allí porque hay mucho para ver, no podemos dedicarle menos días a una ciudad como Kioto.

—De acuerdo.

—Bien. Tenemos visitas cortas a Nagoya, Takayama y Shirakawago, que es una ciudad declarada patrimonio de la humanidad. De Takayama iremos a Nagoya otra vez, Hakone y Tokio. ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—Ya te dije que sí, Mayumi. Me parece incluso excesivo, yo no quería trastornarte…

—Llevo toda mi vida esperando que vengas a visitar… mi país —dijo tras una breve pausa que no me pasó desapercibida—. Estoy

muy contenta por poder enseñártelo.
—Y yo de que finalmente aceptaras que nos viéramos. Quería pedirte disculpas, Mayumi.
—No, Agustín, no. No hablemos de tristezas. ¿De acuerdo? Al menos no ahora, no es el momento.
—Tienes razón —concedí. No sabía por qué necesitaba con tanta urgencia su absolución.
A ambos nos daba miedo hablar del pasado. ¿Cómo enfocarlo sin que doliera? En sus últimos emails ella había empezado a abrirse y yo le había contado con honestidad cómo había sido mi vida de marino, pero no había querido profundizar en mis sentimientos para no herirla. Percibía cómo se disgustaba y se retraía cada vez que mencionaba a Yolanda o a alguna mujer que no fuera ella. Opté por esperar a que iniciara conversación. Paseamos por las calles de Tokio durante toda la mañana. Se excusó porque no podía comer conmigo, pero me invitaba a cenar con su hijo esa misma noche, antes de que tomáramos a la mañana siguiente el vuelo hacia Osaka. Accedí con gusto.
—Él también tiene muchas ganas de conocerte —dijo.
—¿Le has hablado de mí? —pregunté sorprendido.
—¡Agustín! Me voy a ir una semana contigo, ¿no crees que mi hijo quiere saber con quién voy a estar? Le he dicho que eres un viejo amigo que hice en Londres, de hecho, tu primer mail llegó directamente al despacho de su secretaria. Fue él quien me lo reenvió y me hizo un exhaustivo cuestionario sobre ti.
—Espero haber salido bien parado… —bromeé.
—No estarías aquí de no haber sido favorable —sentenció—. Me quiere mucho y me respeta enormemente. Suelo ayudarle con la empresa, aunque cada vez menos. Me pide consejo.
—¿No volviste a trabajar?
—No. Mi marido consideró que no era necesario y que podía dedicarme a criar a nuestro hijo.
—¿Y no lo echaste de menos?
—Sí —suspiró—, pero Akihito me llenó de alegría.
Me quedé callado observándola antes de subir al coche y regresé al hotel a comer y a echarme una buena siesta, porque tantas emociones me agotaban el cerebro. Me sentía lento de reflejos, atorado, como si me costara ser yo mismo.
Por la noche conocí a Akihito. Era un hombre alto para ser nipón, delgado como su madre, y tan interesado en los negocios como su

padre, añadió él.

—A los españoles les causa risa mi acento mexicano, pero al fallecer mi padre tuve que hacerme cargo de las delegaciones en América Latina y ya ves, ¡ándale que no se ríen conmigo! —comentó uniéndose a nuestra conversación en español.

Akihito me pareció encantador. Tenía intacta la alegría de su madre, que lo miraba embelesada. Estaba orgullosa de él; tenía motivos.

—¿A qué te dedicaste tú, Agustín? —me preguntó no sin antes pedirme permiso para hacerlo.

Le hablé de mi oficio de telegrafista, de mi época en los camiones y en la pesca y, finalmente, del complejo de apartamentos que había puesto en marcha. Se frotaba las manos en señal de aprobación.

—¡Es increíble! No solo has montado una empresa de éxito. ¡Has convertido en oro todo lo que has creado, Agustín!

—Bueno, no puedo quejarme. La vida me ha tratado bien.

—¡Y has vivido cientos de aventuras que otros, como yo, por ejemplo, jamás imaginaríamos!

Mayumi y yo nos miramos disimuladamente y ella apartó la mirada antes de que su hijo se diera cuenta. Conversamos durante un par de horas más sobre su vida, mis viajes, los países que había visitado y lo mucho que cuesta trabajar con mexicanos, al punto de que parecíamos dos españoles criticando su falta de seriedad: «El oficio nacional», le enseñé como término para futuros encuentros de dimes y diretes.

Me retiré antes de que él lo hiciera y regresé al hotel con una grata sensación de satisfacción. Veía bien a Mayumi y veía bien a su hijo. La culpa empezaba a disiparse.

Un empleado de Mayumi pasó a recogerme por el hotel para llevarme al aeropuerto donde me estaba esperando. Comimos antes de coger el vuelo comentando los pormenores del viaje.

—Te va a encantar la arquitectura de Osaka. Solo visitaremos el castillo, no nos sobra tiempo y quiero que callejeemos. ¿Se dice así? —preguntó riéndose— Hace tanto que no practico el castellano que no sé si hablo correctamente o no.

—Hablas muy bien, Mayumi. Siempre fuiste una gran estudiante —mencioné.

Se excusó porque no fuera época de floración, como si el hecho

de que los cerezos en flor no mostraran todo su esplendor fuera a empobrecer las visitas que había programado.

—He venido a verte, no debería preocuparte nada más. Todo es perfecto.

Osaka, como ella auguraba, me fascinó. Degustamos auténticos manjares de la comida tradicional japonesa en puestecitos callejeros. Me sentí de una forma repentina muy joven y muy viejo. Volvía a viajar y a conocer mundo. Tener a Mayumi como guía era sensacional. Por la noche, sin necesidad de darnos explicaciones ni de excusarnos, cada uno entró en su habitación y durmió con sus pensamientos. Yo aproveché para llamar a Yolanda y ponerle al día del viaje. Al día siguiente visitaríamos Nara: el gran santuario de Kasuga y el templo de Kofukuji.

Mayumi y yo recuperamos enseguida la facilidad para conversar y, entre visita y visita, además de comentar aspectos de los templos y museos que nos llamaban la atención, nos narrábamos capítulos sueltos de las respectivas vidas. A ella le interesaba principalmente mi etapa marina; supongo que se buscaba entre mis recuerdos. Yo, por mi parte, quería saber sobre su vida después de mí, los primeros años tras su boda, pero no quería hacerle preguntas directas porque ella marcaba los ritmos y yo no pretendía incomodarla bajo ningún concepto.

Al igual que hicimos en España cuarenta años antes, alquilamos un coche para recorrer el país. Así llegamos a Uji, donde visitamos el templo de Byodo-in siguiendo ruta hasta Kioto.

—Aquí no habrá tanto templo. Te voy a dejar que decidas qué te apetece visitar y qué no. Como hiciste tú conmigo en Valencia.

El ritmo de Kioto era trepidante. No lograba asimilar tantos estímulos visuales y Mayumi notó mi desconcierto.

—¿Entiendes ahora por qué nos gusta tanto España a los japoneses? Parece que en vuestro país el tiempo se detiene.

Visitamos el castillo de Nijo, el templo de Kinkakuji y el de Ryoanji y acabamos paseando por el bosque de bambú de Sagano. Mayumi se sumía en un firme silencio durante largos periodos de tiempo y yo no me atrevía a preguntar en qué estaría pensando. Los dos estábamos experimentando muchas emociones encontradas y no sabía si estábamos en condiciones de hablar con tanta sinceridad sobre sentimientos. Tenía un terror atroz a volver a hacerle daño, la sentía tan delicada…

Sentados en un banco observando el bosque, Mayumi volvió a

rememorar el viaje por España.

—¿Te acuerdas de Tarragona?

—¡Claro! Lo pasamos genial en el *camping* —donde también había estado con Marilou, aunque esto no se lo dije en su momento y tampoco ahora iba a contárselo. «Marilou, quien me había olvidado por completo», pensé con una pizca de amargura.

—Luego fuimos a Peñíscola, a Valencia, Málaga, la mezquita de Córdoba y el barrio de la judería, ¿te acuerdas?

—Sí, sí… —respondí un tanto desconcertado por la exactitud del itinerario que cuarenta años después mantenía en su memoria.

—En la Alhambra te dije que no me abandonaras —añadió para continuar sin inmutarse hablando de las playas del Mediterráneo—. ¡Todo el día en bañador! Fue, sin duda, el verano que más color he cogido en mi vida, ¡y para ser japonesa no está nada mal! —rio.

Sin tanta precisión como ella, mi cabeza viajaba a la cantidad de veces que hicimos el amor en aquel viaje. Mañana, tarde y noche retozábamos sin cansarnos, sedientos de placer y ansias de devorarnos. Me estremecía constatar que los dos adultos que contemplaban la frondosidad del bosque de bambús eran los mismos chavales que una vez se comieron a besos y se hicieron tanto daño.

—No estaba preparado para amarte como te merecías, Mayumi —dije sin ser dueño de mis palabras.

Como si le hubiera dado una descarga eléctrica, se levantó del banco y me instó a continuar con el paseo.

—Lo siento, Mayumi, lo siento —me excusé—; sé que no quieres que hable de estas cosas. No sé por qué lo he dicho, pero es lo que pienso y lo que siento todo el tiempo.

—¿Y vas a seguir pidiéndome perdón con cada mirada también, Agustín? Porque no quiero estar todos estos días con esta especie de tensión rara. ¡No sé ni cómo definirla!

Por la noche, tan pronto entré en mi habitación, me di una ducha y me dormí. Necesitaba apagar el cerebro. Aún nos quedaba por visitar Nagoya, Takayama y Shirakawago. Estaba tan cansado que olvidé llamar a Yolanda. Al despertar me encontré con un mensaje de WhatsApp donde me preguntaba si estaba bien. Pude leer entre líneas su inquietud. Debido a la diferencia horaria no la llamé, pero le expliqué brevemente la situación: «Todo sigue igual. Japón es un país precioso con unos templos que parecen de película. No hemos hablado de nada demasiado importante. Recuerdos de Londres, del

viaje por la costa y de mis empresas. Hablamos con facilidad, no creas, pero se nota cierta distancia emocional. Es lógico, supongo. Han pasado más de cuarenta años y yo le rompí el corazón. Aunque me haya perdonado, no dejo de ser quien la rechazó».

Mayumi, por la mañana, cuando tomamos el tren bala en Nagoya, parecía estar revitalizada. No quedaba en su rostro un solo signo de afectación tras el desencuentro del día anterior. Se mostraba alegre, dicharachera y fomentaba la conversación buscando paralelismos entre su país y el mío. Seguía siendo una mujer culta. A ratos no me creía estar sentado frente a ella. Me obligaba a pestañear varias veces para comprobar que no era una visión.

En Hakone, la visita obligada era al parque nacional.

—He previsto un pequeño crucero por el lago Ashi. Subiremos en teleférico al monte Komagatake. ¿Tienes vértigo?

—No.

—Mejor. Porque desde allí es desde donde mejores vistas se tienen del monte Fuji.

—No creo que necesite mucha perspectiva, ¿no? —comenté señalando el pico más alto del país.

—Es un lugar sagrado. Visitar Japón y no ver el monte Fuji es como no conocer Japón.

—Te refieres a algo más místico —apostillé.

—Exacto, Agustín. Hoy hace un día perfecto para verlo. El cielo está despejado.

Mayumi nuevamente tenía razón. El espectáculo que ofrecía la panorámica desde el monte Komagatake no tenía nada que ver con la imagen desde tierra. Desde allí arriba parecía que la montaña hablara con el mundo, que escuchara las súplicas de los humanos y los designios de los dioses. Tomé fotografías que no hacían justicia a la majestuosidad del Fuji. Mayumi sonreía complacida.

—¿Te gusta?

—Mucho —respondí lacónico, perdido en mis propios pensamientos.

Regresamos en coche a Tokio después de cinco intensos días de viaje por la isla. Mayumi me invitó a cenar nuevamente con su hijo al día siguiente y me ofreció la posibilidad de vernos y visitar algún museo hasta mi partida. Los dos habíamos estimado oportuno que regresara a España el día 26. Diez días en Japón eran más que suficientes para unas vacaciones y no quería dejar tanto tiempo las

labores en la empresa, ni a Yolanda.

—Por mí no te preocupes —me dijo por teléfono el día que le comuniqué la fecha de mi regreso.

—Yolanda, tengo ganas de verte.

—Yo también a ti, Gorri, es la primera vez desde que no estás que me pongo nerviosa.

—Te aseguro que no tienes motivos. Mayumi y yo somos como dos viejos amigos.

Akihito nos preparó una suculenta cena a base de sushi. Madre e hijo me observaron con respeto mientras me hacía al uso de palillos. Desde que abandoné la mar no había vuelto a usarlos. Akihito me explicó sus últimos movimientos.

—Ya imaginarás, Agustín. En los negocios, de una semana a otra se toman multitud de decisiones. Hay que ser resolutivo. No puedes dudar. La competencia y los bancos leen tus dudas en los ojos. Mi padre me enseñó a no vacilar.

Le conté entonces cómo fue mi negociación por los barcos en Holanda y, cuando menos lo esperaba, me hizo una pregunta que me rompió los esquemas.

—¿Y qué nombre le pusiste a esos barcos?

—¡Es cierto, Agustín! —exclamó Mayumi acomodándose en la silla para escuchar mi respuesta—. No te lo había preguntado.

—Bueno, los llamé Pello Lasa.

—¿Pello Lasa? —repitió Akihito esperando mi explicación.

—Era el nombre de mi padre. Murió hace apenas unos meses en una residencia de ancianos de París.

—¡Agustín! ¡No tenía ni idea! Pero si tú nunca…

Akihito nos miraba sin comprender.

—¿Me lo contáis?

—Tu madre quiere decir que yo nunca tuve relación con mi padre. Esto… Mi padre me abandonó cuando tenía tres años y nunca supe de él. Tuve una idea absurda, no lo sé, pero puse su nombre a mis barcos con la esperanza de encontrarlo.

—Romántica —murmuró Mayumi.

—Y, como os he dicho, hasta hace unos meses no he sabido de él —concluí tajante.

Un largo silencio se adueñó del salón. Akihito, incómodo por haber entrado en un terreno tan personal, se ajustó el cuello de la camisa y se excusó antes de despedirse. No quería trasnochar, al día

siguiente tenía una reunión importante. Fue en ese preciso momento cuando lo vi. Y cuando Mayumi se dio cuenta de que lo había visto. Bajó la cabeza y antes de hablar tragó saliva.

—No pensaba decírtelo, Agustín.

—Pero… Mayumi…

Fueron las únicas palabras que fui capaz de pronunciar durante un buen rato. El corazón me había golpeado fuerte, las manos me sudaban y el pulso se me había acelerado.

—Cuando regresé a Japón la presión de mi familia… ¡No te la puedes imaginar! Yo no podía moverme, no comía, no tenía fuerzas para nada y solo lloraba. Te he hablado de ese momento en otras ocasiones.

Asentí confundido. Me había hablado de una parte casi insustancial omitiendo otra totalmente crucial.

—Le pedí a mi futuro marido que atrasáramos la boda, pero su familia y la mía se negaban a posponerla por más tiempo. Con la segunda falta del período supuse que el hijo que esperaba era tuyo, pero no dije nada. Me casé embarazada y a los pocos días le hablé del embarazo. Él se mostró feliz. Tenía una salud delicada y la noticia le otorgó fuerzas y confianza. ¡Iba a ser padre! El embarazo transcurrió con total normalidad y cuando al comienzo del noveno mes nació un varón, las dos familias se felicitaron porque ya sabes cómo es la cultura japonesa… Akihito pesó casi cuatro kilos. ¡Era enorme! Tenía los ojos rasgados como yo y la piel muy blanca y también un extraño lunar en la parte trasera del cuello que confirmó mis sospechas.

Mayumi levantó la mirada y bebió despacio un gran vaso de agua. Esperé a que acabara con su relato.

—Tras el parto quedé muy debilitada. La mala conciencia no me dejaba descansar. Mi marido no se merecía vivir engañado. Me armé de valor y le conté la verdad. Desde aquel día no volvimos a compartir habitación, ni prácticamente vida en común a excepción de los viajes de negocios en los que necesitaba a la esposa para las fotos o para no levantar suspicacias. Me puso una serie de condiciones, como la de que Akihito recibiría la educación que su familia decidiera y que yo no tendría voz sobre su futuro porque le pertenecía como heredero único de su fortuna; asimismo, me invitó a tener relaciones extramatrimoniales de las que él no pensaba privarse, dadas las circunstancias. En su voz no había rabia, sino decepción. Éramos fruto de otro matrimonio concertado que nunca

sintió amor y él me confesó que se rendía conmigo. Que ojalá hubiera sido más valiente cuando regresé de España para dejarme entonces, pero que achacó mi indolencia hacia el matrimonio a mi renuncia a la vida laboral e independencia más que a un verdadero amor en el extranjero. ¿Sabes, Agustín? Al menos puedo decir que lo sentí. Que me enamoré de verdad y que mi hijo es fruto de mi amor más real. Cuando recibí tu carta diciéndome que no volverías a escribirme y que rehiciera mi vida, solo deseé ser para siempre tu única japonesa.

Me quedé mudo. Entendía ahora la complexión física de Akihito y lo chocante de su personalidad para ser un hombre japonés. Tenía un marcado carácter Lasa oculto en la identidad de su padre.

—Y… ¿él lo sabe?

—Creo que lo sospecha. Eres el único hombre con el que me ha visto jamás. Se molestó conmigo cuando le expuse mi idea de enseñarte el país. Lo más probable es que te haya investigado.

—Bueno, entonces estamos en las mismas… —bromeé.

—Pero de estos temas no se habla en Japón. Akihito estaba muy unido a su padre; aunque lo sospeche, no lo preguntará.

—Mayumi…, no sé qué decir.

—No hay mucho que decir, Agustín. Lo que tenías que decir lo escribiste hace cuarenta años. Yo debía rehacer mi vida y tú no querías saber más de mí. Punto final.

—No sé cómo debo comportarme, insisto. Mayumi…, ¿no pensaste en decírmelo nunca? —volví a preguntar.

—¿Para qué? Te envié pistas en mi última carta para que pudieras ponerte en contacto conmigo. Lo has hecho cuarenta y tres años más tarde.

La voz de Mayumi no trasmitía indignación. Hablaba con pausa, serena, midiendo el alcance de sus palabras porque sabía que me había dejado fuera de juego. Me entraron sudores fríos. Necesitaba aire.

—¿Crees que es correcto que me retire? No me encuentro bien —dije levantándome.

—Claro. Avisaré para que te lleven al hotel. Lo siento, Agustín.

Una vez en el hotel, me lavé la cara varias veces como si con el agua fuera a purgar la noticia que acababa de recibir. ¡Tenía un hijo! ¡Un hijo que llevaba toda su vida sin saber de mí! Sentí que la historia de mi padre se repetía, solo que esta vez el abandono no

había sido voluntario. Me sentía mareado. El pecho me dolía preso de la angustia. En ese estado, atendí a Yolanda por teléfono.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Estás bien?

—Demasiadas emociones, Yolanda. ¿Tú cómo estás?

—¡Qué más da cómo esté yo! ¿Qué hay, Gorri? ¿Te ha pasado algo?

—Creo que este viaje no está hecho para personas mayores —argüí intentando salir del paso. Yolanda me conocía bien y sabía que le estaba ocultando información.

—¿Ha sucedido algo con ella? —preguntó casi deletreando cada sílaba.

—No, no —mentí de nuevo—. Es solo que estoy agotado. No hemos parado de caminar, de comer cosas a las que mi cuerpo no está acostumbrado. Tengo unas digestiones…

Al colgar el teléfono me hice un ovillo en el futón e intenté dormir. Quería despertarme en otro escenario y en otra realidad. Por la mañana Mayumi se presentó en el hotel. Esperó a que bajara a recepción. Me esperaba en pie, estoica. Yo no quería seguir hablando del tema. Es más, quería huir, adelantar el viaje. La situación me dolía demasiado. No era este desenlace el que me imaginaba. Salimos a la misma cafetería a la que fuimos el día de mi llegada y pedimos exactamente lo mismo. Ella rompió el silencio.

—No he dormido nada, Agustín. Hubiera sido más fácil que te fueras sin saberlo.

—¿Querías ocultármelo para siempre?

—¿Qué necesidad tenías o tienes de saberlo? ¿Acaso hay algo que puedas hacer por él o por mí? Akihito ya es un hombre. Tiene su propia familia.

La ignorancia es muy cómoda, permite que la conciencia descanse.

—Dime algo, Agustín —insistió Mayumi.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que todo está en orden. Para mí lo está. Yo tuve un hijo tuyo que me sirvió para continuar con mi vida. Yo fui feliz a mi modo y tú también. Estamos empatados.

Los dos días que me quedaban en Tokio fueron un tanto sombríos. No conseguí sacarme de dentro la pesadumbre de haber conocido de una manera tan fortuita una noticia tan relevante. Mayumi me enseñó varios museos y fuimos a restaurantes de

categoría donde se esforzó por impresionarme, pero lo único que me había dejado boquiabierto fue la capacidad que tuvo durante toda una vida para ocultarme un detalle semejante. Cuando nos despedimos en el aeropuerto, me aseguró que para cuando llegara a Ormaiztegi tendría un email con toda la historia que quería conocer desde un principio sobre su regreso a Japón. Incluiría alguna foto de Akihito recién nacido. No tuve valor ni para decirle ni que sí ni que no. Estaba profundamente afectado y me preocupaba la reacción de Yolanda. Llevaba dos días esquivando sus preguntas, pero creía que algo así no podía contárselo por mensaje. Necesitaba tenerla delante.

Mayumi se abrazó fuerte a mí. Parecía que estábamos reviviendo una escena del pasado. Yo impasible y ella entregada. Lloró y se disculpó por mi disgusto. Yo ni siquiera me pronuncié; no por gallardía o molestia, sino más bien porque seguía sin encontrar palabras para hacerlo.

Casi veinticuatro horas después, llegué a Ormaiztegi. Mi alma pesaba algunos kilos más. Llamé a Yolanda para informarle de que el viaje había ido bien y quedé con ella para comer al día siguiente. Necesitaba unas horas para recuperarme del *jet lag*.

Luz que brilla en el extranjero

Yolanda se llevó las manos a la cabeza en cuanto le di la buena nueva. Durante la noche maduré la idea de no contarle la verdad, pero no podía quedarme algo tan grande para mí solo. Le expuse todo lo que Mayumi me había contado y también le hablé de que mi descubrimiento fue casual.

—Pobre mujer —dijo de nuevo.

—¿Pobre? ¿Insistes con eso?

—Gorri, vamos a ver —respondió para infundirme calma, me había puesto nervioso otra vez—. Ponte en situación. Está feliz porque has regresado y puede compartir contigo diez días de su vida real. Ya somos mayores, Agustín. Ella también. En sus planes no está tener un desencuentro contigo, ni siquiera por algo tan crucial como que su hijo es tuyo. Una vez más, ella asume la situación y tira para adelante. ¿Qué tienes que reprocharle? No te ha pedido nada. Es más, lo único que quiere es que no perdáis el contacto. No por el chaval, sino por ella. ¿Dónde le ves el problema?

—¿Estamos hablando de lo mismo, Yolanda?

—Mira, Agustín. Yo creo que estás así de afectado porque crees que has hecho lo mismo que tu padre hizo contigo. Hace poco descubriste que tu padre no te abandonó por capricho. También leíste, tienes ahí los diarios, que nunca te olvidó. Ese chico no ha sufrido ni la mitad que tú porque él no ha sabido de tu existencia. Y si se ha enterado ahora porque ata cabos o porque él también te ha visto el lunar del cuello…, ¿no crees que le corresponde a él avanzar hacia ti y no a la inversa? Creo que aquí Mayumi está exenta de toda responsabilidad.

Si algo me gustaba de mi relación con Yolanda era su honestidad. Su forma de ver la vida no tenía nada que ver con la mía. Supongo que cada uno de nosotros actuaba y entendía los envites de esta en función de sus experiencias. Yolanda y Mayumi habían tenido que ser fuertes y yo, a mi manera, también. No había tiempo para lamentarse y mucho menos a nuestra edad.

Leí el correo de Mayumi dos días después de haberlo visto en mi bandeja de entrada. Los muchachos en la oficina estaban

preocupados por mí. Yo, que por defecto era alegre y me mostraba bromista, estaba sumido en una espesura que me mantenía con el ánimo apagado. Me costaba enfrentarme a la realidad que acababa de descubrir.

Querido Agustín:

En primer lugar, quiero agradecerte la visita. Para mí estos diez días han sido muy especiales y los considero un regalo de la vida. Te envío en este correo algunas fotos que tomé en Kioto y Uji, creo que no las tenías. Me he sentido feliz por verte de nuevo.

Me casé el 12 de octubre de 1976 y Akihito nació el 29 de mayo de 1977. Yo elegí su nombre. Como te conté, fue lo único que pude elegir. Nunca pensé en decírtelo porque tú habías tomado una decisión y yo me obligué a mí misma a adaptarme a mi situación. Siempre he creído que el amor lo puede todo, pero también sé que los dos éramos muy jóvenes, muy diferentes y que la vida nos tenía preparadas vidas separadas. Tú necesitabas tu mar y tu independencia y yo quería formar una familia. No quiero que cargues con ninguna culpa o mal sentimiento. Aunque Akihito sea hijo tuyo, él nunca lo aceptará porque su lealtad para con su familia y su padre es incuestionable. Él es un hombre feliz y seguirá siéndolo. Me tiene a mí y tiene más dinero del que puedas imaginar para vivir una vida serena y feliz junto a su mujer y sus hijos. Sí, soy abuela. No hablamos de mis nietos porque me sentía muy mayor si los mencionaba. Ya ves, fui un poco coqueta contigo.

Me alegro también de que no intimáramos. Me bastó con poder abrazarte y volver a olerte. Reconocí tu aroma. Te preguntaría si tú recordaste el mío, pero no quiero desilusionarme. Al menos me hizo feliz saber que fui tu única japonesa. La mujer que tienes al lado debe de ser buena persona. Me alegro de que no estés solo en estos años de madurez. Yo, como has visto, tengo a Akihito y una apacible vida, no necesito más. Me encantará que nos escribamos de vez en cuando. Saber cómo te trata la vida y si emprendes algún negocio más. Gracias por haberte puesto en contacto conmigo. Y no te tortures, las personas siempre salen adelante a pesar de las circunstancias que les toque vivir. Tú eres un experto en eso, como lo fue tu padre. ¡Qué ilusión que supieras al fin de él! ¿Entiendes la diferencia? Akihito nunca te extrañará, nunca se sentirá abandonado, nunca tendrá que

vivir en estado de alerta continua. No te lo dije y sé que esto te gustará: Akihito significa «luz que brilla en el extranjero».

Te quiere,
Mayumi

Las lágrimas brotaron de mis ojos sin pedir permiso. Imprimí el email para enseñárselo a Yolanda y me fui a pasear por el monte; necesitaba aire. Por más que intentaba encontrarle un sentido al vuelco que acababa de darme la vida justo ahora que me había jubilado y que parecía que me tocaba vivir los años de calma, mi corazón estaba más agitado que nunca y no precisamente de sobreesfuerzo.

Yolanda se emocionó al leer el correo de Mayumi.

—Es una gran mujer, no me cabe duda —sentenció.

—¿No tenías celos de ella? —bromeé.

—No seas bobo, Gorri. Esta mujer es, además de inteligente, una bella persona. ¡*Mecagüen* la mar, Agustín! Yo que te había pedido un libro…

—Desde luego ¡material no nos falta!

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer de qué? —pregunté confuso.

—¿No entiendes nada o qué? ¡Maldito Gorri!

FIN

27 de abril de 2020
Itziar Sistiaga Solana

Nota de autora

¡Qué osadía escribir un libro de aventuras!
¡Qué locura escribir sobre la vida de un hombre!

Lo cierto es que esto fue lo primero que pensé cuando Agustín contactó conmigo. ¿Quién era yo para adentrarme en sus recuerdos y ponerles voz? Sin embargo, algo dentro de mí me obligó a escuchar su historia, a releer las ideas que él había plasmado en un cuaderno y a aceptar su propuesta.

No todo el mundo tiene una vida tan rica en experiencias ni la apertura de mente que tiene Agustín como para compartirla con el resto. No todo el mundo tiene el arrojo necesario como para levantarse tras una primera y una segunda caída y seguir intentándolo. Ni la imaginación ni el humor suficiente como para permitir que la ficción se apodere de la realidad hasta confundir recuerdos con invención.

Como autora, escribir esta novela ha sido todo un reto personal. Un ejercicio creativo que me ha hecho salir por completo de mi zona de confort como narradora. No obstante, lo he disfrutado mucho porque para mí escribir también es una aventura.

Espero de corazón que saboreéis esta novela tanto como yo. Cualquier parecido con la realidad es… justamente eso, un parecido.

¿Cuánto de Gorri hay en Agustín y cuánto de Agustín en el personaje de Gorri? Prefiero que cada uno elija tanta ficción o realidad como necesite para hacer suya esta historia.

Por último, quiero dar las gracias a Agustín por su confianza ciega en mí.
Ha sido un gran trabajo de equipo.

¡Avante toda, gente bella!

Y a vosotros…

Gracias por seguir a mi lado un libro más, gracias por leerme y por formar parte de mi camino. Gracias a cada persona que ha hecho posible que esta novela vea la luz, empezando por Vicent, Ane, Virginia, Clara, Javi, Iñigo y todas las personas que día a día me animáis a continuar en este loco mundo de la literatura, mis fantásticos alumnos/as incluidos. Os adoro.

Gracias de todo corazón.
Sigamos remando juntos por los sueños que merecen la pena, los que se convierten en realidad.

Itziar ♡

Si quieres ponerte en contacto conmigo, escríbeme a hola@itziarsistiaga.com
Puedes visitar mi web: www.itziarsistiaga.com y seguirme en redes si aún no formas parte de mi comunidad de personas bonitas.

Por otra parte, ¿sabes cómo puedes ayudarme como escritora?

- ♦ Recomienda mis libros
- ♦ Escribe una reseña positiva en Amazon o Goodreads
- ♦ Sígueme en redes sociales
- ♦ Apoya mis posts con un «me gusta» y comenta
- ♦ No compartas pdfs
- ♦ Y regala mis libros siempre que lo desees ;)

Estas pequeñas acciones son de gran ayuda.

¡Nos leemos!

¡Gracias mil!

Itziar Sistiaga — Escritora



Nací en Irún en 1980.

Empecé a escribir en un diario cuando tenía nueve años y dejé de hacerlo en cuanto me di cuenta de lo mucho que se miente en ellos, sobre todo, por omisión.
Para mí escribir es como vomitar el silencio. En las historias me encuentro, me pierdo, río, lloro y me descubro. Es mi canal y mi forma de conectar con este loco mundo.
En 2012, autoedité «*El Veto*» y en 2017, «*Lejos en mí*».
Imparto talleres de escritura creativa y escritura emocional en bibliotecas y casas de cultura y también organizo talleres y cursos online en itziarsistiaga.com.
Me muevo por redes y escribo relatos cortos en mi blog.
Hace unos años aposté por vivir de este bello sueño de la escritura y soy inmensamente feliz porque me siento muy arropada por lectores y alumnos fieles que entienden la vida como yo, como un camino que en equipo se transita mejor.
Gracias por ayudarme a seguir viajando entre nubes.
Gracias por leerme.
Gracias por Ser.

Itziar

Notes

1. Frontera. 2. Papá, mira. 3. Hijo, ¿eres tú? 4. Personaje de la tradición navideña vasca. 5. A ras. Carga completa. 6. Máxima velocidad con mínimo consumo. 7. Chico viejo: solterón. 8. Pobrecillos. 9. Tonterías.